

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

# *Tradiciones y cuentos dominicanos*

Julio D. Postigo e hijos Editores

SANTO DOMINGO, REPUBLICA DOMINICANA



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de Letras y Ciencias

COLECCION PENSAMIENTO DOMINICANO

Director: Julio D. Postigo

Vol. 42



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

Propiedad del autor  
Queda hecho el depósito que marca  
la Ley 11.723

# TRADICIONES Y CUENTOS DOMINICANOS



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



## PRESENTACION

*Dejar de lado las graves tareas de la Historia, la abrumadora carga de los documentos y de las citas y pasar a los floridos cármenes de la fantasía, de la leyenda, de la tradición, del cuento, es como descanso necesario para los obreros de las hondas e inescrutables canteras del pasado.*

*Qué gozo, entonces, el de vagar, como cazador de mariposas, por entre las cosas volanderas!*

*En la investigación histórica, en toda larga faena de investigación, se requiere de esas gratas treguas; mudar de afanes, darle a la mente trabajos menos pesados que los habituales, más poéticos —se diría— que por lo mismo gravitan con menos pesadumbre sobre el espíritu. Algo que es parte trabajo y parte fecunda ociosidad, apenas lindante con el dulce far niente.*

*Este libro es, así, como la delectación de unas placenteras vacaciones en que toda enojosa labor ha sido dejada atrás, tan sólo atenta la mirada a la visión de las cosas agradables, las cosas amenas que nos dan esa confortadora sensación de ingravidez y de reposo tan necesaria en el horrendo tráfago de la vida moderna.*

*Esta necesidad y este deseo de levedad nos liberan, pues, aè aprovechar los materiales que forman este libro para rea-*



*lizar el examen y la valoración de nuestros costumbristas del pasado, dignos de estudio y de recuerdo, porque entre nuestros hombres de letras del pretérito, tan dados a las tradiciones y a los cuadros de costumbres, tanto a los de la literatura española, de los Larra y los Mesonero, como a los de América, de los Palma y los Bolet Peraza, el costumbrismo fue afición común predominante, desde Félix María del Monte, Manuel María Valencia, José María Serra y Nicolás Ureña, en los primeros años de la República, hasta César Nicolás Penson y Luis A. Bermúdez, a fines del siglo pasado, y en el presente hasta el Dr. Ml. de Js. Troncoso de la Concha, maestro en el género, digno continuador de la obra del autor de Cosas Añejas. Huelga señalar que entre nuestros costumbristas de hoy, bien escasos por cierto, ocupa el más alto sitio el admirable autor de Al amor del bohío, el poeta y prosista don R. Emilio Jiménez (\*).*

---

(\*) En nuestro libro **Cuentos de política criolla**, S. D., 1963, y en el Prefacio de la novela de Bonó, **El Montero**, S. D., 1968, hay noticias acerca de la narrativa dominicana que se relacionan con la presente obra. Se trata, pues, de tres fuentes para el estudio de los géneros afines que son la novela, el cuento, la tradición, el cuadro de costumbres. Como apuntamos en los estudios preliminares de las obras citadas, es por demás complejo el deslinde en la prosa narrativa, por lo que el título de esta obra, **Tradiciones y cuentos**, no ha de tomarse en su sentido estricto, sino en toda la amplitud de sus términos. Una cosa es la tradición que se acepta como tal y otra la que el vulgo y quien no es vulgo convierten en **rigurosa historia**. Contra esa especie de tradición, alzada a imposible rango, contra las leyendas caseras, por demás ingenuas y pueriles, invocadas como hechos indubitables, arremetió implacablemente, con toda la fuerza de su dialéctica de polemista, Fray Cipriano de Utrera, pero limitado a los tiempos coloniales. De ahí que le acusaran a diario de destructor de las tradiciones dominicanas, sin parar mientes en que quien reduce la tradición a sus propios límites, enriquece la verdadera historia, la limpia de invenciones interesadas o de infundios de la fantasía popular. El cuento, dice Menéndez Pelayo, es un desecho de la historia.

Las tradiciones deben leerse, en cierto modo, como los cuentos, en que lo irreal no es sino un modo de presentar lo real, pero



*Aquí, en fin, sólo caben las simples palabras de presentación de estos cuentos y tradiciones en que hay tantas y tan vivas evocaciones de nuestro pretérito que a cada paso habremos de disfrutar de los goces de antaño y de repetir los memorables versos de Manrique: “como a nuestro parecer todo tiempo pasado fue mejor . . .”.*

*Un amante de nuestras cosas del pasado tenía el hábito de saludar a un compañero de aficiones, al Dr. Alcides García Lluberes, con esta paradoja:*

*—Qué viejo de nuevo?*

*Y ahora cabría responder con esta otra paradoja:*

*La novedad de estas viejas cosas. . .*

## II

### LAS PRIMERAS TRADICIONES AMERICANAS

*El piadoso ermitaño Fray Román Pane, que anduvo entre los indios de La Española por el año de 1493, y Pedro Mártir de Anglería, maestro y sacerdote en la Corte de los*

---

que no es lo real. Por más desorbitada que sea, la fantasía se asienta siempre en la verdad. En todo late una verdad. Desentrañarla es uno de los grandes goces de la lectura. La poesía —decía Américo Lugo en el Prólogo de los **Cuentos frágiles**, de Fiallo— “es la cantidad de mentira que el hombre añade a la verdad para volverla agradable”.

Acerca de costumbrismo y costumbristas dominicanos véase Enrique Deschamps, **La República Dominicana**, Barcelona, 1907, p. 268, y Max Henríquez Ureña, **Panorama histórico de la literatura dominicana**, Río Janeiro, 1945.

La bibliografía haitiana cuenta con interesante estudio acerca de la materia: Louis Darondel, **Legendes et traditions de Saint Domingue**. Essai critique. Port au Prince, 1939, 90 págs. Trata de Santo Domingo y de otros lugares de la hoy República Dominicana la obra de Guillermo Mauviel, **Anecdotes de la revolution de Saint Domingue** racontée par . . . 1799-1804. Saint Lo, 1885, 151. p.



*Reyes Católicos, fueron los primeros en recoger las tradiciones de los indios quisqueyanos. (\*)*.

*Mientras Fray Román convivía con los aborígenes y aprendía sus lenguas, observaba sus ritos y costumbres y recogía sus fábulas, Pedro Mártir permanecía en las playas ibéricas aguardando el retorno de carabelas y galeones que llevaban a España oro y noticias de las Indias. Llamaba, alojaba en su propia casa a los audaces marinos y conquistadores, sometía a largos y sagaces interrogatorios a Cristóbal Colón, a Núñez de Balboa, a Vespucio, a Pedrarias, a Pinzón, a Cabot, a Hernán Cortés, y no sólo escogía para sus libros lo que tenía color de historia, sino también las tradiciones aborígenes.*

*La primera tradición americana, recogida por el ermitaño de La Española, también aparece en las Décadas de Pedro Mártir: El origen del hombre. Con ella se inicia la poética mitología indígena, propia de aquellas almas infantiles.*

*Los graves cronistas de Indias nunca dejaron de consagrarle sitio, en sus vastas obras, a las leyendas y tradiciones indígenas, de las que dejaron tan hermosos recuerdos el incansable Oviedo y el áspero Las Casas.*

*Hasta en el Teatro Eclesiástico, que escribió González Dávila por el año de 1647, encontramos leyendas de los primeros años de la Colonia, cuando Enriquillo no había con-*

---

(\*) Este artículo había sido publicado —dedicado a mi inolvidable amigo el tradicionista Dr. Ml. de Js. Troncoso de la Concha— en la revista *Ozama*, S. D., No. 1, de feb. de 1941. Entre nuestras tradiciones las hay de verdadera importancia, como las de las Mercedes y la Altagracia. Véase al respecto Fr. C. de Utrera, *Ntra. Señora de Altagracia*, S. D., 1933, y E. R. D., *El culto de las Mercedes, en Apuntes y documentos*, S. D., 1957, p. 99. Acerca de Colón hay varias tradiciones: la de su prisión en Santo Domingo, la de la Ceiba en que amarró su carabela a orillas del Ozama y finalmente la relativa a su sepultura, recogida en nuestro artículo *La tradición y los restos del Almirante*, en el diario *La Nación*, S. D., 10 sept. 1940.



*gregado aún a sus esclavizados compañeros en los inaccesibles riscos del Baoruco.*

*Cuenta González Dávila que, en el año de 1525, a la muerte del Obispo y escritor Alejandro Geraldini, sucedió en Crevice, lugar de este Arzobispado, un caso digno de recuerdo. Yendo a predicar en unión de varios compañeros, Fray Pedro de Córdoba, religioso de la Orden de Santo Domingo, profeso en el Colegio de San Esteban de Salamanca, supo de un Cacique que tenía engañados a numerosos indios, valiéndose para ello de endemoniadas artes. De noche los reunía en una cueva oscura y allí les decía cuanto deseaban saber, pues el demonio, apoderado del espíritu del Cacique, hablaba por su boca y nada había que le preguntasen a que no respondiese.*

*Fray Pedro enteróse bien de todo. Cuando bajaron las sombras de la noche, entró en la cueva. En su diestra resplandecía una antorcha; la mano del corazón sujetaba un crucifijo. Los indios escuchaban atentos las palabras del ãemonio, mientras el Cacique permanecía inerte, como un cadáver por cuya boca salieran acentos infernales. Apenas llegó al extraño recinto, conoció Fray Pedro la invención y el engaño del demonio. Conjuró al Cacique, en nombre de Jesucristo, a que respondiese a lo que le preguntara, y el indio obedeció sumiso.*

*“Dí, traidor, a dónde llevas las almas de estos pobrecillos indios?”*

*“A un lugar lleno de entretenimientos y deleites”, respondió el indio.*

*“Mientes —dijo el religioso— te mando que digas la verdad en nombre del Señor”.*

*“Llévolos a las penas eternas en que yo estoy y al fuego en que yo ardo, que nunca acabará”, contestó el demonio en el mismo idioma de Fray Pedro.*



*“Dí eso mismo —dijo el cristiano— en lengua en que todos te entiendan”.*

*Al punto obedeció el Cacique, y todos los indios oyeron estupefactos las tremendas palabras: “Llévolos a las penas eternas en que yo estoy y al fuego en que yo ardo, que nunca acabaré”.*

*Entonces, temerosos y trémulos, fueron los crédulos indios a besar las negras sandalias del misionero: todos querían salvar sus almas del fuego “que nunca acabaré”.*

*Gracias a Fray Pedro, que conquistó fama de santidad, aquellos indios se hicieron hijos de la Iglesia y fueron a purificarse en las aguas del bautismo. Confesaban el error en que estaban perdidos y hablaban maravillados “de la virtud del Padre, y del gran favor, y poder, que Dios les daba”.*

*Así, bajo el poético velo de la leyenda y de la tradición, aparece Fray Pedro de Córdoba en las antiguas y severas páginas del Teatro Eclesiástico.*

*En las añejas Crónicas de Indias y en las obras de historia nacional, toda llena de glorias y de sombras, hay inagotables y claras fuentes de poesía y de enseñanza. En ellas la tradición no ha sido desdeñada: es flor que surge de continuo en la aspereza de las solemnes y graves narraciones.*



CESAR NICOLAS PENSON  
1855-1901

*César Nicolás Penson, “el corazón más seráfico que he conocido”, como dijera Hostos, nació en Santo Domingo el 22 de enero de 1855 y murió en la misma villa el 29 de octubre de 1901.*

*Aún no ha sido suficientemente aquilatada la importancia de Penson en la historia de la cultura dominicana. Como poeta escribió una de las más bellas composiciones de nuestro parnaso: La víspera del combate; como tradicionista dejó las celebradas Cosas añejas, de 1891, que lo colocaron a la cabeza de nuestros costumbristas del pasado siglo; como periodista fue el fundador del diarismo en la República, en 1882, con su diario El Telegrama. Fue el fundador, en el país, de los estudios folklóricos, filológicos y bibliográficos y asimismo el iniciador del estudio de nuestra arquitectura colonial. También dio inicio al estudio de nuestra historia literaria, con su admirable Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo, publicada en 1892.*

*Penson empezó a escribir desde muy joven: en 1875 escribió su comedia de costumbres Los viejos verdes, inédita, cuyos originales conservamos en nuestra biblioteca. En 1877, su extenso discurso sobre “el carácter distintivo de la civilización del pueblo dominicano”.*

*Dejó comenzadas o en esbozo no pocas obras que habrían enriquecido notablemente la bibliografía dominicana.*



*La vasta y diversa obra que realizaba quedó trunca, dispersa, pero su nombre resplandecerá entre los más altos de nuestra historia literaria, por la excelencia y extensión de sus trabajos y porque él fue el más activo y desinteresado afanador de nuestros escasos civilizadores. Fue, sin disputa, nuestro primer ensayista. Más aún: nuestro primer polígrafo.*

*Las tradiciones que se recogen en esta obra no fueron incluídas por Penson en su Cosas Añejas: La Hermandad de las Animas y El Juego de San Andrés, aparecieron en el periódico El Teléfono, en 1889. La Escuela de Antaño, inédita; ha sido tomada del original, manuscrito que conservamos junto con muchos otros papeles de Penson cuya enumeración no cabría en esta noticia biográfica.*

*Parece que Penson se proponía escribir la famosa tradición de El Tapado, a juzgar por sus Anotaciones al Tapado, publicadas en la revista Letras y Ciencias, de Santo Domingo, de 1892, páginas 218 y 227.*

*Tenía en preparación una novela histórica en cuyo asunto figuraban los orígenes de la villa de Santo Domingo.*

*Sus narraciones aparecían indistintamente bajo los títulos de Costumbres antiguas y modernas, Costumbres nacionales y tradiciones, y Costumbres y episodios de Santo Domingo.*

Ver Eugenio Polanco y Velásquez, **Penson**, en la revista **El Lámpiz**, S. D., 4 mayo 1891; (Polanco y Velásquez publicó antes el artículo **Ricardo Palma y las Tradiciones peruanas**, en el periódico **El Estudio**, Puerto Plata, No. 27, feb. 15 de 1897); El Conde de las Navas, artículo acerca de **Cosas Añejas**, en **Letras y Ciencias**, S. D., 1893, p. 374; Rafael A. Deligne, acerca de la poesía de Penson **La víspera del combate**, en **Letras y Ciencias**, 1896, p. 906; acerca de **Cosas Añejas**, en **El Cable**, San Pedro de Macorís, 28 marzo y 5 abril 1893 (lo reproducimos en **La Nación**, S. D., 28 y 29 julio 1940); Federico García Godoy, **Cosas Añejas**, en **Letras y Ciencias**, S. D., No. 48, 15 marzo 1894; M. A. Machado, **C. N. Penson en La Cuna de América**, S. D., No. 42, 1904; E. R. D., **Penson, traductor de Manzoni**, en **Cuadernos dominicanos de cultura**, Santo Domingo, No. 25, 1945), y Gustavo Penson, **Licenciado César Nicolás Penson, rasgos biográficos**, en **La Nación**, S. D., 16 y 19 de agosto de 1940, escrito basado en unas notas autobiográficas de C. N. Penson.



## EL JUEGO DE SAN ANDRES

De donde tomó origen el tradicional juego no se sabe. Los egipcios celebraban el *carnaval* o la fiesta de los *cherubs*, en que se disfrazaban, y de lo que provienen las máscaras, para adorar al buey Apis, hacia el equinoccio de otoño; y refieren que en los días de carnaval se daba o aún da culto en ciertos países al singular juego del *mójote yo y mójame tú* que aquí va a reseñarse (\*).

La época del *San Andrés* cae en la estación más fría y en el mes de enojosos nortes y lloviznas peligrosas, y no

---

(\*) Esta tradición, no incluida en *Cosas Añejas*, se publicó en *El Teléfono*. S. D., Nos. 350-351, de diciembre de 1889. En el mismo periódico, No. 349, S. D., 1 de dic. de 1889, F. M. G. R., (F. M. García Rodríguez), publicó *El juego de San Andrés*, cuadro de costumbres, semejante a la tradición de Penson.

Calderón de la Barca, en su entremés *Las Carnestolendas*, habla del uso de los huevos que se hacía en los días de Carnaval:

Vejete: Gastar su dinerillo en tirar huevos.

Rufina: ¡Y cómo! Veinte huevos azareños  
les cuestan veinte reales a sus dueños,  
tíranmelos; y máchanme el vestido;  
quedo yo triste y el galán corrido  
sin alzar más cabeza en todo el día...

Acerca de esos juegos, usados en la América en tiempos de Felipe IV, véase *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, No. 46, oct. 1930, p. 434.

En su *Historia de Santo Domingo*, (S. D., 1952, p. 47), refiriéndose a costumbres dominicanas del siglo XVI, dice Américo Lugo: "Reputóse por escandalosa la costumbre que tenían los Oidores de



parece sino que como al fin mes de constipados, catarros, pleuresías y otros regalos, cuadró en él como de molde el tal juego para ayudar sin duda las probabilidades de atrapar aquellas cositas y agravarlas en cuanto se pudiera.

Consiste el tradicional juego ardoroso (no obstante estar hecho para calarse hasta los huesos) en producir un diluvio artificial bajo todas las formas posibles, adicionando al agua, como adminículos indispensables para hacer una mezcla bizarra, polvos de harina, almidón, cenizas, ocre y también aserrín, y cuanto sirva para recalentarle los cascos al prójimo, llenarle de mugre y transformarlo de racional en pez o cosa parecida.

Fuerza es confesar que el *San Andrés* ha perdido de su primitivo ardor y entusiasmo; como que era antes un juego culto si los había, en que se preciaban de tomar parte en primera línea las más distinguidas familias, los hombres más importantes y graves, la nata y flor de la buena sociedad de la antigua Atenas del Nuevo Mundo. Y ahora singular movilidad de las cosas humanas, o progreso de la civilización! que todo eso será, el *San Andrés* es tenido en poco y tildado cuando menos por juego bárbaro y peligrosa diversión, impropia de cultas sociedades.

Véase si no la barbaridad que estampaba un moderno periódico hace apenas seis años, que antes hubiera sido sacrilega profanación, y habría valido al autor o autores la nota de incivilizados, y algún buen estregón de cenizas en las greñas por brutos: "Nos parece (el mes de Noviembre) el más caprichoso del año. Empieza silencioso y acaba con estruendo. Principia con dobles y lamentos y acaba entre desorden y gritos. Principia, en fin, con el día de *difuntos* y acaba con el día de *San Andrés*. La grandeza de la muerte y

---

salir a caballo ciertos días, tirando naranjas a quienes se las arrojaban desde las ventanas. Pero el Fiscal Diego de Villanueva Zapata informó sobre esta sabrosa suerte del juego de San Andrés, que en ello no había escándalo, sino regocijo y alegría del pueblo".



las miserias de la vida se relacionan más íntimamente que nunca en el mes de Noviembre. Los muchachos van al cementerio el día de los muertos a robarse las velas o a recoger la cera que queda sobre las tumbas para tapar con ella los *cascarones* de *San Andrés* que ya amenaza caerlos encima con todo su séquito de groserías e incivildades. Es necesario desterrar el *agua* y los *cascarones* del *San Andrés*. El que quiera jugar Carnaval que gaste y lo juegue con finura”.

Participamos de los dos períodos del dicho juego, y por ende, de estas dos opiniones: tuvimoslo por agradabilísimo y de buen tono, y de poco tiempo a esta parte, nos ha parecido no muy conforme con la salud y el sentido común. Sin embargo, según el cantarcillo:

*Que cuando llueve tós nos mojamos,*

así cuando llega el *San Andrés*, a todos, cual más cual menos, nos hace sus cosquillitas, y todos jugamos su poquito. La costumbre. . .

Fuerte y despótica era en sus buenos tiempos. Quien se eximía del *San Andrés*, de mojar o ser mojado? Nadie; porque no había tentación más irresistible, ni respetos, ni muros, ni paraguas, ni capotes que preservaran de su desatada furia. Y es que el jueguillo tenía y tiene, y tenía más que tiene, unos encantos avasalladores para todo bicho viviente. Cuéntase, y vamos por partes, como dicen los revisiteros, que una ocasión y durante la dominación del intruso pueblo occidental, pareció a la gente *mañesa*, que en su vida había estado acostumbrada a estos jolgorios, que debía redimir las costumbres nuestras ¡vaya una pretensión! del dichoso *San Andrés*, extirpándolo para siempre jamás por dañino y perverso. Pero no contaban con la huéspedada, esto es, con la fuerza de la costumbre, en que afianzaba tamañas raíces *San Andrés*, tan duras y firmes como las de los *copeyes*



que se nacen entre las piedras venerables de nuestras ruinas monumentales. Y acaeció que la autoridad publicó un bando prohibiendo el juego. ¿Prohibir dijiste? En hora mala. Cogieron muchos y muy principales caballeros y se fueron de rechito a casa del Gobernador, le sorprendieron, le mojaron, lo cubrieron de *peluca* como Dios manda díganme, en aquella grifa cabeza! y le dejaron hecho una jalea. Rió la ocurrencia e! cortés Gobernador, porque eso sí, para *polis*, la gente de ultramontes, y qué hizo? en compañía de los mismos zurra-dores y vengativos defensores de las costumbres, se armó de cascarones y dicen que dio miedo el juego ese año.

¿Qué tal sería el *San Andrés* bravío de entonces cuando se atrevió con la primera autoridad? Ahora es el manso *San Andrés*: ahora hasta los mendigos se quejan y protestan y se atufan si se les moja, y quieren los ciudadanos, los muy bárbaros, salirse a la calle el día treinta de Noviembre como cualquiera otro día, como si tal cosa, y creyéndose con derecho a enfadarse. No, señores, no, el *San Andrés* es despótico tirano, y moja al lucero del alba; tales han sido y deben ser sus fueros, según lo consigna en sus pragmáticas: *El que no quiere que lo mojen, que no salga a la calle*. Es que han perdido el respeto al *San Andrés*: este progreso, estas sociologías, estas morales sociales tienen la culpa de muchas cosas malas!

Decíamos que tenía el juego sus muchos y grandes atractivos. Gusto daba ver a las doncellas, riéndole los ojos, coloradas de puro alborozo, asomadas a ventanas, balcones y azoteas, afanadas, y con bulliciosa alegría derramando cántaros de agua para lo cual no se daban manos, empapado el vestido y marcados los bellos contornos de su busto, como si fuesen estatuas de yeso, y suelta al aire la madeja de sus cabellos. Enardecidas por el juego, de sus contraídos labios salían raudales de dulces desafíos y más dulces frases de cariñosa confianza que dejaban para los parientes y



los amigos. Cruzaban de parte y parte, entre la nube de *cascarones*, los chistes sazonados y cultos, y estallaban las risas festivas en uno y otro bando cuando se acertaba a pegar de lleno un cascaronazo, u ocurría algún incidente cómico de los que abundan en casos así.

Pero refiérase la historia por su orden.

Desde la víspera, o días antes, empezaba la actividad febril a acopiar proyectiles, y en casa de las dulceras, por ejemplo, el trasiego de *cascarones* de los depósitos en que se les había estado acumulando un año entero, a las canastas de los compradores. La misma víspera, la fiebre del juego le hacía bailar el gozo en el cuerpo a toda persona capaz de mojar y ser mojada; y derramábase por el aire cierto perfume de fiesta que iba mezclado con el penetrante de la cera derretida que en cada casa se fundía para pegar los parches a las bocas del *cascarón*, y que atraía sinnúmero de abejas. Alrededor de un fogón con la cera, se alineaban los *cascarones* dentro de las bateas, después de llenarlos con rojiza agua de *tuna*, de cocimiento de *rompezaragüey*, o agua azulada, o bien mezclada con esencias tales como *agua de Colonia*, *de Florida*, *Divina* u otra. Varias mujeres tapaban diestramente el *cascarón*, metiendo antes el parche, en recortar los cuales se había pasado parte del día anterior y ñe la primanoche, dentro de la derretida cera y ajustándolo a la abertura de la rellena cáscara de huevo. Así se preparaba fabuloso número de docenas para un solo jugador. Bueno es advertir aquí que de estos proyectiles los había aristocráticos, esto es, llenos del agua perfumada con las esencias dichas, y destinados a alguna amiguita o enamorada, y habíalos democráticos, rellenos de agua azulada o con color, y hasta demagogos, cargados con cosas que no se dicen. Mientras tanto los balcones y ventanas se fortificaban con trincheras de lonas y caballos de frisa, que no eran maderos, sino cortinillas dobladas hacia arriba para impedir



el paso a los *cascarones* y que allí cayesen sin quebrarse y aprovecharlos contra los tiradores.

Desde la víspera por la tarde, era arriesgado transitar por las calles, porque a partir de esas horas y durante la *primanoche*, ya cruzaban el aire los *cascarones* y sonaba el agua sobre el pavimento de la calle con ruido alegre e incitador.

El gran día, que muchas veces amanecía brumoso y con lloviznas, durante las primeras horas se activaba todo lo concerniente a compras y quehaceres domésticos, y se continuaba precipitadamente el acopio de agua a las azoteas y balcones, comenzando el día anterior, la cual agua se vertía en todo linaje de receptáculos, como bateas, baños de latón, *tobos* curazoleños, envases de lata, tazas de zinc, etc.; se descolgaban cuadros y se retiraban ciertos muebles de las salas por que no sufriesen algún húmedo obsequio; hervía la cera y bullían las clásicas cáscaras de huevo en profusión increíble dentro del *agua de tuna* en casa de cada quien que iba a traficar con tal mercancía; porque no bastando los arsenales particulares de todo jugador, se improvisaban puestos de *cascarones* por dondequiera. Los hombres se vestían regularmente de blanco para excitar las ganas de mojarlos, y se armaban de cestos de todas formas y de *macutos*, que, o se colgaban en el brazo o eran conducidos por muchachos. Algunas damas se cubrían la cara con máscaras de alambre; y todas se proveían de la legendaria higüera para arrojar el agua y asimismo de *cascarones*. Y temprano, temprano principiaba la original, bulliciosa acuática porfía que se llama *San Andrés*.

Grupos de jugadores alegres asomaban por todas partes rodeados y precedidos de pilluelos descalzos y rotos.

De cada balcón, ventana o azotea caían torrentes de agua clara o teñida del cactus que fue criado quizás expresamente para el *San Andrés*, la colorada *tuna*. Los grupos de



hombres se agolpaban bajo esas trincheras recibiendo impávidos la inofensiva lluvia, pero buscando el modo de asentar de firme el traidor y peligroso *cascarón*; trocados así los papeles, pues que tocaba al más débil el arma más inservible y al más fuerte la poderosa. En tan desigual lucha ¿qué quería Ud. que resultara? Que en medio del jolgorio en ventanas, balcones y azoteas y la febril impaciencia de mojar al contrario y la inocente alegría que animaba los bellos rostros de las distinguidas damas, ¡paf! un maldito *cascarón* tal vez lanzado por la mano más humana del grupo, venía a dar de lleno en un ojo a la pobre señora que desde ese momento quedaba condenada a gemir en agudo dolor y puesta en grave riesgo de perder la su *ecuórea lumbrera*, como dijo el otro. Este incidente era de los inevitables y no poco frecuentes del *San Andrés*, y sabiéndolo las señoras, arriesgaban con gusto sus ojos, que es decir, tratándose de mujeres que arriesgaban la vida. Lo que es la pasión del juego, aunque sea el del agua vá!

Daba gusto transitar por esas calles, calado hasta el tuétano y mirando escenas cómicas, oyendo chistes, risas y bulla creciente, y de aquellas boquitas de panal retos varoniles. Los agresores, mojados hasta no poder más, y teñidos de *tuna* y otros colores chillones producidos por el almagre, y de vez en cuando, cubiertas cejas y cabellos por la peluca que no ya las mujeres, sino ellos mismos se administraban en dosis respetables. Las damas, empapadas por el mismo efecto de arrojar agua y teñidos también los vestidos por el agua azulada o de almagre que enviaban algunos *cascarones* poco aristocráticos, ofrecían a la vista sus escultóricas formas contorneadas artísticamente por la pícara agua que amoldaba la tela.

Apoderado ya el delirio de jugadores y jugadoras, no obstante dar diente con diente del frío, o desde el principio del juego, según se presentara la coyuntura, los del sexo feo se colaban, si una puerta no estaba bien atrancada y cedía



a sus belicosos ataques, dentro de una casa; y allí era Troya. Sorprendidas las damas, no menos belicosas, huían unas amparándose en los aposentos, pero era éste caso raro, y las irás corrían a sus cubetas e higüeras y cegaban a los asaltantes a pura agua, o bien a pura ceniza o harina, mientras que éstos, luchando cuerpo a cuerpo con ellas, les estrellaban con el puño los *cascarones* en las espaldas. Un campo de Agramante hecha la casa, la confusión era espantosa: hombres y mujeres mezclados, jadeantes, furiosos, empenábanse en mojarse tanto y tantísimo que quisieran mojarse por la cuenta la mismísima alma; luchaban algunas parejas a brazo partido; y es lo bueno que tan valientes y resueltas se mostraban las mujeres, que entre muchas arremetían a un asaltante y no paraban hasta dar con él en una batea bien llena, o en alguna pila no honda que a la mano hubiera, en donde le zabullían la cabeza al infeliz, corriendo su riesgo no pequeño de ahogarse en un mísero charco. Mas si alguno, al empujarlo dentro de la pila arrastraba en su feliz caída a alguna hermosa aporreadora, y tras esta pareja iban otras, parecía la pila hecha un ponto mitológico con tritones y náyades tamañitos. A otros donceles les arrastraban hasta el pozo, y allí cántaros van y cántaros vienen por la cabeza, sin que faltaran los puñados de harina, almidón, ceniza, tierra, o lo que viniera a la mano. Pero las mujeres son el diablo, según la expresión vulgar. Pues no lograban las más de las veces acosar a sus asaltantes y vencerlos hasta arrojarlos de la fortaleza! En aquellas luchas figúrese Ud.! cuántas Venus no dibujarían las ropas que de puro empapadas parecían ya incorporarse a las carnes y formarlos un cutis especial. . . Pero ¡qué diablos! el ardor del juego no reparaba en menudencias; y no por eso pasaron aquellas escenas de húmedo pugilato de claro, como el agua que se vertía, a turbio. Las más inocentes risas y chistes las matizaban. La furia de mojar y mojar era cuanto arrebatava los sentidos de jugadores y jugadoras.



Acontecía también que la casa no era forzada, sino que se abría a los luchadores por las mismas damas, mediante un reto propuesto y aceptado en toda regla.

Otras veces se daba el asalto a un balcón. Subiendo unos en los hombros de otros como los saltimbanquis, alcanzaban los hierros y trepaban, no sin sufrir horrorosas descargas a boca de jarro, cascarnazos y empujones; pero trepaba uno y luego los otros, y después de la lucha en el balcón, venía la de la sala, el corredor, aposentos, escaleras, patios, etc., y en este último punto era donde las mujeres desafiaban a sus asaltantes en forma y les hacían por la mayor parte de los casos morder el polvo, digo, el agua, porque allí no había polvos franceses que morder sino muy castiza agua de pozo y muy fría que sorber. Solía resultar que los mismos asaltantes cogieran a uno de los suyos traidoramente por pies y cabeza para entregarlo al furor de las jugadoras.

Gusto daba ver a las señoras en estas pugnas: se salían fuera de su centro; el ardor del juego hacía brillar sus ojos, enardecer sus labios y colorear sus pómulos: sus miradas eran altaneras y retadoras, y el timbre delicado de su voz adquiría la vibración de clarín guerrero. Eran heroínas y estaban sublimes. Lo mismo estarían cuando fabricaban cartuchos sus manos aristocráticas, fundían balas y ponían escapularios al cuello de sus hijos y hermanos para mandarles a la épica conquista de la Independencia, la misma noche del 27 de Febrero y después del 27. . .

Si todo esto era jugar culto figúrese Ud. lo que sería entre la gente del pueblo. Allí cada revolcón en el mismísimo santo todo de patios y calles que formaba el artificial aguacero, valía un Perú; y a veces se corría el riesgo de ahogarse allí al prójimo con honores de vil cerdo. Los hombres entre sí hacíanse también cruda guerra. Pues qué, la fiebre del *San Andrés* se apagaba así no más? Ni con toda el agua del



diluvio, ni con todos los huevos vacíos de todas las gallinas que prohicaron las salvadas en el arca de Noé, dicho sea con el debido respeto.

Unos a otros se derribaban, se almidonaban orejas, boca y ojos, se perseguían, se pintarrajeaban con almagre, se polvoreaban con caliente aserrín que causaba escozor en el cuello y las espaldas etc. Había quien (y no del vulgo, sino gente principal) preparase un gran baño en mitad de su sala, desamueblando completamente la casa antes, y tomase tres mozos de cordel a uno de los cuales colocaba en la puerta y a los otros dos en la próxima esquina a guisa de ojeadores de la caza que había de venir. Un grupo de caballeros asomaba con los cabellos caídos sobre la frente, enrojecidos los ojos, no tanto por el agua cuanto por las copitas que había que trasegar en tan húmedo día, con los cestos ya vacíos, extenuados de fatiga, anhelando ya más el descanso que otra cosa, pues la noche caía a toda prisa; la más mala oportunidad y precisamente la escogida para el chapuzón postrero por los aficionados a dar violentos baños semi-rusos *sumandrécicos*.

Asomar el grupo lacio y descolorido, y caerle encima los apostados galgos, era todo uno. Cargaban con una víctima, y por las puertas le entraban con gran algazara y risotadas, y allá va; zambullíanlo cuan largo era en el maldito baño y allí le sujetaban los forzudos mozos, expuesto el extenuado jugador a boquear dignamente con el *San Andrés* que moría en brazos de la noche, según diría un *pichón de poeta*.

Sucedía, como sucedió, que encaramándose en las azoteas algunos bellacos a mojar descuidadamente a alguien, topasen con un pobre y respetable viejo sentado tranquilamente en su puerta o en la acera de enfrente, y que como viejo al fin creía tener ciertas prerrogativas para no ser mojado como el común de las gentes. Pero ¡zas! uno de ellos le embicaba un buen cubo que desde la altura de una casa terrera bien podría valuarse su volumen de agua en cosa de



media arroba, y esto sobre una calva cabeza! Ahí era la de Dios es Cristo; porque el burlado bufaba y pataleaba y amenazaba, mientras aquellos se iban riendo azotea adelante.

Por la noche ¡oh! por la noche, cuando ésta cerraba, a favor de la soledad y lobreguez de las calles, pues todas las puertas se cerraban y ni una luz brillaba y cada familia se recogía en las antesalas y corredores, temerosa de que la alcanzase un chorrillo de agua de *jeringas*, instrumento admirable para esas horas de oscuridad y general encierro, y a oír cómo llovía sobre el piso, los muebles y las alfombras donde por casualidad las había entonces; por la noche, digo, había como un recrudecimiento de fiebre de mojar al prójimo.

Desdichada la casa que tenía buenos muebles que perder con la clandestina mojada; desdichada la lámpara, no puesta a respetable distancia de los vagabundos, indiscretos y atrevidos tubos de estaño y hojalata; porque si el vigoroso y sostenido chorro alcanzaba sus vidrios o sus mecheros, allí *liquidaban*. Desdichado el aposento por bien preservado de agujeros de férrea cerradura u otros (y cuando no los había *naturales*, diremos, los abrían a barreno); porque el chorro endemoniado y vulgarísimo no perdonaba en el sagrado de él al dueño o dueña (las hembras son las más maltruchas en estos lances) que estuviese desnudándose, matándose las pulgas o en otro entretenimiento de este jaez, o en su propio lecho acostado. A veces, ojos, que no tubos lanzadores de chorros, pegados a los agujeros, descubrían ¡oh profanación! desnudas y mórbidas formas, o bustos de media vida con tentativas de esqueleto. . .

El silencio, la soledad, el ruido estridente y traidor del barreno, el chorro de agua inundando la casa, las carreras, el cuchicheo de los mojadores, las risotadas, y todo lo demás, digno coronamiento de la fiesta del día! No dejaban de infundir cierto temorcito que duraba hasta la medianoche. Percances no faltaban a los desalmados *jeringadores*. Indi-



viduo había de tan recias pulgas que acaso en el acto de pillárselas en el cuerpo, y enfriándole la voluntad un soberano *chisquetazo*, arremetía furioso a una franca, a un viejo machete *de cabo*, a una escopeta o carabina y saliese tras los burladores echando todas las pestes que por cortesés no han podido transigir con el diccionario ni aún tan siquiera con el de la Academia, por ser el más malo de todos.

Naturalmente, no faltaban ni faltan en día de *San Andrés* sus riñas que antes no pasaban de unos cuantos trompazos, pero que ya en esta época de más ilustración (a ver qué tendrán que ver la ilustración y el progreso con los *cascarones!*) son con honores de tiros y machetazos, con apéndices de muertos y heridos. Fuera de que ya nuestro *San Andrés* no es aquel culto cuanto bravío, en que las más nobles damas y galantes caballeros eran los protagonistas del juego; sino el manso, el vulgar y el peligroso que señoras y caballeros desdeñan; cumpliéndose así aquel adagio: *Del agua mansa libreme Dios que de la brava me libro yo . . .*

Y de tal desdén resulta que ya se sale impunemente ese día vestido como cualquier otro y aún sin paraguas (precaución indispensable para el que no jugaba) y ¡cosa rara! se abren los templos en sus novenarios sin temor a un ¡sálvese el que pueda! y aún se ha dado el año pasado función dramática en el teatro de *La Republicana*. Tan poco respeto por la tradicional barbaridad acuátil es signo de decadencia visible de ese juego y acaso revele un grado más de sentido común del que teníamos ahora diez o doce años.

En efecto, el *San Andrés* manso inspira repugnancia y temor; porque las chabacanerías del vulgo y aún de los que calzan levita y son vulgo por dentro y no por fuera, han acabado con el otro, el bravío, el bueno, el elegante *San Andrés* de nuestros antecesores. El caso es que casi nadie juega, y dentro de poco perecerá tan honesta diversión.

Enero de 1889.



## LA ESCUELA DE ANTAÑO

*La letra con sangre entra.*

Máxima de la Escuela de antaño.

Antiguamente, la escuela era pretexto. Además, era inquisición hecha y derecha, y jubilación de ignorantes dómimes y descanso de los papás.

Pretexto de todo; menos lugar donde pudiese enseñarse una palotada de cosa alguna ni fuese capaz ningún cristiano de transmitir conocimientos que no tenía. Patarata!

El dómime era todo un ente raro, un pobre diablo que no debía tener ni dignidad de director moral ni de hombre siquiera, y que **anda mais**, debía estar reñido con el pan cotiçiano. Era, tenía por fuerza que ser ante todo y más que otra cosa alguna, sucursal de represiones y castigos de la casa paterna, y un espantajo en forma para el chico en el tiempo y en el espacio, cuya conciencia estaba amoldada sobre el rigor de las disciplinas y palmeta del inflexible dómime. Así es que el desdichado que tenía la humorada de nacer por aquellos felicísimos tiempos, al dar sus primeros pasos en la vida y en el período de la razón, había de encontrarse el nido del buho con todos los horrores de la noche de ignorancia secular, la escuela de entonces, levantada a alturas de institución benéfica y con honores de santa por la bonachona candidez de nuestros padres, con su famoso lema *La letra con sangre entra*.



Cómo granjeaba en el hogar la evangélica máxima, que por tal la tenían nuestros padres; repetida a cada instante al niño y en todos los tonos, para edificarle y prepararle convenientemente al martirologio de la escolita! Y allí íbamos, a pasar nuestra *vía-crucis*.

El dómine era, como bicho raro, una excepción de los vivientes. Figuraos un hombre medio seco y disfuminado por el hambre clásica, que en fuerza de adoptar todos los visajes de la inflexibilidad más cruel y de remedos inquisitoriales, había adquirido gesto de can, mirar feroz, y logrado endurecer su fisonomía, así como su corazón; porque es cosa averiguada que quien fuese capaz de tener entrañas y de enternecerse y por ende, de no martirizar al educando, no servía para el oficio.

Vestía traje antediluviano: es decir, camisa por lo común de color, arrugada y un si es no es mugrienta, desabrochada algunas veces y las mangas al aire, cruzada o no por los tirantes desvaídos y rotos; pero rara vez o nunca honrada la susodicha prenda siquiera por una mala chaqueta de lienzos. Los calzones, vacilando entre faroles y guardabrisas, pugnaban por subírseles a las rodillas, hechos de una tela burda y ligerilla que amenazaba con dejar entrever los macilentos muslos, flacos de pura abstinencia, sin calzoncillos, porque esos pobres maestros de escuela no gozaban del privilegio de usarlos.

Remataban el traje señoril unas chanclas de cordobán amarillo o morado, modestamente ensartadas en unas medias de algodón ordinario, que cubrían unos pies largos, huesosos, y sin duda no muy limpios; pues es fama que el aseo, así como el bodijo, no fue nunca santo de la devoción del dómine de antaño.

Una silla de palo, vetusta cuanto podía ser y si venía al caso, carcomida de comején, puesta delante de una mesita de pino coja, mugrienta y embadurnada con abigarrados to-



ros de tinta de todas las épocas, adornada a trechos por horribles muñecos que los muchachos pintaban en venganza y los cuales hacían una tentativa de semejanza con el maestro, y sangrada con buenas cortaduras en los bordes por las indicadas cortaplumas, y que por lo mismo dejaban allí su sello, constituía el solio de este Plutón. A un lado y otro de la silla colgaban las disciplinas y la palmeta, sus sabios atributos; o bien veíase sobre la mesa un cordel retorcido, duro y como encerado, que eran las disciplinas, y el cual, según el profundo dicho del maestrillo, *se paraba solo*, de duro que era el maldito.

Dómines había que en vez de mesa desvencijada, o además de ella, tenían por delante una raída banquetta de lana, que también servía de asiento a falta de otra cosa, provista de cigarrillos, yesquero, barajas, cortaplumas con vistas *non sanctas* y otros baratijas; y, habíalos también ¡los muy tai-mados! que a retaguardia, en el aposento, guardaban como oro en paño una botellita de lo fuerte a que de cuando en cuando iban a pedir luces, abrazándose amorosamente con ella y prodigándole unos besos, unos besos, que trascendían luego a la clase. Efusiones alcohólicas que daban por resultado enardecer más su piadoso celo para arrancarle el pellejo a uno.

La escuela era regularmente una piecesita cerrada, que recibía escasísima luz y ningún aire, porque era requisito indispensable que la susodicha escuela estuviese lo más separada posible del mundo de los vivientes, algo así como apéndice de monasterio, y también su poquito de oscura y nauseabunda; sin duda por exceso de previsión, o acaso de saludable rigor. En aquel tugurio estaban ordenados por lo general los durísimos bancos, o a derecha e izquierda de la silla pretorial o paralelos a él, y allí apretados unos contra otros los alumnos. Ocupaba las cabezas de banco o los primeros bancos, según, la primera clase, y a ésta seguían por



riguroso orden la segunda, tercera, cuarta, hasta lo infinito. Librara Dios a alguno que se mezclase siquiera por un instante en clase que no era la suya y menos en una superior! Serviría esto de algún estímulo, no hay duda, y por lo mismo, se era tan celoso en recompensar la aplicación trasegando al muchacho desde la última a la quinta, cuarta, tercera, segunda y primera clase con las solemnidades de estilo, en día sábado y en rígida formación la escuela, o bien *degradando* a los desaplicados, haciéndoles repasar el río, esto es, descender de una clase superior a una inferior.

Semejantes evoluciones no eran, como se ve, de lo peor del repertorio. Silencio, que no se oyese volar una mosca, pero ni una mosca (y ésta era luego la consigna textual, lo que no impedía que quisiesen tumbar la casa cuando daba la espalda el maestro) reinaba en aquellas benditas aulas.

¿Y qué cuando los fijos, saltones y sangrientos ojos del dómíne discurrían por sobre las infantiles cabezas de las *masas escolares* en ciertos momentos solemnes en que se acababa de turbar el orden o de hacer una *ejecución*, o al empezarse a tomar la lección? Entonces era de ver al dómíne en toda la plenitud de su olímpica severidad, rodeado de un como nimbo de respeto temeroso y forzado; mientras los muchachos, disimulando con el libro pegado a las narices, pero sin osar levantar los ojos, le echaban maldiciones por almudes. Porque moralmente, era una corriente tal de simpatías la que se determinaba entre maestro y discípulos, que aquel habría deseado los más de los días que estos hubieran tenido una sola asentadera para sajarla de un rebencazo, y éstos cuando menos que a aquel le hubiese tomado una parálisis por más de la mitad del cuerpo, sobre todo quedándole bien inutilizado el brazo derecho. A dónde aquella solitud paternal y afecto, que es lo que precisamente caracteriza la escuela moderna!

La disciplina escolar, según las muestras, era de lo más atroz, bárbaro, inhumano y absurdo que se pueda imaginar.



Ella exigía que se estudiaran o repasaran las lecciones en alta voz con una tonada monótona y fastidiosa que era un cacareo de gallinas o golpes acompasados sobre el yunque que se oía a leguas, y oído el cual, podía el caminante o el transeúnte decir: *por allí hay una fragua*; porque, en realidad, fragua y escuela de antaño era todo uno.

Si un infeliz interrumpía el lúgubre silencio que debía reinar, caía sobre sus espaldas un chaparrón, inmediatamente, o si no inmediatamente, quedaba marcado para cuando concluyese la clase. Había de saberse de coro y retabién la lección de memoria, porque si no, o se recibían incontinenti cuatro palmetazos, o se enviaba a uno al rincón, casi siempre vuelta la cara a la pared, o se le ponía de pie en medio de la sala a estudiarla como un becerro hasta que de puro machacar, la daba como un papagayo; y el darla como papagayo era sabérsela perfectamente. Otras veces se *quedaba* el desaplicado muchacho, despedida la clase, en castigo de no ser memorioso.

Los castigos... Haceos cargo de los castigos, cuando la escuela misma y la presencia del ceñudo dómine eran de por sí castigos fieros para la alegre y bulliciosa infancia. Escuela y dómine, ambas invenciones del peor género, habíanse fríamente calculado para estar en completo desacuerdo con la naturaleza y en perfecta oposición con la tierna índole del niño. La escuela era el lecho de Procusto a que debía sujetar éste sus naturales inclinaciones y el desenvolvimiento de su carácter; y ella había de contribuir necesariamente a su corrupción moral: y en cuanto al otro, era el representante neto de la idiosincrasia social, del despotismo, de la absorción del individuo por las preocupaciones y la más crasa ignorancia. Sin embargo, hay que darle su adarme de justicia. El tal dómine era por lo general en su casa un hombre bueno, un excelente ciudadano y *paterfamilias* (aunque a veces de lo más atrasado y más bestia de la creación), y mientras más rígido y brutal se manifestaba, mejor creía



cumplir con un deber sagrado, y también lo creían así los padres a pie juntillas. Aquellos tiempos! . . .

Pues los castigos eran de lo más variado y sabroso que humanas carnes hayan soportado. La palmeta era castigo, digámoslo así, aristocrático. Se aplicaba más a los grandes que a los pequeñuelos, y esto, con cierta grave solemnidad. ¿Fulano se hacía merecedor a un castigo? Pues bien; condenado ya (sin ser oído) se llamaba a Fulano a la mesa pretorial, se ponía de pie el dómine, empuñaba la palmeta de modo que le llenase la mano, vibrándola antes ligeramente para asegurarse de la precisión del golpe, tomaba luego las puntas de los dedos de una mano que le alargaba medrosamente la víctima, tratando al mismo tiempo de huirla de la *quemá*; levantaba aquel la palmeta, caía ésta como el rayo sobre la abierta mano y sonaba el fatídico ¡plas! que hacía temblar la escuela. Probábase en este caritativo ejercicio el temple del muchacho: si era valiente, o soberbio, alargaba sin pestañear la otra mano, y luego la otra y la otra, sin más muestras de que era persona humana el apaleado que algunos resoplidos, hasta quedar saciada la ira del maestro o cumplida *ad pedem literae* la fatal sentencia. Si era flojo el chico, allí era el ocultar la mano y el retorcerse y el lloriquear y el clamar al impávido verdugo: *Maestro, no, ya, ay maestríco, por su madre!* Pero la compasión no se hizo para escuelas de antaño. Qué había de hacerse!

El niño sabía muy bien que estaba condenado al eterno aguante: que él había nacido para la escuela, es decir, para la palmeta y el *fuate*, como la escuela, los dómynes, los palmetazos y los rebencazos tradicionales habían sido hechos para él. Y no tenía más que aguantar con alma, vida y corazón; o morirse! Lo que no quitaba que el picarillo buscase algún medio de burlar o atenuar siquiera los rigores de las tollinas de ordenanza, colocando una pestaña que la mano en el momento de alargarla para que la palmeta saltase en astillas o untándose ajo, o bien forrándose de libros y



pizarras para que el vergajo no tuviese donde hacer presa. La verdad es que yo, que ardientemente deseaba ver el milagro de saltar una palmeta no lo logré nunca; y lo que sí hice fue contribuir a dar con ella en una letrina, y ocultar el látigo entre matas de *cundeamor*.

Había palmetazos y latigazos al por mayor y al granel: los había individuales y colectivos, es decir, por filas cerradas, en que fríamente el dómine pasaba revista a manos y espaldas, como un fusilamiento en masa; y en fin, los había de todos los modos y estilos apetecibles.

Pero lo bueno, lo fenomenal era ya cosa más decente y escogida. Delinquía un hijo de su madre, grande o chico, pero de un modo digno de la escuela.

—A ver; que cuatro me cojan a *ese* (estaba excusada la urbanidad entre maestrillos) *y al banco!*

Decir *cuatro* era como pedir un cabo cuatro números, y decir *al banco* era como decir en Rusia *al Knout*.

En efecto, cuatro robustos jayanes cogían a la víctima, y si forcejeaba, peor para sus huesos, que corrían riesgo de fracturárseles; apeábanle los calzones (moral de escuelas de antaño!), le fijaban acostado boca abajo sobre el banco como con garfios, acudía el jayán en jefe, atufadas las narices, que olían ya la chamusquina y se gozaba previamente en ella como el tigre con la sangre que va a derramar, descompuesto el rostro, alzadas las gafas sobre la frente, medio abierta la camisa y expuesto a las miradas el velludo pecho, arrolladas las mangas como un carnicero, y en alto el erguido vergajo. ¡Zas! rompía el aire zumbando el latigazo y crugían las carnes del mártir. Revolvíase, bufaba, se sacudía, mordía, maldecía, gritaba, se ponía cárdeno, ¡nada! llovían azotes como granizo y quedaba el chico hecho un santo Cristo. Hubo quien, como yo, saliese con una apostema en una pierna, cuando sólo tenía ocho años de edad!

No acababa ahí el programa, como se ve, bastante variado, de los castigos *extra* y de pacotilla; porque no hemos



hablado sino de los golpes aplicados *secundum natura* es decir, a vergajo limpio, no provisto de gusanillos o puntas de alambre, como disciplinas de penitente. Ya esto era más elevado, más *chic*.

El castigo grande, notable, que decidía de la corrección de cualquier bergante (y de su salud también), castigo que aún tenía su estética (pues no faltaba más sino que no tuviese su estética, como todo, la escuela de antaño) era el hacer un desbocado una gran cruz con la lengua en el suelo: y no a medir por pulgaditas, sino por buenas varas castellanas. Obligábase pues al pillastre, eso sí por un desliz muy gordo, o aunque fuera inocente ¡qué diablos!

Un inocente más, qué importa al mundo! a hacer su cruz en el santo suelo; y no había más que cebar y tirar, o sea salivar y mojar a qué quieres boca. Eso fue en un colegio dizque muy cristiano.

Había otros castigos raros y de menor cuantía, como era poner a un niño en la puerta con un letrero irrisorio para que los mismos compañeros y los vagos de la calle ¡qué salvaje crueldad! hiciesen burla de él; hincarle con los brazos abiertos en cruz, y a veces añadiendo sendos pedruzcos en las manos, o con los pantalones levantados sobre arena o sobre una hojalata picada, o sea un *guallo*. Hasta dicen que en tiempos bárbaros, con relación a nuestra escuela de antaño, ahora treinta años poco más o menos (qué tal sería esa edad de oro!) solían colgar de una viga a un infeliz, izándole por momentos como si fuese jamón wesfaliano. Lo de encerrar en un calabozo oscuro y hediondo por un día o una noche, a pan y agua, y aún por dos, tres o varios; dejar detenidos todo un día y a veces con su primanoche entera sin probar bocado, y no pocas veces arrodillados y otras rezando a vista de un altar o de un santo de palo, muertos de debilidad, a unos pobres niños de once años para arriba que luego se retiraban a sus casas tambaleándose de pura debilidad o enfermos, todo naturalmente a satisfacción de



la familia; era tortas y pan pintado comparado con los grandes castigos moralizadores, regeneradores y edificantes. Esto último era una cosa tan ligera, que no pasaba de una dulce reconvención. ¡Quién se iba a quejar de eso!

Cualquiera puede recordar a una especie de dogo, un viejo perro de aguas, venido de no se sabe dónde, que casi en estos mismos tiempos, pues que todavía hay reminiscencias de la escuelita antigua y gente que le gusta cascar al hijo del prójimo y tomadores de lecciones de memoria, holgazanes y brutos a carta cabal, a pesar de estar los Ayuntamientos y las Juntas de Instrucción Pública y la prensa amenazando con la ley que prohíbe los castigos corporales, todo el día se paseaba, garrote en mano, por delante de los muchachos y a quienes manejaba a gritos, a golpazos sobre las mesas con el palo, a repiques de punta y filo sobre las cabezas. Este tal convertía la escuela en salas de cuartel, en manicomio o caballeriza en que los muchachos, atados al libro, no podían mover pie ni pata, y aún por eso eran más tremendos. Caso llegó en que, estando en formación toda la clase, en número tal vez de sesenta o más niños, hubo de imponer orden y querer alinear bien la gente, lo que no podía lograr, y sin pararse a corregir a determinados individuos, o a diezmar las filas, arremetió por el sistema de fusilamientos en masa, desde un extremo de la línea, y corriendo el garrote al nivel de las canillas, hizole rodar así hasta el extremo opuesto, estropeando piernas que era una bendición, pero eso sí, *metiendo en cintura* a todo el mundo. Inventiva para martirizar como esos dómynes no la tuvieron a la verdad los Torquemada ni los Domingo de la Calzada!

Tampoco desconocía el cancerbero aquello de las horcas caudinas, porque en su fecunda inventiva, un día imaginó meter las cabezas de los alumnos bajo la mesa, quedándoles así el cogote pegado al borde inferior de ella y las espaldas a discreción de sus golpes.

No padecía la vergüenza en la escuela de antaño; al



contrario se aquilatava, como todas las facultades (y las asentaderas) del individuo. Cogían bonitamente al pobre chico y “porque no te sabes la lección” y “porque eres un desorden impenitente” etc., pegábanmele un gorro con plumas de gallina, poníanmele en las manos una escoba, y me lo plantaban en la puerta de la calle, o en una ventana, o lo sacaban irrisoriamente por las calles con un jayán que lo vigilase. De un gigantesco indio de la Goagira me acuerdo yo que hacía este oficio en un cristiano colegio de esta ciudad.

¿Y la revista del aseo? Era de lo más curioso e interesante de los programas tontos de la de antaño. Los sábados (era consigna que nadie debía olvidar), conforme iban llegando los alumnos encaminábanse a la mesa pretorial donde el dómine, ya en ese día medio aseado él mismo, vestido de limpio, con o sin la siempre ausente chaqueta y las greñas un tanto reducidas a la obediencia merced a una pomadica hecha ex-profeso con sebo de vaca curado y a un peine caritativo, lujo que se permitía sin duda para dar el buen ejemplo, donde el dómine, repito, muy tieso y grave procedía a riguroso examen; mientras los demás, perfectamente alineados en sus bancos sudaban sudores de muerte, y los que no las tenían todas consigo, frotaban con saliva orejas y manos y se roían las uñas o las limpiaban sabe Dios cómo.

—Las orejas! ordenaba la voz del dómine con la gravedad y cómica solemnidad que el caso requería.

Presentaba el chico las dichas, y tal era lo que se miraban y remiraban volteándolas como hoja de libro, que ni al microscopio.

—Las uñas!

Estiradas las diez uñas en uniforme plano horizontal, habíalas el impertinente examinador de ver brillar de puro estregadas y recortadas.

—Los pies!

Aquí era el desenvainar pies de todos calibres, con me-



días o sin ellas, limpias, aunque rotas o remendadas. Es fama que de vez en cuando olíalas el maestro, fiel a su programa limpiador, como la Academia Española, por si querían pasarle contrabandos.

Quien no tenía orejas limpias, se llevaba dos tirones que podían arrancárselas (\*), y uñas idem, un reglazo firme y sonoro ¡díganme, de tales manos! Sobre los mismísimos dedos cogidos por el maestro a guisa de manojos. Terminada la desaseada revista (y eso que faltaba el maestro en persona, que ahí era que habría que ver!) se rezaba la doctrina o se hacía cualquiera otra majadería; se amarraban *corbatas de yagua* a los que las habían olvidado, y se atendía a otros menesteres así.

Había de todo en el catálogo de la escuela de antaño, para todos los gustos. Cuantos tormentos inquisitoriales podían inventarse para mortificar las carnes, la paciencia, la inocencia, el pudor, la santidad de la infancia! . . .

Como era de esperar, no siempre para el impasible dómine había de ser todo vida y dulzura. El irascible temperamento de no pocos alumnos, incapaces de sufrir golpes y vejaciones, y la escasa paciencia de algunos padres de familia (que eran habas contadas), daba lugar a incidentes cómicos y semi-trágicos de que no salía el dómine muy bien librado. Mocitos hubo que se encararan con él, que se resistieran a ser azotados, que le endosaran ternos y tacos valientes, y que, arremetiéndoles aquel, le recibieran a patadas y a trompis o con él se enredaran en porfiada brega. Hubo ya quien le amenazara con un pistolete destornillado de los que por acaso podía haber entonces a la mano un muchacho o le enseñara una navaja; quien le disparase tinteros a la cabeza y aún buenos pedruscos. Alguno que otro padre de familia, cuyo hijo había salido apostemado por aquella sabia mano,

(\*) Todavía hoy se citan individuos que tienen desprendida alguna oreja, de resultas de tirar de ellas el maestro en castigo de cualquier falta, que era lo más común y corriente.



no paraba hasta personarse en la clase, insultarle, amenazarle con llevarlo a un tribunal, o cuando menos con pegarle un tiro. Todo lo cual llovía sobre la resignada cabeza del dómine como aguacero de Mayo, tanto más horroroso cuanto que todo era hacer él gracias, sufrir las ajenas costillas y celebrárselas los papás.

Así era que no había ideal para éstos como el pensar que podrían, aunque fuese *cundo grandes*, romperle un ojo al maestro en justo desagravio de tanta injusticia. Hay quienes hoy, ya padres de familia (lo he oído con mis oídos) al recordar eso, querrían hallarse de un golpe en aquellos tiempos, sólo por el placer de pasearle la costilla a su sabor al que fue su maestro, en recompensa de lo mucho que hizo por su perfeccionamiento intelectual y moral.

Hasta el espionaje se hacía ejercitar allí para enseñar también a aborrecerse los hombres desde sus primeros años, y a ser serviles. ¿Sabéis cómo? Por el sistema que llamaban de los *decuriones*. A son de mantener aquel orden artificial y violento, encargaba el dómine, cuando se ausentaba, acaso al mejor de la escuela, acaso al peor de ella, de la conservación de la paz varsoviana. Y el decurión, redomado canalla tal vez, hacía con cualquier pretexto víctima suya al que no quería bien, al que en alguna ocasión le había *acusado* o *apuntado* desempeñando el propio oficio. Y de aquí una serie de malas voluntades y de rencores que han durado parte de la vida, porque muchas veces habían tenido origen en una flagrante injusticia de esa índole, a lo que se añadía el exagerado celo del *decurión* y el deseo de halagar al maestro, y este empeño del *decurión* rebajaba su dignidad porque le hacía servil, aún a costa de ser injusto.

Esas faltillas leves daban ocasión para que el dómine repartiese palmetazos y latigazos como granizo a justos y pecadores, y se enconasen los rencorcillos.

Miserias! Pero no ¡qué digo! admirable organización de la escuela de antaño! Los padres de familia no dejaban de



contribuir a ella, quitando y poniendo, según ellos decían, a sus hijos de una escuela en otra, o porque no aprendían nada ¡como si en esas benditas *fraguas* se pudiese aprender cosa alguna! o porque el maestro *no pegaba casi*, o por el mejor gusto de trasegar al muchacho de la escuela del señor Fulano a la del señor Mengano, pues recorriendo las existentes sin duda aprenderían más, lo que también es auténtico.

He aquí ahora la pintura de algunas de estas escuelas, que acabarán de dar idea cabal de cómo estaban constituídas.

Estas eran, diremos, como excepción de la regla, o más bien, matices más fuertes o más débiles de la de antaño. En la que se consideraba la mejor en su género, (el *summum* escolar) sólo se enseñaba francés, todo en francés, hasta el modo de andar; pero no por eso faltaba en casa del famoso *Monsieur Charles*, sino al contrario, estaba multiplicado por el cuadrado el rigor clásico, la cara *feroce*, los rugidos tigrinos desde un hondo aposento frontero a la sala escolar, y la prohibición napoleónica de no volar allí moscas ni para un remedio, y mucho menos, de menear pie ni pata, con aditamento de *¡Ah! matin, ¿qué est que tu fait?* Aquella escuela, tenida como modelo, o Normal de su tiempo, era un claustro (y por cierto que la sala no tenía más que ventanas enrejadas y era oscura y por lo menos húmeda y criadero de alimañas) o un cementerio o en fin, un regimiento prusiano en correcta formación. Aquello sí era bueno, excelente; pero eso sí, cuenten los que quedan, que son naturalmente los que mejor manejan aquí el francés, y eso siquiera dejó la escuelita antigua, si había bellaquerías y se inventaban bellaquerías que no han tenido precedentes ni igual en semejantes escuelas, no bien el maestro iba a buscar luces en el dulce retiro de una hamaca! . . .

Por el estilo, aunque menos autorizada, era la escuela que llamábamos del Sr. Trujillo, única escuela liberal que hemos tenido aquí en tiempos tan calamitosos como los de nuestra infancia. Allí discurrieron mis últimos años de au-



las y es la de la única ¡cosa estupenda! de la cual conservan los que a ella concurren, gratos recuerdos; porque allí, en vez de cara *feroce*, ni palmeta ni vergajos había la bonachona ignorancia del maestro mezclada a una buena dosis de paternal confianza y una libertad que rayaba en licencia para estudiar y estar en clase. Allí no podía haber hipocresía ni horrendas bellaquerías, ni silencio despótico, ni *decuriones* ni revistas desaseadas, ni nada de esa levadura maldita de la escuela de antaño. Concluida la clase, dada la lección, que si se sabía bien y si no también, pero que se explicaba (y por tanto allí sería que se usó por vez primera el sistema explicativo), a jugar al patio, así fueran las tres de la tarde. En cuanto a plan de estudios, privaba la enseñanza del francés y el inglés sobre toda otra, y la gramática castellana explicada y lo mejor explicada posible: allí no había textos que valieran en materia alguna; ni Ballot ni Herranz y Quiros, ni Fenelón, ni Urcullú, ni Chantreau, ni Noel y Chapsal ni Smith, aunque todos servían para chapurrar en francés, inglés y español. El liberalismo llegaba hasta esconder un libro de geografía, que era lo único que una vez por semana se daba de memoria entre un montón que tenía el maestro por delante, y en sus mismas narices se hacían estos fraudes amistosos. En aquellos bancos no se oía más que el *I have, You have, he has, je suis, tu est, il est, etcétera*.

Unico caso de que discípulos de entonces estimasen y respetasen de veras a su maestro, ese fue; lo que no impedía que de cuando en cuando sonase en su boca un *daim rasquil* u otro mal terminacho en romance, o algún mal hábito, y el consiguiente tirón de cabellos o amagos de patadas de unas piernas larguísimas; pero ¿iba Usted a buscar nada completo en aquellas escuelas de Cristo? Otra escuelucha había en que el respetable profesor, que seguramente no había nacido ni siquiera para escuelas de antaño, no obstante ser hombre entendido, era hasta tartamudo; pero eso sí, colgaba su bue-



na *cabulla* en el ángulo del respaldo de la silla pretorial, aunque más por intimidar, porque el pobre viejo de puro enclenque quería caerse a cada latigazo que soltaba. Mucho becerrear era cuanto exigía, es decir, al cacareo aquel, y lección de memoria, si cortísima con su correspondiente doble marca de lápiz, bien sabida. Por lo demás, poquísimo francés e inglés para dos o tres *de los grandes*, asignaturas principales, que se reducían a trasegar a Ollendorff del texto a la memoria, de ésta a una pizarra, la parte extranjera, para ponerle luego la traducción, y *finis opus*. Con esto y mascullar la tabla en inglés (idioma que tenía allí la preferencia, por ser él medio *inglesado*), ya sabía Usted un idioma! Y después, al patio los de la primera a pelar cañas y a fumar cigarrillos de La Habana. Buenos ratos; ¡vive Dios! que nos resarcieron de las pasadas *crujías*.

Un rasgo gráfico para concluir con el capítulo de horrores de la escuela de antaño.

Venía el maestro, por ejemplo, de casa de la *maitresse* a las once de un día de buen sol, de muy mal talante, o porque estuviese chispo, o porque se la pegaran o *véase qué*, como aquí decimos y deseando tener algún pretexto para desfogar su mal humor, cogía cualquier libro que a mano tuviera, lo abría al azar, y se ponía a dictar tres o cuatro páginas; luego cerraba el in-folio o el 4o. mayor y recomendaba que se trajesen sabidas esas páginas *de memoria* para las dos de la tarde; o que si no. . . Esto, en la estación calurosa y maleante de estos climas, durante los meses de julio y agosto, pongo por caso, a esa hora canónica, pesada y soporífera, como al fin hecha para bien comidos canónigos, y lección de memoria por añadidura, era empresa *ardúa*, como dijo un discursante en cierta ocasión solemne, leyendo un discurso que no era suyo. Los pobres muchachos llegaban a sus casas desalentados, condenados a muerte, y ni aún comían con el disgusto, el susto y otros consonantes, y en vano sudaba el meollo por encajarse en la cabeza aquellas páginas indi-



gestas, producto infando del alcohol o las calabazas. Total, que desertaban los más a la hora de la prueba heroica, y los que se atrevían a arrostrar esa gimnástica del diablo, arrostraban con valor de mártir la soberana tunda que les tenía aparejada el inmoralísimo dómine; y porque pensar en saberse aquellas páginas era pedir guindas a la Tarasca.

¿Y los textos? Los textos! Esta era la piedra angular de la institución. Sin los textos no podría concebirse la escuela de antaño: como que ellos eran la ciencia infusa, la pedagogía ¡qué sé yo! Y es lo bueno que para entonces ni textos había. Raros y de subido precio, como no se conocía otra librería que la de Sardá y llegaba un buque al año de España, que era de donde podían venir libros cabalmente los que podía consumir la actividad intelectual (y de los dedos) en los doce meses. Estos eran *El Silabario*, *Elementos de todas las ciencias*, *el Rueda*, *Gramática de Ballot*, *el Fleury* o sea *Historia Sagrada*, *el Catecismo de Ripalda*, etc.

En cuanto a sistemas de enseñanza consistía en el deletreo y lectura de procesos para ejercitar al niño en descifrar caracteres enrevesados y en escribir *palotes de gordo y de fino*.

La mitad del tiempo transcurría en este aprendizaje mecánico; aunque a decir verdad, salían buenos pendolistas, lo cual echan algunos todavía de menos. En materia de número, mucha tabla, quebrados, denominados, reglas de tres, de interés y compañía. La enseñanza religiosa que no debía faltar, so pena de atraerse el estigma de la autoridad eclesiástica y civil y a más el aborrecimiento de los padres y de los pontífices con levita, constaba de doctrina cristiana y rezos, y a veces de confesión y comunión por pascua florida. Un poco de mala geografía universal y en algún colegio nociones de la patria y ejercicios sobre el mapa, con mucho texto crudo de gramática castellana latinizante, y en una que otra escuela, los consabidos estudios de francés e inglés.

Ya últimamente se enseñaba retórica en algunos cole-



gios de mucho bombo y pocas nueces. Retórica oh! . . . Por supuesto, la de Hermosilla, sin entenderse bien los mismos quedaban lo que ostentosamente llamaban la clase de *literatura*. Así pretendía un director de colegios, que sus alumnos más adelantados, con un tinte de gramática de Bello (que tampoco entendía el director) y la retórica susodicha, se ejercitasen en escribir ¡en escribir, señor! dándole temas fáciles. Y los muchachos, a quienes se les había indigestado la poca ciencia allí aprendida, figúrese Usted si estarían para literaturas! En fin, engañaifa para todos los interesados, incluso el director.

Pero ahí venían los exámenes. Preparábase la cosa con seis meses de antelación, para lo cual se adiestraban los muchachos en pintar letras en sus cuadernos, engalanados por la madre o la hermanita con cintajos de todos colores, seguros maestros y discípulos de que habían de quedar muy satisfechos los padres del progreso caligráfico de sus nenes. Item: se les hacía machacar algunas lecciones de memoria y repasar cuentas; y el día del examen se presentaban muy limpios y en orden, contestando como papagayos a lo que les preguntaban los que estaban en el secreto, y encogiéndose y callando como muertos si cualquiera otro les cuestionaba. Aquí estos versos de Ricardo Carrasquilla. . .

Después, mucho beso y abrazo de los padres y enhorabuena de los parientes, hasta el día de la repartición de recompensas en que vendrían los discursos soporíferos del director y de los ayudantes, incluso el del maestro de francés que pronunciaba como un chino *Monsiú yapó* (chapeau) y los preparados *ad hoc* en todos los idiomas vivos y muertos para que los recitasen pedantescamente los mocitos; y dulces y confites, y brindis y música y baile, y sonrisas frescachonas del director, y apretones de mano, y agur y hasta la vuelta.

Esa candidez de nuestros padres hacía más estragos que la escuela. Creían a puño cerrado que lo que no salía de



esos bancos, no salía de ninguna parte: que allí se formaba el hombre útil, el sabio, el carácter, el corazón, todo; y por consiguiente, que lo único de que habían menester sus hijos, para salir hombres completos, como los pueblos, era rigor, rigor y rigor. De ahí la idiotez del dómine, que como la sociedad, estaba dispensado de pensar sumido en tenebrosas preocupaciones y la más grosera ignorancia. Los padres se alegraban de que les agolpeasen a sus hijos, tan maltratados siempre de razón como de carnes! “El maestro te pegó?” decían, pues arriba te voy a dar otra. Aprender o soltar el cuero! Y cuando venía un muchacho con una oreja desprendida, abierta la cabeza o apostemado, entonces se encogían de hombros como ante los inexcrutables designios de una Providencia, y a curar al muchacho, si este no se moría de las resultas como hubo casos.

Y aquí termina ya este largo proceso de la escuela de antaño.

Más valía entonces nacer para carbonero!

(1889.— Del manuscrito inédito, Biblioteca de E.R.D.).



## LA HERMANDAD DE LAS ANIMAS

Era de ver y oír aquello.

Cuando aún hoy se puede formar triste idea del estado semi-colonial en que viven nuestras grandes poblaciones, sin contar el de semi-selvajismo en que yacen sumidas las de último orden, qué no sería entonces, cuando ni había una miserable candileja de éstas que ahora nos alumbran en las primeras horas de la noche como luciérnagas entre unas ruinas, ni rodaban muchos coches de los raros, monumentales y pesadísimos que algunos ricos poseían, ni tampoco tranvías, ni cosa alguna daba señales de vida culta y moderna; sino que todo tenía el sello inflexible de los tiempos coloniales, con su reata de preocupaciones sociales y fanáticas creencias!

Figurémonos aquellas costumbres, que no obstante, tenían mucho de sencillez y óptimo grado de honradez suprema.

En el antiguo templo de San Nicolás, que, como todos saben, edificó la piedad o la presunción del Comendador Ovando, quien le dio su nombre, edificio hoy en ruinas que se ve al norte de la calle del Estudio, enclavado junto al antiguo hospital que se llamó del mismo modo, alineados ambos a la siniestra mano bajando de la cuesta de La Altagracia; hará unos treinta o cuarenta años, que los lunes en la noche reuníase un grupo regular de hombres de edad ma-



dura, de los de capa y espada, honrados ciudadanos a carta cabal, traficantes o artesanos muy dignos, en su mayor parte del pueblo.

Eran personas todas de respeto, lo que no les impedía salir noche por noche a beberse las densas sombras que envolvían en tan benditas épocas la noble *Ciudad Antigua* desde el punto del toque de oraciones, que sea dicho de paso, rezaban muy devotamente con toda su familia poco antes de la abundante, sazónada y bien oliente cena criollesca, a buscar aventuras, la capa enrollada al izquierdo brazo y la esgrima de tres cuartas, pesada y tosca, de ancha taza y fuertes gavilanes bajo el mismo. Y acaecía que eran grandes cantadores y trovadores populares, que glosaban *en porfía a lo divino y a lo humano* y que por quitame allá esas pajas se cruzaban cristianamente buenos mandobles, sin que nunca se derramase una gota de sangre.

Era, en suma, gente en regla, sin doblez ni egoísmo, hombres hechos de una sola pieza, y que en nada se parecían a los enfermizos y mal aconsejados ciudadanos de lo presente.

El grupo que acudía los lunes en la noche al templo de San Nicolás componía la venerable *Hermandad de las Animas*. Consistía su devoción en salir de allí al toque de las nueve para recorrer las desiertas calles. La hora era la más oportuna para provocar cierto religioso temor e infundir la devoción de que iban bien provistos; pues júzguese lo que serían para entonces esas tétricas campanadas de las nueve, cuando aún hoy es señal para recogerse la mayoría de las familias y para dar principio rezos piadosos, y hora en que comienzan los misteriosos miedos de la noche.

Dadas las nueve, y apenas vibran por la tranquila ciudad los acompasados, roncós y monótonos sonidos de las campanas de la Catedral, a dúo con las de otras iglesias, sin excluir las del mismo San Nicolás, cuando la *Hermandad* se ponía en campaña. Armábanse de sendos faroles recu-



biertos de hojalata picada que escatimaba la soñolienta luz de los cabos de cera, y ordenados en filas y precedidos de una esquila que manejaba uno de ellos que servía de guía, desfilaban así hasta llegar a la primera esquina. Entonces el de la esquila daba tres golpes tristes y fúnebres y gritaba a grito pelado para que toda la rezadora manzana se previniese, con voz cavernosa de bajo profundo que *ex-profeso* se guardaba para esas solemnidades: *Un padre nuestro y un avemaría para las benditas ánimas del Purgatorio.*

*Quilín, quilín.* E inmediatamente la procesión respondía en tono más bajo pero sacando la más profunda y cavernosa voz que podía, lo que la asemejaba a un enjambre; *Padre nuestro &*.

*Quilín, quilín,* seguía sonando la fúnebre esquila, y seguía repitiéndose el piadoso ejercicio en todas las esquinas.

Muy conforme con las sanas costumbres y prácticas de entonces, la cosa no tenía de malo sino que azoraba de un modo horroroso a los pobres niños, que oír la esquila y el confuso retumbar de las roncadas voces y meter las orejas en el regazo maternal o en las sábanas era todo uno. ¿Y qué? de menos se asustan los hombres de hoy.

Dicen que era curioso el aspecto de aquellos buenos viejos. Bien rebujados en su capa, o cruzada oblicuamente sobre el pecho, destocados, y los que no tenían algunos mechones de pelo que exponer al relente de la oscurísima noche, cubriendo sus venerables calvas con un pañuelo de los buenos de Madrás o con un gorro de dormir de seda negra, que era cosa que todo el mundo gastaba; iban con mesurado paso recorriendo sus estaciones, muy penetrados de que hacían una obra de misericordia.

Lo cual, al decir de las crónicas, no quitaba que, terminada la procesión, y dejados faroles y esquila en alguna capilla de la supradicha iglesia, de esa hora en adelante envolviesen su capa sobre el brazo izquierdo sin temor ya al sereno ni a las ánimas del Purgatorio ni del rey abajo a



bicho viviente, y puesta la de ancha taza bajo el brazo, se largaran a buscar *velorios* y aventuras, o a discurrir cual pacíficos fantasmas por entre las sombras espesas de la muy noble villa.

Buena vida! voto va! buena vida la de aquellos tiempos y aquellas Hermandades.

Enero de 1889.

(EL TELEFONO, S. D., No. 318, abril 28 de 1889).



## COSAS DEL TIO PERETE

El tío Perete había nacido en el año de desgracia de 1801, en los momentos en que el Gobernador de la parte española, Don Joaquín García, por miedo o exceso de debilidad, franqueaba la entrada de la ciudad al ogro de Occidente, al invasor Toussaint L'Overture; de manera que el primer grito que anunció la venida al mundo del tío Perete se confundió con los gritos de esta sociedad atribulada por tan infausto acontecimiento; tenía pues el tío Perete en la época en que le conocimos, 15 de Febrero de 1886, ochenta y cinco años, y no obstante su edad octogenaria era de una naturaleza privilegiada, conservaba íntegras todas las facultades de su espíritu (\*).

El tío Perete era un archivo viviente, un antropologista, pues conocía las familias española, la francesa y la haitiana que representan tres dominaciones distintas en esta tierra, después de extinguida la generosa y valiente cuanto infortunada raza de los aborígenes, sin contar con la anexión a la metrópoli española realizada en 1861, ni con las innúmeras revoluciones que han surgido en el país después

---

(\*) Este artículo apareció en **El Teléfono**, S. D., en mayo de 1889, con el seudónimo de **Nemófilo**. No tenemos la certeza absoluta de que sea de Penson. En el mismo periódico, edición del 3 de junio del citado año, apareció otro artículo con igual título. Comienza "Buenas tardes...".



de la gloriosa epopeya continuada en la célebre montaña de Capotillo; revoluciones que hasta ahora no han tenido más justificación notoria que mudar de hombres.

El tío Perete, personalidad distinguida, inspiraba respeto; era la representación de todo un período histórico: alto de estatura y flaco como espátula de boticario, cara ovalada con pómulos sobresalientes; frente espaciosa donde principiaba una ancha y reluciente calva; ojos pequeños y vivos que se movían intranquilos dentro de su órbita; nariz a guisa de pico de águila, que sostenía enormes antiparras, y boca bastante deprimida por falta de los dientes; el tío Perete no era lampiño, pero su rostro estaba siempre terso, gracias a la diestra mano de un Fígaro que lo afeitaba tres veces por semana.

Nuestro personaje en eso de modas era un rezagado de nuestra época culta y elegante, vestía con arreglo al figurín del año 1811, en que reinaba el amado monarca Fernando VII, el deseado; camisa blanca con gregorillo de fina batista y de cuello largo y puntiagudo; oprimía su garganta enorme corbatín que asemejaba más a dogal de ajusticiado que a prenda de adorno; pantalones estrechos como fundas de quita-sol; zapatos de paño, corte bajo, levitón largo y abrochado a usanza de cofradía, sombrero alto de pelo negro, y un bastón que habría causado celos al mismísimo Hércules.

Como buen católico la ocupación diaria del tío Perete, era por la mañana asistir a misa y a todos los oficios de la iglesia; por la tarde se le encontraba en la alameda sentado próximo a la peña conocida con el nombre del *Púlpito*, contemplando el mar y entretenido con los pescadores de *caña* que concurren a ese sitio con extrema regularidad; ahí le conocimos; ahí oímos las primeras relaciones tradicionales de esta isla hechas por ese hombre reliquia, oráculo de un siglo, historia viva de casi dos generaciones.

—Santo Domingo! exclamaba con tristeza el noble y venerable anciano, quien te conoció y te vé ha de perder el



juicio si no tiene fuerza de voluntad bastante para sobreponerse a las evoluciones del tiempo.

Qué cosas, señor, pasan en esta bendita tierra...! y yo vivir para presenciarlas!

Supónganse Uds., —nos decía a varios jóvenes— que allá en mis días, en mis mocedades, Santo Domingo era el pueblo modelo por sus austeras costumbres, por sus hábitos sencillos, y porque sus moradores eran pacíficos, ejemplos de honestidad y de virtudes. ¡Cuán distinta de aquella que fue Primada de las Indias y nuevo aerópago del saber humano!

Entonces no había alambres habladores que divulgaran el pensamiento de un polo a otro polo, ni tranvías tirados por caballos escuálidos que se mueren de inanición; ni esos libros que hablan de astronomía, de las *pléyades*, del *cinto de Brión*, de *Venus*, de *Marte*, y de estrellas fijas y de estrellas de primera magnitud; ni de líneas mixtas y quebradas, ni de ángulos ni de terrenos volcánicos y de aluvión; ni de derecho constitucional; entonces no había tales libros y si los había, ocultos estaban a las ávidas miradas de los profanos; pues nunca los leí ni ninguna persona docta me hizo referencia de ellos; y sepan Uds. que yo tenía intimidades con su Sría. Ilustrísima, con los canónigos y los frailes dominicos que eran hombres de mucho saber y de grande fama.

Yo veía ahí en ese cielo límpido y azul en noche clarísima a *los tres reyes*, *los ojitos de Santa Lucía*, *las siete cabriñas*, *el lucero del alba*: hablábamos de líneas rectas cuando el hombre era honrado y cumplía con sus deberes; al perdido, al licencioso le decíamos, *ese va por línea torcida*: llamábamos terrenos fértiles cuando era mucha y exuberante su producción y estériles a los que nada producían. Constitución no conocí otras que la del año 12, y después ¡qué vergüenza! la de *Musié Boyer*.

No había escuelas normales donde se enseñara como



hoy tanta ciencia, que parece imposible que una inteligencia en las primeras purísimas alboroscencias de la vida, pueda aprender en tan corto período tantas cosas.

Las niñas no aprendían más en las escuelas, y eso con mucho recato, sino a leer y escribir, religión y moral, indumentaria de oficios domésticos; pero eso sí, eran buenas esposas y mejores madres de familia; virtuosas *a carta cabal*. No vestían con ese lujo deslumbrador y costoso, tormento de padres y ruina de esposos.

Los bailes eran modelos de moderación y de buen gusto; la mujer podía lucir su gentil y esbelto talle, sus contornos estéticos, su diminuto pie en el majestuoso minué, en la difícil y agraciada contradanza. No se conocían las *voluptuosas y pecaminosas* danzas, que es lo único que se baila hoy desde que se comienza la fiesta hasta que termina. Ya se vé, no existen maestros de baile como en mis primeros juveniles años!

Los jóvenes mis contemporáneos tenían esmerada educación, se disputaban cortesés el obsequio así a las damas como a los caballeros respetables y extranjeros; los niños, esos *muñecos Urones*, no invadían los salones, ni faltaban al respeto y a las merecidas consideraciones que se debe tributar a las damas; jamás solicitaban la pareja con que bailaba un caballero. Oh amigos míos, aquellos tiempos de ventura pasaron... no volverán!

Qué joven se atrevía a solicitar como ahora ningún destino público? Para ser empleado de cuarto orden era preciso antes, además de tener veinte y un año, aptitudes y valiosas recomendaciones; ingresar en la carrera de hacienda, administrativa o municipal de escribiente cuando más, y después ascender por rigurosa escala, si sus antecedentes le hacían acreedor a gozar de esa prerrogativa. En el foro ¡oh! en el foro era diferente; para ser Juez... era indispensable vestir la toga y tener de ejercicio profesional, cuando menos, diez años.



Hace cuatro días que estaba sentado en uno de los bancos de la plaza de armas, cuando vi pasar a un jovencito, hombre en proyecto, de cara limpia sin seña siquiera de bozo, vestido de rigurosa etiqueta que se dirigía al augusto Santuario de las Leyes; la curiosidad, consejera fatal, tentación peligrosa, causa de la tragedia paradisiaca me hizo preguntar a un caballero que estaba a mi lado ¿quién es ese niño tan lujosamente vestido? Ese no es un niño, nos respondió, es un Señor Diputado. . . ¿Diputado? pues si es capaz de jugar todavía el trompo y a los *mates!*

—Pues tío Perete, es Diputado y con aspiraciones a Ministro.

—En mi época había pocos escritores, pero todos eran de galano estilo, de forma correcta y usaban las palabras con exacta propiedad. Qué escritor por novel que fuese confundía vocablos, ni tratando por ejemplo del censo de una ciudad decía: *se pone de manifiesto en un estado censorio*, equivocando la palabra censo, que así se llama el padrón o lista de una población y su riqueza, con la palabra censura que en buen castellano es lo que significa censorio; ni *constatar*, término francés, por *hacer constar* que es la frase castiza; ni aquello de *una población es más intensa que otra*; vamos, en mi época se escribía castellano puro.

Quién, Señores, se atrevía a usar pistolas? Nadie, absolutamente nadie, si alguna persona tenía que emprender viaje, llevaba un par de pistolas *de arzón* para su defensa nada más, por si en el camino pudiera salirle al encuentro algún malhechor, que era difícil. El hombre si salía tarde de la noche llevaba la caballerosa e hidalga espada, no como ahora que el revólver es una pieza necesaria, como el sombrero y los zapatos.

Asesinato! el ánimo se sobrecogía de espanto cuando había algunos de esos incidentes funestos; mi madre (que en gloria esté) me refería que fue día de tristeza y de dolor



el que sucedió a la noche de la muerte dada al presbítero Canales por el célebre Juan Rincón.

Pero hoy, vivo horrorizado. Qué país! está desconocido, completamente desconocido.

—Tío Perete, le arguyó uno de los jóvenes, he oído cuanto Ud. ha dicho y sólo en un punto estamos de acuerdo, en lo demás no, absolutamente no.

El telégrafo, el vapor, el tranvía, tío Perete, son los frutos sazonados, las primicias fecundas de la civilización del prodigioso siglo diez y nueve. El hombre en su afán de perfeccionar su espíritu, de conocer el origen de los mundos, que fue un misterio para las generaciones del pasado, ha escalado el firmamento y ha estudiado a los astros, viajeros vagabundos del espacio, y sabe con perfección el trayecto que recorren, a dónde van, y cuándo vuelven, y le ha dado nombre a esas miríadas de estrellas; después ha bajado hasta las más profundas excavaciones para estudiar las capas de la tierra, su calidad, su manera de crecer, y cómo se forman esas moles gigantescas que se levantan con gallardía hacia lo infinito.

Esas ciencias, astronómica y geológica, han dado solución a grandes problemas que fueron el tormento durante muchos siglos de cabezas privilegiadas.

La astronomía, la bellísima ciencia, la ciencia de la armonía universal; las matemáticas, ciencia de la verdad absoluta, revelan a Dios en la plenitud de su grandeza, en la omnipotencia de su poder.

El derecho Constitucional, es la ciencia que organiza los Estados, el establecimiento de los poderes públicos; el que consagra las garantías de los ciudadanos.

El que distribuye las funciones públicas, y ha constituido ese sistema de gobierno admirable que se llama democracia, que ha formulado la gran ley de la igualdad humana tan espléndidas las conquistas de la civilización, que



a pesar de Hobbes, *el hombre no es lobo del hombre*, sino el semidiós de la creación.

Se asombra Ud. porque el joven adquiera conocimientos amplios y profundos en todos los ramos del saber humano en tan corto tiempo?, pues cese ese asombro. Hoy existe un método de enseñanza lógico y racional, claro y preciso que no produce confusión de ideas en las tempranas inteligencias; hoy se enseña a pensar. Los maestros aprenden enseñando, y enseñan aprendiendo. Esta serie de métodos oscuros y complicados han caído ante Pestalozzi. Por esa circunstancia ve Ud. una pléyade de jóvenes que a los 18 años han adquirido un grado de instrucción que no alcanzaban ante los jóvenes de 25 años; el título de maestro no es un galardón al favor, sino una recompensa a la justicia.

Que la mujer se instruya es preciso, ¿no está llamada a ejercer la más grande y la más augusta misión? ¿No es ella la sacerdotisa del hogar? ¿No es la madre la que debe formar el corazón del hijo en las fruiciones del amor santo, y la conciencia en el deber inflexible que contrae el hombre desde el instante que nace para con Dios, para consigo mismo y para con la patria? Pues bien, tío Perete, mientras más instruída sea una madre, mejor cultivará la inteligencia del hijo, mejor lo educará para el ejercicio de la ciudadanía, mejor para que sea, dentro de la sociedad, hombre de su propio derecho, amante al trabajo que independiza la conciencia, y moral para que ame el trabajo. El cristianismo rescató a la mujer hetaira, la ciencia ha elevado purificándola, a la mujer esposa, a la mujer madre.

Es verdad que hay hombres bastante audaces que injurian el idioma, y maltratan el periodismo haciéndolo el órgano de sus malas pasiones y de sus dislates; pero existen periodistas que manejan con gentileza la pluma, que escriben artículos que, como la luz, iluminan entendimientos, que censuran con independencia los actos malos, y son obreros de bien y de verdad.



Sólo en un punto estamos de acuerdo, en la corrupción de nuestras costumbres; en esa enfermedad que existe en todas las esferas de nuestra sociedad; y eso depende del medio en que se agita la familia dominicana. Esos crímenes que horrorizan tienen su origen en que no hay organización, en que se ven con indiferencia esos atentados contra la seguridad individual, atentados que muchas veces quedan impunes y la impunidad alienta el crimen, lo fomenta. La vagancia de esos niños que no tienen ocupación alguna es un estímulo para el vicio y el vicio conduce a un abismo, sí, a un abismo sin fondo! Crea los grandes criminales!

Pero a pesar de nuestro estado de desorganización no hay que desesperar; el progreso hace milagros, y el progreso se impone con fuerza en la República; dentro de diez años habrá cambiado la faz de Santo Domingo.

—Ud. lo cree así, contestó el tío Perete, pero yo no apaciento en mi alma tan risueños ideales; yo moriré pronto sin que pueda vislumbrar en mis sueños como Jacob, la escala misteriosa y en ella como promesas de redención la fe, la esperanza y la caridad.

—Seequivoca Ud. tío Perete, es preciso tener fe en el progreso y en la ciencia, esperanza en esta generación pujante por instruída que se levanta para realizar en lo porvenir los mejores destinos de la patria, esa generación, tiene la caridad, es decir, el amor ardiente, el amor patriótico de reconstituir auxiliada con los elementos que ofrece el progreso y la ciencia, a esta sociedad a fin de que sea lo que V., dijo al comienzo de su relación, una Sociedad modelo, Aerópago del saber humano.



FRANCISCO XAVIER ANGULO GURIDI  
1816-1884

*Nació en la villa de Santo Domingo el 3 de diciembre de 1816 y murió en San Pedro de Macorís el 7 de diciembre de 1884. Hermano del notable publicista Alejandro Angulo Guridi, fuera de nuestro país tenido por muchos como chileno, en razón de que su importante obra Temas Políticos fue impresa en Chile.*

*Francisco X. Angulo Guridi fue el primer hijo de Santo Domingo que publicó un libro de versos en que aparece tema dominicano, Ensayos Poéticos, publicado en Puerto Príncipe, Camagüey, en 1843.*

*Vivió gran parte de su mocedad en Cuba, adonde se refugió su familia con motivo de la invasión haitiana de 1822. Allí estudió y fue periodista. Colaboró en los periódicos La Prensa, Brisas de Cuba, Alborada de Villa Clara, Revista de La Habana. Antes de establecerse en Cuba la familia Angulo Guridi vivió en Puerto Rico.*

*Al regresar a su Patria, en 1853, la saludó con su poesía A la vista de Santo Domingo, en la que figura este celebrado serventesio:*

*Quien te dijera, ¡oh Grecia! que algún día,  
modesta virgen de la indiana zona  
su delicada frente adornaría  
con el mismo laurel de tu corona.*



*En su tierra natal fue activo político y periodista, Senador, Catedrático. Escribió algunas novelas y tradiciones de asunto local: La fantasma de Higüey, publicada en 1857, que trata de las hazañas de los filibusteros en la Isla; La campana del higo, La ciguapa y Silvio, impresas en 1866, en libro, y por entonces como folletines del periódico El Tiempo.*

*Para el teatro escribió el juguete cómico —drama nacional, le llamaron— Cacharros y Manigüeros, en tres actos y en verso, relativo a la guerra de la Restauración, en la que tomó parte: los cacharros eran los españoles; manigüeros, los dominicanos: fue estrenado en Santo Domingo el 11 de octubre de 1867, junto con Los apuros de un destierro, en un acto y en prosa. De la misma época es su drama caballeresco El Conde de Leos, muy aplaudido en su estreno en Santo Domingo, el 3 de mayo de 1868. También se estrenó en ese día su graciosa pieza cómica Don Junípero. Su pieza teatral más conocida es el drama Iguaniona, publicada aquí en 1881. Es, puede decirse, el precursor de José Joaquín Pérez en nuestra poesía indigenista.*

*Dejó un libro de poesías, inédito, en el que figura el largo romance histórico Talebard. “Trovador, a veces simple versador, de gran facundia, a veces de alta fantasía, pero de poco sentimiento”, le juzga Penson.*

*A pesar de su vida azarosa, errante, acosado por persecuciones y exilios políticos, trabajó incansablemente. Fundó aquí y en Santiago importantes periódicos, de interés político y literario.*

*Publicó en 1866 su Geografía de la Isla, modesto comienzo de los estudios geográficos en la República, proseguidos por F. A. de Meriño, C. N. de Moya y C. A. Rodríguez. En tiempos de la Anexión a España, en 1861, en La Habana, en colaboración con A. Stanislas dibujó un mapa de la Isla.*

*En su periódico El Sol, Nos. 8-12, de febrero de 1870, publicó Un episodio de la Restauración; en El Dominicano,*



en febrero de 1874, publicó *El dolor mata, leyenda histórica de la Restauración*; y *Recuerdos de Palo Hincado, episodio histórico, reproducido por el Dr. Alfau Durán, con erudita nota acerca de Angulo Guridi, en Clío, S. D., No. 89, de 1951.*

*Se reproducen ahora dos obras de Angulo Guridi, La Campana del Higo, que el llamó tradición dominicana y La Ciguapa, que calificó de novela, pero que es más bien una tradición, de las más curiosas de nuestro folklore.*

Ver Rafael A. Deligne, **Javier Angulo Guridi, estudio crítico**, en *Letras y Ciencias*, S. D., Nov. 30 de 1894; José Castellanos, **Lira de Quisqueya**; Max Henríquez Ureña, **Panorama histórico de la literatura dominicana**; A. Cometta Manzoni, **El indio en la poesía de la América española**, Buenos Aires, 1939, p. 185; Dr. Joaquín Balaguer, **Los Próceres escritores**, B. A., 1947, p. 204. En nuestra obra **Próceres de la Restauración**, S. D., 1963, hay una extensa noticia biográfica de Angulo Guridi. Consta ahí que el poeta prestó excelentes servicios a la causa restauradora y que firmó el Acta de Independencia de 1863.





## LA CAMPANA DEL HIGO

### Tradición dominicana

Era el... de 1514.

Los honrados y alegres habitantes de La Vega Real se levantaron con el más hermoso día de cuantos lucieran hasta entonces en la romántica Quisqueya para celebrar la fiesta de su Santísima Patrona. Infinidad de banderas suspendidas en altas varas de bambú se destacaban así de las boca-calles y de las azoteas de las casas como de la torre de la iglesia, batiendo inquietas a impulsos de la brisa, y entre las espesas nubes de humo que desde los pedreros y las carabinas corrían a desvanecerse en el vacío. Ni una sola ventana se descubría desnuda de la ritual cortina de damasco labrado, ora azul o amarilla, ora punzó: ni una esquina en que no se viera enclavada la gallarda palma, ni una casa, en fin, de cuyo interior no saliesen torrentes de armonía producida por flautas y guitarras, acompañando dulcísimas canciones. Los muchachos, heraldos de todos los festejos, corrían en oleadas, disparando profusión de cohetes al son de estrepitosos gritos: los jóvenes regateaban sobre caballos ligeros como el pensamiento, ya cubiertos de polvo y de sudor; y las vírgenes, agrupadas en las puertas, aplaudían a los vencedores, y se recordaban las alegrías prometidas en el baile dispuesto para la noche, después de la salve, o se cambiaban dulces y sonoros besos de concordia. Era, pues,



uno de esos días particulares y solemnes en que los pueblos asocian lo religioso a lo profano en la efusión de los regocijos, pero siempre contenidos en la respetuosa órbita del orden; uno de esos días en que los deberes públicos gozan de tregua sin provocar el escándalo; en que la libertad de acción despliega todos sus recursos, sin merecer por ello el siniestro nombre de licencia; por último, uno de esos días únicos, exclusivos, y al mismo tiempo suspirados, en que la prudencia se disfraza con el traje de la locura, la temperancia con el del abuso y la debilidad con el de la fortaleza. Porque es evidente que ni el octogenario se excusa entonces de tomar asiento en la gran rotunda de la alegría común, so pena de una multa pecuniaria para dar con ella doble esplendor a los festejos, o de una burlona cencerrada; cuyo eco lo apaga sólo, aunque más tarde, el sufragio de un baile, o de un banquete.

La Vega en ese día parecía dispuesta a sellar su fama de rumbosa y entusiasta, fama que le acordaban sin violencia los otros pueblos de la jurisdicción, y aún los de su provincia rival, o sea Santiago. Así, pues, la noticia de sus fiestas se repartió por unos y otros despertando en todos igual entusiasmo, y desde las primeras horas de la mañana comenzaron a entrar en la ciudad interminables pelotones de cañallerías conduciendo jóvenes de ambos sexos que, apenas se les columbraba atravesando el manso río Agua Santa, cuando eran objeto de salvas atronadoras, de músicas, de coros verdaderamente infernales, de palmadas y de rechiflas que concluían en abrazos y besos cariñosos.

El Cura de la parroquia, que era al mismo tiempo el ídolo del pueblo, estaba frente a la puerta principal del santo templo, o, mejor dicho, en la plazuela, dirigiendo a varios hombres que allá en lo alto colocaban la gran culebra de fuego que había de quemarse al terminar la salve. Era este señor como de cincuenta años, y la dulzura de su rostro sólo pudiera compararse a la que pinta el del niño cuando aca-



ricia a su madre. Llamábanle el Padre Eduardo, y queríanle entrañable y doblemente, es decir: como ministro de Dios y como hombre; porque sensato y exento de extravíos, lejos de ganarse la devoción de sus feligreses por el desfiladero peligroso del fanatismo, o de las inconducentes amenazas, era señor de sus corazones y dirigía sus conciencias con las suaves bridas de un amor purísimo, con la predicación de doctrinas que persuadían sin violentar, y con el ejemplo de virtudes que en la práctica marchaban por un rumbo muy opuesto al de la ya desprestigiada hipocresía.

Los grupos de regateadores pasaban por la plazuela en sucesión fatigadora, oyendo siempre los consejos con que el Padre Eduardo quería convidarles a que moderasen la carrera, temeroso de alguna catástrofe; pero en el delirio del triunfo librado a los esfuerzos supremos de sus corceles, poco caso hacían de los avisos. Los labios del sacerdote murmuraban entonces una brevísima oración, y seguían transmitiendo órdenes a los hombres que se hallaban ocupados en la torre.

Serían, pues, como las cuatro de la tarde cuando rendidos de cansancio los jinetes marchaban a sus hogares por la misma plaza de la iglesia.

—Al fin —les decía el Padre Eduardo con su habitual mansedumbre— la falta de fuerza os restituye el juicio.

—En efecto, querido Padre —le contestaban todos— pero en la mesa recuperaremos ahora nuestros bríos. Ea! Venid con nosotros.

—No es posible porque hago mucha falta aquí; sin embargo, os agradezco la invitación con toda el alma.

Siguieron aquellos su camino.

—Dos hombres a caballo se detuvieron pocos minutos después delante del sacerdote. El uno era joven y estaba elegantemente vestido; el otro, como de cuarenta años, cargaba el modesto traje del campesino.



—Señor Cura, dijo el primero, vengo a obtener una respuesta concluyente.

—Hijo mío —repuso aquel con dulzura— mi respuesta de hoy es la misma de siempre.

El semblante del joven se contrajo.

—Repetídmelo —añadió— porque las razones en que os apoyáis me parecen controvertibles, y en este caso la discusión pudiera conducirnos a la reforma que apetezco.

—Mis razones son hijas de mi deber como ministro del altar, y no se prestan a reformas que no partan, cuando menos, de la Diócesis.

—Con que . . . no me casáis, entonces . . . ?

—Hijo mío, yo no puedo casarte con una hermana de tu difunta esposa, viuda de un hermano tuyo; y que además te ha bautizado un niño, sin que obtengas las dispensas necesarias. Mis facultades no alcanzan a tanto.

—Pero no tenemos vacante la Mitra?

—Desgraciadamente es así.

—Y bien ¿qué remedio me queda?

—El de encaminar tus súplicas a Roma.

—Pues . . . así lo haré: entre tanto dirigid las vuestras al cielo . . .

Y arrimando la espuela al vientre del caballo desapareció de aquel círculo hervoroso de cantos, detonaciones y armonías, para sepultarse entre la tupida arboleda que se agrupaba a las márgenes del río. El Padre Eduardo le seguía tristemente con la vista y murmuró cuando se ocultaba:

¡Cuán afligido lleva el corazón! ¡Ni aún ha mirado al pueblo en el día de sus regocijos . . . !

Luego: volviéndose al campesino:

—Y bien, hijo mío, exclamó: —qué me quieres?

—Señor cura, . . . mi mujer está enferma y quiere confesarse esta tarde.

Oh! Eso es muy justo.



En seguida dio orden a los operarios para que bajaran de la torre, puesto que habían concluido de colocar los fuegos, se embonó el hábito en la sacristía, y acompañando al campesino que entre tanto le había ensillado un caballo, salió del pueblo y atravesó el río orando a media voz.

Las canciones habían cesado en el pueblo; pero en cambio sus moradores improvisaban redondillas análogas alrededor de las mesas, chocaban copas y se regalaban recíprocamente bocados de manjares exquisitos con todos los golpes de la galantería más esmerada. Y seguían por las calles las gritas de los pilluelos, de esas naturalezas *inenarrables*, como dicen los franceses, o de esas especialidades, como decimos nosotros, que inauguran las fiestas, y las presiden, y las acompañan hasta apagar la última luminaria y recoger el último vagido. Y seguían las explosiones de la pólvora, estremeciendo los edificios en sus sólidos cimientos, y suspendiéndose nuevas banderas al aire; y se barrían las calles, y se cubrían de sillas para salir más tarde a tomar en ellas el aromático café y el rico andaya.

Una hora habría transcurrido desde que los habitantes de La Vega se dieron a las delicias del banquete, cuando un caballo enjaezado, pero sin jinete, y todo tinto en sangre, entró a escape por la calle principal, no parando hasta la plaza de la parroquia, al mismo tiempo que la campana mayor daba tres golpes con una lentitud horrible.

—Los santos óleos! . . . exclamaron al oírla todos los vecinos.

—Omnipotente Dios!, salió gritando por las calles el aterrado Sacristán: —¡la campana sola, señores! ¡jella! . . . mirad la llave del campanario! . . . Ella sola pidió los santos óleos . . .

¡Pero qué veo! Aquel caballo ensangrentado es el mismo en que nuestro párroco salió hará una hora a recoger las últimas palabras de una moribunda! . . . ¡Oh! . . . ¡Lo han asesinado! . . . ¡Sí! . . . ¡Lo han asesinado!



Y corriendo adonde estaba el animal cabalgó con la agilidad de un loco, y se lanzó camino del río, seguido de la juventud que aún mantenía ensillados sus bridones.

Tristes quedaron las vírgenes del pueblo, llorando amargamente aquel suceso, que envolvía en una nube de luto sus ilusiones más hermosas; mientras los ancianos, agrupados con espanto en la plazuela de la iglesia, no acertaban a construirse el fenómeno de haber sonado tres veces por sí sola la campana, sino era colocando el hecho en el catálogo de los milagros. El tiroteo cesó como por encanto: rodaron hasta el suelo las banderas, se recogieron una por una las cortinas, volvieron las sillas a su lugar común, y a sus chozas los pilluelos.

Era ya la noche: un grupo muy compacto de personas venía del lado del camino que conduce a Moca. El Gobernador de la provincia salió a su encuentro, asistido del Alcalde y del Notario, y así como estuviera a voz les interrogó de esta manera.

—Decidme, señores, nuestro buen Cura es el herido?

—El mismo! —respondieron todos a la vez. Apresurando entonces el paso llegaron hasta el grupo. La luna, entera y limpia proyectaba el más hermoso de sus rayos sobre la pálida frente del venerable sacerdote.

—Padre mío! exclamó el Gobernador, todo conmovido.

—¿Qué me queréis... excelente amigo?, contestó con trabajo el Padre Eduardo.

Ah! Respiráis todavía? ¡Loado sea el Señor! —Per omnia secula seculorum! dijo el herido con solemnidad.

—Amén! —respondieron todos en coro.

—Y bien, quién os hirió...?

—Señor, lo ignoro...

—Un hombre, sin embargo, salió con vos de La Vega...

—Cumplida mi... misión... ese hom... hombre... me acompañó un... un buen trecho... luego... se... se retiró... La herida... fue... Y el sacerdote se desmayó.



Los que le cargaban y los que le custodiaban redoblaron el paso, entrando en el pueblo como en una procesión, es decir, silenciosos y compungidos. Después de varios pareceres sobre el local a que habrían de conducir al moribundo párroco, se resolvió que fuera a la morada del Gobernador. Entraron, pues, en ella; y colocándole en un catre de viento se arrodillaron en derredor, mientras el resto de la asombrada población invadía la casa, toda ávida de contemplarle en sus últimos momentos.

Entre tanto el campesino volvía a La Vega. Un hombre cubierto hasta los ojos con su capa, y que marchaba en dirección contraria le interpeló de esta manera.

—A dónde váis, Sanabria?

—Señor, mi esposa ha muerto en esta misma hora y corro a preparar su entierro.

—Pues volved grupas, amigo mío: nuestro amado Padre Eduardo ha sido mortalmente herido cuando también habrá una hora que cruzaba este camino.

—Cielos...; exclamó Sanabria; y contra el precepto del desconocido se lanzó a escape. Aquella voz no le era extraña; de modo que dando crédito al aviso apenas entró en el pueblo se encaminó al alojamiento provisional del Padre Eduardo, al que llegó cuando éste decía trabajosamente "Hijos... míos!... recibid... to... todos mi ben...dición!".

—Padre cura!, gritó Sanabria, abriéndose paso hasta el mismo lecho de muerte:— yo quiero algo más que vuestra bendición...! Conmigo saliste sano y risueño de esta ciudad, y habéis vuelto solo, pero agonizante... Declarad aquí, por la gloria de vuestra alma, cómo se llama el asesino!

—No se llama... Sanabria.

—Respiro! —dijo éste con solemnidad.

—Su nombre! —repuso impaciente el Gobernador.

—Me... me hirió por... la espalda...!

Las campanas comenzaron a herir el viento con el doliente toque de agonía...



—Otra vez! —exclamó el Sacristán temblando de pavor:— he aquí la lleva de la torre... y sin embargo, suena la campana; suena...! Escuchad.

También el Padre Eduardo la oyó: sus labios sonrieron, murmurando el sublime *Pater in manus tuas commendum spiritum meus*, cerró con tranquilidad los ojos, y su alma se remontó a la mansión de los ángeles...!

Un temblor prolongadísimo se percibió instantáneamente, produciendo en los habitantes de La Vega el espanto de la muerte. La luna huyó del mundo: las nubes bajaron hasta tocar en las almenas de las azoteas; los árboles de las inmediaciones batían y mesaban sus copas con estrépito hasta arrancarse de raíz; las casas se derribaban sepultando cuanto se encontraba en su interior; la tierra oscilaba, se cuarteaba, abría bocas inmensísimas, y precipitaba en sus entrañas palpitantes todo lo que encontraba al paso. Gritos de desolación, lamentos de los heridos en aquel desconcierto de la naturaleza, el río que roncaba al precipitarse en los abismos imponderables de su nuevo incierto curso, los silbidos horribos del viento corriendo miles de leguas por segundo, ay! todo parecía anunciar que la hora solemne del exterminio universal había sonado en la invisible péndula del tiempo.

—Misericordia! gritaban sin consuelo las mujeres arrojadas en medio de las calles a efecto de las trepidaciones irresistibles de la tierra: Misericordia!

Y los hombres, corriendo sin tino, para caer y volverse a levantar, respondían a la plegaria con estas palabras:— ¡Es el terremoto! Encomendemos al Cielo nuestras almas, porque no hay salvación sobre la tierra... .

Sanabria, que a las primeras indicaciones del terremoto había salido de la casa del Gobernador y montado en su corcel, se destacó por la sabana con los cabellos derechos de terror, pensando en la aflicción que devoraría entonces el alma de su única hija, niña de ocho años, al verse sola en



una casa de campo y al lado de una anciana hermana de él mismo mientras se operaba aquel fenómeno. Dominado por esa idea, y a pesar de la oscuridad que le rodeaba, clavaba sin compasión los ijares del caballo, por manera que pronto atravesó el hermoso río, no sin peligro de que se hubiese sepultado en sus corrientes y entró por la misma arboleda en que habían herido al virtuoso sacerdote. Un estremecimiento súbito agitó hasta el más débil de sus músculos, mientras el caballo lanzando roncros resoplidos, detuvo la carrera indiferente al dolor que la espuela le causaba en sus costados, verdaderos manantiales de sangre. La tierra en aquel momento dio una fuerte sacudida, haciendo que jinete y cabalgadura se desplomaran a la vez: un relámpago vivísimo cruzó el espacio. . . Sanabria paseó en derredor sus atónitas miradas, y a la luz del meteoro descubrió un objeto pequeño, pero en parte muy brillante. Acercóse a gatas, porque la tierra no le permitía mantenerse derecho, le tomó en sus manos, y volviendo a montar desapareció.

Entre tanto la ciudad de La Vega se había destruído totalmente. Sólo escaparon algunos de sus habitantes, dos paredones de la iglesia que aún existen en pie, una de las campanas de ésta, enganchada en la horqueta de un árbol corpulentísimo llamado *Higo*, donde sin duda la arrojó alguna columna del vigoroso viento que soplaba, y las robustas murallas de un Castillo. Todo lo demás quedó convertido en una vasta tembladera.

## II

Doce años después de los dolorosos acontecimientos que se dejan referidos, se levantaba la nueva ciudad de La Vega en un pintoresco llano que se encuentra al S. E. del río Camú; siendo la mayor parte de sus edificios sumamente humildes, antes que por falta de elementos para darles la elegancia y solidez necesarias, por el temor justificado de un



nuevo desconcierto. En efecto: desde esa fecha a la presente sólo se construyen casas de tablas de palma y guano, salvo alguna excepción muy señalada. Así, dado caso que se repitan, como aconteció en 1842, esas escenas indescribibles en que la naturaleza parece que pierde el equilibrio y amenaza consumir un homicidio gigantesco, ni los derrumbamientos producen en la humanidad tantas catástrofes con el peso de sus grandes masas, ni los que sobrevivan tienen que unir a las lágrimas de la conmiseración las de una ruina absoluta que trueca en líquido y vaporoso humo sus haberes.

Los fundadores de esta nueva ciudad, en su mayor parte restos de la antigua, vivían (como viven hoy) consagrados al culto de todas las virtudes, no sólo porque ellas han sido siempre la brújula del dominicano en general, sino porque de este modo y en cualquiera emergencia sobrenatural, jamás les abandonaba la dulcísima esperanza de merecer en la otra vida el galardón y descanso que sobre la tierra puede decirse son delirios. Y como la pureza de las costumbres entra por mucho en la virtud, y como ellos las observan a cual más y mejor, resultó que todos constituían una familia; no oyéndose jamás una desavenencia, una queja o una frase disociadora entre algunos de sus infinitos miembros, la cual viniese a tender una sombra sobre el tranquilo cielo de la común felicidad.

Casi en los límites de La Vega antigua, o sea al pie del Santo Cerro, vivía un anciano labrador acompañado de una hermana todavía mayor que él, y de una hija que frisaba ya en las 20 primaveras de la vida. Florinda, que así era su nombre, unía a una hermosura prodigiosa todos los encantos de un carácter suave y tierno, que la hacían sin querer el bello ideal de cuantos tenían la fortuna de tratarla. Conocedor del mundo el viejo Pedro, no la dejaba sola sino entre el cercado de *mayas* que ceñía su *cacagual*; porque pensaba, y con sobrado tino, que no todos los hombres son hidalgos, y que con el dulce lenguaje del amor más han sido las luga-



reñas conducidas al oprobio que las levantadas al paraíso de la honra. Esto no quiere decir que sus derechos de padre declinaran en una insoportable tiranía, puesto que lejos de eso, y principalmente por las noches admitía a tertulia bajo el fresco colgadizo del bohío a los jóvenes de ambos sexos del contorno; pero demuestra por lo menos que centralizando en esa hija todos los sueños de su vida temía por ambos a la vez, y aceptaba el cargo de Veedor perpetuo que le había impuesto la experiencia, primero que por abandono llorar más tarde sobre la dura tarima de la afrenta . . .

Religioso sin prostituir la creencia, cumplía con todos los deberes impuestos por la Iglesia, en unión de su hija y de su hermana, para cuyo efecto las llevaba en los días de precepto a la célebre capilla del Santo Cerro, o bien a la parroquia de La Vega; soliendo dejarlas en este último punto hasta la nueva aurora en la morada de la madrina de Florinda. Así se dio involuntariamente a conocer aquella joven entre los galanes de La Vega, y así contra las teorías del viejo Pedro, abrió la fatalidad un ancho flanco en el largo tiempo bien guardado jardín de sus amores . . . Oh! Cuántas y cuántas veces el exceso de la vigilancia excita una curiosidad insistente de parte de los menos impresionables, y concluye por inspirarles el capricho de traicionar esa vigilancia misma!

Florinda tenía una infinidad de admiradores que la contemplaban en silencio siempre que venía a La Vega; habiéndose concertado todos entre sí conservar esta actitud hasta que ella con su mirada, o su sonrisa, revelase cuál era el más aceptable a su corazón. Semejante pacto, que parece contrario al despotismo de la juventud tratándose de la mejor de sus pasiones, procedía, primero, de la unión en que vivían y querían mantenerse, sin escuchar en ningún tiempo la voz de las rivalidades turbulentas que pudiese recabarla, y segundo por estar seguros de que tan luego como el tío Pedro averiguase sus aspiraciones, sepultaría a Florinda en



el apartado cacagual, sin dejarla ver más que los domingos en el templo, y eso cubierta por el escudo de sus ojos. Así, pues, en los paseos por el río, como en las cabalgatas y en los bailes, andaban alrededor de la doncella sin que nadie absolutamente pudiese descubrir en ellos ni la más remota sombra de interés.

Pero menos generoso y delicado, uno que por contar seis lustros de edad no formaba parte de aquella noble juventud, vio a Florinda, y desde luego juró en el fondo de su corazón que había de marchitar las rosas de su pudor siquiera fuese para enseñar a los otros a triunfar de los obstáculos. Este hombre original concertó, pues, su plan de ataque bajo un reglamento inviolable de reserva, fuese ya porque se hallara aprisionado de antemano en la tupida red de algún vínculo social y temiese el escándalo, fuese porque quisiera así quedar a salvo de cualquier responsabilidad después de coronados sus propósitos. Al efecto comenzó a rondar por los linderos exteriores del cacagual, en que, como queda dicho, Florinda tenía la libertad de pasearse a sus antojos.

Una tarde logró verla, pero a gran distancia. Sin embargo, no fue tanta como para no determinar bien sus facciones, que grabó cuidadosamente en la memoria porque a derechas no la había visto antes sino a la carrera de un caballo— y para marcar el punto donde ella solía sentarse a tejer una guirnalda de flores, que era a las orillas del arroyo. Así continuó cerca de un mes, estudiando las entradas y salidas de la finca con el interés de un verdadero salteador, sin que fueran parte a distraerle de sus observaciones maquiavélicas ni el sol ardiente, ni las lluvias. Su presencia en aquellos lugares desde el toque de oraciones era tan segura como las indicaciones de un cuadrante; teniendo, sin embargo, el cuidado de ocultarse entre los montes siempre que por el camino venía algún transeúnte.

Al fin, desesperado de perder el tiempo en una observación ya casi inoficiosa, y contando con la impunidad que le



garantizaban aquellos lugares solitarios, resolvió consumir su inicua obra. Al efecto una tarde llegó al pie de la cerca en su caballo, que ató a un árbol algo oculto, trayendo consigo un pañuelo en que recataba alguna cosa. Su semblante estaba descompuesto, y era su mirada inquieta. ¡Siempre las malas acciones se reflejan en el rostro por más que constituyan un hábito en el hombre! Largo rato estuvo incierto sin saber si renunciaría a la idea que le dominaba, o si por el contrario debería marchar a su cumplimiento en derechura, hasta que al fin se resolvió por esto último. Entonces desató el pañuelo, envolvióse en un dominó negro que extrajo del interior, y atándose la careta de cera, igualmente negra, saltó de un salto la cerca de maya y fue a esconderse tras una jabilla robustísima próxima al arroyo, cuyo tronco después de las raíces tenía el espesor de una muralla.

Media hora había transcurrido cuando la bella Florinda se llegó al arroyo trayendo en el delantal todo un jardín, por lo variado de las flores con que, como de costumbre, se prometiera entregarse a la construcción de su guirnalda; más apenas se hubo sentado cuando su espía salió de súbito, mostrando en la mano derecha una pistola. La presencia de aquella figura, para cuya contemplación no estaba Florinda preparada; el arma que blandía a sus ojos espantados y su timidez natural, hicieron que sin articular una palabra, sin dar un grito, rodase desmayada sobre la yerba. . .

La luna se envolvió en un tupido manto de nubes para no presenciar el triunfo de la depravación más inaudita. . .

Y el miserable que cometió tan horrendo crimen huyó después sobre su caballo, dejando marchita aquella flor bellísima. . .

Vuelta al cabo de su fatal desmayo, cárdenos labios, tendida al aire la cabellera y con la errante mirada de la demencia, Florinda se arrastró desde el cadalso de su virtud hasta las puertas del bohío. Al verla llegar así su tierno padre, saltó de la *hamaca* en que al descuido se mecía; pero no



pudo dar un solo paso, y clavado en medio de la pequeña sala sintió que una lágrima furtiva humedecía su curtido rostro.

—Entra hija mía! —dijo con el acento de quien desea y teme al mismo tiempo.

—Escusádmeme por Dios, amado padre, si esta vez desoigo vuestra voz!— Así respondió la avergonzada joven mientras se ponía de rodillas.

—El viejo, entonces superior a la inercia que le había embargado un momento, corrió a la puerta exclamando:

—¿Qué dices, Florinda...?

—Oh!... Yo no puedo entrar sin vuestra promesa de perdonarme... Y la joven prorrumpió en un llanto abundantísimo que interrumpían a intervalos los sollozos.

—Bien... pero... qué misterio?... Lloras...; Estás trémula...! Esto dicho la tomó en sus brazos.

—Ay padre del alma...! Si estuviera sólo trémula...!

—Vamos: tranquilízate! Aquí tienes una silla... Ahorra, dime que es lo que produce en tí tanto olvido de mi amor, cuando para entrar en tu casa has invocado primeramente mi perdón.

—Yo no soy culpable, padre mío; pero...

—Acaba, por Dios, que me mata esta agonía.

Te han arrancado algún voto por la fuerza?

—Más todavía, Señor...

—Florinda...!

—Me han arrancado por ese medio mismo... por la fuerza, lo que hay de más hermoso en nuestra vida...!

—Calla! Calla! —gritó fuera de sentido el tío Pedro

—Ah! No lo digas otra vez... No! Porque sería capaz de reventar mi corazón minado por la pena...!

Pero la deshonrada joven no le oía: su hermosísima cabeza, desvanecida por el recuerdo de la inmediata desventura, se inclinó sobre aquel seno más bello que un jazmín, mientras que sus negros ojos se cerraban exprimiendo las



postreras lágrimas que le arrebatava del alma la más penosa de las revelaciones. Entonces el anciano detuvo el arrebato involuntario, aunque consiguiente de su cólera, para acudir en auxilio de aquella a quien por desgracia tocaba la mayor parte en el dolor común a la familia.

—Idolo de mi alma! —le dijo, mientras la estrechaba en sus brazos dulcemente:— tú eres la que debes perdonarme, pues he sido demasiado cruel contigo.

Animada Florinda con estas palabras nunca más dulces que dichas por un padre, refirió la escena acontecida en mal hora cerca del arroyo. El tío Pedro la oyó con toda la calma que le fue posible aparentar, luego le estampó un beso en la frente, y añadió:

—Pues que no hay culpabilidad alguna de tu parte, yo te adoro, ¡oh desgraciada hija mía! con el mismo entusiasmo, y la admiración misma con que siempre te adoré.

—Gracias, señor! dijo interrumpiéndole aquella, sin levantar los ojos de la tierra.

—En cuanto a la ofensa de que has sido cobardemente objeto, ella me pertenece casi toda, y juro a Dios que no será menos horrenda la venganza. . . Poco importa que el villano se valiera de un disfraz. Oh! Yo le descubriré; y así como él supo descartarse de tu valor con una pistola, sabré a mi vez vencer las ventajas de su posición, sea cual fuere, para con un puñal dividirle el alma en dos mitades. Por ahora, hija mía, procura ocultar al mundo tu dolor, con especialidad a la pobre Carmen, que al punto de comprenderlo expiraría, siendo así que ella te hace mucha falta. Vamos: recoge esas lágrimas, y vuelva la sonrisa a ocupar el lindo trono de tu boca, por lo menos fuera de la alcoba. La aflicción nada remedia: trata, pues, de dominar la tuya, y confía en el amor de tu padre.

Sonrió Florinda con tristeza, besó la mano de aquel hombre generoso, y se retiró lanzando un lúgubre suspiro.



Lo que pasaba más allá del exterior, en el fondo de su lastimado corazón, sólo Dios bastara a comprenderlo.

El anciano desde entonces no volvió a ocuparse del adelanto de la finca, que propiamente dicho, quedó convertida en reclusión eterna de Florinda. Y este abandono venía de que su alma sólo acariciaba el placer atroz de la venganza, placer que tenía la seguridad de saborear, porque a más de la suprema fe que siempre inspira la defensa de una causa justa contaba con el auxilio de una naturaleza vigorosa, y lejos de arredrarle la juventud que suponía en su ofensor daba por cierto hacerla despojo de su triunfo. Discreto en su amargura, nunca recordó dentro del bohío el infortunio que pesaba sobre toda la familia; pero desde que salía al camino real se le llenaba de rabia el corazón, y marchaba escogitando a solas los medios más conducentes al servicio de sus nobles exigencias.

Separábase una tarde de su hija, que le acompañara hasta la portada de la finca, cuando al abrazarla sintióle el corazón muy agitado, y advirtió que sus ojos buscaban con espanto algún objeto, el cual al parecer se ocultaba tras un espeso montecillo. La joven se retiró al fin, y el anciano emprendió poco a poco su camino sin manifestar curiosidad, pero dispuesto a observar con más calma que su hija.

Poco después salió del monte un hombre, también a caballo; y suponiendo que algo distante el tío Pedro no pudiera estorbarle en su propósito se aproximó a la portada. Un grito agudo resonó en aquellas austeras soledades.

—Gracias, justiciero Dios! —exclamó con júbilo el tío Pedro, y partió a todo galope en seguimiento del desconocido, que también emprendió la carrera a son de huída, calándose antes el sombrero de paja hasta las cejas.

Una larga hora había transcurrido, en la cual ambos jinetes cruzaron ríos, escalaron montañas y salvaron vastísimas llanuras, cuando más allá de *Agua Santa*, casi sobre las tembladeras de la antigua Vega se detuvo el perseguido



y echó pie a tierra con una resolución inesperada. Hizo otro tanto el anciano, y al encararse con aquel vio que tenía el rostro oculto detrás de una careta.

—Veamos, paisano, —dijo el disfrazado, jadeante de cansancio, al mismo tiempo que quitaba la hebilla a una de las cañoneras— veamos por qué razón me vienes persiguiendo desde más allá de Río Verde.

—Para saberlo ni es necesario que os arméis de una pistola, que os juro os será inútil, ni tampoco que me traéis con una confianza a que nadie menos que vos tiene derecho. En cuanto a la razón porque os persigo, a vos toca el darme cuenta de ella, y tened entendido que habréis de dármela muy estrecha.

—Pues bien; hablad, y sed breve sobre todo. Pero sabéis que vuestro lenguaje es muy curioso?

—Todavía lo es más vuestra conducta!

—Me insultáis?— Y volvió a requerir la cañonera.

Tío Pedro le dio un fuerte empujón que le apartó ocho pasos del caballo diciéndole con reprimida cólera:

—Eh, señorito! dejad ahora la pistola, y vamos desatando pronto esa careta que no se trata aquí de causar miedo a una virgen para arrebatarse la mitad de su existencia; sino de responder al padre que os pide cuenta de ese crimen.

—Señor mío —repuso el desconocido con serenidad afectada:— vuestra preocupación os defiende de la responsabilidad que provocan esas palabras. Siendo cierto lo que decís, os compadezco, porque no hay duda: crimen, y muy grande envuelve el hecho de que habláis; pero nadie os autoriza a tomar por el culpable al primero que se presenta a vuestros ojos.

—Menos retórica, caballero! gritó furioso el tío Pedro. Menos retórica, y vamos igualando la partida.

—Vamos igualándola, repuso aquel, algo turbado.

—Abajo esa careta!



—No creo que sea necesario para darnos a entender.

—Yo sí lo creo, y mando por última vez que os la quitéis.

Hízolo el incógnito; y su interlocutor al verle el rostro sintió una contracción horrible en todo el sistema muscular: le había reconocido.

—Y bien! preguntó aquel, mostrando el rostro con soberbia: estáis desengañado?

—Al contrario, caballero: estoy más convencido!

—Más convencido?

—Escuchad. Hace dos meses que entrasteis en mi fondo, cabalmente a estas horas, armado de esa misma máscara, de un dominó negro y de una pistola. Con tan singular aparato sorprendisteis a mi hija Florinda, sentada cerca del arroyo. . . Ella se desmayó, y vos, mal caballero, vos, salteador infame de la honra, consumasteis vuestro plan inicuo abusando de su estado! Luego huisteis al espectáculo de su vergüenza y al grito estridente de su justísimo dolor. . . espectáculo que legásteis desde entonces como una burla a mi bien alimentado orgullo, y dolor que por cuanto tiene de punzante ella y yo nos lo hemos compartido. . .!

Pero aún no quedasteis satisfecho. . .! La hiena después que devora la víctima, vuelve para beber hasta la última gota de sangre derramada sobre la grama silvestre. . . Así vos, veníais esta tarde a recoger los despojos de vuestra bárbara victoria, y os aproximásteis con ese fin a mi portada. . .

—Señor! exclamó el joven con aparente indignación:— ved que voy cansándome de escuchar tanto absurdo, y que la paciencia una vez agotada toma las proporciones de la ira!

El anciano, sin hacer caso de aquella interpelación, continuó diciendo:

Pero un grito de espanto lanzado con naturalidad por *ella* al ver de nuevo esa careta, pérfida como vuestra alma, avisó oportunamente al cazador que velaba desde hace dos



meses a la hiena...! Y he aquí explicada, caballero, la razón por qué os he venido siguiendo desde Río Verde hasta las tembladeras... Sólo os resta saber ahora que no recuerdo haber jamás corrido tanto sin la evidencia de obtener compensación...

—Señor Sanabria:— exclamó el mancebo queriendo aterrar a su adversario.

—Hola!— respondió el tío Pedro con sarcasmo:— parece que, si bien a la fuerza, vais refrescando algo la memoria. Sin embargo, en esto como en todo os llevo la ventaja: yo os reconocí desde que os quistáteis la careta.

—Sí! Vos sois Sanabria, el que horas antes del terremoto estuvo al lado del pobre Padre Eduardo...

—En efecto... y vos sois Mariano, su asesino!

—Mentís, vive Dios!

—Silencio! No tenéis derecho de nombrar a Dios, porque vuestra alma pertenece toda a los infiernos!

—Protesto que esta acusación también es calumniosa!

—El espanto, señor, os hace insolente, y váis a precipitar el desenlace!

—Sea cual fuere no lo temo; mas antes habéis de certificar con pruebas vuestras ridículas imposturas!

—Pues bien: cuando el Padre Eduardo negado a consumir uno de vuestros delitos, os dijo hará doce años que dirigiéseis vuestras súplicas a Roma, vos con aire amenazante le respondisteis: *dirigid también las vuestras al cielo*; y una hora después, regresando de mi casa a la ciudad, fue herido mortalmente... Cuando por segunda vez me encaminaba a la ciudad aquella noche, una voz, que es precisamente la vuestra, me dijo que *allí, junto a la arboleda, habían herido de muerte al Padre Eduardo*... Cuando huyendo del terremoto volvía para mi fundo caí con el caballo al pie de dicha arboleda, y a la luz de los relámpagos recogí del suelo este puñal, teñido en la sangre fresca de una víctima... Ahora, para probar que vos también sois el asesino del ho-



nor de mi Florinda, diré que la voz que amenazó al Padre Eduardo, y la que me avisó de la catástrofe, es, como dejo demostrado, la voz que en este momento pretende en vano sofocar la de su conciencia. Además, con una careta en el rostro manchasteis el honor de mi familia, y hoy os sorprendo otra vez con la careta y en la portada de mi casa. . . Podréis justificaros?

—Decididamente, señor Sanabria: el justo dolor que atormenta vuestra alma os hace incurrir en un extravío que, no obstante, tiene mucho de ingenioso; pero que debo rechazar como lo rechazo con toda la energía de mi carácter, porque es en la esencia temerario.

Mentís, os digo a mi vez! gritó desesperado por la ira el terrible Sanabria:— mentís como un villano! Mirad este puñal, si os atrevéis, y estremeceos. . . Qué! Ahora no levantáis los ojos?

—Y bien! Qué hay de común entre ese puñal y yo?

—Vive Dios, que es graciosa la pregunta!

Hay que en la parte superior del mango tiene grabado vuestro nombre!

Mariano repuso temblando:

—Lo habréis grabado para autorizar vuestra impostura.

Fuera de juicio el viejo Sanabria al escuchar semejante recurso, establecido en medio de la impotencia más extrema, tendió la mano izquierda sobre el cuello de Mariano, mientras con la derecha sostenía el puñal, y le arrastró a veinte pasos de distancia, donde se hallaba un corpulento *árbol de Higo* sosteniendo entre sus ganchos una campana de bronce.

—Deteneos aquí, miserable! —dijo llegando— y pues recusáis en vuestra corrupción el juicio de los hombres, veamos si recusáis también el alto juicio de Dios!

Mariano estaba pálido como la muerte: su acusador continuó con entusiasmo religioso.

A la hora que hirieron al virtuoso Padre Eduardo, esa campana sonó tres veces por sí sola pidiendo la Santa Ex-



tremaunción. . . Pues bien! Si vuelve a sonar en este instante como entonces, es prueba de que fuisteis vos el asesino.

Dicho esto la respiración de entrambos hombres, al escaparse del pecho, era el único rumor que se percibía en aquellas inmensas soledades.

Mariano no podía tenerse en pie; sus ojos arrojaban una llama enrojecida; sus labios estaban teñidos de azul, y su corazón, sofocado por la sangre, apenas se atrevía a palpar. Era evidente que la conciencia le acusaba cuando menos de cobarde; sin embargo, luchaba por dominarla, y tuvo momentos de una resolución admirable.

Sanabria por el contrario, firme sobre la tierra, reblandecida todavía a consecuencia del pasado cataclismo, solemne en su actitud e iluminado por la esperanza, parecía aguardar la confirmación de sus terribles cargos para abrir el pecho a su ofensor de una sola puñalada.

Pero uno y otro padecían en sus contrarias situaciones, aunque cada cual pusiera el mayor empeño en ocultarlo. Había en ellos impaciencia, había temor, y había también un no sé qué de sublimidad extraña, de abnegación y de grandeza tal que a la verdad sólo Dios hubiera podido definirla.

Iba ya Mariano a declarar incompetente la apelación de Sanabria, cuando del interior de la campana se escaparon tres acompasados y lúgubres sonidos, cuya vibración sacudida por el aire voló a desvanecerse en las apartadas llanuras de Angelina.

—Habéis oído, caballero? —dijo Sanabria con orgullo. El cielo, en quien no podéis suponer ni la falibilidad ni la injusticia de los hombres acaba de publicar que vos sois un asesino!

—Mucho os dais a valer, señor —repuso aquel en son de burla y haciendo el postrer esfuerzo— y muy necio también os atrevéis a suponer cuando queréis atribuir a causas superiores lo que sólo es efecto de una singular casualidad! Vamos; soltadme ya, y acabemos por convenir en que si vos



tenéis razón para desesperaros no soy ciertamente quien a costa de una calumnia abominable os puede reponer en vuestra antigua calma y vuestro honor... Eh! Soltadme.

—Señor Mariano: exclamó frenético Sanabria sin quitar la mano de su cuello.

Y la campana reprodujo con una lentitud de muerte el mismo número de golpes.

—Oidla otra vez!

Mariano arrojó entonces un grito espantoso cuya espontaneidad se compartían la desesperación y la locura; seguidamente exclamó:

—Y bien... qué queréis decirme...?

Entre tanto sus ojos parecían prontos a escaparse de las órbitas, y una convulsión general se había apoderado hasta de sus más débiles arterias.

Digo que esa campana anunció por dos veces vuestra agonía...

—Mi agonía!

—Y digo que debéis encomendar vuestra alma a quien mejor os plazca, porque vais a morir ahora mismo!

Al escuchar Mariano esta fatídica sentencia reunió en un instante todo el volumen de sus fuerzas, y lo empleó con tanta habilidad que logró desasirse de la férrea mano que le torturaba la parte posterior del cuello. Acto continuo tiró a correr en dirección de su caballo, y así como llegara a él quiso extraer de la cañonera, medio floja, una pistola; pero Sanabria, que viniendo sobre sus huellas lo había adivinado todo, llegó a tiempo para evitar que tomase el arma, y hundiéndose en la espalda de su ofensor la hoja entera del puñal le hizo desplomarse con estrépito.

—Ah cobarde! exclamó aquel revolviéndose en su sangre:— me hieres cuando estoy desarmado!

—Desarmados estaban el Padre Eduardo y mi Florinda... —contestó Sanabria balbuceando. Recuérdalo, infame! Desarmados estaban; y sin embargo... les heriste! Ay!



Una existencia y una reputación que valían mucho más que las existencias y las reputaciones de todo tu linaje, desaparecieron en un momento a impulsos de tu mal corazón y tu cinismo...

—Por... la... por la espalda... —murmuró Mariano con voz desfallecida.

—Sí, miserable! Traición por traición! —Repuso Sanabria con solemnidad.

Ah!...

—Y por un hecho providencial mueres al filo de tu mismo acero!

Diciendo así el terrible viejo quitaba la jáquima a su caballo y hacía con ella un lazo corredizo. Luego continuó:

—Vamos! Acaba de expirar para darte la sepultura que tus crímenes merecen.

—Sanabria!!

Un sordo ronquido se escapó del pecho del moribundo... Sus ojos se voltearon presentando dos grandes formas blancuecinas... Sus dientes rechinaron bajo dos labios horriblemente contraídos; su estatura se dilató, y, sus cabellos, erizados un momento, cayeron luego con lentitud sobre las sienes; dejando manifiesta la frente, ya sombreada por una siniestra palidez...

Mariano había dejado de existir!

Sanabria entonces echó y ciñó el lazo al cuello del cadáver, arrastrándolo con fuerza.

La campana comenzó a doblar pausadamente.

El anciano se detuvo, murmuró una oración y santiguándose con reverencia continuó su obra. Cuando estuvo cerca de las tembladeras deshizo el lazo para no perder su jáqui-



ma, dio un fuerte puntapié a lo que restaba de Mariano y esperó. Un instante después el cadáver había desaparecido por entre las grietas espantosas y movibles de la tierra. . .

Cerca de tres siglos y medios van corridos desde entonces. Sin embargo, la tradición a que este escrito se refiere nada ha perdido ni en su importancia ni en el menor de sus incidentes. Lejos de eso, ella se refiere sin cesar a los forasteros, sobre todo paseando alrededor de las admirables tembladeras de la antigua Vega Real, y en presencia de la maravillosa Campana del Higo.



## LA CIGUAPA

Por más que se haya dicho y se siga diciendo que la civilización del siglo en que vivimos no ha excluído cosa alguna de su benéfica influencia, preciso es reconocer que algo le falta para el completo de su obra; puesto que la humanidad se mantiene fiel respecto de ciertos errores funestos que concurren a rebajar la importancia de nuestros mismos adelantos. Evidentemente, y con especialidad de cuarenta años a esta parte, la inteligencia ha hecho tanto como en los dos últimos siglos. Cierta de que consagrada a mejoramientos o reformas, que siempre han de conservar la originalidad de su carácter, sólo llegaría a conquistar una gloria a medias, cuando no postiza, se ha lanzado en el hermoso campo de las averiguaciones, donde ha sorprendido secretos importantes para las ciencias y las artes, y donde el mundo la ha ido a saludar al compás de sus vítores y aplausos en la solemne efusión del entusiasmo. Pero todos estos triunfos adolecen de la ausencia de uno que, a mi manera de ver, es sumamente necesario —el triunfo sobre las envejecidas supersticiones, hijas legítimas de la tradición y sombras importunas que flotan sin cesar en torno de las más nobles ideas.

No se puede negar que la superstición ha sido vigorosamente combatida; mas, si debilitada por la lucha a que la ha arrastrado el paladín soberbio del progreso la hemos visto desertar de los centros luminosos, volvamos nuestros ojos, y fuerte por la impunidad la veremos ejerciendo su férreo



período en el silencio de la selva, en el claro oscuro de los bosques y en la tranquilidad de las aldeas. Un hecho contemporáneo será el certificado más expresivo de su pernicioso influencia sobre esos seres infelices, comunes a todos los pueblos, para quienes la civilización es todavía menos que un fantasma.

De Santiago de los Caballeros, Provincia principal de nuestra República, a Puerto Plata, que es el marítimo más próximo, hay por el camino *viejo* o de *Altamira*, veinte leguas castellanas; mientras que por el nuevo o de Palo Quemado sólo hay ocho y media de extensión, que corren a terminar en dicho puerto. Aunque a primera vista parece que el viajero debe preferir el último camino atendida la prontitud con que respectivamente rendiría la jornada, no sucede así; porque trazado a través de una sucesión interminable de montañas gigantescas y bordadas éstas por infinitos ríos caudalososísimos, de frecuentes avenidas, el caballo sufre mucho en el tránsito, por cuya razón es necesario no apurarlo y desperdiciar por lo tanto el beneficio de tiempo que se pudiera obtener respecto del otro camino en razón de la menor distancia. Sin embargo, hay algo de sublime en los peligros: bajar al Niágara en sus más solemnes arrebatos; cruzar por un andarivel sobre un abismo sin fondo, húmedo, imponente por cuanto solitario y tenebroso; aspirar el aliento de un volcán en los mismos bordes de su cráter; escalar los Alpes, sorprender al cóndor en su guarida, y andar perdido entre un bosque sin fin en noche oscura, o sobre el mar azotado por el huracán; son, a la verdad, escenas grandiosas, magníficas, soberbias, escenas que deben arrebatarse el espíritu, llenar el corazón de brío, elevar y conmover. Santo Domingo no se presta a estas emociones absolutamente; pero tiene algo de solemne en su naturaleza, en la elevación de sus montañas, núcleo del sistema antillano, en su aspecto primitivo que conserva como ningún otro punto de la América y en los bramidos sonoros de sus ríos.



Partidario, pues, de todo lo nuevo o sorprendente, y avezado ya al camino de *Altamira* tomé el de *Palo Quemado* el día cuatro de Junio del año de mil ochocientos sesenta para llegar a Puerto Plata el cinco y seguir mi viaje a La Habana en el *Pájaro del Océano*. Cinco horas de ruta, a contar desde la del alba, fueron suficientes para rebajar la potencia de mi caballo a tal manera, que ya subía las altas cumbres dando sordos gemidos, y entraba en los ríos a viva fuerza seguro de que le aguardaba un nuevo escalamiento. Lastimado de su quebranto resolví hacer alto en las floridas márgenes del Bajabonico. Un joven gallardo, al parecer de oficio labrador, se me acercó y tomó a su cargo la diligencia de aflojar la montura a mi caballo. Tenía un aspecto doloroso que contrastaba poderosamente con la energía de su musculatura atlética, y derramaba dolor en cada una de las miradas de sus grandes ojos negros.

—Va Usted a La Habana caballero? me preguntó con dulce acento.

Ciertamente, le respondí; pero quién le ha dicho a Usted que voy a La Habana?

—Mi tío, Señor, que es quien le lleva su equipaje. . . El irá por Altamira?

Sí.

Me admira que lo haya dejado a usted venir solo por este camino. Un buen peón nunca debe separarse del viajero. . .

Sin embargo, no le culpe usted. Mi venida por aquí es obra del antojo; luego, como afortunadamente en nuestra patria no se conocen los peligros que en otros países. . .

—Qué dice usted? —exclamó a media voz, y sentándose junto a mí sobre la yerba.

—Digo, que no hay malhechores en toda esta parte española.



—Ah!... es verdad, pero en cambio hay otra cosa peor... si señor: hay otra cosa que roba y mata sin quitarnos la vida o el dinero...

—No lo comprendo a usted, amigo mío.

—Sin embargo, he dicho la verdad y en un idioma que no es a usted desconocido.

—Pero... la proposición de usted es peregrina, quién que roba y mata no invade la propiedad y la existencia?

—La Ciguapa!... y así diciendo miraba en derredor con ojos aterrados.

—La Ciguapa?... repuse sorprendido y reduciendo a su mitad la fuerza de mi acento.

El joven se quedó un instante inmóvil, con el oído atento como quien percibe algún rumor lejano; luego sonrió, puso sobre sus breves orejas los copos de cabellos que el espanto había esparcido por su frente, pálida como un botón de lirio, y levantando con trabajo la bóveda de su pecho lanzó al aire un suspiro triste cuanto prolongado. Desde luego adiviné algo de maravilloso en la vida y en el dolor de aquel joven, (que bautizaré con un nombre de mi gusto para evitar confusión en el discurso de este relato, por ejemplo, le llamaré Jacinto, siquiera sea porque la primera letra es también la primera de mi nombre) y curioso hasta la impertinencia resolví provocarlo a la revelación, aún a precio de sus más amargos sufrimientos. Esta curiosidad, sin embargo, no carece de nobleza. Yo tengo la costumbre de identificarme con todos los dolores, y a veces con sacrificio de mi tranquilidad y mi deber... Vive en el mundo una señora que me contó la historia de su corazón, entre sollozos y entre lágrimas... Esto dio margen a una pasión desesperada por mi parte, pasión que brotó del árbol de la piedad, y que antes de florecer fue hollada por la misma que en sus diálogos pedía una limosna de amor... Qué difícil es conocer la verdad en ciertos labios!



Jacinto, pues, vuelto de su sorpresa y recordando mi última frase dijo:

La *Ciguapa*, caballero: la Ciguapa es la criatura que con un alma como nosotros alienta sólo por el exterminio de nosotros mismos. . .

Pero usted no conoce la Ciguapa! . . .

Ciertamente que no, amigo mío; y si no fuera el temor de afligirle, me atrevería a suplicarle me diese algunas noticias de ese ser que aún en recuerdo le intimida.

—Será usted complacido, señor, más para que comprenda bien el mágico poderío de la *Ciguapa*, será preciso que lo vea confirmado en la desgracia que lloro sin cesar en medio de estas anchas soledades.

—Acepto, le respondí.

El me tendió la mano y añadió:

—Yo soy, señor, hijo de buen padre; pero víctima en primer término de sus opiniones políticas. Creyó que tal o cual doctrina era conveniente a la felicidad de nuestra patria, la enunció sin atender a las consecuencias, y luego tuvo que buscar el reposo en el destierro; dejando mi existencia de doce años entregada a las depredaciones de la orfandad. No sé si vive; pero tampoco lo acuso, aunque pudiera decir que más amó una doctrina que una prenda de su corazón. . . A espaldas de esa montaña que besando viene el río, habita el viejo Andrés, jefe de una familia numerosa y el cual me recogió agradecido a los favores que le otorgó mi padre en otro tiempo. Entre sus hijas hubo una llamada Marcelina, que me tomó un cariño extremado, y a la que correspondía yo con el mismo afecto; llegando esta afición a tal altura, que nos era imposible estar diez minutos separados. Así cuando iba yo a cortar leña, ella me acompañaba al monte sin hacer cuenta de sus labores; y cuando ella bajaba con el *calabazo* a buscar agua al río, yo la seguía, indiferente a las obligaciones que la hospitalidad me había impuesto. Marcelina contaba quince años: era hermosa como



un clavel, de ojos negros, breve boca, cintura delgada y gallardas formas; a todo esto se agregaba una sonrisa angelical siempre retozando en sus labios purpurinos como en testimonio de la inocencia y ternura de su alma. El viejo Andrés, conocedor del corazón humano, presintió el resultado de nuestra ostensible simpatía y una noche nos dijo:

Hijos míos, la juventud es imprudente cuanto más impresionable, y temeraria hasta la locura cuando teme alguna contrariedad en sus manifestaciones. Para prevenir estos males difíciles de contener una vez desarrollados, quiero participar a ustedes que sus almas, espejos en que me miro sin cesar, tienen grabadas recíprocamente sus propias imágenes, y que esta especie de *mirismo* marcha a una fusión que aplaudo y que bendigo. Así, pues, ni hay que padecer con la idea de una tiranía que siempre he condenado en las familias, ni menos que disfrazarse con un tupido manto de reservas.

Dí las gracias al viejo Andrés en una mirada, por su generosidad, y en seguida la fijé en el rostro de Marcelina; mas, inocente como mujer ninguna lo fue, nada comprendió de lo que había dicho su padre y continuaba embebida en su costura. Aquella noche no me fue posible dormir: hablé conmigo mismo de amor, de felicidad: veía a Marcelina turbada en mi presencia, oyendo la explosión de mis tiernos arrebatos, y lloré de gozo como un niño.

Tres meses transcurrieron, en los cuales sin alterar la índole de mi trato con Marcelina, el amor había dilatado mi corazón y embellecido mi existencia.

Al cabo de ese tiempo salimos una mañana para tomar agua del río... Allí caballero... debajo de esa mata de ce-ra... ay! Allí nos sentamos como de costumbre, a trazar un cuadro de flores para el porvenir... por qué no permitió Dios que yo hubiera enmudecido...? Ella viviera todavía; y habríamos gozado, como antes, sin darnos cuenta de nuestra felicidad!...



—Valor, Jacinto, le dije conmovido.

Entonces enjugó una lágrima y prosiguió de esta manera:

Sentados, pues, debajo de ese árbol vimos discurrir cerca de una hora; hasta que yo excitado como nunca por la adoración contemplativa de los encantos que poseía mi joven amiga, le tomé y estreché apasionadamente una de sus manos.

—Ay, Jacinto!, me dijo sorprendida: como abrasa tu mano! Dime, estás malo?

—No, Marcelina mía, le respondí balbuceando.

—Pero... a lo menos sufres...!

—Ah! Lejos de eso, gozo de la felicidad en toda su plenitud.

—Egoísta! Y pensabas ocultármelo...!

—Calla Marcelina! Ah! mira que conviertes así en dolores mi alegría. Cuándo te he ocultado cosa alguna?

—Perdóname, Jacinto: los que queremos bien somos a veces injustos; pero nuestras injusticias no bajan jamás al corazón. Veamos, ¿me perdonas?

—Oh! te perdono hoy con más razón y más deleite que te hubiera perdonado ayer.

—De veras?

—Es mi alma la que habla...!

—Es mi alma la que escucha...! Pero tu mano me quema... Has dicho también una cosa... Y me miras de una manera... Por Dios, Jacinto... qué está pasando de extraño entre nosotros? Siento mi rostro inflamado, mi corazón se agita... te miro, y me estremezco...! Jacinto, explícame todo esto que yo no me basto a comprenderlo...!

Arrebatado entonces caí de rodillas sin abandonar su mano, temeroso de que asustada hubiese huído como una paloma, buscando auxilio en la choza de su padre.

—Es, Marcelina, le dije casi llorando en mi arrebatado, es que nuestras almas se pronuncian contra la timidez, y se re-



velan en el lenguaje de las sensaciones el mejor de sus capítulos... es que no podemos seguir así, callando lo que sentimos y desflorando en su capullo el botón de la juventud... es en fin, que la soledad de estas montañas, los susurros de sus brisas y el dulcísimo lamento de este río nos han hecho volver nuestras miradas sobre nosotros mismos y preguntarnos: qué es lo que sentimos y queremos? Ah! No es cierto que tal es nuestra situación en este instante...?

—Yo lo ignoro, Jacinto, —me respondió toda convulsa;— sólo comprendo que si me abandonarás ahora, moriría de dolor sobre esta arena; pero tú no lo harás... porque me quieres mucho.

—No lo haré porque sería suicidarme, y me importa vivir por tu alegría.

—Oh Jacinto! Cuanto gozo escuchándote! Que hermosa novedad encuentro en tus palabras, y con cuánta delicia descienden hasta mi corazón!... Habla otra vez, y dime qué es lo que te inspira esas ideas originales y conmovedoras, que así me recrean y sorprenden. Habla!

—Marcelina! Para explicártelo basta sólo una palabra...

—¿Una palabra...?

—Una que vale por todas las que representan nuestro idioma...

—Y bien... pronúnciala...!

—Sí, voy a pronunciarla... Oh! Escúchame...

—Habla.

—Yo te amo, Marcelina!

—Es posible! exclamó con la inocencia de los ángeles: ¿y cómo es que adorándote yo no participo de tus propias inspiraciones?

El diluvio de besos que estampé en su mano incendiada por la pasión fue la respuesta que dio mi gratitud; mientras ella esmaltada por el rubor a consecuencia de su bellísima espontaneidad, cerró los ojos e inclinó la frente como un aguinaldo en cuyo cáliz proyecta el sol su rayo más fogoso.



Calmadas las emociones del momento nos dimos cuenta del pasado y hablamos del porvenir.

—Serás mi esposa —le dije— y nuestra choza el templo del amor.

—Sí— me repuso enajenada, y te amaré como te amo hoy; porque amarte más es imposible. Mira, Jacinto; aquí mismo, al pie de este árbol levantarás nuestra cabaña. Así tendremos siempre presente nuestros juramentos. Oh! Cuánta felicidad! Pero vamos a echarnos a los pies de papá y a revelarle nuestro amor. . . .

—Un momento más, querida Marcelina! Es tan hermoso estar ahora a tu lado sin testigos. . . !

—Es que tengo miedo, Jacinto. . .

—Miedo! Y de quién tienes miedo cuando yo velo por tí?

—No sé explicarlo. . . pero de verdad que tengo miedo. . .

—Tranquilízate, mi bien —repuse yo conmovido por su interesante timidez; Dios desde su trono ha escuchado nuestras protestas de amor, y seguramente las bendice. Además, yo estoy aquí para defenderte y. . .

Dos agudos gritos estallaron a la vez. El uno seco, estridente, fatídico como el de la muerte, salió de la cresta de la montaña y restalló de roca en roca hasta perder su timbre entre los murmullos querellosos de estas aguas; el otro, ay! el otro triste, profundísimo, grito de dolor arrancado al alma que se adormecía descuidadamente en brazos de la felicidad, partió del seno de Marcelina articulando con trabajo estas palabras:

—Dios mío! . . . La Ciguapa!!!

Esto dicho se desmayó. Privado de todo auxilio en aquella dolorosa situación, ceñí a Marcelina por la cintura, la suspendí hasta mis hombros y me alejé de este lugar, llevándola como a un niño que se duerme en los momentos más supremos de una fiesta.



Ni la ternura de su padre, ni el solícito cuidado de sus hermanos, ni el amor afligido de mi alma, ¡ay! nada señor, pudo devolver a la suya la tranquilidad que había perdido... Desde que cayó en el lecho fue víctima de una enajenación horrible, de un sopor espantoso, sólo alterado por la convulsión y los sollozos; si abría sus labios, ya sin carmín y sin color, era sólo para pronunciar estas palabras: Oh Jacinto mío! íbamos a ser felices... pero... yo vi la Ciguapa!!! Adiós Jacinto!

En seguida escondía la hermosa frente en la almohada y volvía a desmayarse. Para concluir, caballero, porque el recuerdo me asesina: tres días después de este acontecimiento doloroso dimos sepultura debajo de ese *árbol de cera* al cadáver de mi adorable Marcelina...!

Calló el mancebo enjugando como a hurtadillas una gruesa lágrima que surcaba su mejilla. Yo me levanté, viendo que era tiempo de seguir en dirección de Puerto Plata y tomé mi caballo que se había alejado un poco paciando la fresca grama de las inmediaciones, pero antes de cabalgar, y visto que Jacinto había dominado la emoción, me atreví a preguntarle.

—Y bien, amigo mío: usted me ofreció explicarme qué cosa es la Ciguapa, y mi curiosidad ha subido de punto con lo que acabo de oír... querrá usted cumplirme su palabra?

—Sin duda, caballero; pero recordando a usted previamente que como nacido y educado, aunque a medias, en la ciudad de Santiago, no participo de las ideas supersticiosas de estos candorosos campesinos. Se dice que desde antes del Descubrimiento de esta Isla existe una raza cuya residencia ha sido siempre el corazón de estas montañas; pero que se conserva en toda su pureza, durmiendo en las coronas de los cedros, y alimentándose de los peces de los ríos, de pájaros y frutas. La Ciguapa, que tal es el nombre con que se conoce, es una criatura que sólo levanta una vara de talla: sin que por tanto se crea que en sus proporciones hay



la deformidad de los llamados enanos en Europa, y aún en otros puntos de la América. Lejos de eso, existe una exacta armonía en todos sus músculos y miembros, una belleza maravillosa en su rostro, y una agilidad en sus movimientos tan llenos de espontaneidad y de gracia que deja absorbo al que la ve. Tiene la piel dorada del verdadero indio, los ojos negros y rasgados, el pelo suave, lustroso y abundante, rodando el de la hembra por sus bellísimas espaldas hasta la misma pantorrilla. La Ciguapa no tiene otro lenguaje que el aullido, y corre como una libre por las sierras, o salta como un pájaro por las ramas de los árboles tan luego como descubre a otro ser distinto de su raza; porque es sumamente tímida e inofensiva al mismo tiempo. En general se le atribuye una sensibilidad sin ejemplo, y se añade que habiéndola capturado algunas veces por medio de trampas abiertas en los bosques, se le ha visto morir a pocas horas de dolor, anegada en su mismo llanto; pero sin exhalar una sola queja ni menos revelar indignación. Por último, caballero, la *Ciguapa* es en su naturaleza idéntica a nosotros; y en cuanto a las manifestaciones del amor infinitamente superior, porque raya en el delirio. Sus celos terminan con la muerte, y es en este sentimiento tan intolerante y egoísta, que el cuadro de dos seres que se aman y acarician le arranca gritos de desolación que sólo se apagan en el sepulcro. Pero no es esto lo más admirable, sino que cuando es hembra la Ciguapa que sorprende esos coloquios, muere a la misma hora que ella el joven enamorado, y cuando es varón muere la amante como murió mi pobre Marcelina... En todo lo que llevo dicho no se descubre otra cosa que el triunfo de una creencia torpe; pero admitida y consagrada, sobre todo por nuestros inocentes campesinos. Esta creencia, pues, es la causa verdadera de una desgracia que lloraré con el corazón mientras tenga fuerzas para soportar su peso.

Dijo Jacinto, y estrechándome la mano desapareció



por el caracol trazado rústicamente al pie de la montaña. Entonces volví a tomar el camino, preocupado con la existencia y las derivaciones de tantos errores como prohija todavía la sociedad, despreciando la voz de la civilización y los testimonios irrecusables del progreso.



NICOLAS UREÑA DE MENDOZA  
1822-1875

*Poeta, abogado, periodista, costumbrista. Nació el 25 de marzo de 1822 y murió el 3 de abril de 1875 en su villa natal, Santo Domingo. Fue, con Félix María Del Monte, introductor del color local en la poesía dominicana, en sus celebradas décimas del destierro, en 1855, entre ellas El guajiro predilecto, una de las más bellas de nuestro parnaso. "Poeta de sabor clásico en sus pastorelas: de índole nacional en sus cantos dominicanos", le llama C. N. Penson.*

*El progenitor de Salomé Ureña vivió en constante actividad. Fue maestro de escuela, Director de la Escuela Pública de Santo Domingo en 1852, en el mismo año Defensor Público, función que le fue confirmada el 21 de febrero de 1860; magistrado, legislador, Senador por Puerto Plata en marzo de 1869; periodista, político militante, por lo que sufrió persecuciones y exilios. Usaba generalmente dos seudónimos: el de Nisidas, para sus poesías, y el de Cástulo para sus jugosos artículos de costumbres. Cultivó casi todos los géneros de poesía. Escribió romances, décimas, pastorelas, epigramas, apólogos.*

*Su obra en prosa, en la que se cuentan algunos grandilocuentes discursos políticos, no ha sido recogida. No así su poesía, en parte inserta en la Lira de Quisqueya, de Castellanos, p. 55. Dos de sus Cantos dominicanos figuran, precedidos de breve noticia biográfica, en nuestra obra Poesía*



popular dominicana, S. D., 1938. p. 64, 81, 82. Su ilustre nieto, el Dr. Pedro Henríquez Ureña, recogió también un manojito de sus versos, Poesías, S. D., 1933, 30 p. en mimeógrafo.

Su vehemente discurso acusatorio contra Santana se publicó en el periódico El Eco del Pueblo, S. D., 12 de octubre de 1856. Su Historia de El Duende, de 1853, que se reproduce en esta obra, aparecida en su admirable periódico El Progreso, en ese año, la insertamos antes en nuestra obra La Imprenta y los primeros periódicos en Santo Domingo, S. D., 1944. Son páginas del género costumbrista, en que tanto se distinguió el celebrado Nísidas.

En el Cuaderno de poesías coleccionadas por P. Henríquez Ureña, manuscrito que se conserva en el Museo Nacional, hay un romance de Nicolás Ureña. Este Cuaderno es una antología de la poesía dominicana, obra juvenil, inédita, del más ilustre descendiente de Nísidas. Dejó un libro inédito, Paciflores, que conservaba otro ilustre nieto suyo, el Dr. Max Henríquez Ureña.

Ver Max Henríquez Ureña, **Panorama histórico de la literatura dominicana**, Río Janeiro, 1945; E. R. D., **Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas**, S. D., 1960, José Castellanos, **Lira de Quisqueya**, S. D., 1874; C. N. Penson, **Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo**, S. D., 1892 ,p. 29.



## LA HISTORIA DE EL DUENDE

Difícil cosa era en otro tiempo escribir para el público, y mucho más difícil ostentar un estilo ataviado con toda la pompa del idioma, las galas de la retórica y la amenidad y cadencia del buen gusto, porque el saber no se había como en nuestro siglo comunicado a las últimas capas de la sociedad, en que cualquier menestral se cree erudito con sólo haber leído alguna de las obras que han inmortalizado a Dumas, Víctor Hugo y Eugenio Sué. En la época a que nos referimos estaban reservadas las ciencias a un corto número de hombres y al clero, único depositario de las antiguas tradiciones y de los libros salvados de las ruinas de Egipto, Esparta, Roma etc., etc. Los nobles se hallaban bien con su ignorancia, que era su principal distintivo, y era honroso para ellos no sólo no saber comunicarse con sus semejantes por medio de la escritura, sino lo que es más aún: ignorar escribir su nombre al final de un pergamino (\*).

Hoy todo es al contrario; el mundo ha tomado nuevo aspecto y merced al torrente de luz que despiende nuestro siglo, las tinieblas han desaparecido y la ignorancia se ha re-

---

(\*) Este escrito apareció originalmente en el periódico **El Progreso**, S. D., 1853, y reproducido en nuestra obra **La imprenta y los primeros periódicos de Santo Domingo**, S. D., 1944, en la que se reproduce la colección del periódico **El Duende**, de 1821, a que se refiere Nicolás Urefia.



fugiado en el Orco: único lugar que aún permanece oscuro en el siglo XIX habitado por sus ángeles de tinieblas y sus réprobos de maldición.

De este modo discurría yo no hace mucho, recostado en una poltrona, con el brazo izquierdo descansando en el espaldar de una silla, y con ambos pies estirados y puestos en los travesaños de otra, es decir, ocupando tres sillas a un mismo tiempo con toda la comodidad que mi casa permite. Cualquiera al verme en esa posición me hubiera tomado por de pronto por uno de nuestros honorables Congresantes.

Ya hemos dicho que no hay un hombre por inepto que sea que no se juzgue autorizado a escribir para el público y en estilo campanudo hacerle *dormir: despierto*: sentado esto no se extrañará que yo haya dado en la manía de escribir artículos para EL PROGRESO y que haciendo el más completo abuso de la paciencia de los lectores, me proponga hoy regalarles con una historia insípida, desaliñada y escasa de invención. Bien comprendo que harán falta en ellos los espectros de Walter Scott y demás alharacas hijas del *romanticismo*; pero mis lectores serán indulgentes en esta parte, porque nacido en este siglo de maquinarias e inventos juzgo que todo debe practicarse por vapor o a lo menos parecerlo, es decir, que toda producción debe hacerse lo más lacónico posible: así la historia que intento referir tendrá a más del mérito de la veracidad, el de asemejarse en la rapidez a una locomotora.

Por los años de 1821 circulaba en esta Capital un periódico titulado *El Duende* redactado por los hombres más inteligentes de aquella época, y por supuesto lleno de instrucción, amenidad y cultura. Exiguo en demasía aún para aquellos tiempos, en que la imprenta no había tomado esas dimensiones colosales que hoy notamos, se concretaba solamente a comunicar las noticias más interesantes de la Metrópoli, a insertar uno que otro aviso y tal cual composición poética de los hijos del país: esas composiciones que



tanto disgustan hoy a algunos de los lectores de *El Progreso* y que casi nos exponen a que digamos de ellos lo que Shakespeare de los hombres insensibles a la armonía.

*El Duende* en su aparición era solicitado con ansiedad por todos los hombres, de mediano saber, y amantes del progreso material e intelectual de este país y aunque reducido a la mitad de un pliego de papel común, cosa que sería ridícula en 1853 en que periódicos colosales como *El Eco de Ambos Mundos* y *El Correo de Ultramar* pueden servir para alfombrar el pavimento de un gran palacio, nadie se detuvo al principio a meditar, si era o no exorbitante el precio de un real fuerte, que importaba cada entrega. Mientras no se cobraba la cuota a los suscriptores, la empresa marchaba a las mil maravillas, y los Editores podían prometerse largos días de existencias para el hijo de sus concepciones, para el fruto de sus desvelos y para el objeto de sus esperanzas; esperanzas que según ellos habían de realizar más tarde un porvenir risueño y lleno de atractivos; más luego que llegaba el momento del cobro, entonces desfogaban su despecho contra el cobrador, y se deshacían en invectivas contra el pobre *Duende* y aún lo que es más, no faltaba un egoísta que acusara a sus Editores, de insulsos, plagiadores y... Era un remedo de lo que pasa hoy, con *El Progreso* y con el *Correo del Cibao*. Un hombre anciano, vecino de mi padre y más avaro aún que el inmortalizado por Molière, fue uno de los que después de haber satisfecho su pequeño contingente, se negó con obstinación a proseguir abonado. Mi padre por el contrario, si antes recibía un solo ejemplar, quiso recibir dos en adelante, sin embargo de la escasez en que vivía; porque comprendía que la prensa había llegado a ser una necesidad de la época y porque existía en él un espíritu de nacionalidad a toda prueba.

Los domingos, después de haber asistido a la misa mayor, regresaba mi padre a casa, y leía a toda la familia el pequeño periódico; haciéndonos retener en la memoria a mi



hermano y a mí las fábulas y poesías que por lo común insertaba. El bueno de nuestro vecino atisbaba esta hora para enviar a casa al menor de sus hijos en busca del periódico que no sin repugnancia se le remitía. Mi padre quiso persuadir al vecino en varias ocasiones, a que se suscribiera de nuevo al *Duende*, asegurándole que no por eso se notaría alteración sensible en su capital; pero el vecino siempre contestaba: *que no era indispensable la lectura de los periódicos; que él tenía hijos a quienes darles pan, y el tiempo estaba muy malo: y que, en fin, cuanto más podía hacer en obsequio de la empresa, era suscribirse conjuntamente con mi padre, y que cada uno pagase la mitad del importe de la suscripción.*

Mi padre lleno de coraje no replicó al egoísta vecino, ni le habló más nunca de periódicos, porque según el decía: así como no se puede invertir el orden natural y constante de las cosas, así no se puede pedir prodigalidad al avariento; y no obstante, el vecino continuaba enviando a buscar a mi casa el periódico.

Una tarde jugaba yo, en las inmediaciones del hogar de mis padres, con mis hermanos y demás compañeros de mi niñez, y nos entreteníamos en arrojar al aire rueditas de papel, para engañar a las incautas golondrinas que volaban en gran número atraídas por la primavera. Poco rato después, uno de los hijos del vecino se incorporó con nosotros, e imitando nuestro ejemplo, sacó de su bolsillo, el *Duende* de aquel día, todo arrugado, y con la mayor prontitud que se ha visto, lo redujo en un instante, a una infinidad de partículas: aquel era el periódico de mi padre. Yo corrí, mejor dicho volé a mi casa e impuse a mi padre de lo acontecido; esto, como era de suponerse, dio por resultado un rompimiento eterno entre las dos familias. Mi anciano padre rebosando de cólera, y teniendo la razón de su parte, dirigió al vecino palabras poco comedidas, y aún le hirió su amor propio en gran manera; mas éste con toda



la serenidad de la impudencia, sólo contestaba: que él castigaría el atrevimiento de su hijo, para que los demás no lo repitieran. . .

Permítasenos plagiar, o si se quiere, copiar a Mr. Víctor Hugo, cuando en *Nuestra Señora de París*, encuentra la Reclusa a la Esmeralda, en la Plaza de Greve, que dice: *nuestra pluma se resiste a pintar!!!* . . .

Y en efecto, *nuestra pluma se resiste a pintar* los disgustos, los sinsabores y los ratos de impaciencia que ocasionó a mi familia, el mencionado periódico.

Baste decir que gracias al ascendiente que ejercía mi madre sobre su esposo no se ensangrentó la escena, quebrantando así uno de los preceptos, impuesto por Aristóteles.

He aquí lector la historia de *El Duende*: a tí corresponde hacer las aplicaciones debidas, porque sabido es que en la naturaleza hay muchos seres parecidos, y que aún en los más desemejantes a primera vista, no dejan de notarse algunos puntos de contacto, después que se han examinado.

*Imita en horabuena al vecino de mi padre*; pero nunca ¿lo oyes? nunca abuses de la confianza de un amigo, y le devuelvas roto y grasiento un periódico, que con repugnancia te ha prestado; y al que has detractado injustamente, más bien por un espíritu de egoísmo, que de retrogradación.

(1853)





J. A. BONILLA Y ESPAÑA  
1836-1894

*José Antonio Bonilla y España nació en Santo Domingo el 11 de febrero de 1836 y murió en la misma villa el 7 de enero de 1894. Fue hijo del prócer separatista Pedro Pablo de Bonilla.*

*Desde muy joven se dedicó al estudio y a las letras. Miembro de diversas sociedades literarias; ejerció su profesión de abogado desde el 23 de agosto de 1866. Fue Diputado, Ministro de la Suprema Corte de Justicia, primer redactor del importante vocero El Eco de la Opinión, desde su aparición, en 1879, y asimismo redactor de El Teléfono.*

*Fue colaborador de la importante Revista Científica, que dirigían el Dr. Guillermo de la Fuente y José Joaquín Pérez. En la edición No. 7, de junio de 1883, publicó su breve artículo La Conjunción, en que habla de sociedades cooperativas y del proletariado; en la No. 20, de noviembre del mismo año, otro artículo, revelador de sus aficiones folklóricas, Los cantos populares; y en los Nos. 25 y 27, de diciembre de 1883 y enero de 1884, su Defensa en la causa criminal de Petrona Telemaco.*

*En relación con la tradición de Bonilla que se reproduce ahora véase en Cosas Añejas la tradición de Penson, Profanación, y nuestro artículo De la poesía francesa en Santo Domingo, en Cuadernos dominicanos de cultura, S. D., dic. 1944. Dice Penson que no se ha podido averiguar el*



*nombre del Padre Perozo, y que Bonilla y España le dio el convencional nombre de Fray Fulgencio (Cosas Añejas, p. 90 y nota V-XXXV).*

*La obra de Bonilla es digna de una mayor investigación. En su Necrología, publicada en El Eco de la Opinión, del 13 de enero de 1894 y en la obra del Lic. M. A. Amiama, El periodismo en la República Dominicana, S. D., 1933, p. 49, 50, se habla de su labor como periodista.*



## LA PROFECIA

### I

En la altiplanicie norte de la ciudad, frente a la puerta de San Diego y en dirección al río Ozama, existe, casi demolido por las revoluciones del tiempo y la indiferencia de los hombres, el antiguo Convento de frailes franciscanos que fue un notable monumento, y es hoy una ruina que apenas revela la soberbia y magnífica morada de aquellos siervos del Señor, modelos de sabiduría y ejemplos de caridad cristiana.

Murallas informes, ennegrecidas y llenas de grietas, arcos rotos, puertas desquiciadas y abiertas y algunas paredes de los claustros, es cuanto queda de aquel edificio destruido.

Entrando por la puerta principal de la iglesia se ven, a la izquierda, dos órdenes de arcos que aún permanecen de pie y erguidos, rodeando los fustes de sus columnas la trepadora enredadera, y sobre los altos capiteles el copey y el higo que enlazan sus rudas raíces, demostrando así el triunfo de la naturaleza sobre las creaciones del genio. Hacia el fondo, sombría y silenciosa, se levanta una capilla que conserva parte de su techumbre, y frente a la capilla los restos de una celda que según la tradición fue la que ocupó en vida Fray Fulgencio de Perozo, varón doctísimo, oriundo de una noble familia castellana, y a quien los in-



fortunios le hicieron aceptar la vida monástica; a ese varón debieron sus timbres intelectuales y su pujanza en las letras humanas el Doctor Núñez de Cáceres, el Doctor José J. Del Monte, el Doctor Faura y otros eminentes y esclarecidos hijos de esta tierra privilegiada.

El tiempo demoledor de toda grandeza, ha ido convirtiendo en escombros artísticos una de las obras más hermosas e imponentes que ostentaba la que fue Atenas del Nuevo Mundo. Aquellas paredes ennegrecidas recuerdan que en ese lugar santo y sagrado, a las primeras alboroscencias de la aurora y a los últimos crepúsculos de la tarde, se cantaban himnos de adoración por los piadosos moradores, que se elevaban al cielo, como el perfume de las flores y el oloroso humo de los incensarios.

Dentro de la iglesia y protegidos por robustos troncos y a la sombra de tupidas ramas, había algunas lápidas de mármol blanco cuyas inscripciones borradas y confusas, denunciaban que bajo de esa losa estaban enterrados los humildes frailes que habían consagrado su vida al culto de Dios, y los orgullosos nobles, a quienes pareció estrecho el mundo para sus exageradas aspiraciones, allí como en el cementerio, la vanidad del hombre había agotado los prodigios de la forma en los epitafios, y la heráldica en los blasones de antiquísimo abolengo.

Hacia muchos años que esa iglesia y el vasto edificio del convento estaban olvidados del hombre, y sólo el curioso viajero visitaba aquellas solemnes ruinas históricas, ávido de conocer los vestigios de grandeza de un siglo monumental, que fue gloria y esplendor de España.

## II

Corría el año de 1840. La dominación dura e injusta de occidente pesaba sobre los infortunados hijos de la antigua Primada; esa dominación que contribuyó a la deca-



dencia de la parte española, que convirtió a la augusta matrona del Caribe en mísera esclava; dominación cruel cuyos vestigios no han podido borrar aún ni el tiempo ni la viril e ilustrada generación actual.

Era la noche del 27 de Febrero; la luna iluminaba de lleno la solitaria iglesia y los abandonados claustros del convento, refractando su luz en los pedazos de mármol que conservaban parte de su blanco primitivo, noche apacible y poética, como son todas las noches americanas. Entre las espesuras de los árboles y en el recinto de las dos naves del templo describían círculos los murciélagos, las agoreras lechuzas con sus chirridos inspiraban pavor al espíritu más sereno.

Daban las once en la campana del Palacio del Ayuntamiento, y a esa hora tres personas se dirigían presurosas por la calle del Hospital, hoy del Estudio, y subían la cuesta que conduce al Convento de San Francisco.

Esas personas eran los haitianos Altius Ponthieux, su hermano Altidor, y un joven francés de apuesto continente. Los tres jóvenes habían concebido un proyecto audaz y sacrílego; interrumpir el solemne silencio de aquella sagrada ruina con la algazara de una orgía, con los báquicos cantares de la embriaguez.

Los tres jóvenes se dirigieron con firme paso a la iglesia, traspasaron sus umbrales, e improvisando una mesa con una enorme piedra desprendida de la bóveda de la iglesia dieron comienzo a la cena. A medida que escanciaban las botellas iban sus ojos animándose por grados, y su faz primero, y después su cuerpo, tomando un aspecto infernal, que habría puesto indefinible espanto en el corazón más osado. A medida que su exaltación aumentaba, aumentaban también las voces y los gritos.

Altius Ponthieux, el más atrevido, levantándose tomó una copa y cantó los siguientes versos, apóstrofe sacrílego a los que dormían el sueño eterno de la muerte:



Por un instante alzaos del polvo,  
 monjes que dormís en estos lugares,  
 la noche reina en este antiguo monasterio,  
 venid a tomar parte en nuestros juegos.

Estos muros ennegrecidos, estas góticas bóvedas,  
 vieron vuestros más dulces placeres,  
 salid, salid de esos nichos antiguos.  
 Franciscanos, bebemos a vuestra salud.

Ah! decidnos cuántas veces estas celdas  
 ocultaron vuestros amores.  
 Cuántas hermosas, cándidas y puras  
 encantaron el curso de vuestros pasatiempos,  
 ah! sí, sin duda, el choque de vuestros vasos,  
 de cien frascos  
 hacían grato el eco de este lugar solitario.  
 Franciscanos, brindamos a vuestra salud!

Jamás humanos ojos vieron el cuadro que siguió a esas  
 frases satíricas, a ese acto infame!

En ese instante mismo brotaron por las grietas de los  
 muros llamaradas fosfóricas que iluminaron tristemente los  
 muros y las lápidas, que levantadas, dieron paso a blancos  
 y pelados esqueletos, y oculto el cráneo por la azulada co-  
 gulla, a un fraile, antiguo morador de aquel sagrado recinto.

Los compañeros de *Altius*, cayeron anonadados ante  
 esa visión, como los amigos de Tenorio ante la aparición  
 del Comendador.

—¡Sacriflegos, dijo el fraile, con profunda y temblorosa  
 voz: ¿no os ha bastado las desgracias que han asolado a la  
 infortunada Española, donde caísteis como hambrientos bui-  
 tres? ¿No os ha bastado a vuestros instintos de fieras, las  
 seducciones de las vírgenes, el martirio del patriota, el es-  
 carnio de venerados y preclaros varones, la destrucción de



los mejores monumentos para edificar vuestras casas? ¿No os ha bastado tanta infamia? ¿Necesitábais más? ¿Despertar el silencio de estos muros con vuestras báquicas algazaras; retar a los que tranquilos dormían el eterno sueño en sus tumbas mortuorias!

¡Salid malditos del Señor! Estas orgías, esta profanación será vuestra última jornada. Os falta poco... La antigua Española recobrará sus bríos y su altivez, y todos los vuestros y los de vuestra descendencia caeréis bajo las lanzas de los patriotas.

Salid de este asilo de paz, malditos de Dios, que dentro de cuatro años saldréis de los dominios de nuestra tierra.

Calló el fraile... todo quedó en silencio... los profanadores del santo lugar, aterrados, y con acelerada marcha salieron del augusto recinto, sin atreverse a volver la cara atrás temerosos de encontrarse de nuevo con los muertos.

### III

El 28 de Febrero de 1844 a las tres de la mañana, el grito de ¡Independencia! dado en el histórico Baluarte del Conde, anunció al mundo el nacimiento de un nuevo Estado: de la República Dominicana.

La profecía del fraile se había cumplido.

(EL TELEFONO, S. D., No. 287,  
Septiembre 24 de 1888).





APOLINAR TEJERA  
1855-1922

*Apolinar Tejera y Penson, hermano del sabio dominicano Emiliano Tejera, nació en Santo Domingo el 6 de enero de 1855 y murió en la misma villa el 10 de julio de 1922.*

*Importante personalidad de la Sociedad dominicana de su tiempo, en las letras, en el Clero, en la judicatura y el magisterio. Estudió filosofía y latín en el Seminario.*

*Una de sus primeras actividades fue la del periodismo: en 1874 fundó El Centinela. Abogó entonces por la repatriación de Duarte. Abogado en 1876. Presbítero en 1881. Rector de la Universidad de Santo Domingo en 1902. Diputado en 1903. En misión diplomática en La Haya en 1907. Presidente de la Suprema Corte de Justicia en 1908, secularizado desde el año anterior. Secretario de Estado en 1913.*

*En 1907 empezó a publicar sus demoleadoras Rectificaciones históricas.*

*El grave autor de las Rectificaciones que más ahondaron en nuestro pasado histórico, fue también poeta y prosista dado a los temas sentimentales. Fue el más joven de los poetas que figuraron en la Lira de Quisqueya, de 1874. La bella Catalina, que se reproduce en esta obra, es prenda de ello. En su leyenda su imaginación lleva el tema del amor*



*a los días del Descubrimiento, entre los indígenas, con la curiosa intervención del audaz Ojeda, hombre de hierro y de fuego, en románticos lances.*

Acerca de Tejera véase el exhaustivo **Índice de una vida ilustre, Doctor Don Apolinar Tejera**, del Dr. V. Alfau Durán, publicado en **Clio**, No. 102, de 1955. Contiene apuntaciones biográficas, Ideario cívico, Bibliografía, Bibliografía poética, Necrología y Acerca de Tejera. En este minucioso trabajo se reseñan todos los escritos de Tejera, incluso, es claro, su **Literatura, dominicana, comentario crítico-histórico**, parcialmente publicada en 1922.



## LA BELLA CATALINA Leyenda India

### I (\*)

Era el 27 de noviembre del año de gracia de 1493.

La flota mandada por el Almirante Cristóbal Colón en el segundo viaje al Nuevo Mundo, compuesta de tres carracas de a cien toneladas y catorce carabelas, la cual había salido de España el 25 de septiembre del mismo año, tocaba por fin al término de su largo y penosísimo viaje, echando anclas en el puerto de Navidad, donde se había construido una fortaleza o cosa parecida, con los restos de la carabela *Santa María*, el año anterior, poco antes de regresar Colón a España a dar noticia de sus importantes descubrimientos a los Reyes Católicos.

El Almirante y todos sus compañeros estaban impacientes por desembarcar en la Española, pero no pudieron hacerlo, porque ya el sol hundíase en el ocaso, y las sombras de la noche empezaban a ocultar la costa, y como ésta era muy peligrosa por sus escollos, fue preciso esperar el nuevo día. La noche cerró por fin y todo fue calma y silencio en la flota.

---

(\*) Publicada en el periódico **El País**, S. D. Nos. 2-4, feb. y marzo de 1877. Reproducida en **Boletín del Archivo General de la Nación**, No. 60, de 1949.



Qué bella e imponente debió ser la puesta del sol para aquellos que por primera vez la contemplaban bajo el hermoso y arrebolado cielo de los trópicos! Porque aunque la mayor parte de la tripulación de las carracas y carabelas eran comerciantes de baja estofa, aventureros vulgares y otros seres de la misma ralea, que no dan vuelo a la fantasía ni ensanche al alma, ello es cierto que los espectáculos de la creación conmueven hasta las piedras. Tal es, por ejemplo, el crepúsculo vespertino en estas latitudes. El sol trasponiendo el horizonte, que parece un océano de púrpura; las nubes de varios colores que manchan el puro azul del cielo; la estrella de la tarde, brillando con luz vaga e indecisa allá en el lejano oriente; las altas cimas de las montañas, reflejadas en el espacio; el canto de las aves; el rumor misterioso de los bosques, sollozo de la naturaleza por la ausencia del astro del día que la anima y vivifica; la niebla, envolviendo como un gran sudario toda la tierra; el vuelo de los pájaros nocturnos; la tórtola que interrumpe con sus gemidos el silencio que reina en esa hora tan triste en que la luz se apaga y el negror tiende su manto; son cosas que conmueven a cualquiera, aunque no tenga una organización de artista, o un corazón de poeta, ese artista por excelencia; que el hombre, por más envilecido y degradado que sea, siente y goza ante todo lo bello.

Colón estuvo toda la noche en la mayor inquietud, porque, a pesar de los arcabuzazos que se dispararon como aviso apenas fondeó la flota en el puerto, todo quedó en silencio, no viéndose brillar en la costa ni siquiera una luz. La luna surgía en el horizonte; millares de estrellas tachonaban el firmamento; el mar estaba en calma, soplando un viento de tierra muy fresco y agradable, aunque impregnado de emanaciones marinas. El Almirante, que estaba en expectativa, creía a cada momento divisar algún brillo en la cercana ribera; pero todo era visión de su fantasía; solamente interrumpían la calma y magestad de la noche, el



lamento de las olas al morir en la playa y el triste canto del alción. Alguna desgracia había ocurrido sin duda en la fortaleza de Navidad, así lo sospechaba Colón, y por eso estaba ansioso e inquieto.

Y en efecto, el intrépido y belicoso Caonabo, Señor de la Casa Dorada, de origen caribe y carácter guerrero, irritado con los españoles que penetraron en sus territorios, se unió con otros caciques, asaltó de noche la fortaleza, la cual fue reducida a cenizas; y mató la guarnición, mermada ya por las disensiones, la avaricia, la sensualidad, y otros vicios groseros y brutales a los cuales se entregaron sin tasa ni medida los descubridores, o mejor dicho, pobladores del Nuevo Mundo; para mengua de la civilización que venían a implantar de este lado de los mares, y desdoro de tantas conquististas, que hubieran sido muy brillantes a no ser tan feroces y sangrientas.

## II

Colón, en el segundo viaje, había descubierto las islas de los caribes, con los que tuvieron los españoles algunas escaramuzas; porque estos salvajes eran feroces y valientes, y aunque la vista de aquellos extraños huéspedes les asombraba, no les infundía pavor.

Alonso de Ojeda, joven denodado y amigo de aventuras, le arrebató a los caribes en una de dichas escaramuzas y entre otras indias, una muy garrida y hermosa, cuyo talento, gracias y demás atractivos, prendieron presto la llama del amor en el hasta entonces helado pecho del marino; y no era extraño, pues sucede con frecuencia que la belleza, hermanada con la hermosura, inspira ardentísimas pasiones aún a las almas más empedernidas e indiferentes. Ojeda, como hombre y en la flor de sus años, no pudo resistir a los encantos de esa Eva indiana, nacida en las florestas de Borinquen, y juró llamarla suya, por más que la bella



Catalina, pues tal era el nombre que le daban en la carabela donde iba, le negase sus favores.

El amor brota un día u otro en el corazón. Todo hombre ha nacido para amar, como todo árbol da frutos, como toda semilla encierra un germen. ¿Quién es el mortal, por misántropo que sea, o por borrascosa que haya sido su existencia, que alguna vez no hubiese estado bajo el poder del dios ciego? ¿Quién el que no haya sentido la mágica a par que irresistible influencia de una mirada o una sonrisa? Si se puede decir del amor que es una llama que calienta sin quemar, como la luz de la luciérnaga, que alumbraba sin despedir calor, las miradas y sonrisas de las mujeres, son las chispas que prenden esa llama.

Maldecir el amor porque trae consigo sinsabores, es como renegar del sol porque marchita las plantas, o de la lluvia porque alimenta los torrentes, o de la luz porque produce sombras, no pensando lo que sería del universo, sin sol, lluvias ni luz. El corazón sin amor es el caos, o algo menos; la nada: eso era la creación antes que Dios, por amor, pronunciase el *Fiat lux*. No se puede, no, vivir sin amor; porque él es el aire, la luz, el alimento del alma. La vida sin amor es como yermo erial. Fuera de él no hay sino soledad, desolación e inmovilidad; como fuera de la armonía no hay sino desorden, fuera de la luz tinieblas. El misantropismo es la enfermedad de las enfermedades. Pobres misántropos! Porque su vida es como día sin sol; como lago sin murmullos; como flor sin fragancia. Porque el mundo es para ellos vasto desierto sin los oasis del deleite; sin los espejismos de las ilusiones. Es necesario e indispensable amar algo, aunque sea un ser indigno de nuestro cariño. Es necesario e indispensable cumplir esa ley grabada con indelebles caracteres en la conciencia; esa pasión en virtud de la cual se engendran y perpetúan los seres y de que es susceptible lo mismo el insecto que zumba entre las hojas, y el águila caudal que se cierne en el éter, y el pez que vive



en las ondas, como el hombre, rey de todo lo creado. Sí, es necesario e indispensable amar. Por el amor venimos al mundo: por él vivimos. El amor es un sentimiento universal; un flúido que, como el aire, circula por toda la naturaleza. Se aman las flores, las estrellas, las nubes, las fuentes. . . Así, pues, cómo podía dejar de amar Ojeda? . . . Aunque soñase solamente con la gloria, las riquezas, el fausto; el corazón había de buscar su centro de gravedad. Era menester que sintiera y sintió; que las leyes de la naturaleza se cumplen a pesar nuestro. Demás de que. . . cómo librarse a la influencia de una mirada lánguida, de una tierna sonrisa, de una voz arrobadora como dulce, melodiosa música?...

### III

La bella Catalina fue robada siendo muy niña por los caribes, los que acostumbraban devorar los hombres, conservando las mujeres para hacerlas sus esclavas. Muy agradecida debía estar la hermosa isleña al bravo y apuesto joven que al devolverle la libertad que lloraba perdida para siempre, le daba también su corazón; pero ella no sentía por él aquel afecto que sintió Alaida por Cortés y que la hizo tan desgraciada. Alonso, por desgracia, no era simpático ni hermoso; le inspiraba gratitud a Catalina, pero no amor; y ésta, que era buena y compasiva, deploraba sinceramente no corresponder a su bienhechor; pero el corazón se obliga en vano, porque la razón no vence al sentimiento. Por otra parte, el verdadero amor no se introduce por las puertas de la gratitud, sino de la simpatía: Catalina no podía amar a Ojeda.

La bella Catalina estaba siempre cortejada por toda la tripulación de la carabela, porque tenía ese encanto poderoso e irresistible de ciertas mujeres que con una sola mirada avasallan los corazones más altivos. La hermosura de la isleña era deslumbradora; poseía, tal vez sin saberlo, el imán



de la simpatía; y como acontece en otras de su sexo, sus desdenes enajenaban, y su indiferencia enamoraba más y más.

Por eso la pasión de Alonso aumentaba día por día, aunque no brillase para el enamorado joven la luz de la esperanza; lo cual, dado su carácter impetuoso y demasiado violento, era un cruel martirio; porque los espíritus inquietos y veleidosos no gustan sino de situaciones extremas, y no habiendo podido captarse el amor de Catalina, deseaba arrancar de su corazón un dardo que a pesar suyo le penetraba cada vez más. Si hubiera reflexionado que entregándose, como solía, a la desesperación, exacerbase la profunda herida de su alma, y que mejor hubiera sido apurar el cáliz de su dolor por amargo que fuese, quizá se habría al fin consolado, porque temprano o tarde, el amor, sin la esperanza de poseer el objeto amado, muere, como las flores al faltarles el rocío. Todo está compensado; y el tiempo es bálsamo que cura eficazmente las más graves dolencias; bien que quedando el alma a manera de terreno calcinado por la lava de un volcán, porque el desengaño es la noche del amor.

#### IV

Entre tanto la flota, a pesar de la gran calma siempre reinante en aquellos mares, se acercaba poco a poco a la Española a merced de las corrientes. Una hermosa mañana, apenas despuntó el sol en el horizonte, empezaron a verse a lo lejos las azules montañas de Quisqueya; y todo fue júbilo y contento en las carracas y carabelas. Solamente un joven permanecía melancólico y taciturno en la popa de una de ellas, contemplando con fija mirada el eterno movimiento de las olas. Al ver su semblante, se comprendía al punto que algún pesar acerbo e intenso devoraba su corazón; tal era la profunda tristeza estereotipada, por decirlo así, en



ese rostro tostado ya por el sol ardiente de los trópicos. ¿Qué penas martirizaban a ese joven? ¿Qué pensamientos tan tristes y sombríos absorbían su atención, que ni siquiera hubo de apercibirse del ruido y algazara que había a bordo de los buques? ¿Qué reflexiones le sugerían esas movibles olas, que pasan y mueren unas tras otras, como pasan y mueren las generaciones, los hombres y las cosas? ¿Por qué no iba a confundirse con sus alegres compañeros para participar de su contento; ¿Quién era ese mancebo que en la flor de sus años como que le abrumaba la existencia?...

## V

Las horas transcurrieron unas tras otras; los arreboles del crepúsculo matutino pasaron lentamente, produciendo bellísimos cambiantes de luz; el astro del día iluminaba ya todo el orbe, y sin embargo, Alonso de Ojeda (pues era él) seguía caviloso y estático en la misma posición en que le sorprendió la aurora. De repente se oyó una voz de mujer preludiando un "areíto" o canción india, y era esa voz tan dulce y melancólica a la vez, que parecía entonada por alguna ninfa de las aguas ocultas entre las ondas. Era Catalina la que cantaba, y apenas la oyó el enamorado Ojeda, se irguió como movido por un resorte, avanzando hacia la hermosa isleña que al verlo le sonrió dulcemente; sonrisa que valía un mundo de goces para Alonso y que sin duda le compensó muchas horas de martirio, porque sólo el que ama es capaz de apreciar lo que vale una dulce sonrisa o una cariñosa mirada del ser amado.

## VI

La bella Catalina dejó de cantar, fijando sus bellos y rasgados ojos en Ojeda con expresión de gratitud.

—¿Me amas?, le dijo el joven después que la miró un instante, pero como ella guardase silencio, me amas! con-



tinuó; respóndeme, Catalina, aunque tu respuesta me dé la muerte que prefiero mil veces a vivir sin tu amor. Quiero saber si me amas para vivir o morir. Sufro muchísimo Anaibelca (este era el nombre de la india) y tu sola me harás dichoso. Yo vivía feliz antes de conocerte. Los viajes, los descubrimientos, las aventuras, la vida errante, eran el ideal de mis ensueños. Me prometía un porvenir libre y venturoso; pero el hado te colocó en mi camino. Tu me robaste mi calma; devuélvemela: Catalina, hazme feliz, aunque muera al oírte que me amas. . .

Ojeda iba a continuar su discurso, cortado por la emoción; pero notó que Catalina lloraba, y el semblante del joven se alegró de súbito, porque tal vez creyó que había movido a compasión a la isleña; y como de la compasión al amor sólo hay un paso, con el corazón mecido por dulces ilusiones, porque los enamorados se engañan fácilmente; se atrevió a decirle:

—¿Te has compadecido de mí? ¿Me amas? Ah! que dichoso seré, Catalina. . .

—No puedo amarte, contestó la india apresuradamente y en mal español, no puedo darte mi corazón; mi gratitud es tuya; pero mi amor no porque no siento por tí esa pasión. Yo te daría mi vida, pero amarte no me es posible porque dicen que el amor nace en el alma al rayo de una mirada, como nacen las flores en la pradera al beso del sol; y mi alma está tranquila y serena como las aguas de un manantial oculto en el bosque. Sufres. . . yo también sufro porque no quisiera ser la causa de tu dolor. . .

## VII

El infeliz joven, que esperaba una esperanza, siquiera lejana, cayó en un abatimiento profundo. La india para con-



solarle, le habló de la juventud, de lo porvenir, de la gloria, del amor que podían ofrecerle otras mujeres.

—La juventud, dijo Ojeda con lastimoso acento, ay! la juventud... la gloria... lo porvenir... Catalina, la juventud sin amor es como día sin sol; y la gloria, cuando aquella pasión no se alberga en el pecho del hombre, es como sol sin mundos que alumbrar ni vivificar: lo porvenir, roto ya el prisma de mi vida, es como noche sin aurora... ¿qué podrán ofrecerme otras mujeres Anaibelca, si una me ha hecho tan desgraciado?

El joven iba a proseguir y la voz se ahogó en la garganta; pero haciendo un esfuerzo supremo, sin duda para no aparecer débil ante Catalina, aunque estaba muy abatido, y recobrando su genial altivez, le dijo a la isleña:

—Nunca podré olvidarte, hermosa indiana, pero no te hablaré más de esta pasión tan malhadada e infausta, la cual ha absorbido todo mi ser. ¿Ves esa isla a donde nos dirigimos? pues en ella nos separaremos para siempre. Muy duro me es acostumbrarme a la idea de vivir sin tí... pero sabré hacerme superior al dolor que me anonada... ¿Por qué temblar?... yo siempre he permanecido sereno en las borrascas más furiosas del océano, ante los elementos irritados; y con mi arrojo logré arrebatarse mi carabela al furor de las olas, por qué no puedo hoy imponerme al corazón y marcarle otro rumbo?... Pero si muero, Catalina, y llega hasta tí la noticia de mi muerte, derrama algunas lágrimas a mi memoria, porque tú serás mi postrer pensamiento; y porque tu llanto me regocijará en la eternidad... Adiós, añadió Ojeda mirando con profunda tristeza a la isleña, que le extendió su mano, la cual apretaba el joven con frenesí; que seas dichosa, y que en el amor que te inspire otro hombre, no apures el veneno del desengaño.

Catalina iba a contestar, pero Alonso se apartó de ella bruscamente, y fue pálido y agitado, a perderse entre sus



compañeros, que al verlo exclamaron casi en coro: ¡pobre Alonso!

## VIII

En las soledades del océano, en el corazón de una selva, y donde quiera que reina la tranquilidad, el amor es más puro y vehemente que entre la algarabía y confusión de las ciudades. Parece que el alma, sin muchos objetos que la halaguen en el mundo exterior, se entrega enteramente a la pasión que la domina y absorbe por completo. El olvido, sepulcro del amor, como de casi todos los humanos afectos y las humanas cosas, el olvido, una de las tantas fases de eso que se llama corazón, no marchita tan fácilmente con su soplo letal las ilusiones acariciadas en horas de placer y deliquios, cuando los seres que se aman, viven, como dos palomas en su nido, lejos del ruido mundanal. La mujer, fuerza es ser justo y confesar la verdad, que es la última que olvida, pues conserva, como las vestales el fuego del sacrificio, viva en su pecho y por mucho tiempo latente, pero incesante, esa pasión que es su martirio y su gloria, su infierno y su edén, está menos expuesta a las ingratitudes de los hombres en el retiro apacible del campo o sobre el lomo inquieto de los mares, que en el maremagnum de la sociedad. En el mar, donde la criatura se encuentra, por decirlo así, faz a faz con su Creador, es que el hombre ama con toda la fuerza de su corazón. Venus nació de la alba espuma de los mares; las ondinas son los espíritus del agua. Por eso Ojeda amaba con frenesí, como todo corazón juvenil. Por eso su pasión era, si decimos, profunda como el océano; inmensa como el espacio. Y no podía ser de otra suerte. Ojeda no sólo amaba por primera vez, sino en un clima tórrido, y a una mujer bella como un ángel, melancólica como un lirio, hermosa como una hurí. Así que, compadecemos al desgraciado Alonso, perdido en las sirtes de



una pasión sincera pero condenada a extinguirse por no ser correspondida; compadezcámosle, pues seguro es que hay muchos que sufren de idéntico mal, porque las mujeres (no quisiéramos decirlo) aman casi siempre al que menos las estima y comprende.

## IX

En la tarde de ese día tan terrible para Ojeda, pues que perdió por completo las pocas ilusiones que acariciaba, fondeó la flota frente al puerto de Navidad: volvamos ahora al principio de esta leyenda.

Viendo Colón que a pesar de haber amanecido, nadie aparecía en el puerto, y teniendo además algunas noticias vagas sobre el desastre de la fortaleza, por unos indios que cautelosamente se acercaron durante la noche al buque en que él se hallaba, dispuso que fuesen algunos a tierra para saber con certeza lo ocurrido; pero estos sólo encontraron unos cuantos escombros cubiertos ya por la yerba. La villa del cacique Guacanagarí estaba también destruída.

Cuando la tripulación supo que la fortaleza de Navidad no existía ya, y que ninguno de los hombres que la custodiaban aparecía por sus contornos, ni se tenía noticias de ellos; indignóse contra Guacanagarí, a quien supusieron desde luego autor del desastre del fuerte, y de la dispersión o muerte de los treinta y cinco españoles que allí habían quedado bajo las órdenes de don Diego de Arana. También el Almirante se apesadumbró mucho, pero no dudó como los demás, de la lealtad del cacique, porque conocedor de los hombres, estaba persuadido de que Guacanagarí era sincero y de buena fe; como suponía asimismo, que las desgracias ocurridas en la Navidad, o sea en la primera colonia europea fundada en el Nuevo Mundo, tenían origen entre los mismos que mandaba Arana, pues se ve con frecuencia



germinar la disociación y el desorden donde quiera que hay un puñado de hombres.

## X

Como transcurrieron algunos días sin saberse en los buques lo dicho por los indios a Colón la noche de la llegada de la flota y que fue confirmado más tarde por los que se mandaron a tierra; dispuso nuevamente el Almirante que algunos fuesen con cautela a explorar los alrededores de la destruida fortaleza, con el fin de averiguar algo respecto de Guacanagarí, que era el que podía decirle con certeza el destino de Arana y sus compañeros. Habiéndose internado mucho los exploradores, encontraron al cacique en una choza situada lejos de la costa: estaba herido en una pierna y se mostró muy quejoso de los españoles por su comportamiento; pero le prometió al jefe de los expedicionarios ir a visitar a Colón, cuando estuviese sano: en cuanto a Arana y sus treinta y cinco hombres, todos habían muerto según el cacique.

Aunque Guacanagarí habló a los españoles con la mayor franqueza y los trató de la manera más cordial, todos, excepto el Almirante, continuaron dudando de su lealtad; y como a pesar de hallarse completamente curado de la herida que recibiera la noche que Caonabo asaltó la fortaleza, no fue a ver a Colón según lo había dicho y prometido, la tripulación se creyó con suficientes motivos para llamarlo pérfido y traidor. Guacanagarí se presentó al fin; pero eso no fue bastante para que la tripulación lo creyese de buena fe y confiase en sus ofertas, y vino a persuadirla en sus falsas sospechas, lo que aconteció en la flota poco después de la visita del cacique.

## XI

Como Catalina era muy hermosa al par que seductora, y teniendo Guacanagarí el corazón impresionable; pronto



se enamoró de la isleña, a quien requirió de amores. La bella Catalina, de naturaleza viva y ardiente como casi todas las hijas del trópico; y habiendo nacido para la vida sentimental, al ver al cacique, sintió algo extraordinario e inexplicable para ella; y cuando Guacanagarí le habló de su pasión, prometiéndole a la vez que sería la preferida entre sus demás mujeres; no pudo menos que corresponderlo, enajenando así su corazón, libre hasta entonces como las brisas de las montañas de su patria.

La bella Catalina amaba a Guacanagarí con todo el frenesí de un alma que por primera vez se abre a ese divino sentimiento, que es fuente de inefables fruiciones, como también almáciga de acerbos pesares; de ese vaso de miel con acíbar; de esa hermosa y fragante flor erizada de espigas que se llama amor. La mujer que ama con verdadero cariño, todo lo reconcentra en el ser amado: él es, si decimos, el astro; ella la atmósfera: él el cuerpo; ella la sombra. Olmo y yedra. Por eso es que el amor es todo un poema en la mujer; por eso para Anaibelca el mundo estaba condensado en un solo nombre: Guacanagarí.

## XII

Lentos y monótonos pasarían los días para la enamorada isleña, desde aquel en que se ausentó el cacique de la carabela, hasta que volvió a verlo; porque los que se aman necesitan verse a menudo para referirse mutuamente sus cuitas y penas, sus temores de hoy y sus rientes esperanzas de mañana. Y es que la mujer, desde que ama, deifica el ser amado, y levantándole a su ídolo un altar en el corazón, no puede menos de rendirle homenaje, de adorarlo con inefable cariño, de entregarle, por decirlo así, toda el alma; que para ellas el amor es una especie de fanatismo bello y sublime.

Desde el instante en que Catalina amó a Guacanagarí,



hubo de comprender lo triste de su situación; pues arrebatada a los feroces caníbales, de los que era sierva, y conducida a bordo de un buque donde recibió muy buen trato por gente que no conocía, y donde encontrara un amante; ni siquiera pensó en su suerte futura; pero convencida después que sólo cambió de amos, aunque ventajosamente, hubo de afligirse sobremanera, porque el cautiverio siempre es amargo. Siendo una pobre cautiva, no podía unirse a Guacanagarí; y ante esa triste idea, sus ilusiones se velaron con negra nube. Vivir sin Guacanagarí era imposible porque ella lo llevaba incrustado en el corazón, habiendo tenido que arrancárselo para olvidarlo; y sin el corazón no se puede vivir; permanecer cautiva, era también imposible; porque temprano o tarde tendría que abandonar al cacique, a lo que, para ella, era preferible la muerte. Cuando dos corazones llegan a unirse con estrechos vínculos; cuando dos almas se confunden en una sola por la fusión misteriosa de las simpatías y del amor; no es dable separarlas, sin herir de muerte aquellos dos seres que nacen el uno para el otro; porque las leyes naturales, si así pueden llamarse esos poderosísimos impulsos que arrastran al hombre, bien o mal su grado, a buscar a la mujer, como la piedra su centro de gravedad, no se quebrantan nunca impunemente.

### XIII

En tan crueles angustias pasó largo tiempo la bella Catalina, pero se consoló un tanto al pensar que Guacanagarí podría conseguir su libertad con el Almirante; lo cual fue un lenitivo a sus pesares. Solicitada ésta por el cacique, y negada por Colón, se creyó la isleña perdida para siempre; pero como las mujeres ven en su amador un ángel tutelar en quien confían ciegamente, la pobre Catalina no tuvo otra esperanza que Guacanagarí; y resuelto éste a poseerla, no



vaciló en proponerle el único arbitrio de que pudo echar mano en aquel momento.

Transcurrió ese día, tan terrible para los dos amantes, en las más crueles incertidumbres, hasta que por fin vino la noche con sus nieblas, augusto silencio e imponente majestad. Todo era calma en el mar, en los buques, en la naturaleza. Ni aún se escuchaba siquiera el monótono canto del alción, que siempre pasa la noche en algún peñasco de la costa. La luna recorría el firmamento como un globo de fuego perdido en la inmensidad del espacio; sus plateados rayos, quebrándose en la azulada superficie del océano, semejaban millares de serpientes luminosas. Qué noche tan bella y serena! El cielo tachonado de rubios luceros a modo de hermosos blandones; la brisa esparciendo la fragancia de las florestas vecinas a la costa; las blancas nubes, formadas por los vapores de la tierra y las emanaciones del mar, que ascendían a la zafirina bóveda como graciosas y gigantescas espirales de humo; todo era encantador y poético aquella noche apacible. . .

#### XIV

De repente la bella Catalina, que sin duda estaba en vela, vio brillar la luz de un hacho en la lejana ribera; y el corazón le palpitó con violencia por el inminente peligro que iba a correr desde ese momento; pero hizo un grande esfuerzo, como el náufrago que después de haber luchado mucho tiempo con las olas, descansa un instante para tomar aliento y proseguir de nuevo su lucha entre la vida y la muerte. Entonces Anaibelca se deslizó con cautela por uno de los costados del buque, y con atento oído y ojo avizor, esperó un instante asaz largo y peligroso para ella. Al fin aquella luz que la bella Catalina miraba con tanta ansiedad, describió algunos círculos en el aire, y como sin duda esa era una señal convenida de antemano entre ella y



el cacique, la hermosa india, suelto el cabello cuan largo era, y casi desnuda, se arrojó al mar, en el mismo momento en que, bien porque alguien en la carabela hubiese visto aquella antorcha agitada varias veces en la ribera y en la misma forma siempre; o bien porque Catalina hiciese algún ruido no obstante sus muchas precauciones, es lo cierto que la tripulación se sobresaltó, porque casi todos desconfiaban del cacique Guacanagarí, e incontinenti, se echó un bote al agua en persecución de la persona que nadaba hacia la playa, sin sospechar que fuese la bella Catalina, como todos la llamaban.

Pero la india, cortando las ondas con gracia y ligereza a modo de una sirena, ganó al cabo de algún tiempo la costa por el lugar en que la esperaba el cacique; por manera que pudo burlarse de los que iban en su perseguimiento. Guacanagarí le extendió los brazos, en los cuales se arrojó Catalina casi desmayada por el peligro y la fatiga; pero éste, dándole un beso en la frente y abrazándola con cariño, murmuró algunas palabras a su oído; en tanto que la luna se ocultaba entre algunas nubes, como para que el séquito del cacique no fuese testigo de ese escena de amor y ternura.

Así que hubo pasado tan gratisima emoción, Guacanagarí y la bella Catalina huyeron a lo más profundo de las montañas, donde es fama que vivieron felices. El amor sin celos ni decepciones, hace dichosos aún a los seres más desgraciados; bien así como el astro de la noche, la engalana y hermosea.

¿Qué fue entretanto del desdichado Alonso de Ojeda? No lo dice la crónica que nos ha servido para hilvanar esta leyenda.

(1875)



ALEJANDRO LLENAS  
1844-1902

*Alejandro Llenas Juliá nació en Santiago el 14 de febrero de 1844 y murió allí el 29 de mayo de 1902.*

*Médico graduado en la Universidad de París, en 1874, cuya tesis doctoral fue alabada por el célebre Dr. R. Emeterio Betances en Correspondencia de París, inserta en el periódico El Porvenir, de Puerto Plata, el 3 de mayo de 1874. En 1875, al siguiente año de su regreso a la Patria, fue Diputado por Santiago.*

*Sirvió importantes cargos y misiones diplomáticas, en Haití y en Roma. Obtuvo la encomienda pontificia de San Gregorio el Magno y perteneció a diversas sociedades científicas del exterior. Como hombre de ciencias publicó su estudio Descubrimiento del cráneo de un indio ciguayo en Santo Domingo, opúsculo publicado en francés en Nantes. (Hay traducción del Lic. C. Armando Rodríguez, publicada, con notas de V. Alfau Durán, en Clío, No. 78, de 1947).*

*Fue uno de los primeros dominicanos que se consagraron al cultivo de la historia patria. Publicó algunos opúsculos, citados en las mencionadas notas del Dr. Alfau Durán, y diversos artículos dignos de ser recogidos, entre otros los publicados en el periódico El Dominicano, de 1874 (Invasión de Toussaint Louverture e Invasión de Dessalines, reproducidos en nuestra obra Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822, S. D., 1955); Minas, en El Porvenir, de Puerto*



*Plata*, No. 779, de 1888; Expedición de Penn y Venables, en *El Teléfono*, S. D., No. 623, 18 de junio 1894; La Isabela, en *El Eco del Pueblo*, Santiago, No. 295, de 1891; Campaña de 1845 y Guerra de Independencia, en *El Eco del Pueblo*, Santiago, No. 118 y sig., julio 1884; y otros, de los cuales hay copia en la *Sociedad Amantes de la Luz de Santiago*, y que formarían un libro.

La boca del indio, que se inserta en esta obra, fue reproducida en el diario *La Opinión*, S. D., edición extraordinaria, del 30 de marzo de 1932.

Acerca de Llenas, como periodista, véase Lic. M. A. Amiama en *El periodismo en la República Dominicana*, S. D., 1933, p. 46, 47 y 54. Cita en Sócrates Nolasco, *Viejas memorias* . . . , p. 28. En su reciente opúsculo, *La revolución haitiana y Santo Domingo*, S. D., 1968, p. 88, el Dr. Emilio Cordero Michel alaba justamente la sagacidad de Llenas como historiador.



## LA BOCA DEL INDIO Fantasía Indígena

Prendado de las excelentes condiciones de nuestra Isla, quiso el Descubridor que fuese ella el centro de donde irradiara la civilización cristiana por todo el Nuevo Mundo. Y para asegurarse de su posesión, estableció varias fortalezas. Una de ellas, la Magdalena, la situó a diez leguas al oeste de la Concepción, sobre la margen del gran Yaque, a la entrada de las montañas del Cibao, condiciones topográficas que corresponden a las del fuerte de nuestro Santiago.

Bien pronto se levantó en aquella eminencia un grupo de bohíos, rodeado de trincheras y fosos. Para defender tan importante posición militar, escogió el Almirante al joven capitán Alonso de Ojeda ya conocido por su intrépido valor; y dejándole la fuerza que le pareció suficiente, se retiró para regresar a la Isabela.

La Magdalena se encontraba en dominios del nitaíno Guatiguaná, uno de los jefes más valientes del Cibao, digno vasallo de Caonabo, Señor de la Casa de Oro. No era hombre Guatiguaná para soportar mucho tiempo en su vecindad la presencia de aquellos extranjeros: no temió intentar expulsarlos de sus tierras; y de repente se vió Ojeda asediado por numerosas huestes indígenas.

El valor y la pericia y las armas de los castellanos fueron suficientes para rechazar los asaltos del enemigo.



Pero cada día se renovaban los ataques; cada día era preciso hacer frente a nuevos combates, con gran perjuicio de los cristianos, cuyas fuerzas mermaban en cada jornada, mientras que los indios sus numerosas pérdidas fácilmente reponían.

Días pasaron en esas alternativas y asaltos; ya los cristianos veían escasear el alimento: ya apenas les permitían sus fuerzas bajar al río por agua, las armas en la mano.

Una tarde se encontraba Ojeda en la trinchera, contemplando la caída del sol, que parecía augurarle su próxima caída. Noches antes, había despachado al indio cristiano Juan Mateo para que fuese a noticiar al Almirante su desesperada situación, y ni aún noticias había del mensajero, que sin duda, pensaba él, habría caído en poder de Guatiguaná. Sumergido estaba en sus amargas reflexiones, cuando de repente, levantó la cabeza. . . creyó haber oído un toque lejano de trompeta. . . ¿Acaso será ilusión de sus sentidos debilitados? No! los toques se repiten y se acercan, anunciando la llegada de un auxilio. Sus soldados también los han oído y acuden presurosos. También los ha oído y reconocido el enemigo: los indios, levantándose como un solo hombre, de entre matorrales, saltan sobre sus armas y se aprestan a recibir el ataque.

Ojeda también forma sus escasos soldados, y se dispone a secundar a sus amigos con una vigorosa salida.

Ya se trabó el combate. Los certeros disparos de los arcabuces, la carga de la caballería, los furiosos embistes de los perros corsos no tardan en dominar el inútil valor del indio mal armado. Cediendo a la necesidad, Guatiguaná da la señal de retirada; sus guerreros bajan precipitadamente las cuestras, se lanzan al río, lo atraviesan y desaparecen entre las malezas de la orilla opuesta.

Sólo un pequeño grupo, cercado por el enemigo, resiste, con desesperación; pero no tarda en sucumbir casi todo. Un guerrero permanece de pie, defendiéndose de las lanzas



y espadas con su pesada macana. Es un hombre joven, de cuerpo atlético, cuyos ojos lanzan rayos de enérgica resolución. De repente, cae él también; y un soldado castellano se abalanza, espada en mano, para darle el golpe de muerte; pero Ojeda lo ha visto, y, admirador del valor enemigo; “delante! grita al soldado, sálvale la vida!”. Y acudiendo rápido, arranca la macana de la mano desfallecida del indio, lo levanta en sus robustos brazos, sube hacia el fuerte y allí lo deposita en su propio bohío.

Oscurecía ya, cuando las tropas castellanas penetraron en la fortaleza libertada; y los soldados de Ojeda pudieron, esa noche, gozar de un descanso bien merecido.

Después de tomar nuevas disposiciones que hicieran inútil cualquier nueva agresión, y de dar nuevo refuerzo a la guarnición, el Almirante, al otro día, pasó a tener con Ojeda un largo coloquio. Conclúyese aquella secreta conferencia con estas palabras de Ojeda: “Confíad en mí, Señor Almirante, lo pondré en vuestras manos”. Habiendo asegurado la defensa de la Magdalena, Colón tomó de nuevo el camino de la Isabela.

---

Pocos días tardó el indio prisionero en reponerse de sus heridas. Ojeda mismo lo curaba, tratándole con atenciones que rayaban en cariño, sin que, por ello, pudiese ablandar la fiereza de Maniatibel, que así se llamaba el indio.

Viéndole restablecido, “Maniatibel”, le dijo un día el Capitán español, “¿te sientes sano? ¿puedes marchar?... Sin duda deseas saber qué haré de ti, acaso temes ser llevado a las carabelas y desterrado de tu país... Pues bien, así te salvé de la muerte, quiero salvarte de la esclavitud. La puerta de la fortaleza está abierta para ti: Eres libre”. A tan generosas como inesperadas palabras, no pudo resis-



tir el indómito corazón del indígena. Tomando las manos de Ojeda: “Bien veo que hay almas grandes entre los cristianos. Sí! aprovecharé tu generosidad”. Y señalando una alta barranca hacia el poniente del otro lado del río: “Allí está mi bohío; allí me esperan esposa e hijos queridos. Iré donde ellos. Pero antes de separarme de ti, quiero que seamos hermanos *guatios*”. Y tomando la daga de Ojeda, abrióse una pequeña incisión en el brazo, otra hizo en el brazo del Castellano; y mezclando sangre con sangre: “De hoy más, le dije, te llamarás Maniatibel, y yo, Alonso de Ojeda. Soy tuyo por la vida”. Luego, dando un cariñoso abrazo al capitán español, bajó lentamente del fuerte hacia el río, dirigiéndose a su morada.

---

Era Maniatibel un hombre en cuyo valor y fidelidad confiaba Caonabo mismo. Viviendo a la entrada del camino que por el Cibao conduce a la Corte del Señor de la Casa de Oro, había recibido el encargo de señalar cualquiera invasión de los cristianos con un grito de alarma, que, repetido de loma en loma por otros centinelas indios, debía llevar al gran cacique la noticia de la invasión casi con la rapidez del moderno telégrafo.

Una noche contemplaba Maniatibel, a la espléndida claridad de la luna, la tranquila extensión de la sabana dominada al Este por la alta mole de la Fortaleza, cuando cayó su vista sobre un grupo de jinetes castellanos, que, en el silencio de la noche, se dirigían al río para vadearlo por el paso que conducía a las montañas. Ya se disponía el indio a lanzar el estridente grito de alarma, cuando, por lo briso del corcel, el porte esbelto del jinete y el penacho que ondulaba sobre su morrión, reconoció a Ojeda. ¿A qué venía por allí el jefe de la Magdalena? ¿Cómo se atrevía a pasar a las tierras del Cibao? . . . Penosa lucha se trabó en-



tonces en el corazón del indio: si callaba, traicionaba el deber de su encargo: por otro lado, su grito sería quizás la sentencia de muerte de aquel que le diera la vida y la libertad: sorprendido en las montañas por los guerreros de Caonabo, Ojeda debía sucumbir y, prisionero, perecería en las llamas en la corte de Maguana. Tan espantosa idea so-focó en el indio cualquiera otro sentimiento: Maniatibel permaneció en silencio, y, Ojeda, pasando el río, pudo internarse, sin ser descubierto, por el camino de la sierra.

Pasaron días sin que ningún rumor llegase a Maniatibel de la suerte del castellano. Sin duda el temerario Ojeda pagaría con la vida su malhadada expedición; pero, en todo caso, no era él, Maniatibel, la causa de la pérdida de su *guatio*. Y este pensamiento consolaba en algo su ansiedad y acallaba el remordimiento del deber traicionado.

Un día, estaba el sol en medio de su carrera, y Maniatibel, sentado a la sombra de un árbol; procuraba disipar en el humo de su calimete sus angustiosas reflexiones, cuando oyó como un tropel de caballos. Levantándose dirigió la vista hacia el camino y vio efectivamente un grupo de jinetes castellanos: era Ojeda con dos compañeros, que bajaba de las montañas. Pero el corcel de Ojeda no llevaba sólo a su dueño: en ancas del caballo, atado de espaldas al cuerpo del capitán español viene un hombre, un indio prisionero. . . Crece el asombro de Maniatibel. . . Oh sorpresa! . . . el indio prisionero es. . . No, Maniatibel no puede creer a sus ojos. . . Sin embargo, no hay duda: el indio prisionero es el propio Caonabo, el gran cacique del Cibao, el Señor de la Casa de Oro! . . . Y entonces Maniatibel comprende la temeraria empresa de Ojeda y su éxito inverosímil. El cacique, engañado por el capitán español, se ha visto arrebatado de medio de su corte, de sus guerreros atónitos, y Ojeda lo lleva cautivo para entregarlo al Almirante.

Entonces, la desesperación se apodera del ánimo de Maniatibel. Viendo a Ojeda pasar el río y desaparecer por



el camino de la Isabela, el vé perdidas las últimas esperanzas de su raza: cautivo Caonabo, para siempre pereció la independencia indígena; nada se opondrá ya a la invasión extranjera. Los indios, acosados por doquiera, morirán en las cuevas de las montañas inaccesibles o en las cadenas de dura esclavitud. . .

“Y en tanta desgracia, gritaba Maniatibel, golpeándose el pecho y mesando con las uñas su cabellera de ébano, soy yo el culpable: Traicioné mi deber, sacrificando a la amistad de un extraño la independencia de mis hermanos, la existencia de toda mi raza! Soy indigno de ver la luz del día, indigno de pisar el suelo sagrado de mis abuelos! . . .

Y así diciendo, corre de aquí, de allá, como una fiera rabiosa; la locura se apodera de sus sentidos exaltados y lo lleva a lo más alto de la empinada barranca; y desde allí se precipita el desgraciado en los remolinos del Yaque.

Su cuerpo desapareció para siempre en el abismo de las aguas. Pero su espíritu sigue vagando por las pendientes de la barranca, condenado que está a repetir siempre, siempre, todo grito que se lance desde la ribera. . . No es el eco que repite aquellos ruidos, aquellas voces; no! Es la boca del indio.



**EMILIANO I. AYBAR**  
c. 1853-1908

*Del maestro, escritor, periodista, legislador y magistrado Emiliano I. Aybar tenemos escasas noticias. Falleció en Monte Cristi el 29 de agosto de 1908.*

*Aybar tuvo la gloria de ser amigo de José Martí. En 1893 le acompañó en la travesía, en bote, de Monte Cristi a Cabo Haitiano. Fue pues simpatizador de la causa de Cuba, a la que dedicó la prédica de su periódico El Montecristeño, de 1894-1895, suspendido por el Gobierno de Heureaux en vista de las quejas del Gobierno de España. Entonces el periódico cambió de nombre: se llamó El Noroeste, y lo dirigió, aunque sólo de nombre, un hijo de don Emiliano, el joven Manuel Aybar S. El activo periodista y patriota, que tan buenos servicios prestó a Cuba, tenía en Monte Cristi una pequeña imprenta, de noble destino.*

*Sus Breves apuntes históricos de la Restauración, publicados en 1883, los reprodujimos en nuestra obra Diarios de la guerra dominico-española, S. D., 1963, p. 30; y su breve folleto acerca del prócer Santiago Rodríguez, aparecido en 1897, lo publicamos de nuevo en el periódico La Nación, S. D., 16 de agosto de 1944.*

*El Tesoro de la familia Alvarez, opúsculo que ahora se reproduce, fue publicado en Monte Cristi hacia el 1900. (Se omite el Prólogo de Virginia E. Ortea). Su semblanza de*



*Federico de Jesús García, publicada por él en el periódico montecristeño Los Nuevos Poderes, el 10 de septiembre de 1885, fue reproducida por el Dr. V. Alfau Durán en Clío, No. 82, p. 106.*

Noticias de Aybar, como periodista, en M. A. Amiana, **El periodismo en la República Dominicana**, S. D., 1933, p. 56.

Acerca de sus relaciones con José Martí y Máximo Gómez, véanse nuestras obras **Martí en Santo Domingo**, La Habana, 1953, p. 90, 380, 395, 479, 489, 505-508, 511; y **Papeles dominicanos de Máximo Gómez**, S. D., 1954. p. 41.



## EL TESORO DE LA FAMILIA ALVAREZ

### Tradición montecristeña (\*)

Era el año 1586. La isla de Santo Domingo se veía amenazada por los piratas que cruzaban estas comarcas. Ya el Almirante inglés Francisco Drake recorría las costas de la antigua Hispaniola, y amenazaba con invadir el territorio. La Isla Tortuga, situada al Norte de Port-Paix, era por entonces una guarida de bucaneros y filibusteros que invadían de tiempo en tiempo el territorio hasta Cabo Haitiano y Montecristi. Por aquel tiempo vivía en esta última ciudad una rica y opulenta familia isleña, oriunda de Baracoa, isla de Cuba.

Era fama, y así lo cuenta la tradición, que don Manuel Alvarez era un señor muy rico y también un tipo de belleza en toda la extensión de la palabra; de fisonomía noble y simpática, ojos azules, nariz aguileña, cutis terso y sonrosado, bigote algo rubio y buena estatura. Su esposa, doña Tomasina Arocha de Alvarez, era una de esas lámparas del santuario doméstico, tronco bendito con fruto de bendición; y así era en efecto, pues estos esposos tenían una hija, Teresa, que constituía el orgullo, la delicia y el encanto del hogar.

---

(\*) Folleto de 10 páginas con el título siguiente: **El tesoro de la familia Alvarez**. Tradición Montecristeña, por Emiliano I. Aybar. Tip. La Habana, Montecristi. Prólogo de Virginia Ortea.



Teresa apenas contaba catorce año; bella como un ángel, su voz agradable, amena; confundíase con esa tierna armonía que pone los corazones en un éxtasis celestial, su sonrisa angelical y pura le daba no sé qué de atractivo a sus mejillas de carmín y rosa; y por último, su conjunto era una divinidad!

Don Manuel vivía mucho más al oeste de donde existe hoy la población de Montecristy, pues en aquel entonces la ciudad se levantaba más próxima al mar, y sus edificios eran en su mayor parte de mampostería. La casa que habitaba la familia Alvarez no obedecía a ningún orden de arquitectura; era uno de esos edificios vetustos, sólidos y cómodos, creo que databa del tiempo de Bolaños cuando en 1533 fundó la ciudad con 60 labradores.

La envidia o la maledicencia, que entonces como ahora se ceban del que algo tiene, hacían correr algunas versiones acerca de cómo había acumulado tanta riqueza aquella familia.

Unos decían que don Manuel estaba en íntimas relaciones con los piratas que asaltaban las costas de las tres islas principales del Mar Caribe; otros juraban que habían visto llegar a la costa, por varias ocasiones y hacia el lado Este del Morro, embarcaciones menores las que clandestinamente cargaba y despachaba don Manuel con madera de tinte, de construcción y de ebanistería, pieles y un arbusto que crece muy abundante al pie del Morro, y que los naturales denominaban TE, cuya planta tiene propiedades tónicas y antifebrífugas. Ello es que la colosal fortuna de don Manuel Alvarez estaba rodeada de misterios impenetrables, puesto que eran varias las versiones que corrían.

Por aquel año (1586) la Ciudad Primada, Santo Domingo, era presa del más espantoso terror, pues el célebre marino Francisco Drake, después de haber hecho un viaje alrededor del mundo por orden de la Reina de Inglaterra, Isabel, la hija de Enrique VIII, quiso probar fortuna por



estas latitudes, toda vez que estaba declarada la guerra al Rey de España, Felipe II, hostilizando las posesiones españolas; y al efecto invadió y saqueó la capital durante un mes, llevándose consigo cuantas riquezas encontró, no escapando de su rapiña ni los vasos sagrados de los templos; más 25 mil ducados que se dieron por rescate de la ciudad.

La noticia de este aterrador suceso llenó de pánico a los habitantes del litoral de la isla, sobre todo a los de Puerto Plata y Monte Cristy, que siempre creyeron que Drake repetiría sus latrocinios por esos puntos.

Por eso don Manuel Alvarez, el protagonista de esta tradición, se preparaba a abandonar el país y dirigirse con su familia al Continente o Tierra Firme, como decían entonces, y fijar su residencia en la histórica Panamá, ciudad que era muy principal y centro de las operaciones del Pacífico.

Empero el destino había dispuesto las cosas de otro modo.

Pasado el pánico y alejado de la isla el Almirante Drake, volvió a renacer la confianza, y aunque don Manuel no había desistido de su proyecto de abandonar el país, pensó quedarse algún tiempo más a fin de reducir a dinero sonante cuantos bienes poseía; y al efecto en un tejadar de su propiedad que tenía ubicado en la desembocadura del río Yaque y cuyos vestigios aún se notan, mandó construir diez grandes tinajones, en los que pensaba guardar su dinero, sus joyas y cuantas alhajas de valor tenía su familia. Para esta operación y el recuento y envase de las monedas sólo se servía de un fiel esclavo, Tomás, única persona a quien don Manuel hacía partícipe de sus proyectos; pues a no ser con doña Tomasina y con su hija Teresa, con los demás era poco comunicativo.

Muy adelantados estaban los preparativos del viaje, cuando cundió la alarmante noticia en Monte Cristy de que los bucaneros y filibusteros de la isla Tortuga habían ocu-



pado a Port Margot, asolado el Guarico con sus continuos latrocinios; y se preparaban a invadir los alrededores de Monte Cristy, donde abundaba el ganado vacuno, y cuya plaza estaba poco guarnecida para resistir a la creciente y temible agresión de los filibusteros, compuestos en su mayor parte de franceses, ingleses y holandeses.

La noticia llegó a don Manuel, y ya nada se opuso para llevar a cabo su proyectado viaje. A barlovento de Solimán, en la misma rada de Monte Cristy, se veía columpiarse con mucha majestad una magnífica “carabela”, embarcación de tres palos sin cofia ni vela latina, pero que por su construcción demostraba ser de marcha acelerada. En ese buque era que debía embarcarse don Manuel Alvarez y su familia.

Los filibusteros de la Tortuga y demás islas adyacentes se movían debido al terror que había informado la expedición del Almirante Drake y los recientes sucesos de Santo Domingo.

El capitán de la carabela había dicho que a los 42 grados de latitud y atravesando el Canal del Viento había sido divisado y perseguido por una escuadra, que creía ser la del Almirante Drake, que llevaba rumbo al Continente. Esta alarmante noticia hizo tomar nueva determinación al pusilánime o avaro don Manuel; y al efecto quiso poner a salvo su fortuna y correr el riesgo él y su familia.

Era el 24 de diciembre: la casa de la familia Alvarez se veía materialmente invadida por las numerosas amistades que habían ido a despedirle. El viaje debía tener lugar a la mañana siguiente.

Tanto en el corredor como en las galerías y en el patio, veíanse apiñados multitud de bultos y paquetes listos para el embarque. En la cocina no era menos el bullicio y el tropel. Era Nochebuena, y don Manuel daba una cena de despedida; así es que aquello parecía que habían tocado a degüello con las aves de corral. La vieja Marta, muy versada



en ciencias culinarias, hacía prodigios de pasteles, jaleas y fritadas. Todo era jolgorio aquella noche. Mas en medio de tanto ruido y tanta algarabía como hacían los comensales, dos hombres, abandonando la reunión, se encaminaban hacia la playa y sostenían este diálogo:

—Tomás, ¿no has olvidado la coa, el azadón y la pala?

—No, mi amo, aquí están.

—Bien. Ahora vamos a enterrar este tesoro no sea cosa que al atravesar el gran charco caiga en manos de los piratas que azotan estos mares.

Uno a uno fueron sepultados bajo tierra los diez tinajones que constituían casi toda la fortuna de la opulenta familia Alvarez.

Como se ve don Manuel tenía en menos su vida que su dinero, pues al día siguiente se embarcaban con rumbo a Panamá, él, doña Tomasina y la interesante y angelical Teresa. El honrado Tomás quedaba en tierra como fiel custodio del rico tesoro, hasta que tiempos mejores permitieran a don Manuel regresar al país y llevarse sus riquezas.

Pero he aquí lo que sucedió:

Tres días llevaban de navegación, cuando el buque fue impelido por un fuerte vendaval y alejado muchas millas fuera de la costa. Poco después la noche tendió su lúgubre manto arreciando un terrible ventarrón, hasta que durante la noche fueron arrebatados por un torbellino que hizo perder el rumbo al capitán. Las encrespadas olas venían a estrellarse contra la flotante embarcación haciéndola oscilar y dejando tras sí agitado surco y luminosa estela y a los costados anchurosa cinta de plata.

Amanece: la tormenta había pasado!

Todo auguraba ahora un viaje feliz. Variados cambiantes de púrpura y oro coronaban el ancho horizonte. El sol, ese rey de nuestro sistema, iluminaba el espacio. Pero ¡oh destino adverso! Un marinero desde el tope del palo de me-



sana, anuncia la presencia de una escuadra que a toda vela trae rumbo hacia la carabela.

Listo a virar! fue la atronadora voz del capitán. Mas ya era tarde; un disparo de cañón sin bala fue la señal de ¡alto! dada por el buque almirante de la escuadra. Un momento después botes con gente armada ocuparon la cubierta de la carabela, y ésta aumentaba la escuadra del Almirante Drake.

El capitán, don Manuel y doña Tomasina fueron colgados de una antena y expuestos sus cadáveres durante el día a bordo de la misma carabela, hasta que por la tarde fueron cosidos separadamente, cada cual en un saco de lona, se le ataron a los pies algunos lingotes de hierro, y fueron sepultados en el vasto abismo después de leerles en inglés algunos capítulos de la Biblia.

En cuanto a la bella Teresa quedó cautiva; pues el feroz Drake, deslumbrado por los atractivos de aquella obra maestra del género humano quedó prendado de su hermosura y pretendió hacerla su favorita a medida que el tiempo fuese disipando las huellas del pasado, el recuerdo y el trágico fin de sus amantes padres.

---

Pasaron diez años. Durante ese tiempo nadie tuvo noticia en Monte Cristy del triste y desastroso fin de la familia Alvarez Arocha. El viejo Tomás jamás había recibido una carta que le anunciase el paradero de sus amos. Siempre que arribaba algún buque al puerto, acudía presuroso en solicitud de cartas; pero nada! ni noticias adquiriría el fiel esclavo.

El Almirante Drake con aquel hecho tan insólito como bárbaro, parece eclipsó la estrella luminosa de su fortuna.

Corría el año 1596. Drake fue derrotado y vencido ignominiosamente en la Coruña, (España). Hasta allí había ido aquel aventurero de los mares. De la Coruña pasó Drake a Panamá atravesando por el Cabo de Hornos, dicen que



a instancia de la bella Teresa que ya imponía su voluntad al terrible marino. Pero allí también le fue adversa la suerte, pues los bravos panameños repelieron con bríos la inesperada agresión de ese filibustero, y lo vencieron completamente. Drake, al verse vencido, murió de despecho.

¿Qué fue de la bella Teresa? dirá algún lector impaciente.

Esta desembarcó en Panamá y allí vivió poco tiempo, sorprendiéndole la muerte el año 1601 en la casa número 27 de la calle Boca del Toro, frente a la iglesia de Santa Ana; no sin antes haber escrito al fiel esclavo Tomás una larga carta dándole detalles minuciosos de lo ocurrido a bordo de la carabela, o sea del trágico fin de don Manuel Alvarez, doña Tomasina y el capitán; así como de las muchas vicisitudes y penalidades a que se vio expuesta para conservar su honra y su vida.

De esos detalles son las notas que la tradición nos ha dejado acerca del Tesoro de la Familia Alvarez, so tierra cerca del mar en la rada de Monte Cristy.

Cuando el viejo Tomás recibió la carta en que le anunciaban la infausta noticia, cayó al suelo como herido por un rayo, sin que fueran bastante a devolverle la razón los asiduos cuidados y atenciones de los vecinos. Desde aquel momento le acometió un desvarío y sólo pronunciaba estas incoherentes palabras: TAMARINDO! MANGLE NEGRO! En vano eran las preguntas que se le hacían; él a todo y a todos contestaba: "Tamarindo! Mangle negro!" Estaba loco.

Tres días después, la caridad, esa virtud sublime, esa institución divina que nos ordena amar al prójimo como a nosotros mismos, se hacía cargo del viejo esclavo Tomás, quien se llevó a la tumba el secreto que se le había confiado, quedando desde aquel entonces envuelto en el más impenetrable misterio el sitio o lugar donde están enterrados los diez tinajones con EL DINERO DE LA FAMILIA ALVAREZ.





**RAFAEL A. DELIGNE**  
1863-1902

*Rafael Alfredo Deligne y Figueroa nació en la villa de Santo Domingo el 25 de julio de 1863 y murió en San Pedro de Macorís el 29 de abril de 1902.*

*Abogado, poeta, prosista. En su tiempo, desde el periódico El Cable, de San Pedro de Macorís, fue, tras el popular seudónimo de Pepe Cándido, el más autorizado de los críticos literarios dominicanos. También escribió para el teatro: su drama La justicia y el azar, en verso, en escena en 1894, dio lugar a resonante polémica literaria en que intervino su hermano el gran poeta Gastón F. Deligne; y Vidas tristes, en prosa, en 1901.*

*El relato que se reproduce ahora, El encargo difícil (1898), recoge la augusta leyenda de la aparición de la Virgen de la Altagracia. También se reproduce la estampa de Señá Altagracia, que vale como fiel imagen de la maestra de antaño. A esta serie de relatos corresponden sus Narraciones dominicanas, El Pobre Cabo, publicadas en Prosa y Verso, San Pedro de Macorís, octubre de 1895.*

*Salvo las dos piezas de teatro mencionadas y salvo su libro Prosa y verso, publicado en 1902, la obra de Deligne permanece aún dispersa: en El Cable, en 1893, publicó Los grandes poetas nacionales, Capullos de poetas, La oratoria en la República y los artículos de crítica literaria que le dieron tanta fama.*



*En el Listín Diario, en 1896, de Santo Domingo, Deligne publicó algunos cuentos bajo el título de Cuentos del Lunes. El 27 de julio: Cuentos del lunes; el 24 de agosto: Los tres besos; el 14 de septiembre, Dulce y sabrosa; el 5 de octubre: El corazón de más valor.*

*En nuestra biblioteca conservamos gran parte de los escritos de Deligne, incluso los originales de algunos de sus trabajos inéditos: Estudio sobre la Constitución del Estado; Montbars el Exterminador, drama en cuatro actos en prosa y verso; y Encarnación, drama en dos actos, en prosa.*

Ver Max Henríquez Ureña, **Panorama histórico de la literatura dominicana**, Río Janeiro, 1945.



## EL ENCARGO DIFÍCIL

Es una historia maravillosa que la tradición refiere (\*)

El señor Mateo había terminado los preparativos del viaje: llevaba todo lo que en el escuálido caserío pudo husmear su afán de comercio, su pericia de viejo negociante conocedor de los artículos: recias corambres, todavía pestilentes, por la premura con que habían sido arrebatadas a la purificación solar; un poco de cera formada en marquetas irregulares y feas; siete cañones de una madera negrísima, que algunos afirmaban ser ébano y que se decidió a llevar, por si acaso lo eran, para recabar, a fuer de descubridor de esa nueva riqueza vegetal, un poquito de gloria, junto con los naturales beneficios.

Satisfecho con tan ventajosas adquisiciones, requirió a sus hijas, tres muchachas como unas perlas, mejorando la que lo presente lea, y les preguntó cariñosamente qué cosas más deseaban, explicando que estaba dispuesto a servirles en sus gustos y pareceres trayendo para ellas sendos regalos de la apartada ciudad. Las encomiendas fueron pronunciadas así: Alicia, la mayor, amante del lujo, exigió un lindo traje; Luisa, otra que tal, aunque más pagada de la utilidad, un arca de madera olorosa; y María, el ángel de la

---

(\*) Acerca del origen del culto de la Altagracia y de sus milagros véase la **Relación** de Alcócer, de 1655, en nuestra obra **Relaciones históricas de Santo Domingo**, S. D., 1942, vol. 1, p. 213-214.



casa, pidió... Pero oigamos su petición tal y como fue expresada:

—Padre Mateo, si me queréis dar gusto, traedme la alta gracia.

Y cádate al señor Mateo asombrado, en el colmo del asombro, preguntando a las otras lo que significaba tan extraña petición. Por más que conociese el pensar de la niña, que vivía dirigido siempre a cosas de nuestra religión, pareciale que el antojo más la acreditaba de loca que de santa:

—Mira si imaginas algo más conocido y fácil, propuso a la chiquilla.

—Traedme la alta gracia, padre, insistió ella.

## II

Lo que antecede ocurrió hace ha muchísimos años, tantos, que se pueden contar por siglos. Aquella encomienda, que de ser promovida hoy podría resolverse fácilmente, pues había de bastar la compra de una de esas imágenes que dan el traslado perfecto del retablo adorado en Higüey, promovida en aquel entonces era cosa de volver turulato a cualquiera. Ni el retablo era allá conocido, ni corría ninguna adoración, ni era posible el traslado, ni en el comercio de las imágenes aparecía, por tanto, la de la Altagracia.

Así fue como el señor Mateo tuvo, a pesar del buen negocio, que emprender su viaje confuso y malhumorado. Lo de la confusión se explica por la misma dificultad del encargo, y porque en éste leía la sospechada turbación del cerebro de la infantil peticionaria; lo del mal humor se comprende desde que se diga que María era para el negociante como la mismísima niña de sus ojos.

Andar, andar y, pasando días, habían pasado ya algunas semanas cuando volvía el señor Mateo a su morada contento del lucro y basando en él sus cálculos de futuras ganancias. Desde que se había lanzado a establecer equilibrio



entre la oferta y la demanda dispóse de su ánimo todo mal presagio: ¡cómo es verdad que las cuestiones económicas matan a veces las cuestiones del corazón! El último mohín de disgusto se borró de sus labios al oír entre competentes declarar que los cañones de negrísima tez llevados por él eran de ébano puro. Vendiólos, sin usura, a mil por ciento, y a poco menos las corambres y la cera; y después de echados sus cálculos, quiso Dios que se acordara de los tres benditos frutos de su hogar. Fue por los encargos a una tienda de efectos, y retornó a la posada con lo que había comprado: el vestido para la hija mayor resultó de brocado; el arca para la segunda, de cedro olorosísimo; y para la que pidió la alta gracia resultó un Cristo de metal. Porque se dijo el señor Mateo, quien despuntaba por lo teólogo:

El Salvador del mundo dio la *gracia* en una cruz alta; pues no hay mejor representación de la alta gracia que Cristo crucificado.

Y allá va, caminito de su caserío, con los efectos de la compra metidos en el zurrón.

### III

—¿Qué es lo que usted guarda con tantísimo cuidado en esa caja?

Esta pregunta la hacía bajo techo de hospitalidad el señor Mateo a un viajero como él, después de haber descansado de la jornada hecha y de haber tomado un tente en pie compuesto de plátanos en tostones y de tasajo, y cuando, por la natural división de la cena, se había establecido confianza entre él y aquel a quien interrogaba.

Pero no hay que pasar adelante sin describir a nuestro desconocido. Lo importante en él no está en la faz, entre varonil y adamada, ni en la cabellera como de ángel Gabriel, ni en las manos nacaradas, suaves y de un perfil finísimo; está en el aspecto reposado y digno, en la gracia de



una palabra elocuente brotando al compás de una voz dulce e insinuante, en cierto no se qué espiritual, repartido por toda la persona, y que levanta el entusiasmo del señor Mateo.

—Lo que guardo es un regalo que de lejanas tierras traigo para cierta hermana de parentesco en el corazón.

—Algún rico vestido! Algún mueble precioso! Casualidad como ella! Yo también traigo para mis tres hijas sendos regalos; aunque duéleme no haber podido hallar lo que una de ellas, mi María, tuvo en antojo, y que yo juzgo era una locura. ¿No es verdad que es una locura haberme pedido la alta gracia?

Habló el señor Mateo, y al no recibir contestación de su interlocutor, tornó la vista para mirarle a la faz, y le encontró completamente dormido. Se levantó entonces en silencio y, requiriendo su hamaca, se tendió en ella cuan largo era.

Al amanecer, ya a punto de despedirse los dos, el misterioso acompañante le habló como si hubiese estado atento a la última pregunta del día anterior.

—No es locura la petición de María, y en prueba de ello, ahí tiene usted la caja que le regalo: ella contiene la alta gracia. Le pido, sí, que advierta a la niña que la alta gracia sólo baja una vez y que aquel para quien baja, desde el momento en que la recibe más tiene morada en el cielo que en la tierra.

Lo que vio, tras la respuesta, el señor Mateo! Algo así como lo que se refiere en las historias donde juegan su papel duendes y genios. Sin saber cómo ni cuándo partió el desconocido. De haber tenido que declarar, declarara el maravillado negociante que hubo desaparición, y que ésta se efectuó por los aires, entre el reflejo de una luz y el paso de una nube.

#### IV

Delante de un altar improvisado, están María, sus her-



manas, el señor Mateo y algunos vecinos curiosos de la novedad. Aquel preciosísimo regalo, que —una vez extraído de la caja— se vio era la pintura de una sublime madre, atenta a la cuna de su hijo, mientras un varón, el padre o protector, se adelanta por el fondo; el cuadro que representaba a la mismísima Virgen, huésped en el portal de Belén, había aparecido tras la primera noche de su colocación en el altar, circundado de flores hermosísimas y raras, entre un ambiente aromatizado e iluminado tenuamente por un resplandor sobrenatural. . .

Pero ¿quién no se asombrará al saber que en aquel mismo instante, delante de los asistentes consternados, María, el lirio sencillo y puro de aquel valle, reclinó su linda cabeza, cerró los brazos y se quedó dormida para siempre junto al retablo de sus anhelos?

Murió, sí, la dulce niña, y se le dio sepultura al pie de un frondoso naranjo que allí próximo a la morada elevaba su copa, amarillenta con los nuevos retoños.

El señor Mateo, inconsolable, lo dispuso así, para que fuese menos completa en el hogar la ausencia del ángel que le daba alegría.

—Ella quiso partir, decía después a los que trataban de consolarle: (la alta gracia sólo baja una vez, y aquel para quien baja, desde el momento en que la recibe, más tiene morada en el cielo que en la tierra).

## V

Y aquí acaba la tradición con la historia de la doncella y prosigue con la de la Santa.

En vano las dos hermanas, en vano el padre, en vano el cura de almas, atraído por la relación del prodigio, extremaron sus devociones para reducir la imagen a vivir en su altar, el cual para el efecto estaba adornado espléndidamente; cada vez que se daban al descanso, rendidos por el



sueño, el retablo se transportaba por modo espontáneo y maravilloso al naranjo, y allí se colocaba, como si cuidadosamente lo hicieran manos piadosísimas, entre las junturas de los ramos.

Durante más de un mes estuvieron los devotos reduciendo el cuadro al altar y aquel reamaneciendo diariamente en su rústico refugio.

Corrió la noticia por la comarca, llevando los accidentes de la historia, convertidos en artículos de fe: el encargo de la muchacha por inspiración extranatural; el regalo, venido de manos de un mensajero celeste, y la gloria del retablo, pintado, sin duda, por arcángeles del Señor. De la comarca pasó la voz a la lejana ciudad, y oyóla el prelado de la arquidiócesis, y exaltóse la curia y se propusieron misiones para santificar el lugar del acontecimiento. . .

Y así nació el Santuario de Nuestra Señora de la Alta-gracia; y así se formó esa gran fe, que con raras excepciones, vive pura en el sentimiento de cada uno de nuestros nacionales.

(**El Eco de la Opinión**, S. D., 12 feb. 1890 y en su libro **Prosa y verso**, S. D., 1901).



## SEÑA ALTAGRACIA

Así la llamábamos todos: su nombre era Altagracia Mañón; era sietemesina, y para más señales, habitaba en el barrio del Carmen, de la barriada que, sin duda por su situación hacia la parte de la corriente marítima y por estar fundada sobre una pequeña nave, nombran Naravijo Abajo, en la Capital de Santo Domingo. Para el año setenta, fecha hasta donde llega, un tanto confusa, mi memoria, contaba los años por lo que hacía desde la mañana en que se malogró la degollina que preparaba en la Plaza de Catedral, hoy Parque de Colón, el intruso Toussaint. En esa mañana, por efecto del miedo y como consecuencia de una mal sobrevenida necesidad, fue cuando vio la luz primera, un tanto opaca entre los bordes de cierto mueble que excuso decir, mi maestra.

Oh! y cómo estoy lleno de placidez al recordarla! Santa memoria, que me habla de aquellos felices tiempos en que nada sufría porque nada ambicionaba; tiempo precioso, mi primer despertar a la gloria de los conocimientos y mi primer vagido a los triunfos del corazón, alcanzados entre infantiles amistades e inocentes amoríos! La buena anciana, que gozaba al verme contento de mi cándida vida, si resucitara con qué tristeza habría de mirarme, cuando ya se han malogrado tantas esperanzas que ella misma alentaba para cada uno de nosotros los de la unión bajo su dulce férula! Y cuando viera el destino que a muchos nos ha ca-



bido, de andar errantes lejos de los lugares consagrados por la virtud de la niñez, y que a todos nos ha separado para siempre jamás al seguir las vueltas y revueltas del agitado mundo!

Pero no es para llorar sobre lo pasado para lo que evoco ahora sus manes; sino para acudir gratísimo a abrirle posteridad de un instante siquiera a la que aún perdura sobre los pósteros, puesto que perduran sus nobles sentimientos inculcados y sus sanas doctrinas enseñadas.

El que sepa de la vida que corría hace treinta años en la Primada de las Indias sabrá la importancia que entre la muchachería cobraban algunas viejas portadoras de la tradición: las que abrían carreras al *abecé*, las que sustentaban el regodeo de los ventorros, los cómitres o patronas de fiestas callejeras. En solamente la topografía de mi barrio, recuerdo que alcanzaron gobierno mirado con respeto y acatado con buen humor, Taverita, La Morales, Tiquitai, Mae Belén y Señá Altigracia.

El respeto lo imponía ella, mi venerable maestra, con un palo nudoso, frecuentemente arrancado de algún calabacero, el cual palo acechaba suspendido encima de nuestras cabezas, como se dice que estaba una espada suspendida sobre Dámocles, de donde descendía certero en cada desaguisado de la tropa estudiantil, a labrar, según era el sitio donde se pegaba, morado surco o repleto chichón. La hora que se podía decir llamada a palos o a chichones era la de las once y pico de la mañana, la hora del rezo, que diré. En esa hora, Señá Altigracia tomaba estrado sobre un cajón a algunas pulgadas del suelo, y desde allí, vara en mano y ojo avizor, dirigía la música con que decíamos las oraciones, música de canto llano, y como tal, monótona y angustiosa. El coro pasaba sin interrupción por las Obras de Misericordia, los Pecalos Capitales, los Mandamientos, que sé yo! la mayor parte del Catecismo; acompañábalo la buena anciana con la voz armonizando como si fuese el bajón de una



banda y moviendo la cabeza con el compás hacia uno y otro lado. Pocos habrán dejado de saber sobre este canto de las escuelas: en la nuestra era singularmente expresivo y gracioso. Como sobrevenía el cansancio por virtud del larguísimo rezo, los cantores iban adurmiéndose poco a poco, cerraba la maestra los ojos sin dejar de acompañar y la música quedaba reducida a tres o cuatro voces. Eso, mientras no se aproximaba la hora de dar fin a la Doctrina y con ella la de la bucólica; pues al aproximarse, revivía poco a poco el coro, acelerábase el compás, chillaban las notas y crugía toda la escuela con el *tutti* que daba fin al canto en esta salutación: —“Muy bue... nos y san...tos dí...as le... dé Dios... a us...ted y a...su merced... La bendición... Señá Altagraciaaa!...”.

Lo más particular de Señá Altagracia era una canasta en donde yacían reunidos mil volúmenes de diferentes especies y de la más rara empastación y desastrosa apariencia; era el refugio de toda una especulación bibliotecaria de más de veinte años. La miseria de nuestro entendimiento se alivió allí muchas veces; pues en esos libros hicimos mi hermano y yo nuestras primeras lecturas. De los ataques dirigidos a los flancos de la canasta, mientras la vieja dormía o agenciaba algún negocio, nos resultaba siempre alguna valiosa adquisición; a lo menos, por tal la juzgábamos entonces: *Carlos y Fany*, no recuerdo el autor, *Las Tardes de la Granja*, por Duminil, *Robinson*, *La historia del rústico Bertoldo*, *de su hijo Bertoldino* y *su nieto Cacaseno* y algunos fragmentos de *Don Quijote de la Mancha*.

Pues he venido a tocar en esta graciosa figura de Don Quijote, quiero hacer constar un capricho: que siempre, al recordar a Señá Altagracia, la he comparado mentalmente con el Caballero de la Triste Figura. Ninguna figura más triste que la de mi maestra: alta, avellanada, de aire grave y reposado; con andar que metía miedo de que se le descoyuntaran los huesos; Don Quijote, en fin, con faldas y de



tez etiópica; Don Quijote además por la condición antojada a deshacer entuertos y a volver por los fueros de la verdad y la justicia. En la hora de su buena andanza dábanle donde correr aventuras nuestros vicios y desaciertos: la soberbia, gigante; el odio, endriago; la mentira, sierpe; el error, demonio: contra todos los cuales vencía con su lanza, el listón de calabacero, y con su adarga y escudo, la paciencia y bondad en ella ingénitas.

Todo esto son cosas ligeras y de escaso valor artístico; pero no hay duda que como puntos de rigurosa historia tienen su representación que para algo vale, siquiera sea para comparar con lo que es hoy lo que éramos antes en cuestión de las escuelas y probar que alcanzamos mucho progreso, pero ni tanta dicha ni tan sencilla pureza. Señá Altagracia con su listón, su rezo, su canasta por biblioteca, simboliza bien su época, la de la incipiente rutina; la buena vieja cantando los preceptos de moral cristiana, sentimental con sus escolares, casi madre de ellos, hablando siempre de la virtud y al hablar demostrando su candor y honradez, es la nota viva de aquel tiempo más cómodo que el nuestro para hacer moral porque antes de moralizar se hacía la fe, se hacía la creencia. Qué de convicciones que subsisten en nuestros corazones no sacamos los discípulos de Señá Altagracia de un buen número de enseñanzas y preceptos cantados con unción verdadera! "Todo fiel cristiano está obligado a tener devoción". "Honrad padre y madre". "Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia!"

Concluyo esta insípida relación que a pocos agrada; pero que, estoy seguro, hará vivir en pasados recuerdos gratísimos a muchos de mis viejos amigos, al ver retratada aquí de cuerpo entero a la inolvidable preceptora de nuestra infancia.

(*En Prosa y verso*, S. D., 1901).



EUGENIO DESCHAMPS  
1861-1919

*Fue Deschamps el más elocuente y ardoroso tribuno de su tiempo. Desde temprano, en 1885, se le llamaba en el Cibao "el tribuno popular". Ganó notoriedad, desde entonces, por su actividad periodística y por su encarnizada oposición a la dictadura de Ulises Heureaux, al que combatió en todos los campos, de las armas y de las letras. Fue amigo de Martí. Su vibrante discurso de bienvenida a Máximo Gómez, a su llegada a Santo Domingo, en 1900, es una de las piezas oratorias más recordadas entre nosotros: no hay generación juvenil dominicana que no lo conserve en la memoria. Sus discursos tenían acento de arenga militar.*

*El celebrado tribuno desempeñó importantes funciones públicas: Diputado, Gobernador, Secretario de Estado, Vicepresidente de la República. Por iniciativa suya fue fundada en Santiago la benemérita Alianza Cibaeña, Sociedad de Artes y Oficios, uno de los centros culturales de la República de vida más larga y meritoria.*

*Nació en Santiago el 15 de julio de 1861 y murió allí mismo el 27 de agosto de 1919.*

*Sus celebrados discursos aparecen en nuestra obra Discursos históricos y literarios, S. D., 1947, p. 333-397, precedidos de un apunte bio-bibliográfico.*

*En las bellas páginas que se reproducen aquí, acerca de la tradición del Santo Cerro, hay la impresión personal*



*del autor, de hondo valor evocativo para todos los que hemos hecho la inolvidable peregrinación al Santuario.*

*Deschamps dejó otras composiciones en que revela su vocación poética, entre ellos Juramento de amorés, escrita en Puerto Rico en 1886, inserta en El Teléfono, No. 222, Santo Domingo, 19 de junio de 1887.*

Ver: Rufino Martínez, **Hombres dominicanos**, vol. 1, S. D., 1936, (obra consagrada a Deschamps y a Heureaux); Dr. Max Henríquez Ureña, **Panorama histórico de la literatura dominicana**, Río Janeiro, 1945; y Dr. J. Balaguer, **Historia de la literatura dominicana**, S. D., 1968.



## TRADICIONES QUISQUEYANAS

Allí está, yo lo he visto, el níspero gigantesco, más de cuatro veces secular, que fue testigo del hecho que a contar voy en estas líneas (\*).

Recogí la narración de los labios de mis sencillos ascendientes, y tal como voy a presentarla, conócenla todos los dominicanos, pudiendo oírla cuantos pregunten allí por el Santo Hoyo del Cerro.

Remóntase el maravilloso episodio a los primeros albores del descubrimiento.

Helo aquí:

No había el conquistador deshecho todavía las valerosas huestes de Caonabo, cuando, metido tierra adentro, en pleno Cibao, acampaba, tal vez por medida de precaución, en el firme de empinadísima montaña, desde la cual se domina, haciendo horizontes, el espléndido tapiz de la infinita Vega Real, cuyos primores estéticos y cuyas maravillas de vegetación tanto meritísimo prestigio cobró en el ánimo de los huéspedes que, de pronto, arrojó el mar sobre el ignoto Continente.

Hasta allí fue la temeraria audacia del indígena, y el campamento se vio un día vigorosamente asaltado por una nube de combatientes desnudos.

---

(\*) Publicado con la dedicatoria "A mi amigo el poeta Don Quintín Negrón Sanjurjo", en la revista **Letras y Ciencias**, S. D., 1895, p. 763. Véase **El Santo Cerro en Santo Domingo**, por el Pbro. Rafael Celedón, reproducido con notas del Dr. V. Alfau Durán en **Clio**, S. D., No. 89, 1951; y en el **Boletín del Archivo General de la Nación**, No. 40, de 1945, Apolinar Tejera, **Rectificación histórica**, y E. R. D., **El Santo Cerro**, documentos para su historia.



No bastaba al indomable aventurero despeñar, cuerpo a cuerpo, a centenares de adversarios, porque por todos los lados subían tenaces luchadores que venían a sustituir a los que el fiero castellano ponía fuera de combate. Era aquello inmenso mar de oleaje formidable, empeñado en hacer trizas el obstáculo.

El español, que había ya vencido en Jánico, donde le faltó poco para perecer, al empuje de cuantos cacicazgos aglomeró, y echó sobre él el intrépido jefe de Maguana, iba tal vez a ser vencido.

Mas de pronto habló el milagro.

Cerca del níspero gigantesco, que vive todavía, que conozco yo y que conoce también la universalidad de mis compatriotas; a dos pasos de una gran cruz que habían plantado los invasores, apareció una figura de mujer, con un niño en los brazos y unos grillos en las manos. . .

Ciegas de ira las ígnaras huestes quisqueyanas, arremeten contra la visión gloriosa, cubriéndola de una nube de flechas. Los proyectiles, sin embargo, golpeaban el pecho de la virgen, rebotaban e iban a herir, certeros, a los desnudos combatientes.

Prodújose el estrago; el espanto cundió; y no ya empujados por la espada de los invasores, sino al irresistible impulso de su propio asombro, la furiosa avalancha de asaltantes se echó a rodar por la pendiente, y desapareció, quedando la victoria de parte de los signos que indudablemente la causaron.

Alzóse allí, desde entonces, un santuario a que fueron nuestros antepasados y a que va ahora en romería, no ya toda la República, sino también toda la Isla.

Allí está, en su gloria, recibiendo el incesante homenaje de los fieles, y custodiada por el amor del vecindario, la Virgen de las Mercedes, la misma que protegió al conquistador.



Donde estuvo la cruz hicieron lo que llamamos el Santo Hoyo.

Está éste dentro del templo, y medirá sobre poco más o menos una vara en cuadro.

Su profundidad dicen que varía, verificándose el prodigio de estar unas veces más profundo que otras.

Cuantos van en peregrinación, hacen abrir el hoyo milagroso, introdúcense allí y hay la creencia de que salen curados los enfermos.

Tanto la tierra del Santo Hoyo, como el aceite de la lámpara que arde hace cuatro siglos delante de la Virgen, son codiciadísimas reliquias que obtienen y guardan religiosamente los romeros.

Yo he orado, de niño, arrodillado delante de la imagen, y también he sido introducido, descalzo, en el hoyo milagroso.

Mi santa madre creyó, y yo creí también, curarme alguna vez ungiéndome con el bendito aceite del santuario.

Ahora, la tierna poesía de estas sencillísimas creencias se ha disipado en el alma; y sin embargo, diera yo la vida por poder, como en tiempos venturosos, salir en brioso corcel, a la madrugada, de mi pueblo; subir, al romper el día a la cima, envuelta en nieblas, de aquel clásico monte; sumergir mi espíritu, a esa hora apacible y deliciosa, en la contemplación de aquella vega inmensa de que suben efluvios aromosos, neblinas que parecen humo de incensario, tristezas intensas, inspiraciones hondas, ansias insensatas de tener alas y de tender el vuelo por aquella inmensidad para bañarnos en el esplendor del infinito; y después, ya en el templo, junto al Hoyo, y en presencia de la Virgen, gustar a mis anchas, con inefable amor, de las miradas huerañas dirigidas a mis impíos descreimientos por las infantiles creencias de mi madre. . .

(1895)





TEMISTOCLES A. RAVELÓ  
1854-c. 1932

*Temístocles Amador Ravelo y Abreu, hijo del prócer trinitario Juan Nepomuceno Ravelo, nació en Santo Domingo en 1854 y murió en Santiago de Cuba hacia el 1932. Vivió en la Isla hermana desde que, siendo niño, su padre se radicó allí, en 1865, tras la Restauración de la República, término de la Anexión a España, de la que fue partidario.*

*Temístocles Ravelo, siempre con sus ojos de dominicano vueltos hacia la Patria, escribió un Diccionario biográfico dominicano que se conserva inédito en el Archivo General de la Nación.*

*Ravelo recogió, quizás de labios de su padre, algunas tradiciones dominicanas, como la que ahora se publica y como su Episodio de la Restauración, inserto en Listín Diario, No. 5435, del 15 de agosto de 1907.*





## S A B I

Desde que el General Pedro Santana, el flamante Marqués de las Carreras, había acampado en Guanuma, no había cesado de llover. Las tropas españolas a su mando y su gente de las reservas estaban caladas hasta los huesos. Pero había que proseguir el principal objeto de su estada en aquellos sitios y llevar a su cumplimiento el plan de guerra ideado por el Estado Mayor de la Capitanía General, que era el avance de Santana por el Este, contando con la efímera influencia de este caudillo, para caer sobre el Cibao y desbaratar la revolución restauradora que se venía extendiendo por esta parte y hacia el Sur del país; como si un ejército por poderoso que fuese pudiera desbarratar una revolución de principios y de santa reivindicación de la personalidad política de la nación.

Los restauradores se habían batido ya en los estribos de la sierra, desde San Pedro al Sillón de la Viuda: del Gobierno de la Capital se le exigía la marcha a todo trance.

En aquellos días, en una de las escaramuzas habidas entre restauradores y realistas, había muerto, combatiendo como un león, un jefe seibano de nombradía en las guerras contra el *mañé*, allá por las fronteras. Era hombre fornido, brazo derecho de Santana, cuando éste figuraba como el paladín de la Independencia y que ante la alternativa de seguir al ídolo o a la patria, optó por la última, uniéndose a los patriotas. Tenía una hija a quien pusieron por nombre



Sabina y sus familiares le decían por apodo Sabí, a la cual Santana llevó como padrino a la pila bautismal. Por el tiempo en que narro estos hechos sería una muchacha de catorce años; era de color oscuro, de facciones correctas, alta, mórbida, macisa, de ojos dormidos y con un pelo lacio en extremo. Desde la muerte de su padre, a quien acompañara en los azares de la guerra, andaba sola y errante por los cantones restauradores y a veces por las breñas y los manguales; todos la respetaban y todos la compadecían. Cuidaba de los enfermos y de los heridos, consolándolos y dándoles aliento y excitaba a los sanos para seguir en la contienda empeñada. Estaba en todo, de todo conocía y se enteraba de los detalles y acontecimientos que pasaban.

Los espías de los patriotas anunciaron que el ejército de Guanuma hacía los preparativos de marcha hacia el interior, por lo que se dieron las órdenes oportunas para prepararse a hacerle frente e impedirle el paso a sangre y fuego.

Sabí se enteró de ello, y al anoecer, bajo una lluvia torrencial, desapareció por entre las últimas guardias restauradoras y se internó dentro del espeso bosque. Como a las dos de la madrugada llegó cerca de las avanzadas realistas y, sutil como el aire, esquivando el ojo del vigilante centinela, atravesó el campamento y con aquella intuición de los campesinos, se encaminó a las tiendas del cuartel general.

En momentos en que Santana se disponía a acostarse en su hamaca, como espíritu surgido del suelo o del aire, Sabí se presentó ante él; la lámpara de aceite no tenía la luz suficiente para que se distinguieran sus formas y aunque el General Santana no era hombre a quien le asustaran duendes ni aparecidos, se le crisparon los nervios y asió de su machete como acto de prevención.

—Padrino, le dijo ella, no tenga cuidado, es su ahijada Sabí que le quiere hablar.



—¿Qué quieres? la dijo, ¿quién te ha traído aquí y cuáles son tus intenciones?

—Malas ninguna, buenas sí.

—Habla.

—A su compadre lo mataron en la pelea de la Sabana de la Cruz. . . Yo vivo sola, sin alma, sin casa y si los dominicanos pierden la guerra, padrino, no tendré tierra donde vivir, porque los cacharos serán nuestros amos.

La voz de Sabí cambió de modulación, tomó un tono subido de mando, su cuerpo creció de súbito, sus ojos siempre dormidos tomaron un brillo extraño que llamó poderosamente la atención del Marqués de las Carreras.

—Nuestra bandera no se vé en nuestro pueblo, prosiguió, sólo la tienen los que pelean por ella. Yo sé que usted sigue para el Cibao a combatirlos y vengo, padrino, en nombre de su compadre y de la Virgen de Altagracia a decirle que no pelee contra sus hermanos y sus antiguos compañeros de gloria, que no siga su camino, ya que su traición llena de sangre y luto a la República.

Sabí, erguida como vestal romana, con sus ropas húmedas pegadas al cuerpo, con el cabello suelto, que la envolvía cual manto de reina, clavó su mirada intensamente sobre Santana y con ademán soberano salió de la tienda y desapareció.

Santana miró con rabia sus entorchados de Teniente General español, le atormentó el llamarse Marqués de las Carreras y sin poder conciliar el sueño esperó las primeras horas de la mañana.

Le volvió de sus extraviados pensamientos el disparo de un fusil en las lejanas avanzadas; el toque de las cornetas y el movimiento de las tropas que según orden de la noche anterior debían emprender la marcha al toque de diana; entonces rodaron por sus mejillas curtidas de viejo soldado, dos gruesas lágrimas que se perdieron dentro del espesor de sus barbas.



Cuando el Brigadier jefe del Estado Mayor llegó a recibir órdenes para la marcha de la división, el General en Jefe, malhumorado y con ademán brusco, dio contraorden hasta nuevo aviso.

La marcha sobre el Cibao, se había suspendido.

A la hora del mediodía se le enteró que un centinela había dado muerte a un mujer joven que salía del campamento, de la que se supuso que fuera alguna espía de los rebeldes.

El Estado Mayor español, ni los que cuentan la historia de la campaña restauradora, nunca se han dado cuenta ni se la darán tampoco los venideros narradores, de cuál fue la causa verdadera de que el General Santana no se moviera del campamento de Guanuma, expiación y sepulcro de los soldados españoles.

(BLANCO y NEGRO, No. 139, Santo Domingo, mayo 14 de 1911).



CASIMIRO N. DE MOYA  
1849-1915

*Casimiro Nemesio de Moya y Pimentel nació en Santo Domingo el 19 de diciembre de 1849 y murió en la misma villa el 27 de mayo de 1915.*

*Fue de los hombres que hacen del tiempo lo que el campesino laborioso hace de la tierra fértil. Así fue político, Vicepresidente de la República, novelista, poeta, cartógrafo, historiador. Su Mapa de la Isla, de 1904, ha sido el de más autoridad y vigencia en el país.*

*Anteriormente se contaba, entre otros, con los excelentes mapas de los extranjeros Schomburgk y Gabb y con el mapa dibujado en La Habana, en 1861, por A. Stanislas y el dominicano Francisco X. Angulo Guridi, escritor y geógrafo.*

*Moya dejó una vasta Historia de Santo Domingo, que se conserva inédita, manuscrita, en siete volúmenes, en el Archivo General de la Nación. De esta vasta obra sólo llegó a publicar el primer volumen, en 1913, con el título de Bosquejo histórico del descubrimiento y conquista de la Isla de Santo Domingo. Dejó importantes trabajos cartográficos y de estadística, así como unos apuntes acerca de la famosa revolución de 1886, que él encabezó: la llamada revolución de Moya.*

*Aficionado a la poesía, publicó algunos versos en la prensa dominicana. De su novela Dramas dominicanos, cuya*



*introducción se publicó en el periódico El Progreso, de esta ciudad, poco antes de su muerte, es parte la Historia del Comegente, que ahora se publica.*

*En La Cuna de América, de Santo Domingo, No. 101, del 13 de diciembre de 1908, publicó Moya unas Páginas de una novela nacional histórica inconcluida. Como geógrafo que era no resistió a la tentación de hacer largas descripciones, plenas de nombres de lugares, montañas y ríos.*

Noticias de Moya y de sus escritos en la apostilla de Alfau Durán, Centenario del historiador y geógrafo D. Casimiro N. de Moya, en *Clio*, S. D., No. 86, 1950, p. 18.



## HISTORIA DEL COMEGENTE (De Episodios Dominicanos) (\*)

Señó Domingo no se hizo esperar, y rodando uno de los cilíndricos zoquetes de madera que a guisa de poyos yacían a entrambos lados de la puerta del bohío, fijólo en lugar conveniente y sentóse en él muy orondo y muy pegado del principal papel que iba a desempeñar ante aquel variado auditorio, pues que, tratándose de cuentos, había sido demasiado exigir el comedimiento de los viejos propietarios y de Cirilo, el que se hubiesen quedado alejados del corro, en seguida formado para escuchar la ya deseada historia, que el buen narrador comenzó así: (1).

(\*) Véase en el Apéndice, **El Negro Incógnito o El Comegente**. Las notas son también de Moya. Acerca del siniestro personaje véase Dr. Constancio Bernaldo de Quirós, **Criminología**, Puebla, México, 1955, p. 287-290, 2ª edición, y su artículo **Comegente, el monstruo sádico**, en **Cuadernos dominicanos de Cultura**, S. D., ag. de 1944.

(1) Esta del comegente es la historia real del malhechor así denominado; mas a pesar de los materiales que hemos reunido con el deseo de ofrecerla al público exacta en lo que no es sobrenatural, no nos ha sido dable conseguirlo por lo que respecta a la época precisa de sus fechorías, ni al lugar en donde fue por fin capturado, bien por nuestra parte nos hemos decidido por el testimonio que hace datar sus principales crímenes de 1790 a Junio de 1792 y su aprisionamiento en **Cercado Alto**, inmediaciones de La Vega, el 13 del último mes indicado. Estos datos proceden de un antiguo Libro de Memorias llevado en la familia del finado don Francisco Mariano de la Mota, de **Pontón**, cerca de La Vega, los cuales principiaron a asentarse, a lo que parece, cuando toda-



“Pues Señor, el Negro incógnito, como le llamaban antes de ponerle el apodo de Comegente, según los ancianos vino al mundo en Jacagua o en Guazumal, secciones del partido de Santiago de los Caballeros, a mediados del siglo pasado, pues en el año de 92, que fue cuando lo hicieron prisionero y se dio fin a sus bellaquerías, entre los que lo vimos hubo muchos que lo consideraron como hombre al pie de los 40 años: era alto de cuerpo, robusto, bien formado, negro colorado o aindiado, de cabello suelto, no mal parecido y con la particularidad de unos pies muy chiquitos. Había nacido libre, se llamaba *Luis Beltrán*, fue al principio muy trabajador, y se casó con una nombrada *Juana la ñata*, apodo éste debido a que esa mujer tenía la ternilla de la nariz partida y su hablar era fañoso. Del matrimonio nacieron dos hijos, el uno varón llamado Mateo, y una hembra cuyo nombre nunca supe, aunque les conocí a los dos, lo mismo

---

vía no se le había dado el apodo del **comegente** y sólo se le denominaba con el del **negro incógnito**. En estos apuntes nombre por nombre las víctimas de aquella fiera, con indicación del domicilio de cada una y de las particularidades con que se llevó a cabo su asesinato, siendo la última anotación de fecha 26 de Junio de 1792. No les falta pues registro para persuadir de su veracidad.

Tenemos además otras dos versiones: una procedente de San Francisco de Macorís, que lo hace figurar de 1803 a 1804 y capturar en las inmediaciones del Cotuí por gente encabezada por el Cura de la Parroquia y otra que lo establece como existiendo de 1815 a 1818 sin indicación del día ni del lugar en que fue aprehendido. Esta última es procedente de informes dados por la mujer, los hijos y una nieta que siempre vivieron (y aún creemos que vive esta última de nombre Simona) en los campos de Puerto Plata, a donde fueron a guarecerse cuando los hicieron abandonar el fundo que tenían en el Guazumal; pero como es natural, se presente de cierta parcialidad empeñada en presentar al Comegente algo entendido en maleficios, pero cuyas bellaquerías nunca pasaron de las travesuras de sorprender a las lavanderas a las orillas de los ríos y a los ancianos y niños donde quiera que los topaba infundiéndoles miedo para hacerles huir, pero sin causarles otro daño. De esta disparidad en las épocas ¿no podría haberse inducido a creer en la existencia de dos individuos de pernicioso índole, cuyas fechorías se confunden?



que a la *mama*, (2) viviendo todos en los campos de Puerto Plata arrimados en casa de un pariente, adonde se refugiaron desde que las autoridades de Santiago, creyendo que así se ahuyentaría de los contornos a Luis, dispusieron que esta gente abandonara el sitio. Ellos allí nunca dieron que decir, sino que la muchacha se hizo medio médica.

Pero volviendo a Luis Beltrán, por allá por el año 87 dizque le dio la ventolera de irse a aprender algo en *El Francés*, (3) y de peón de una recua, que iba para Guarico, salió de Santiago y fue a tener a Limbé, donde se contrató en una posesión que tenía muchos negros *carabalises* (4) de los que le hizo el amo capataz, porque además de ser fuerte y trabajador, como he dicho, sabía leer, escribir y algo de cuentas. Ese empleo fue su perdición, porque no tan sólo los esclavos, por ganárselos porque no los maltratará, le enseñaron muchísimas brujerías y a comer gente, sino que muy pronto supo más que los maestros, y deseando éstos quitárselo de encima, no atreviéndose a matarlo le echaron *guanguá* (5) la que le resultó olvidar su lengua y sentirse como el diablo en el cuerpo, siempre dispuesto a hacer bellaquerías. El amo de la posesión lo retiró de ella, y parece que no le quedó mas *tu tía* (6) que volverse para su casa.

En la cuaresma de ese año de 90, amanecieron asesinadas en diversos campos de los partidos de La Vega y de Santiago algunas mujeres, todas gentes muy de su trabajo y no de mala conducta ni amigas de pendencias, por lo cual la impresión causada fue tan general y lastimosa que todo

---

(2) De la palabra aguda **mamá** ha nacido la grave **mama**, muy vulgar principalmente entre los rústicos.

(3) **El Francés**. La parte francesa de la Isla. Todavía hoy hay mucha gente nuestra que la llama así.

(4) **Carabalí**.

(5) **Guanguá** o **ouangá**. Nombre haitiano o africano del hechizo o maleficio.

(6) **Tu tía**. Arbitrio, recurso.

el mundo se brindó a ayudar a las autoridades en las diligencias necesarias hasta dar con el malhechor, con todo eso no se pudo descubrir; y como por el mismo tiempo desaparecieron una negrita de Casimiro Concepción, viviente en Cenobí; un negrito de Victoriano Sánchez, de Jamo, y una mulatica, llamada Rosalía, ya mujercita y muy graciosa, de don Agustín de Moya, de San Luis, dándolos a todos por comidos comenzó la voz pública a llamar a Beltrán *el comegente*; pero sin saber todavía que fuera Beltrán.

Pasóse el año sin que nada volviera a acaecer que recordara el tal hombre, y sin que pudieran las autoridades descubrir quien fuese; pero al siguiente, para la época que en el anterior, *resolló* (7) en los mismos lugares haciendo nuevas muertes y pegando fuego a algunas casas de campo y ranchos de tabaco, sabiéndose después que esto lo ejecutaba tanto por bellaquería como por malicia, para proporcionarse víctimas en las cuales satisfacer sin peligro sus apetitos sanguinarios, que, según confesó más tarde, no lo dejaban tranquilo desde que le echaron el mal en el francés. En ese año fue que la autoridad de Santiago, *oliendo mejor el tocino* (8) pudo averiguar que el malvado era Beltrán, y *respajiló* (9) del Guazumal a la mujer con los hijos.

Pero yo no veo el resultado que en víctimas humanas le daban esos incendios, objetó Carlos en lo que el narrador tomaba aliento.

Allá vamos. Se tiene averiguado que *el comegente* era un hombre muy *ruín* (10), por lo cual nunca jamás atacó sino a los viejos endeblés y a las mujeres, regularmente por la espalda; y como el fuego por él pegado hacía salir des-pavoridos a los que vivían en la casa y acudir gente del

(7) **Resollo.** Reaparecer.

(8) **Oliendo mejor el tocino:** Haciendo mejores indagaciones. **Oler el tocino:** Presumir, sospechar.

(9) **Respajillar:** Hacer tomar a uno el hilo, es decir, despedirlo.

(10) **Ruín:** Ordinariamente sólo usado por el vulgo con la acepción de cobarde.



vecindario para ayudar a apagarlo, manteniéndose él en acecho por los alrededores lograba casi siempre su propósito de que le pasara cerca alguna persona a quien sin riesgo poderla tumbar de una lanzada o un machetazo; siendo tan extrema su cobardía, que tras que daba el golpe saltaba atrás y se mantenía a buena distancia, hasta cerciorarse de que la víctima estaba *apalastrada* y sin armas con que defenderse; entonces le volvía encima hablando una algarabía que naide entendió nunca, la remataba, le cortaba los pechos, si era mujer, para comérselos asados, y si era hombre otra parte para utilizarla en sus brujerías, o sabe Dios para qué.

—Ave María Purísima! exclamó Carmen horrorizada, acurrucándose un poco y pegándose a Don Esteban.

Veintinueve son mi niña las muertes que se le acumulan, y llegaron a veintisiete las personas que se le pudieron escapar, aunque heridas, porque como algunas veces no atacaba con lanza ni sable, sino con una especie de garrocha puntiaguda, hecha de un varejón de *guaconejo* o *quiebrahacha*, y esto lanzándola desde cierta distancia, los golpes en tales casos no eran siempre seguros; y como daba por resultado el tirar la garrocha, que venía ella a quedar al alcance de la persona atacada, si ésta se sentía con aliento la recogía y se le *enfrentaba* (11), lo cual era bastante para hacerle poner los pies en polvorosa.

El primero que se salvó así fue don Ventura López, que siendo un viejo muy *templado* (12) hizo huir a carrera tendida al *comegente* el día del lance.

—Malvao, y tan ruín!, exclamó seño Mateo.

—Estabas loco por meter tu cuchara, le replicó la consorte, tal vez por meter también la suya.

(11) **Enfrentarse y encararse:** Hacer frente con ánimo de resistir o de atacar.

(12) **Templado:** Alentado, animoso.



—Haya paz, mis viejos, aconsejó don Esteban, no perdamos el hilo de tan interesante historia.

—¿Pero de dónde vino al *comegente* esa idea de atacar arrojando la garrocha a modo de dardo? preguntó Carlos.

—De que una vez se atrevió en los llanos a irle encima con solo un palo a una mujer, sin advertir que ella tenía un machete de trabajo; y como que a la mujer no le faltaba *tabaco en la vejiga* (13) se le encaró y recibió un buen palo, pero hiriéndole por un tobillo lo hizo *plumearse* (14).

—¡Sinvergüenzo! *¡pie pa que te tengo* (15) siempre! volvió a decir el viejo Mateo, sintiéndose escocido por tan manifiesta cobardía tras maldad tanta.

—¿Pero para qué o por qué mataba a la gente? preguntó Carmen.

—A lo que parece, mi niña, sólo lo hacía por gustos sanguinarios y con la mira de utilizar de los muertos las partes que he dicho que se llevaba siempre, pues de la única de quien se sospecha abusó fue de Doña Isabel Estévez, viviente en *Río Seco*, a la vera de La Vega, a la cual le pegó ocho machetazos entre la cabeza y el pescuezo; pero siempre se ha dicho que de ninguna casa se llevó jamás ni alhaja ni dinero, sino de cuando en cuando alguna sal. Y tanto o más que gente mataba animales en la sabanas, montes y cercados; aunque de esto debe suponerse que fuera para su mantenimiento, pues siempre cargaba con las lenguas y ubres, y cuando se trataba de puercos cortaba a estos además de las trompas, que parecen eran para él buen bocado. Ah! se me olvidaba referir que en un mismo día mató, desnucándolo de un machetazo, a un pobre viejo como

(13) **Tener tabaco en la vejiga:** Igual significación que templado.

(14) **Plumearse:** Tomar las de Villadiego, huir.

(15) **Pies para que los tengo:** Esta frase va siempre acompañada del verbo *decir* y significa lo mismo que la antecedente.



de ochenta años, llamado *Tío Gabriel*, del cual se llevó asína mesmo lo que he dicho que siempre se llevaba, y por la noche le tocó el turno a Apolonia Ramos, vecina de Las Cabullas o de Jamo; a esta infeliz la abrió desde el güargüera hasta el empeine, le sacó el corazón y le cortó la mano derecha, metiéndoles en su *ñango* (16) para llevárselos, le cubrió la cara con su propia empella y la dejó clavada en el suelo con una estaca que le atravesó. . .

—¡María Santísima! volvió a exclamar Carmen ya aterrorizada. ¡Por Dios, señor, no cuente más!

—Razón tienes, hija; para atrocidades basta y sobra con lo relatado; mas usted debe saber algo de sus hechicerías, no?

—Hui! las necesarias para componer un libro: les voy a referir las principales, si ustedes gustan.

Entre las artes diabólicas que el *comegente* aprendió en el francés tenía una, que, sin envidiárselo, quisiera yo que a mí me viniera por la divina gracia; y era que en una noche se transportaba desde los campos de Puerto Plata al Cotuí, que hay su buena cuarenta leguas de terreno, y en igual tiempo del Cotuí a los Llanos, distantes entre sí como otras tantas (17).

—Esa es la fábula, interrumpió Carlos, no pudiéndose contener.

—Sea lo que fuere y tómenlo como lo tomaren, continuó el viejo, quien, como todos o casi todos los de su época, era un si es no es supersticioso y dado a creer en brujerías y maleficios; el caso es que en mismo día o en una misma noche, hacía maldades en distintos lugares, a los cuales nin-

---

(16) *Ñango*: Especie de guano con dos asas para cargarlo a la espalda.

(17) Como en esa época todas las bellaquerías se atribuían al *comegente*, y alentados por esta garantía otros realizaban a mansalva actos semejantes, de ahí que el haber ocurrido algunos casi simultáneamente a regular distancia, diera margen a la suposición de la sobrenatural velocidad de él para caminar.



gún hombre a caballo, ni menos a pie, puede llegar antes de dos días bien andados, a menos de tener un pacto con el enemigo malo. ¿Y qué dirán sus mercedes cuando sepan que muchas veces estuvo cogido ese malvado, y que de entre las manos que lo llevaban amarrado se escabullía, sin saber nunca naide el cómo ni por dónde?

—Que los que decían se les escapaba, ni se habrían topado con él, pero irían contando tan prodigiosas invenciones para enaltecerse o tratar de justificar el miedo que tendrían de perseguirlo con decisión, repuso Carlos.

—Aténgase a eso; no, señor, *el comegente* estuvo cogido y muy bien cogido un haz de veces; pero com tenía el arte de hacerse invisible desde que asomaba alguno con arma de fuego, o tras que sus pies tocaban agua corriente, lo cual no lo sabía naide, y como siempre lo hacían caminar a pie cuando lo cogían, en cuantico tocaba a un río o arroyo se desaparecía o se desvanecía entre los mismos conductores, dejándolos a todos más muertos que vivos del susto; y como en realidad él no se iba, sino que se volvía viento, los del piquete seguían percibiendo la fetidez de su *grajo* (18) que según se cree lo echaba por todos los pliegues de su cuerpo, y era tan fuerte que los perros, así los jíbaros como los domésticos la sentían desde que asomaba el pájaro por las veras del lugar donde había alguno de estos animales; a causa de eso ladraban y aullaban, denunciando así la presencia de él, por lo cual el *comegente* tuvo siempre mucho odio a los perros, y con el deseo de sudar menos andaba casi siempre en pelota, si bien en tiempo de frío usaba camisa y hasta chupa, pero nunca calzones.

Por último, llegaron sus cosas a tal extremo, que levantadas las poblaciones del Cotuí, Macorís, La Vega, Moca y Santiago, debiendo sentir vergüenza de que un solo hombre ruín para más mengua, las tuviera como quien di-

---

(18) **Grajo:** Sobaquina.



ce acorraladas y *sin sestés* (19) se pusieron de acuerdo para batir sus partidos, todas al mismo tiempo, con la mayor cantidad de gentes que pudieran mover; asina fue que del día de Santa Rita, abogada de las cosas imposibles, que corresponde al 2 de Mayo, más de dos mil hombres armados salieron a buscar uno sólo, llenaron la comarca de centinelas, y rondas volantes, que todo lo estuvieron azotando unos veinte días, sin poder dar con el brujo, a pesar de que mientras tanto de estar haciendo de las suyas, pegando fuego a viviendas, ranchos y cañaverales, ni de seguir en su juego de matar animales para aprovecharse de las lenguas y ubres y esto a ciencia y presencia, se puede decir, de sus perseguidores, los cuales *manque* se volvían todo ojos, nunca lo pudieron columbrar por parte ninguna debiéndose eso a que como todos los centinelas tenían armas de fuego, y en las rondas lo menos la mitad de sus hombres la llevaban, él andaba a pata tendida para arriba y para abajo como si tal cosa, sin dársele ni pizca de cuidado de tantas prevenciones.

Sin embargo, un viejo montero llamado *seño Antonio*, hombre de mucha experiencia y dado a cavilar sobre todo lo que le chocaba, viviente en el *buena vista*, que está *cerquininga* (20) de La Vega por el camino de Jarabacoa, habiéndose puesto a pensar en las *máculas* (21) de que podía valerse el *comegente* para ocultarse y escaparse, comprendió que debía ser por obra de malas artes; pero como el poder del diablo no puede prevalecer largo tiempo sobre el de Dios, debía haber una contra para esas artes. Entonces se acordó de que en nuestros montes se da un bejuco llamado de *brujos*, y sospechando que tal nombre pudiera venirle por alguna virtud que tuviera contra ellos, se propu-

(19) **Sin sestés:** Sin poder descansar.

(20) **Cerquininga:** Muy cerca, diminutiva forma muy dominicana: **Chiquiningo, bajiningo, o flaquiningo.**

(21) **Máculas:** Maldades.



so hacer el experimento contra el *comegente*. Diciendo y haciendo se fue al monte, cortó dos buenas hebras de ese bejuco, y al quebrar del alba al día siguiente, se amarró al cinto el cuchillo de degollar y su *cabo* (22) se engarzó al hombro las dos ruedas formadas de los bejucos, y acompañado de un muchacho de doce o catorce años, que había criado, y de sus perros, se puso en movimiento dirigiéndose a las *monterías* (23) de *Cercado Alto*. La Providencia parece que iba guiando sus pasos; pues con tanto tino anduvo, que apenas comenzó a subir por una ladera, el olfato de los perros, percibiendo el grajo, indicó el rumbo que debían seguir; y dejándose ir señor Antonio con su muchacho detrás de ellos, a poco andar sus ladridos indicaron que se habían topado con el pájaro. Efectivamente, estaba recostado en un como nicho de piedra que en la ladera había; y manque le ladraban los perros con furia, como si quisieran devorarlo, *el marchante* (24) no se defendía de ellos sino haciéndoles morisquetas; no podía hablar palabra, tampoco moverse, tenía las manos pegadas a la piedra como en acción de impulsarse; con todo eso no había logrado desprenderse del sitio en que parecía clavado, y lo estaba realmente por la virtud del bejuco. Señor Antonio ni para despejarlo del nicho ni para amarrarlo como convenía, porque desde que tocaba sus miembros se les ponían tan blandos y tan sueltos como los puede tener una persona que acaba de morir; asina fue que sin hacer caso de las morisquetas que no cesaba de hacer el ya vencido azote, las cuales sólo servían en ese momento para provocar las truhanadas del muchacho e incitar a los perros, que no lo perdían de vista, a estarle gruñendo y también enseñándole los dientes como remedándolo, digo que el viejo lo lió bien, le *atrincó*

(22) **Cabo:** Machete.

(23) **Montería:** Montes desiertos en los cuales abundan los animales de caza.

(24) **Marchante:** Cualquier individuo cuyo nombre no se desconoce o se quiere callar.



(25) las manos por detrás, dejó de cada bejuco un buen canto *sobrancero* para que le sirvieran como de *betas* (26) pasóle por las entrepiernas y la entregó al muchacho a fin de que sirviera de guía y *jalara* al pájaro si llegaba a ser necesario hacerlo, y se reservó él la otra para ir detrás, garrochándolo si pretendía pararse y conteniéndolo si trataba de huir; pero no, señor, no hubo por qué maltratarlo, pues iba lo más dócil, sin apartar la vista del bejuco que llevaba el muchacho, tan tranquilo y tan manso como un ovejo. Para llegar a Buena Vista, como al viejo le daba mala espina aquella mansedumbre, y sabía que al entrar en los ríos era que se había desaparecido las veces que lo cogieron, pidió un caballo prestado a uno de los muchos vecinos que se le habían juntado y no lo metió en el Camú, sino cuando le enjorquetó en él y le atrincó los pies con otro canto del mismísimo bejuco por debajo de la barriga del animal y en esta disposición metió su prisionero en La Vega el mismo día por cierto 13 de Junio, causando la fecha y el nombre del viejo, asina en la población como en toda comarca, la creencia de que aquel triunfo no podía venir sino por obra de San Antonio; encarnado en seño Antonio.

Sea lo que fuere de esto, la autoridad quiso que el viejo no compartiera con nadie la gloria de entregar su prisionero a la justicia superior a que le competía juzgarlo, y dando las órdenes convenientes, determinó poner un piquete bajo el mando de él con instrucciones para que lo reforzaran en el Cotuí y los Cevicos; pero como seño Antonio estaba firme en la creencia de que todo lo logrado debía de ser por obra del bejuco, a sus nudos y no a otra cosa se atuvo; con todo, en cada parada hacía formar los solda-

---

(25) **Atrincar:** Atar con dureza. ¿Intrincar?

(26) **Betas:** En Santo Domingo se aplica exclusivamente este nombre a las cuerdas por medio de las cuales se manejan las reses que pelean.



dos a la redonda para que el prisionero quedara en el centro, pero cuando caminaban él no soltaba su beta, si bien de vez en cuando consentía que para reposarse el muchacho, que siempre iba delante con la otra pasara la suya el militar que llevaba la jáquima del caballo. Cuando llegaba el momento de para hacer noche, el viejo le desataba los pies con el fin de desmontarlo, lo maneaba de nuevo asina que lo tenía en el suelo, le soltaba las manos y lo sentaba recostándolo contra el tronco de un árbol que le permitiera volvérselas a amarrar por detrás de este, más por lo visto ni necesarias eran tantas precauciones, pues la voluntad del *comegente* estaba tan sometida a la del viejo, que sólo tenía vida y movimiento para hacer lo que éste quería que hiciera; asina fue que sin ninguna novedad llevó su preso a Santo Domingo, donde lo juzgaron y ahorcaron pocos días después.

Una de las personas que tuvo que ir a declarar contra él, por haber sido citada, fue la mujer que le dio el machetazo por el tobillo en Los Llanos; a ésta la conocí muy bien yo, pues hace poco que murió, y de su misma boca tuve el cuento de su lance.

Si no hubiéramos tenido hoy que desechar el camino real en Bermejo, yo le habría enseñado a Carlitos el rancho en que Luis Beltrán, que tan *ganseramente* (27) se puso en sus buenos tiempos el mote *ni me han cogido ni me cogerán*, pasó su última noche en estos terrenos. Este rancho se distingue de otros dos que están cerca, porque se le secó la cáscara en todo el espacio que ocuparon las espaldas de ese hombre endemoniado. Y manque tanto daño causó, Dios haya tenido misericordia de su ánima.

Amén! respondieron a una vez santiguándose los piosos dueños del lugar, y el risueño Cirilo.

—Amén! agregó Carmen.

—Pero aunque la historia es en extremo interesante y

---

(27) **Gansero**: adj. Vanidoso, presuntuoso.



ha sido tan discretamente contada, permítame objetarle seño Domingo, que yo no he encontrado en ella nada que tenga relación con el ojo de agua de la sabana de la Paciencia, adonde bajó usted según me dijo después, esperando encontrar una buenaventura prometida por ese hombre perverso, dijo Carlos.

—Esa es harina de otro barril, y si lo tienen a bien les contaré el cuento ese, repuso el peón en extremo satisfecho de haber merecido el elogio de Carlos.

Como no!, exclamó don Esteban, todo ello debe ser importante.

Ay, Dios mío!, replicó la sensible niña. ¿Todavía más que referir de ese pobre hombre, que quizás murió arrepentido de su mala vida, al sentirse desendemoniado por virtud del bejuco?

Hum! no se sabe si el bejuco lo desendiabló o si solamente lo paralizó; pero lo que ahora voy a contar, niña, no muestra nada de su maldad sino algo de su mucha sabiduría.

No debieron, sin embargo, haberlo matado cuando lo tenían tan mansito, insistió ella.

La ley no tiene nada que ver con el arrepentimiento, le replicó su padre, y debe ser así, pues además de lo difícil que es penetrar la sinceridad de él, ordinariamente no invade las conciencias pervertidas y lisonjeadas por el constante éxito de las malas acciones sino cuando se ven reducidas a la impotencia y en la incapacidad de sustraerse al castigo que merecen.

—Bien!, aprobó Carlos; pero entretanto, propongo nos bebamos el resto de una botella de vino de Málaga que abrimos hoy en el Sillón.

Y traída por seño Domingo, repartióse concienzudamente el vino entre todos los circunstantes, después de lo cual, tras un postrer chasquido de la lengua, reinstalóse el viejo y soltó el siguiente cuento.



## EL TESTAMENTO DEL COMEGENTE

Una mañanita un montero alcanzó a ver por casualidad al *comegente* entrando en esa mata de la sabana de La Paciencia, la cual, como se lo dije, cubre una hoya en la que sale un manantial formando un riíto de nada. Sin perder tiempo, el montero se fue a los Cevicos y dio parte al Alcalde Pedáneo de la sección. Este reunió algunos hombres armados de lanzas y machetes, y salió con ellos por la tarde muy calladito a ponerle cerco a la mata, no dudando que el pájaro tendría su escondedero allí, y que *factiblemente* le echarían mano al salir. Sí, señor, el marchante pasó el día en la hoya, como se probó porque habiendo dispuesto el Pedáneo que cada cual de sus hombres se pegara como si estuviera cocido a uno de los árboles de la orilla de la mata, no tan sólo para ocultarlos mejor sino para que sirviera el tronco de *madrina* (28) a la hora de la *marcasada* (29) se sintió un *ramajeo* (30) indicando que alguno venía de adentro para afuera, y por poco se hubiera topado el *comegente* con el centinela apostado en el paraje por donde pensó salir, lo mismo que agorita nos tropezamos seña María y yo, si este centinela no hubiera sacado el cuerpo antes de tiempo para irle encima; pero como aquel diablo era tan ágil, saltó atrás más pronto que el soldado, rehundiéndose en un abrir y cerrar de ojos, sin saberse por dónde, pues le favoreció también la oscuridad del monte. En vano pasó la ronda toda aquella noche en vela a la vera de la mata, previniéndose de candeladas por todos lados con el fin de ver claro; el brujo, o había llegado al arroyito y metiendo los pies en él se hizo invisible, o tenía por allí, co-

(28) **Madrina:** Resguardo, defensa.

(29) **Marcasada** o **malcasada:** Entre dos luces, al cerrar la noche.

(30) **Ramajeo:** Ruido que producen las ramas agitadas por el tránsito de alguno.



mo hasta agora se cree, alguna oculta entrada en una madriguera subterránea, y por ella coló, lo cierto del caso fue que ni vivo ni muerto apareció, por más que todos los de la rondalla mitad primero y la otra mitad después que los otros volvían dispuestos y conducidos así por el mismo Alcalde, que era hombre malicioso, estuvieron desde que asomó el alba escudriñando el reducido espacio de la mata sin dejar piedra ni tocón, ni *matojo* (31), ni nada que no *escurcutearan* (32).

—¿Pero dónde está la buenaventura que el lugar promete?, preguntó Carlos sintiéndose mortificado por la prolijidad del viejo.

—Ten paciencia, hijo, si quieres conocer la cosa de cabo a rabo y con todos sus pelos y señales.

—Sí, sí, dejemos a señor Domingo ir a su paso, que él lo cuenta todo muy bien, repuso don Esteban.

Pues, como iba diciendo, todo el santo día se lo pasó el Pedáneo junto con su gente en el lugar que se había tragado el pájaro, y con lo único que se pecharon fue con unas escrituras hechas por medio de algún punzón o con la punta de un cuchillo en el liso tronco de un algarrobo, las cuales no fueron entendidas en ese tiempo por naide, dando tema a los que las veían para suponer y decir que estaban en gringo o en carabalí; y el sentido de ellas se hubiera perdido para todo el mundo si al cabo de algunos años no hubiera dado la casualidad en que Dessalines y Cristóbal, cuando se retiraban del sitio de la ciudad con el rabo entre las piernas, hicieron alto por allá para sestear con su tropa; y como los soldados, llevados del instinto del *maroteo* (33) todo lo registraban, apenas habían bajado algunos a beber del manantial, cuando hubo quien descubriendo el al-

(31) **Matojo**: Matorral. En Cuba se llama matojo al tocón con retoños.

(32) **Escurcutear**: Escudriñar removiéndolo todo.

(33) **Maroteo**: Merodeo: **Marotear**: merodear. **Marotero**: merodeador. **Marota**: merodeo.



garrobo de las escrituras subió a darle la noticia a Cristóbal, que estaba allí cerca. Este fue al paraje, y como parece que entendió algo de la cosa, hizo que le fueran a buscar a un *papá bocó* que llevaba de consejero en su Estado Mayor y gozaba de la reputación y consideraciones de hombre muy sabido; el caso fue que tan pronto como el papá comenzó a leer o descifrar el escrito, se les saltaron las lágrimas, se quitó el sombrero e hizo que también se lo quitara el General Cristóbal, declarando, que aquello era el testamento de un conocido *bonda* o *bouda*, y que sé yo el apelativo que le dio para significar uno de los más grandes sabios de su secta; añadiendo, que como nunca más tal vez lo volverían a tener ellos de tanta capacidad, debían de llorar la desgracia de haberlo perdido. Y dicen que el *papá bocó* principió el lloro aullando como un perro, juntándosele una caterva de los suyos en el mismo tono hasta formar un *banco* (34) igual al que suelen entregarse las vacas cuando descubren sangre, durante la guángara hasta que cansado Cristóbal restableció el silencio e hizo que el Papá le refiriera lo que las escrituras decían, lo cual, todos los que estamos en el secreto, sabemos que era esto:

“Yo me llamo Luis Beltrán, *ni me han cogido ni me cogerán*”.

Sepan todos los que estas letras comprendieron, que hoy, entre dos vientos y dos soles, me ha nacido una niña de mi esclava Rosalía (esa Rosalía fue la mulatica que le robó a don Agustín de Moya). Esta niña quedará por mis artes encantada en este paraje, hasta la edad de *veinticinco años* que, fecundada por el manantial, despertará para dar al sueño otra hembra dejando vivir la madre. Esa mi nieta vivirá del mismo modo en el seno de su padre otros *veinticinco años* al cabo de los cuales le será permitido hacerse

(34) **Banco**: Coro que forman las vacadas gimiendo. También se llama así al que forman las palomas montesinas cuando comen muchas en un mismo sitio.



visible a sus orillas durante una hora en cada año, sin avanzar en edad ni perder en hermosura, hasta lograr que un varón la sorprenda y quiera introducirla en la vida ordinaria haciéndola su mujer. Ella llevará de dote a su marido mis artes principales, entre las cuales cuento la que me permite ver el oro que nace y vive en las entrañas de la tierra, de la cual arte yo no he hecho uso hasta hoy, porque ni he codiciado ni he necesitado para nada ese metal.

Salud y ciencia para los que me respetan; dolor y muerte para los que renieguen de mí. . .

—Bravo! exclamó Carlos interrumpiendo la relación y palmoteando; y como del 1792 al 1842 había usted contado exactamente los cincuenta años que se necesitaba transcurriesen para que la señorita hija del galante manantial y nieta del nunca jamás como se debe alabado *bouda* comience a peregrinar en la fuente que la engendró, apuesto a que cuando usted bajó hoy allí estábese mirando ya marido de la fresquecita náyade y en posesión del arbitrio de poderse trasladar de un día de sol de La Vega al Guarico o a Santo Domingo, sin contar todo lo demás. . .

—Carmen reía a más no poder, don Esteban no dejaba de estar algo risueño, seño Mateo y Cirilo parecían pensativos, y como aunque la vieja María no daba muestras de ocuparse en otra cosa que en preparar una *cachimbada* (35), observó el ensimismamiento de su consorte, que le quedaba al lado, sacudiéndole un brazo le dijo malhumorada:

—Tú no *pues* estar pensando en que te *puea* tocar la muchacha, porque no te *pues volvé a casá* teniéndome a mi viva.

—Ea, mujer! las cosas tuyas. . . fue lo único que replicó el pacientísimo viejo, sintiéndose tal vez cogido in fraganti. . .

Por supuesto que este colérico ímpetu de la senectud

---

(35) **Cachimbada:** Porción de tabaco que se fuma de una sentada en el cachimbo: fumarada.



demostrando sus desabridos celos, habría sido capaz de dar al trasto con la reunión y el final del cuento, si don Esteban no se hubiese empeñado en contrabalancear con una afectuosa seriedad las incesantes truhanadas de Carmen y Carlos, provocadas ahora por el arranque de la vieja, celebrado al extremo de llegarlo a remedar entre los dos; y a fin de alentar a seño Domingo, cuyo semblante manifestaba aún cierta frialdad o desanimación a causa de la fisga del joven, a pesar de haber sido del todo insensible al mérito del episodio conyugal, el caballero ordenó:

—Vamos, vamos, basta ya de risas y de bromas, yo no quiero perder nada de la narración, a cada paso más interesante para mí. Y dirigiéndose al medio mohino narrador le preguntó: ¿No sabe usted lo que hizo Cristóbal cuando se le comunicó el testamento?

Como lo que allí se ofrecía era solamente realizable cincuenta años después de escrito, prosiguió diciendo el viejo para reanudar el cuento— aconsejado Cristóbal por el Papá Bocó *levantó inmediatamente la marcha* (36) con la mira de hacer noche en los Cevicos para recoger allí algunos informes sobre el autor de aquello y la época a que correspondía. Muchas personas de la sección sabían que las escrituras eran del *comegente*, y como hasta allí tanto Cristóbal como Dessalines, que llevaba la delantera, habían tenido la malicia de no despertar desconfianza ni dejar penetrar que iban *garbaneando* (37), las que fueron a visitarlo se lo dijeron, indicándole el año de 1792 como el correspondiente al testamento; asina fue que el Papá Bocó le hizo ver que como estaban en el año cinco del siglo se necesitaba que corrieran treintisiete más para llegar al tiempo de aspirar a apoderarse de la herencia. Aunque así fuese, interesándose los dos en saber algo de lo que realizó por acá y

(36) **Levantar la marcha o el campo:** Emprender la marcha, decampar.

(37) **Garbanear:** Huir tratando de disimular la fuga.



de qué muerte murió, también se hicieron referir todo lo que entonces naide ignoraba sobre esos particulares, hasta que llegando a contarles su fin, manifestó el *Papá Bocó* tanto azoramiento y tanto miedo que casi no podía hablar, tampoco podía tenerse en su asiento a causa de los temblores que le entraron, y llamando aquello la atención de Cristóbal le reprendió diciéndole con mucha asperidad:

—¿Pero qué es lo que usted ha descubierto, fout... papá, que tanto miedo le ocasiona?

—*Ah! malher, malher, Mon fils a mouin! Guangua pangmol pi fort pasé ouanga haitien* (38).

Esto era lo que el otro le respondía, pareciendo como atarugado; más perdiendo Cristóbal la paciencia le dio un *sacudión* (39) ordenándole sin ningún miramiento que hablara. No tomaron la precaución de despedir a los visitadores, asina fue que manque el papá se llevó a Cristóbal para otra pieza, tanto aquellos como los militares que habían en la sala del bohío pudieron oír que el *papá bocó* declaró: Que la tierra que produjo lo necesario para domar al *boude*, era tierra superior a la de ellos, y por consiguiente consideraba una temeridad el tratar de conquistarla, pues si por la sorpresa se podía conseguir un triunfo al principio, a la larga lo pagarían muy caro; que él veía muy clarito que el *guanguá* español era más fuerte que el *guanguá* haitiano, y que si querían llevarse de su consejo debían de mantenerse tranquilos en su territorio sin volver a pasar ni por pienso del lado acá del *Massacre* (40).

Conviene saber que el General en Jefe era Dessalines, por lo cual Cristóbal, considerando de mucha importancia lo que su *papá* declaraba y aconsejaba, y que era de su deber comunicarlo se fue con éste al bohío donde paraba el otro.

(38) Ah! una gran desgracia: Que el *guanguá* español es más fuerte que el *guanguá* haitiano.

(39) **Sacudión**: sacudimiento.

(40) **Massacre**: Río fronterizo por el Norte entre las dos partes de la Isla.



Dessalines se quedó con tamaña boca al imponerse de la cosa, y tratando en conferencia lo que sería mejor hacer, declaró Cristóbal que él, por su parte, estaba resuelto a no volver sobre Santo Domingo. Dessalines confesó que pensaba sujetarse también a igual conducta; pero que creyendo que su obligación, como Jefe Supremo de Haití, mirar por el porvenir de su pueblo, juzgaba atinado arrasar si era posible el nuestro. Cristóbal que no necesitaba de mucho estímulo para dar rienda suelta a sus malvadas inclinaciones, aprobó el parecer, y allí mismo quedó acordado entre los dos dar las más terribles órdenes de destrucción a otros oficiales tan crueles como ellos y el destacar del ejército algunos cuerpos con el fin de abarcar toda la comarca de su tránsito y que no quedara población ninguna donde no se hicieran sentir. Nadie ignora lo que hicieron esos condenados en el Cotuí, Macorís, La Vega, San José de las Matas, Santiago, y hasta en Monte Cristi, aunque tan apartado quedaba este pueblo de la ruta que seguían; nadie ha olvidado el degüello en la Iglesia de Moca, llevado a cabo por los demonios que mandaba el Coronel Faubert, después que como caballos en celo usaron de todas las hembras que dentro de ella había; están siempre, en fin, presentes en nuestra historia, para maldecirlos, los nombres del Comandante Brossard y de los Coroneles Antoine y Habilhomme, cuyas bellaquerías dejaron muy por detrás las del *comegente*, como lo podría probar yo agora mesmo con muchos detalles si no supiera que había de amargar otra vez el gusto de la niña. . .

Para terminar diré que parece que el consejo del *Papá Bocó* nunca perdió en fuerza en el ánimo de aquellos dos renegados, pues jamás volvieron a tentar nada contra nosotros, a pesar de que cada uno se coronó Rey por su lado; pero ya hemos visto que otro se atrevió a todo y que no le ha ido hasta agora mal, pues él y los suyos nos tienen pisoteados haciendo de nosotros lo que les da la gana; y por lo



que puede traslucirse no parecen muy próximas las santas horas de probarse lo que murieron creyendo tanto Dessalines como Cristóbal y el Papá, es a saber: *que nuestro guan-guá era más fuerte* que el de ellos. Y se acabó mi cuento.

Reinó silencio profundo, pero levantándose don Esteban dijo con voz sonora y tono solemne: Señores puede ser que ese *Papá Bocó* tuviera razón y quién sabe si está ya cercano el día de probarlo plenamente! Confiemos a la Providencia!

Y medio pensativos todos, abandonaron el puesto para recogerse, no sin haber tenido Carlos que disputar con la vieja María por su insistencia de acomodarlo en el aposento.





LUIS A. BERMUDEZ  
1854-1917

*Luis Arturo Bermúdez nació en la ciudad de Santo Domingo en 1854 y murió en San Pedro de Macorís —en donde se radicó desde joven— el día 9 de abril de 1917. Fue progenitor del notable poeta Federico Ramón Bermúdez Ortega, nacido en San Pedro de Macorís el 29 de agosto de 1884 y fallecido allí el 3 de marzo de 1921: su madre se llamó Carmen Ortega de Bermúdez.*

*Luis A. Bermúdez, alumno del Colegio San Luis Gonzaga, fue objeto de la protección de su Director, el filántropo Pbro. F. X. Billini. En Macorís ejerció la profesión de Defensor Público. El Instituto Profesional le invistió de Licenciado en Derecho el 25 de junio de 1888. En 1889 fue Diputado por Macorís, y luego sirvió otros cargos: Administrador de Hacienda, Interventor de Aduanas, Juez del Tribunal de Primera Instancia.*

*Junto con el Lic. Antonio F. Soler fundó el importante periódico macorisano El Cable. En 1895 dirigió, en compañía de Rafael A. Deligne, la excelente revista Prosa y Verso.*

*Aficionado al folklore, fue de los primeros que escribieron acerca del término, puesto en boga en Santo Domingo por él y por Penson. En El Teléfono, S. D., 3 de junio de 1889, publicó el artículo Cosas del Tío Perete, sin mayor interés. Para el teatro escribió algunas comedias, entre ellas El Licenciado Arias, de 1900, de lo mejor del teatro domini-*



*cano, según nos decía el Dr. F. E. Moscoso Puello. Sus Cosas de Señor Tomás, que ahora se reproducen, —publicadas en 1895 en Prosa y Verso— gozaron de gran popularidad, ya que se referían a uno de los tipos mitológicos del Santo Domingo de antaño, como lo dice Max Henríquez Ureña en su Panorama histórico de la literatura dominicana: “en 1895 publicó en la revista Prosa y Verso con el nombre de Las Cosas de señor Tomás, desentrañándolas del folklore nacional, sabrosas anécdotas de Tomás Carite, tipo popular con mucho de andaluz”.*

Ver Osvaldo A. Rodríguez, **El genio de Señor Tomás**, en **Prosa y Verso**, San Pedro de Macorís, octubre de 1895.

De Bermúdez, como periodista, trata el Lic. M. A. Amiama en **El periodismo en la República Dominicana**, S. D., 1933, p. 56.

En nuestro libro **Cuentos de política criolla**, S. D., 1963, nos referimos a Bermúdez en relación con la reelaboración literaria.



## LAS COSAS DE SEÑO TOMAS El Toromonte

Hay religión en esta tierra y existe más o menos cierta, desde que el Almirante ilustre pisó sus playas. Así, por Enero todos los años, del 17 al 21, los caminos del Este, es decir, los que tienen dirección a la vieja e histórica Provincia de El Seibo, se ven cuajados de *romeros*, quienes cargados de botijas de aceite, marquetas de cera y algunas joyas de valor, pasan al Santuario de Higüey, donde tiene su rico altar la para todos milagrosa Imagen de Nuestra Señora de la Altagracia.

Verdadero jubileo es aquel: cordón humano que principia a veces en los pueblos más remotos de la haitiana República y termina en las *tres cruces* del afortunado pueblo donde naciera el Sansón de nuestros aborígenes, el fuerte y valeroso Cotubanamá.

Ancianos gastados ya por el roce de los años; individuos inutilizados por su vida pecaminosa, mujeres arrepentidas, todos, en fin todos los que sufren enfermedades físicas o morales, los abandonados por la ciencia y los reñidos con la Esperanza, acuden solícitos a implorar los favores de aquella que ellos llaman “Gran Doctora del Cielo”, para que les vuelva la salud del cuerpo o la salud del alma.

Y así es todos los años.

Por la época a que quiero contraerme, era *Seño Tomás*, según él mismo refería, un mocetón robusto y de entereza,



muy animoso y dado a extrañas aventuras, y más en las luchas amorosas.

Entre los suyos era chico de inteligencia porque cantaba al acordado son del melancólico *cuatro*, picarescos *zapateos*, sentimentales *galerones* y alegres *medias-tunas*: enamoraba con sus cantos ya a lo *divino*, ya a lo *humano*. Además, era diestro, y con tanta habilidad ponía en los tarros de un toro el lazo de *majaguas* tirado a diez varas de distancia, como la punta de su toledana en el pecho de cualquier temerario que le buscarse camorras.

Como buen dominicano, Tomás era hombre de *a pie* y cuando se amarraba las *zoletas* no había distancia, por larga que esta fuera, que no venciese en un decir "*jesús*".

Mozo, pues, de arrogancia y no poca, *cantador y decente*, no pasaba *convite* en que él no estuviese, siendo como era tan dado al amor.

Era el mes de Enero.

Aproximábanse las clásicas fiestas del 21: Tomás en la madrugada del 16 emprendió el largo camino que separa a Higüey de Santo Domingo, a pie, eso sí, y no por falta de algún dinero con que pagar el alquiler de un mal jamelgo, sino por sobra de confianza en sus *zoletas*, por no dejar mal puesta su fama de gran caminador.

En su ruta, Tomás iba dejando atrás en todo el camino, largas *recuas* y hombres de *a pie*, hombres de espíritus menos fuertes que el suyo, y así, como buen práctico, de *monte a monte* para acortar la distancia, llegó a la entrada del Guabatico al mediodía en filo del 17.

Hay al comienzo de esa llanura inmensa un árbol corpulento, conocido de todos los viajeros por *La Mata de la Caoba*.

El verde follaje de aquel árbol tradicional, ha servido de tienda a millones de caminantes.

Sombra aquella, verdadero manto de la democracia; mendigos y poderosos, todos han *sestiado* al fresco de aquel



ramaje. En su añejo tronco, tiene millares de inscripciones, porque los caminantes, así como en las cruces de los caminos arroja cada cual *una piedra como recuerdo*, allí graban sus nombres y varias señales, como indicio de haber pasado.

Ardía el sol.

El Guabatico, llano hermoso, que parece un lago de topacio, donde crece el amarillo *pajón*, que movido por la brisa forma calladas ondas, así como las serenas aguas de tranquilo río, circundado por la cinta azul que semejan los pomares que le rodean y que escapan de uno a otro extremo al alcance de la vista simulando lejanos horizontes, es el más rico pasto de todas las ganaderías de aquellos contornos.

El buen Tomás, descansaba a la sombra de la Caoba, comiendo con envidiable apetito de una rica *arepa* hecha de maíz criollo y condimentada con sabrosos *cantos* de succulentos *chicharrones*, cuando fue sorprendido por el imponente bramido de un toro.

Aunque Tomás era mozo jaquetón, con ínfulas de hatero, al ver que la fiera se acercaba al sitio donde él estaba, ora escarbando con las patas delanteras, ora a galope de sabana, contaba él, con gracia que hacía reír, que puso pie en el tronco de la histórica Caoba y sin saber cuando vióse salvo, entre el espeso ramaje.

Desde lo alto, decía Tomás, “contemplé al valiente toro; era negro cual la noche, como res de sabana, cachiabierto, y tenía *los lomos* parejos como una mesa de billar, tal era su gordura”.

Al pie del árbol bramaba el toro enfurecido con el *olor de gente*.

Sólo portaba el héroe de mi cuento un pequeño cuchillo por toda arma defensiva, y visto que el toro no quería abandonar el puesto, principió a hacer púas de a una cuarta de largo, estas muy aguzadas, las que con toda la fuerza



posible, fue arrojando una por una sobre el lomo de la cornuda fiera clavándolas todas, por extraña casualidad.

Después de haberle puesto más de doscientas de esas especies de banderillas campestras, el toro adolorido tomó el monte y dejó a Tomás el camino franco.

---

Dos años después, por la misma época y por añadidura 17 de Enero, refiere Tomás, que se encontraba en el mismo sitio, bajo la frondosa Caoba, pues que volvía en pos de las fiestas del 21. De improviso tiende la vista hacia la sabana y vé con imponderable espanto que un pedazo de monte corre en dirección al lugar donde él estaba: pónese de pie, fija con el cuidado que el miedo engendra, su atención en aquel fenómeno raro, y descubre que era el mismo toro de la historia, al cual se le habían *nacido en los lomos* las púas que él mismo le había clavado. Era, pues, el toro-monte. Así eran los cuentos del Sr. Tomás.

(*Prosa y Verso*, San P. de Macorís, mayo 1895).



## EL OJO EN LA UÑA DE GATO

Relampaguea al Norte y sopla viento de la tierra. Bueno va el tiempo.

Al *salir* la luna el chubasco es cosa segura. Regular corrida, y temprano. En tiempo de *cigua* en el monte alto se tira a la *coronita*: iré a la loma.

Y así diciendo seño Tomás, púsose a preparar los chismes de monte, es decir, lo de cazar.

Aquellos fueron tiempos mejores, no hay duda. Verdad es que hoy tenemos mayor caudal de ilustración, pero había entonces menos malicia y más democracia. No teníamos tantos hombres de genio, pero ni tantos mañosos y mal acostumbrados.

La mala fe triunfó de la inocencia desde que la esoba del progreso barrió el gran alcázar de nuestra sociedad.

Cerca de la Capital, con dirección al Norte, está el Alto de Galindo. Es una loma algo empinada cuya falda baña, por entre ciénagas cubiertas de espesos manglares, el encajonado Ozama, siempre revuelto y temerario.

Hubo un tiempo en que, partiendo de la vereda del *Campamento* hacia adentro, eran vírgenes aquellos montes que se levantaban gigantes sobre la superficie del Alto, que es un escalón, como si dijera, de la gran loma en donde tuvieron los blancos isleños la humorada de fundar la hoy bonita villa de San Carlos. En la pendiente de esa loma, como avanzada del espeso monte que en escala ascendente pa-



recía llegar a lo infinito, perdiendo el *yagrumo* quebradizo sus blanquecinas hojas entre las pasajeras nubes, alzábanse antiguos *mameyares*, cuajados siempre de la *aristocrática* fruta de nuestros aborígenes, que semejan *ficaras* de oro puro rebosadas de dulce miel: detrás de esos *mameyares*, como bebiendo en sus verdes copos, mecíanse el dorado *almácigo*, el punzante *espino*, el almibarado *higo*, la menuda *cigua*, el amargo *café*, el *capá* corpulento y otros árboles de esos que sólo se acogen a los favores de los terrenos áridos.

Todo aquel monte, hasta antes de llegar a Agua Dulce, estaba de trecho en trecho dividido en bien picados y limpios tiraderos, tiraderos que rivalizaban en fama por su buen acondicionamiento.

Había dos clases de *tiradores*, los de *posado* y los cazadores al *corso*.

Ah! para ser cazador al *corso* es preciso ser hombre de las condiciones de Tomás: práctico; saber guiarse por el sol; pisar en el aire, así, sin quebrar un ramo y llevar la vista siempre fija en el espeso ramaje, porque son muy esquivas las palomas, parecen niñas de quince! Tomás era hábil cazador; en el pájaro que él hacía puntería con su vieja vizcaína de seguro que ponía los perdigones.

Tal era su destreza y su confianza tanta, que tasaba los *avíos* y contaba los *pistones*: veinte y cinco fulminantes, veinte y cinco palomas, salvo eso sí, que le marrase la *bocona*.

Tal como lo predijo: relámpagos al Norte y viento de la tierra, chubasco seguro.

A las dos de la mañana rompió el chaparrón.

A las tres, los claros de luna hicieron luz en la densa oscuridad y *como la luna se lo come todo*, presto amainó el tiempo.

A las cuatro estaba el buen Tomás en pie; amarróse las zoletas, cruzóse los *chifles*, echóse el *ñango* a la espalda,



prendió el cachimbo criollo de puro barro sancristobaleño, tomó la vizcaína y salió.

Cuando los primeros rayos del ardiente sol de Junio bordaban el Oriente ya se oía en el bosque espeso el monótono canto de la arisca coronita.

Principió Tomás su faena: *tiro por cobre*.

A las diez, según podía verse por lo que el sol *había caminado*, tenía recogidas treinta y cinco palomas. Conste que llevó treinta y seis *pistones*; sobrábale pues uno: que siempre el cazador guarda el último tiro para la defensa de su persona en la travesía del camino.

Ya en marcha Tomás, bajó a la *loma* para matar su sed en uno de los ricos manantiales que brotan de su escarpada falda.

A la subida, y en mitad de la pendiente, sintió el fuerte aletear de un hermoso macho que hacía *banco* llamando enamorado a la hembra que no estaría muy distante. Tomás miró hacia arriba y vió el alegre pájaro allá en el copo de un corpulento *córbano*. Atacado por la envidia levantó la vizcaína, hizo fuego y la inocente paloma vino a tierra.

Por casualidad, cayó dentro un tupido matorral en el que había una mata de *Uña de gato*. Es esta planta parecida al rosal, de espinas muy agudas, que tienen la misma forma de las del felino con cuyo nombre la distinguen. Apartó Tomás el menudo ramaje y metiendo la cabeza cogió la paloma; al salir sintió que algo le había herido el rostro, pero, hombre fuerte a quien no intimidaban las picaduras de los *mosquitos*, no hizo caso y emprendió el camino de la ciudad.

Llegó a su casa; pero cuál no sería su asombro al ver que su mujer le recibe toda afligida diciéndole:

—Ay! Tomás de mi vida, y cómo ha sido eso?

—Pues y qué pasa? replicóla él.

—Cómo has perdido ese ojo, Tomás mío?



Ese ojo. . .! a ver: y así diciendo tomó un espejo y miróse el rostro. En efecto, faltábale el ojo derecho.

Por cinco minutos estuvo Tomás algo pensativo, pero luego rompió el silencio diciendo a la mujer:

—Espera, ya sé cómo ha sido, vuelvo en el acto.

Sale, emprende de nuevo el largo camino, llega a la *loma* y baja por la pendiente hasta el mismo sitio en donde disparó el último tiro. Se acerca al matorral, aparta las menudas hojas, quiebra algunos bejucos hasta que encuentra, prendido en una de las corvas espinas de la *Uña de gato*, el ojo tan llorado por su mujer. Tomólo con algún cuidado y colocádoselo en la abierta *cuenca* volvióse a su casa sano y salvo.

Eso contaba seño Tomás.

(*Prosa y Verso*, San P. de Macorís, junio 1895).



## DE GATO Y GALLINA

Verdad que Tomás no era un hombre de letras, que ni aún la O por ser casi redonda la conocía.

Es que en su época había pocos que supiesen de esas cosas, porque no era muy crecido el número de los hombres que domaban los bancos del Seminario aquel de Santo Tomás de Aquino. Y sobre todo, que los que allí alimentaban su cerebro, como ahora es uso decir, con el pan bendito de la instrucción, era con la santa idea de ofrecer los días de su vida al servicio de Dios para hacerse dignos de la envidiable gracia de sus bendiciones y alcanzar más tarde la gloria eterna. Buena cédula de vecindad para pasar al otro barrio!

Sí, que para servir a Dios, como dicen que Dios quiere, nada hay mejor que una vida mística en apariencias; ella libra de las públicas tentaciones del *enemigo malo*, aunque allá en la conciencia tenga su altar el demonio, adornado con las flores del pecado e iluminando con los grandes cirios de la maldad. Tomás nació para algo distinto, su carácter, su bravura, sus naturales gracias... no le permitían cubrir su cuerpo con el sayo de los cuervos cantores, y, ya lo dije, por entonces, o teólogo o nada, así... nada fue al fin mi héroe, a pesar de sus *especialidades*. Por eso aprendió todo aquello que sin maestros se aprende.

Era paciente pescador: en el agua un pez, como que hacía largos viajes atento a la máquina de sus brazos! Ca-



minador, ya! con decir que joven de su época ninguno les fue en zaga...! Cazador de fama merecida, lo mismo domesticaba un potro que castraba un toro: con la misma agilidad, con el mismo estilo que bailaba un zapateo mandaba un *carabiné*. A todas esas gracias, y a otras que no quiero describir, unía Tomás un grande afecto a la crianza de animales domésticos.

El patio de su humilde casita era una imitación exacta del Arca de Noé. Sólo le faltaban peces, aunque a mi entender tampoco los hubo en el Arca, que esa especie no puede vivir en seco... El caballo para los viajes de lujo; el burro para la leña y el agua: perros ,famosos perros para la caza de *verracos*, que por entonces eran algo abundantes allá en el Camino Chiquito, en Manga Nagua y otros parajes. Pavos y patos y gallinas y guineas y en fin, muchos gatos, y guay de aquel, afecto a la codicia de las ajenas plumas que tocase una siquiera de las de aquellas aves, porque Tomás era mozo temible y no se andaba con miramientos para soltarle un tiro al más pintado de su época!

El cuidaba a sus animales tanto como a su propia familia, y sobre todo, a sus gallinas.

Algo supersticioso, Tomás era muy dado a la creencia de que ciertos animales de color negro atraen la fortuna; por eso eran sus mimados una gallina *galipava*, negra como la conciencia de un prestamista y un gato que parecía hecho de ébano viejo, con los ojos como dos topacios redondos.

Aquella gallina y aquel gato, no tenían precio para él; y más cariño les tenía el cuidadoso dueño al verlos siempre unidos, cosa no muy corriente en animales que, aunque domésticos, sean de distintas especies.

En varias ocasiones, contaba Tomás, vio que la gallina corría alegre tras el hermoso gato; en otras, que el felino y la gallipava se arrebujaban en el nido de hojas de plátano, él con su asmático ronquido, y ella, espulgándole con el



duro pico la diforme cabeza. Aquello a la verdad, no era más que un *coloquio* de enamorados, un amoroso idilio.

Al fin llegó Tomás a tomar como realidad lo que al principio parecióle un imposible y para más convencerse, como hombre cuidadoso y capaz de todo, siguió los amores aquellos de los dos animales sin perder de vista uno sólo de sus movimientos.

La gallina al cabo de algún tiempo dejó un huevo en el caliente nido. Tomás picado por la curiosidad, lo estuvo examinando; pero nada vio en él, ninguna señal que le diese indicio de lo que buscaba. Pero como no abandonaba su creencia, resolvió marcar el huevo con una cruz hecha con carbón y ponerlo en el nido de una clueca que el día anterior había echado.

---

A los veinte y un días cabales *sacó* la gallina doce pollos. Ni uno perdido, porque no eran aquellos meses de *truenos*.

Acto continuo Tomás señaló el pollo salido del huevo objeto de su curiosidad y que era negro como la gallipava.

Pasó el tiempo. Dos meses después, el autor de mi cuento pudo notar que el pollo dicho era macho, y otra cosa: que más que como gallina, tenía la cabeza como de *lechusa*.

A los tres meses, refería Tomás, y en una madrugada que había chubasqueado un poco, notó en el patio un canto extraño; levantóse, hizo luz, se posesionó junto a una ventana y pocos momentos después, pudo convencerse de que el pollo cantaba: CUCURUUU-ÑAUUU!!!

Lo dicho: el pollo era un injerto de gato y gallina.

(*Prosas y Verso*, San P. de Macorís, julio de 1895).





## MAS VALE TARDE QUE NUNCA

Pasaron muchos años y, naturalmente, el progreso cambió la faz del país.

La sociedad fue tomando brillo; así, allí en el modesto salón donde antes una bella arrancaba al arpa sonora melodiosas notas, principiaron a oirse las delicadas escalas que esas mismas blancas manos sacaban del ebúrneo teclado de lujoso piano y el lugar de la *contradanza* francesa fue ocupado por la danza antillana, y el clásico *minué* por el voluptuoso vals. Eso tiene el progreso, ya lo creo! que cambia con suma facilidad las costumbres y las cosas, porque esta bendita civilización, que trae ferrocarriles y fonógrafos, y ciencias y letras y periódicos y poesía y, en fin, todo lo que engrandece y da esplendor, trae también amores secretos, odios y rencillas, y sabe enseñar a odiar y a maldecir haciendo aceptable el odio y dulces las maldiciones con sonrisas que parecen de ángeles. . .

Y por supuesto, que en ese cambio de cosas y de costumbres, todo aquel que no tuvo fuerzas para ir trepando escalones, según los empujes del progreso, vióse forzado por razón de las circunstancias a recogerse y sufrir con resignación, digna de los mártires cristianos, los estrujones de la fortuna ciega. Para qué sirvieron los pollinos que tenían como estación la *esquina de los borriqueros*, cuando las cómodas y costosas carretas tomaron por suyo el oficio de ser-



**vir** de vehículo al comercio? Para qué aquellos *bueyes caballo* con su narigón de *majaguas*, cuando las colosales *yuntas* uncidas a grandes carros vinieron a quintuplicar sus fuerzas? Para qué aquel triste rosario de ánimas, terror de grandes y pequeños, cuando en su lugar alegres canciones inspiradas por el amor despertaban a las gentiles doncellas haciéndolas a la vez formar ilusiones de color de amaranto?

Tomás, es natural, fue de los que quedó abajo; que el uso del zapato de goma era muy costoso para aquellos pies acostumbrados a las rústicas soletas, y después, ya cargado en años cómo competir con los nuevos mozos que ya sabían llevar con mucho aquél el lujoso frac de aterciopelado cuello, encharolado escafpín con ribetes de seda, y de cuando en cuando el lujoso bastón de concha con casquete de oro, fino trabajo de Gonzáles o de Yepes?

Competir? Imposible! que por entonces ya el pobre principiaba a ser *pobre* y a ser igual ante la ley, pero socialmente hablando, era cosa ya muy repetida el refrán aquel de “cada quien vale lo que tiene; el que nada tiene nada vale”.

---

En tal situación, el buen Tomás tomó un empleo, muy a su pesar, en el matadero público de Santo Domingo, y no un empleo elevado, no el de *verdugo*, ni siquiera de picador; él sólo hacía limpiar el piso: era, pues, el último en categoría y el último que salía después de la matanza.

Hay en aquel viejo y bien construído edificio un departamento con puerta a la calle, más o menos de veinte varas en cuadro, en cuyo centro tiene un pozo más hondo que el pensar de un hambriento y a la derecha una gran pila; ésta se surte del pozo y, por medio de un caño que tiene el ras del fondo y que pasa por debajo de una pared maestra del edificio, provee de agua para la diaria limpieza al gran salón donde está aquella especie de tribuna para



el inspector, los molinetes y, en fin, donde mueren los pobres irracionales para dar fuerzas con sus carnes a los carnívoros racionales.

Pero es el caso, que cuando el edificio de los grandes arcos se fabricó, o por aquello de que era aún nuestro país un chiquillo que andaba a gatas, sin conocer los progresos de las ciencias y de las artes o por escasez de reales, el pozo del cuento no tenía, (ni creo que aún la tiene), una bomba, sino una gran sogá pasada por un *carrillo* con dos cubos de bambú en las puntas, cubos que cuando uno baja sube el otro. Sagasta y Cánovas, que con tales *muebles* los compara un escritor español: no es, pues, mío el símil.

Naturalmente, como era Tomás el que hacía la limpieza, sacando su agua un día sin saber cómo, fuese de cabeza derechito al fondo del oscuro pozo.

La gente acudió lamentando la desgracia, y a fuerza de sogas, andamios, crucetas y otras trampas, pudieron sacar de aquel abismo a Tomás, quien afortunadamente se hizo muy poco daño.

Después, preguntándole un curioso a Tomás a qué casualidad debía el no haberse matado en la caída, él, lleno de fe, le refirió lo siguiente:

—Descendí, como atraído por una fuerza poderosa, y al llegar al fondo oí una voz de mujer que me dijo: “más vale tarde que nunca”: me puse de rodillas, alcé los ojos y vi en medio de aquella oscuridad, toda rodeada de luz, a una mujer vieja que me bendecía. ¿Quién eres? la pregunté, y ella me respondió: yo soy María, la Santa madre de Cristo, que deseaba estrecharte entre mis brazos. Y así diciendo, me abrazó, preguntándome luego: ¿te has hecho daño, buen Tomás?

(*Prosa y Verso*, San P. de Macorís, ag. de 1895).





## LA PLUMA DEL GUARAGUAO

En mis mocedades, porque han de saber mis lectoras carísimas que estoy ya viejo, y el serlo es cosa que me duele; que no peco de lerdo para dejar de comprender que cuanto más *camina* el Sol, más se acerca al ocaso; decía, pues, que en mis mocedades era cosa que me hacía muy feliz, irme en las tardes serenas, después que abandonaba las rudas faenas del trabajo diario, a la *Boca del infierno*; al clásico *Tripéro*, o la peligrosa punta de *Peña redonda*, lugares en que el festivo Gross hacía la pesca de tiburones; allí gozaba mucho, ya con los picantes chistes de José, ya contemplando la azul inmensidad, ya al ver puesto en práctica el refrán, aquel que reza: “que por su boca muere el pez”.

A esas fiestas diarias, que hacía más agradable la mar con sus ronquidos y sus saladas brisas, no faltaba nunca Tomás, que era gran práctico en toda la orilla; que caminaba por sobre las *solapas* como si lo hiciera en terreno ancho y firme, y que sabía, a *ciencia cierta*, los pies de agua que hay en cada una de aquellas peligrosas enseñadas, desde la *Estancia del Capitán General* hasta las mismas *pozas*. Que había de faltar, cuando él era el mejor ayudante que tenía el tuerto pescador!

A mí me agradaba estar junto a Tomás; ya éramos grandes amigos, y me agradaba por su carácter serio, (jamás le vi reír) y por sus atiemposos arrebatos.

Una tarde en que el mar estaba algo picado, por cuyo motivo el *señuelo* se deshacía, la carnada unas veces venía



a la flor del agua y otras íbase muy al fondo, no pudiendo por tales razones, como dicen los abogados, picar el pez, que también en ocasiones tales huyendo a la resaca se aleja de la orilla, me refería Tomás, al llamar nuestra atención un hermoso alcatraz, lo siguiente: Pero antes debo decir a mis lectores algo acerca de Los Alcarrizos, que es el lugar donde principia mi cuento, es decir, el cuento de Seño Tomás.

Pues bien, más allá del Haina, de ese Haina rico en cuyas arenas brillan codiciadas pepitas de verdoso oro, hay una ermita tan vieja como el Haina, digo mal, porque exagero; no tanto, pero si tan vieja que creo no haya archivo que guarde sus escrituras, ni crónica que nos indique en qué año se puso su primera piedra, digo, que yo sepa, que quizás algún anciano curioso conserve en la memoria un cuento que ponga en claro lo que yo ignoro. Esa ermita, que ya está al cerrar su hoja de servicio, puesto que las grandes corrientes al descender por la enhiesta pendiente en que ésta se levanta la han debilitado en sus bases y hoy es el solitario templo una ruina en preparación, pues muy pronto rodarán las piedras de sus musgosos paredones por donde mismo descenden en temibles borbollones las aguas del camino, esa ermita, repito, es, si cabe la frase según el ritual católico, la iglesia parroquial de toda aquella jurisdicción hasta muy cerca de San Cristóbal.

De Los Alcarrizos, que no muy distante está, salen allá en Mayo grandes procesiones que se dirigen a la ermita a cantar su Salve a la cruz divina. A mí, y no me avergüenzo al confesarlo, me ha hecho sentir más hondo, me ha acercado más a la verdadera religión del Cristo, el “Dios te salve María”, cantado por aquellos pobres campesinos con música, si así puede llamarse, que del lugar no ha salido, y que tiene de divina tanto como la más clásica que se pierda entre las bóvedas de los suntuosos templos, me ha hecho sentir más hondo, dije y repito, que la más solemne acompañada por armoniosa orquesta; porque es más puro el can-



to del fervor, el canto de la fe que todos esos arranques del lujo, que llenan los coros en los brillantes templos de las ciudades cultas. A mí me encanta el arte cuando sale de los moldes de la sencillez; lo artificial me revienta y más en materias religiosas, porque creo que el lenguaje de la fe ha de ser sencillo y puro por ser el lenguaje del alma, que es con el que entiendo debemos hablar a Dios.

Ah! aquellas procesiones cruzando largos caminos, formando resplandores de luz en el oscuro monte, con sus grandes hachos hechos de tablas de palma! Cuánto fervor!

Vi, además en aquel campo una *salida del rincón*; ceremonia celebrada ocho días cabales, después de enterrado el difunto.

A los ocho días, supone aquella buena gente, que es cuando el alma del que fue, abandona el hogar, y ya se entiende, para despedir el alma se hace una gran velación en que se rezan toda la noche oraciones como esta:

Las cuentas de mi rosario  
son balas de artillería  
y todo el infierno tiembla  
cuando digo: ¡Ave maría!

Esto en boca de una vieja, camándula en mano, infunde respeto, más cuando la concurrencia responde: “Dale Señor buena muerte”.

Los Alcarrizos, pues, es además, un lugarejo, si no rico, abundante en víveres: crece allí el succulento plátano, como al fin en terreno fértil y la dulce batata y el ñame alimenticio, y toda esa clase de pan de los pobres que el hombre amasa con la levadura del trabajo y la maestra naturaleza sazona y cuece en el gran horno de la tierra.

Allí pues, me dijo Tomás, tenía yo un *conuco* y un *fundo* por buena herencia adquirido: una tarde algo lluviosa, salí de mi pequeña labranza con dirección a la Capital;



traía sobre mí el hacha, la escopeta, un racimo de plátanos, *machi-hembras* y seis gallinas, porque el único caballo que tenía habíase lastimado las *manqueras* y no podía servirme por aquellos días.

Así cargado emprendí el largo camino y cuando hube llegado a la orilla del río, el cual habíase salido de madre, noté una sombra muy grande, lo mismo que cuando una espesa nube pasa por debajo del sol, levanté la cabeza y vi un pájaro enorme, que a la verdad me intimidó; solté cuanto arriba traía, rodé dos balas a la escopeta, le tiré y vino a tierra; era un guaraguao.

Tan grande era, que, ya verá usted: como el río por la creciente no daba paso, arranqué a mi presa una pluma del ala derecha y con el hacha la separé del cañón; éste, lo dividí en dos y puse la mitad en el agua, en ella metí los plátanos, la batata, las gallinas, el hacha, la escopeta, el *mismo guaraguao* y tomando yo una tabla de palma que había por allí, para que me sirviese de *canalete*, me metí también y en tan famosa canoa *pasé* el río. ¿Qué le parece a usted de ese guaraguao?

—Monstruoso, *Seño Tomás*, monstruoso. Lo que no me explico es que el pájaro entero cupiese en la mitad de una de sus plumas.

—Milagro, amigo mío, milagro.

(*Prosa y Verso*, San P. de Macorís, sept. de 1895).



## EL BROCAL

Que no era Tomás hombre de genio aguantador, bien lo saben los que como yo le conocieron.

Pendenciero, nunca lo fue, pero por cada burla sabía poner la mano donde la pone el Obispo en el momento de la confirmación; y después, a Roma por todo, como él decía, que ni temo a los hombres ni a la justicia.

En cierta ocasión llegó Tomás a un juego, en el cual tallaba de banco el Alcalde de barrio.

Hizo punto, siguiendo como cábula la *chica jibara*.

—A el as, que viene a la tercera; dijo, y puso un montón de pesos, en papel, sobre la carta de su gusto, pero el pícaro del Alcalde con mucha maña y poco talento, queriendo probar habilidad, pasa la de arriba y el as queda abajo.

—Párese el banco, usted ha volado una carta.

—Tenga su lengua el señor Tomás, que no entiendo yo de esos manejos y raya en atrevido quien tal dice.

—Tallador de manigua, mal acostumbrado y pícaro es el Alcalde de mi barrio, y entienda el malandrín que no es él quien puede distinguirme con el mote de atrevido, y que a insultos tales doy esta contestación y así diciendo, metióle un bofetón que fue a dar con su humanidad a tres varas de distancia del sitio que ocupaba.

Allí trataron de hacer preso a Tomás; pero listo y valeroso echó mano a su pistola y poniéndose en guardia dijo:



—Ténganse todos o le revienta el alma de un plumazo al primero que ose insolente poner la mano en mi persona.

Todos retrocedieron y Tomás se fue, llegó a su casa, enjaezó el *rucio*, le echó piernas y tomando el camino de Güibia (hoy avenida no sé de qué héroe, que sin duda murió en la miseria, por obra y gracia del progreso, señor que se complace en 'cambiar nombres) fue a dar allá a las Lajas, un poco antes de Haina, dejando al picarón del Alcalde, quien para Tomás valía menos que la décima cifra de los números puesta a 'la izquierda, como dijera de un notario cierto escritor americano, confirmado por segunda vez si es que lo estaba por la primera.

Después de Honduras, rico lugarejo que abastece de sabrosas frutas a la Capital, están las Lajas.

En un tiempo oscuros montes y apostaderos de bandidos, según cuentan las 'viejas crónicas, era aquel enmarañado sitio, porque las puras brisas del progreso no habían refrescado sus tierras.

Era todo 'aquel recinto un monte muy elevado, como he visto pocos.

Buena cacería, eso sí; porque allí en Mayo corría la *turquesa*, y en Junio y Julio se tiraba a la pichonada de *coronitas*.

Pues bien, allí fue a dar Tomás, huyendo del furor del Alcalde de su barrio.

Una mañana fuese caminando de monte a monte, cazando algunos pájaros para la comida del día.

Estando en el *corazón* del monte llamó su curiosidad la elevación de un árbol, que distingue nuestra gente con el nombre de brocal. Es muy bonito el brocal, y tanto, que mejor debiera llamarse árbol de fuego, porque, visto de lejos, parece su ramaje un copo de llamas: tal es el color rojo de sus hojas.



Pues bien, como Tomás se admirara tanto de la rara corpulencia de aquel árbol, dio en la tentación de trepar a él.

El contaba:— Para llegar del tronco al último ramo estuve tres horas cabales: miedo tenía en verdad, porque el monte más elevado lo veía a mis pies como una mancha azul.

Después de estar arriba, inclino la vista hacia abajo, pero con dirección al Sur, me fijo, y veo una hermosa población, compuesta de muchas casas de dos pisos y los techos encarnados.

Detengo la mirada hasta que descubro que aquella población era *Curazao*, y más me convencí, porque pude oír que una mujer le decía a otra: —*Sjou Tata, soehetami e cos nan.*

Si sería alto aquel brocal!

(*Prosa y Verso*, San 'P. de Macorís, oct. de 1895).





**ELISEO GRULLON**  
1852-1915

*El muy distinguido ciudadano Eliseo Grullón y Julia, hijo del General Máximo Grullón, prócer de la Separación y la Restauración, y de doña Eleonora Julia y Rodríguez, nació en Santiago de los Caballeros el 4 de mayo de 1852 y murió en La Habana, en ejercicio de su cargo diplomático, el 23 de noviembre de 1915.*

*Estudió en Nantes, Francia, y regresó a su Patria en 1874. De inmediato se inició su larga hoja de servicios públicos: Diputado, Ministro, Juez, Diplomático, periodista. Presidió la Asamblea Constituyente de 1908. Ocupó en seis ocasiones la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores. Publicó interesantes escritos literarios: Del Mediterráneo al Caribe, S. D., 1905, libro de impresiones de viaje y de admirable encomio de las cosas dominicanas; De la perennidad del castellano en América, Madrid, 1912; Discurso leído en la Sociedad Amantes de la Luz, Santiago, 1906. Varios de sus artículos históricos han sido reproducidos en la revista Clío, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, ediciones 83, 84, 86 y 87, de 1949-1950: Memé Cáceres, su filiación y origen, El Convento de Regina y el sitio de los once meses, Acción de Moca y toma de la Capital en 1866, El Convenio del Carmelo y Pedro Florentino, que él llamaba Efemérides dominicanas, pero que son en realidad tradiciones históricas.*



*A esta serie de escritos pertenecen las dos tradiciones que se reproducen en esta obra. Su estilo, ameno y sencillo, sin alardes retóricos.*

*En La Habana se publicó, en la revista Cuba contemporánea, de enero de 1916, su bella conferencia El espíritu de libertad en la poesía dominicana como vínculo de fraternidad con Cuba, reproducida en La Cuna de América, S. D., 15 feb. 1916. En la misma revista, No. 8, de agosto 31 de 1913, publicó El pasado, fuente de patriotismo.*

*Fue Grullón uno de los dominicanos más progresistas y probos de su tiempo. Amigo de Espaillat, de Luperón, de Meriño, sirvió a la República con devoción y altura ejemplares. Fue simpatizador de la causa de Cuba. Protegió a Maceo en Puerto Plata, en 1880, de lo que hay noticias en nuestra obra Maceo en Santo Domingo, Santiago, 1945, p. 82, 260, 267, 351, 357.*

Ver Alfau Durán, Apostillas en **Clio**, ediciones mencionadas, y en la No. 93, de 1952; Max Henríquez Ureña, **Memoria de Relaciones Exteriores**, de 1932, p. 76; Colección del Centenario, Antología, Vol. II, 1944; artículo en **El Mensajero**, S. D., No. 75; de 1884; Luis E. Alemar, **La Catedral de Santo Domingo**, Barcelona, 1933, p. 47, 50; M. A. Amiama, **El periodismo en la República Dominicana**, S. D., 1933, p. 42; R. Martínez, **Hombres dominicanos...**, Vol. 2, p. 273.



## TRADICIONES QUISQUEYANAS

### Origen de la *Plaza Padre Billini*

Interesante en extremo sería indagar la historia escrita en las páginas de piedra de los monumentos y edificios particulares de la antigua ciudad, trazada a cordel por orden del comendador D. Nicolás de Ovando a principios del siglo diez y seis en la orilla occidental del río Ozama.

¿Qué dicen al cronista, cazador de episodios y rebuscador de cosas arcanas, esas monótonas hileras de piedras, colocadas unas tras otras como las cuentas de un rosario, con sus ventanas de rejas, sus puertas macizas y estrechas, sin solución de continuidad, sin adornos ni variación apreciable en la disposición interior de los edificios? Y esos pozos tan hondos —excavados en la roca a fuerza de vidas de indígenas— que dan vértigos a quienes se asoman a sus brocales, ¿no cuentan nada a los hurgadores de la verdad histórica y de la vida de los primitivos pobladores de la ciudad primada?

Y, sin embargo, es un hecho que con sólo enumerar los nombres de los hidalgos a que pertenecieron las casas solariegas de nuestras calles o que transitoriamente las ocuparon, pudiera escribirse la historia de la conquista y colonización de un continente. ¡Cuántos sucesos vinculados en las hojas de ese libro de piedra, esculpido en la roca virgen de un mundo nuevo!



En una modesta casa de la calle de Santa Bárbara nace el héroe máximo, el prócer fundador, que no fue apto para la guerra, mas no por eso dejó de exponer cien veces la vida en pugna con el procónsul haitiano que le hostigaba y ansiaba su muerte para matar en él la República en ciernes, la que se albergaba en la mente del proscrito mucho antes de encarnar en la realidad histórica del 27 de Febrero de 1844.

En otra mansión de la cuesta de Atarazana santificada por la presencia de aquel patriota inmaculado, se fue lentamente acumulando detrás de estrecho mostrador el rescate de nuestra redención política, el dote de las hermanas del prócer, puesto generosamente por Duarte a disposición de la patria, para realizar su delirio de independencia.

Si tales monumentos hablasen, ¡cuántas páginas patéticas y conmovedoras no nos relatarían!

En la intersección de las calles Hostos y Santo Tomás, esquina frente a la morada de D. Manuel Pina, está la humilde mansión que fue de Doña Francisca López, viuda de la Concha y sus hijos los próceres Jacinto y Tomás, la que merece se le venere como un panteón: allí estuvo largos meses oculto el prócer perseguido Francisco del Rosario Sánchez, cuando se propagara la noticia de su muerte y en las escuelitas de la ciudad se rezaba a diario “un padre nuestro” por su alma, como obligada rúbrica del patriotismo. . .

Pues bien, de esa casa, modesta en apariencia, en donde hacían guardia por turno los patriotas y se conservaba la *caja de metralla* que se iba llenando lentamente para el gran día, salieron con Sánchez en la madrugada del 27 la mayor parte de los autores de este hecho portentoso: la emancipación social y política del pueblo dominicano y su separación de Haití, después de veintidós años de forzada comunidad, realizada al favor de la falta de población de la antigua posesión española.



En esa arca veneranda conservóse por mucho tiempo una reliquia de valor inestimable, el *Manifiesto* de los dominicanos, firmado —hecho único tal vez en la historia— con la sangre de cada uno de los conjurados y que el descuido de una señora indocta o desprevenida quemara con otros papeles, a tiempo que, expulsado por Santana, erraba su esposo por playas extranjeras a raíz de la independencia.

En la humilde morada de Doña Chepita Pérez, madre del prócer Juan Isidro, situada en la placeta del Carmen, inició Duarte, con peligro de su vida, a los primeros trinitarios en el nuevo evangelio de la Separación. ¿No constituyen estos hechos un título de gloriosa notoriedad para aquellos monumentos?

Razón sobrada tiene, pues, el Honorable Ayuntamiento de la ciudad primada al perpetuar por medio de lápidas conmemorativas esos sucesos trascendentales de la historia patria.

\*

Y qué diremos de esa obscura mole de piedra, inmovible e inmutable Símbolo del pasado colonial, llamada “la casa del Almirante”? Todo cambia a su derredor; los edificios circunstantes se transforman: sólo ella permanece inalterable en la serenidad de su hosca y rígida belleza. ¿Cuándo será que se funde una sociedad arqueológica que utilice el hermoso local, instalando allí un Museo Nacional en que se recoja tanta riqueza dispersa como hay en nuestra tierra?

En el núcleo formado desde la Atarazana y la ría del Ozama hasta las calles de Las Damas, Regina, El Conde y Las Mercedes, ¿quién (después del maestro en cosas *añejas*, César N. Penson, tan a destiempo malogrado), quien pudiera penetrar la vida de esa sociedad colonial, mística y guerrera a la vez, que se concentraba y latía alrededor de

la fortaleza y las iglesias y cuyas moradas señoriales ostentaban en el campo de sus fachadas los blasones esculpidos de la familia, como pudimos ver en la de los Caminero-Heredia, que los conservó hasta no ha mucho, situada al lado del palacio de los Capitanes generales, calle de Las Mercedes? Por allí, no lejos de San Francisco, estuvieron la *Casa de la Moneda* y las oficinas de contratación y enganche para las expediciones de Costa-firme.

\*

En el cuadrilátero que forma la plaza, antes llamada de San Juan de Dios, comprendida entre las calles Arzobispo Meriño y Padre Billini, al lado de la casa “de los Garay” que da frente a la “de Ferrand”, hoy convertida en Casino de la Juventud, levantábase antaño un casa, no sabemos si baja o de alto, como todas las inmediatas. Vivía en ella una familia aristocrática; y, como en todas las condiciones sociales, ya se albergue en pajiza choza o en dorado alcázar, el hombre, elemento social, es el mismo, con sus virtudes y sus pasiones, sus egoísmos y sus intolerancias, sucedió que un día los vecinos de la misma tuvieron una desavenencia con los vividores de la inmediata del frente, que pertenecía a la acaudalada familia de los Franco de Medina.

Un esclavo de ésta, al ver ordeñar una vaca en la calle, se expresó en términos irrespetuosos acerca de las formas de la señora de enfrente, deuda de los Garay. Estos, noticiados del desacato por otra esclava, quisieron comprar el siervo para castigarle, a cuya pretensión negáronse los dueños.

De ahí un proceso, que fue de larga duración, como solían serlo los de aquella época, cuando se ventilaban asuntos que atañían a la honra.

Salió perdidoso el dueño de la casa desaparecida el que, al ser notificado con la sentencia de desalojo, exhaló su



despecho en acentos llenos de ira: “¿Donoso medio de adquirir bienes raíces! exclamaba. ¡Así es fácil hacerse rico cualquiera!”.

Llevado el cuento a oídos del de Medina, el hidalgo no quiso conformarse con que su adversario y vecino hubiese dicho la verdad; y, con el propósito de darle un mentís, mandó arrasar la casa hasta sus fundamentos, diciendo a los que le rodeaban: “No será para mí, ni para nadie, sino para todos!”.

Y he ahí por qué ha desaparecido la casa que se alzaba en el cuadrilátero de la placeta Padre Billini, enfrente de la de los Franco de Medina, que es hoy de la sucesión de D. Damián Báez y conserva aún, como flor de arte, una preciosa ventana de ajimez de los tiempos pretéritos que la embellece.

En el centro de dicha plaza se yergue la estatua del filántropo dominicano, (\*) la que no existiría allí sin la irascibilidad pundonorosa y el espíritu justiciero de uno de los hidalgos, primitivos habitantes de esta ciudad.

*(La Cuna de América, S. D., No. 12, 1913).*

---

(\*) Con este objeto especial fue cedido condicionalmente el solar por los herederos. E. G.





## TRADICIONES QUISQUEYANAS

Debió ser a principios de la pasada centuria.

En aquellos tiempos de quietud colonial y vida monótona, llegó a la rada del Ozama un buque de guerra holandés, fragata que en su crucero alrededor del mundo derribaba con el objeto de conocer esta posesión española, casi ignorada de los extraños.

Bajó a tierra la oficialidad. En las apacibles calles, tiradas a cordel, de la antigua romántica ciudad de piedra, sumida en el inmenso sueño místico de la colonia, ¡qué hermosos y arrogantes lucían los tipos de aquellos hombres del Norte, cubiertos de vistosos uniformes! Cómo se iban tras ellos, deslumbradas, las miradas de las hijas de Ozama!

En la morada de una de las familias principales fue recibido y agasajado alguno de aquellos apuestos marinos. Albergábase en ella una joven y hechicera criolla, cuyo corazón no había latido aún al impulso del primer amor. Verse y quedar prendados el uno del otro fue todo uno para aquellos dos seres, en tan distantes regiones nacidos y que el destino aproximaba para su bien o su mal por un momento.

Al despedirse la fragata, quedó destrozado el corazón de la infeliz doncella, mas no sin que antes, por una obcecación fatal e inexplicable, otorgase a su amador, como testimonio de fidelidad por el tiempo de la ausencia, el gaje



supremo de los amantes, el don de sí misma que había de sellar las mutuas promesas.

De estos amores nació un vástago, que fue llevado con gran sigilo, como expósito, al torno de las monjas dominicas de Regina: una mano misteriosa depositaba allí periódicamente lo necesario para atender a la subsistencia del niño.

Vivían en frente del convento unos honrados menestrales, matrimonio sin hijos, el que con el beneplácito de las monjas hizo más tarde cargo de prohijar al expósito, a quien siguió ocultando el secreto de su origen.

Andando el tiempo, ya crecido el niño, trasladóse a Venezuela con el objeto de adquirir los conocimientos de que había menester para bastarse a sí mismo y que no podía entonces brindarle la tierra de su nacimiento; después de lo cual resolvió, ya hombre, regresar a Santo Domingo de Guzmán, la vetusta urbe nativa, a pagar la deuda de gratitud que allí tenía contraída.

Habían muerto ya sus padres putativos, más llegó a tiempo de estarse celebrando en San Cristóbal las fiestas matrimoniales de uno de sus presuntos parientes. Voió allí el forastero, siendo, como era natural, objeto de general curiosidad por parte de los concurrentes.

Abstraído en medio de la alegría general, fíjanse de pronto sus miradas en una señora joven aún, hermosa, si bien de expresión melancólica, hacia la cual se siente atraído por simpatía irresistible.

Dirígese a ella discretamente, invitándola a apartarse del bullicio, y, ya a solas, confíesale su inclinación. Ella se turba, él insiste, obcecado; y, cuando no puede esquivar ya el fuego de la pasión que la envuelve, prorrumpe la dama en este grito de piedad: "Desgraciado, yo soy tu madre! . . .".

Fulminado por este golpe inesperado, vuelve el forastero a Santo Domingo, declarando a quienes lo interrogan no tener más padres que los fenecidos menestrales que lo



habían criado; y, preso de dudas horribles, endereza nuevamente el rumbo a Venezuela, en donde es fama que se distinguiera como militar, alcanzando prez y fortuna. Más, como el amor al terruño es algo consubstancial del hombre y constituye un imán cuya atracción aumenta con los años, después de adquirir los bienes materiales, pensó en restituirse al hogar nativo. Allí formó una familia que, para prosperar, no hubo menester de las casas que su madre, previo testamento ante notarios, le legara. El las renunció noble y dignamente, en favor de los pobres, ni quiso tampoco usar otro nombre que el de los honrados menestrales que le sirvieron de padres. En alguna página de la historia nacional se registra con honra el nombre de este paladín extraordinario.

En cuanto al marino holandés, héroe de esta verídica historia, cuentan las crónicas que al regreso de su viaje de circunnavegación falleció, víctima de febril dolencia, en la ciudad de La Haya, llevando a la tumba la clave de su secreto y discerniendo acaso, entre las postreras vislumbres de su razón vacilante, la visión borrosa de la quieta ciudad lejana de las Indias Occidentales en donde sintiera, compenetrado con otro ser, la emoción más intensa de su vida...

El nombre del expósito es... otro secreto que no tiene derecho a revelar quien estas líneas escribe.

(*La Cuna de América*, S. D., No. 7, agosto 24 de 1913).





BERNARDO PICHARDO  
1877-1924

*El devoto autor de Reliquias históricas de la Española, nació en la villa de Santo Domingo el 18 de octubre de 1877, y murió aquí mismo el 8 de octubre de 1924. Estudió en Europa, pensionado en 1895. Al regresar a la Patria se le impuso el doble afán común en la juventud estudiosa de la época: el periodismo y la política.*

*Desde temprano desempeñó altas funciones públicas. Fue Secretario de Estado en diversas ocasiones, desde 1904. Fue en Misión diplomática a la Santa Sede. Como periodista actuó particularmente en El Tiempo, de Santo Domingo.*

*Fue atildado escritor y orador brillante. En él se aunaban la prestancia personal y la facilidad de la palabra, de acento poético. Su obra literaria estuvo orientada hacia los temas más caros al patriotismo: la historia, la tradición, la enseñanza cívica, la conservación de los monumentos coloniales.*

*Publicó Reliquias históricas de la Española, S. D., 1920 (hay edición de 1944, con anotaciones de E. R. D.); Lecciones de Instrucción Moral y Cívica, S. D., 1920; Minutos literarios, La Vega, 1920; Resumen de Historia Patria, Barcelona, 1922. (Hay varias reediciones. A partir de la tercera consta de adiciones y apéndice de E. R. D.).*

*Formarían un volumen sus artículos dispersos, entre ellos Rumbos, en La Cuna de América, S. D., No. 91, 1908;*



De antaño *en* Renacimiento, S. D., No. 2, 1915; y el relato que se reproduce ahora. Su Resumen de historia patria es el manual de historia de Santo Domingo, de texto en nuestras escuelas, más popular en la República.

Ver **Interview con el Secretario de E. de Relaciones Exteriores**, Bernardo Pichardo, en **Listín Diario**, S. D., 30 marzo 1916; Max Henríquez Ureña, **Memoria de Relaciones Exteriores**, de 1932, p. 94; M. A. Amiama, **El periodismo en la República Dominicana**, S. D., 1933, p. 45, 48, 61, 85.



## EL ABUELO MATERNO (\*)

Deslizábase tranquila y mansurrona la vida de la colonia, cuando en las postrimerías del año 1787 surgió en El Placer de los Estudios la fragata de guerra holandesa *De Donder* trayendo como Segundo Comandante al Oficial Jacobo Obediente.

No fueron pocos los agasajos que por iniciativa del Capitán General, Brigadier Manuel González y Torres, se prodigaron a la brillante oficialidad que realizaba un viaje de circunnavegación, tomando parte principalísima en todos ellos las más distinguidas familias y muy especialmente los nobles y opulentos padres de María Josefa de Caro y Brito, prodigio de belleza que honraba a la antigua y romántica ciudad de los Colones.

Las naturales seducciones de la graciosa niña y la varonil prestancia de Obediente, perfecto conocedor del habla castellana, facilitaron un recíproco desborde pasional, que culminó, sin duda alguna, en una cita misteriosa!

Como siempre, la ausencia, enemiga de los enamorados,

---

(\*) Esta narración de Bernardo Pichardo se inspira en la anterior de Grullón. Se publicó en la revista **Renacimiento**, S. D., No. 2, 2 marzo 1915, con la siguiente dedicatoria: "A Don Eliseo Grullón, discreto narrador que al publicar los datos que le transmití acerca de esta tradición, salvó nombres que el tiempo va borrando aún de las mismas añoranzas de familia". Ambos escritos, del mismo tema, revelan el proceso de las tradiciones, las modificaciones que sufre al pasar de un narrador al otro.



interrumpió el idilio, y desde entonces, contrariando costumbres ancestrales, no se volvió a ver a la linajuda doncella concurrir a las Vísperas y Completas, que salmodiaba con escrupulosa regularidad, de 3 a 4 de la tarde, el Venerable Cabildo de la Arquidiócesis en la Santa Iglesia Catedral.

Una palidez enfermiza cubrió su lindísimo semblante, y la alegría, que es la salud del espíritu, abandonó aquel ser que enantes irradiaba animación.

Los médicos intervinieron, aconsejando como único tratamiento para combatir las fiebres su traslado a la quinta, que a orillas del mar y en las afueras de la ciudad, poseía la familia. Las fiebres del alma son iguales a las del cuerpo y para vencerlas es necesario cambiar de lugar, pensarían sin duda los galenos! . . .

Pasaron meses, muchos meses, sin que se le viera en la ciudad!

La gestación llegó a su término una tarde que paseaba por la playa, tal vez si enviando, en las alas fugaces del viento, un mensaje de amor hacia lejanos países.

Corría Noviembre de 1788! La noche estaba fría y la ciudad dormía tranquilamente! Sólo las lechuzas y murciélagos batían sus alas alrededor de los vetustos campanarios!

Un hombre oculto detrás de un estribo de la iglesia de Regina Angelorum, aguardó hasta que la luz del farolillo de la ronda se extinguiera en la desierta extremidad de la calle. Entonces, embozado hasta los ojos en su capa, se acercó al torno, depositó un bulto, hizo girar el aparato, se santiguó cristianamente y como una sombra desapareció veloz hasta ganar los umbrales del pesado portón que se cerró a sus espaldas penosa y fúnebremente.

El lloro de un recién nacido martirizó el silencioso recogimiento del claustro y regazos macerados por la torturante abstinencia del recato y la vigilia, dieron calor a la



inocente víctima de las arraigadas preocupaciones del orgullo solariego.

A la semana siguiente, enterado de lo ocurrido, un generoso menestral, de proverbial honradez, que vivía frente al Convento, obtuvo, a nombre de su esposa y en el suyo propio, de la Superiora de las Monjas Dominicanas, previa consulta con la autoridad eclesiástica, la entrega del expósito, pues no tenían hijos y querían llenar el cristiano voto de amparar ese infortunio. La hospitalidad es la caridad del pobre y el mismo sentimiento que caracteriza a los matrimonios sin sucesión, veló suave y tiernamente aquella cuna. Y allí crecía, solitario e inocente, arrullado por la cadencia del serrucho y por el seco golpear de los martillos! Lívida flor en la cual la insana curiosidad de beatas y comadres como que quería adivinar el tallo de donde fuera desprendida.

Llegó la hora del bautizo, en muchas ocasiones demorado con la esperanza de aclarar el enigma, y, el rudo carpintero dio su nombre al hijo del misterio!

Transcurrieron años, y antes de cumplir los diez y seis, ya era un hombre! La serena amargura de su fisonomía reflejaba el conocimiento del dolor y el infortunio como que apresuraba la madurez de su víctima.

Murieron en la paz y gracia de Dios los padres que la piedad le deparó al nacer, sintió el calofrío desesperante del vacío y se embarcó. Persona alguna le dijo adiós desde la escarpada ribera.

Los valles de Aragua, en Venezuela, vieron al vendedor de prendas, dueño ya de considerables beneficios, incorporarse al Ejército Libertador y aquella frente nostálgica, se curtió en breve con el humo de los combates y la tórrida caricia del sol de las llanuras!

Una pendencia en que dejó muerto a un superior lo arrojó en las costas del terruño, incorporándose inmediatamente en las fuerzas de caballería.



Era hombre de capa y espada, y no fueron pocas sus aventuras nocturnas y sus duelos y amoríos, en aquellos dichosos e inocentes tiempos de cuentos de brujas, de hechizos y maleficios y supersticiones, de apariciones de ánimas en pena.

Tocaban a su término las fiestas que anualmente se celebraban en el vecino poblado de San Cristóbal y a las cuales acudían en antaño no pocas personas de esta ciudad, cuando en una tarde conoció el ya por aquel entonces Teniente a una mujer de sorprendente belleza, aunque algo madura.

Era: María Josefa de Caro y Brito! Los años como que acentuaban los postreros rayos de su hermosura en agonía.

El Teniente la emprendió de recio con la melancólica solterona, sin comprender que el angustioso silencio con que correspondía a sus ardientes brotes de amor, era la expiación de angustias infinitas y de crueles torcedores!

Aprovechando su turbación, la arrastró hasta el patio, lejos del bullicio y cuando ella vio que los labios del galán, buscaban los suyos a impulsos de las voluptuosidades del deseo lo empujó gritando: —Eso es imposible, desgraciado, tú eres mi hijo! . . .

Raudales de lágrimas bañaron su semblante y cortada por sollozos, su palabra descorrió el velo del pasado!

—No, rugió aterrizado el rencor del hijo abandonado, impotente para la venganza! Mi madre fue Socorro Peralta, la esposa del carpintero José Patín! Creía que moriría sin conocer el nombre de la mujer que salvó su honra sacrificando el fruto de su amor! Yo me llamo José del Socorro Patín! —¡Y yo soy tu nieto— grita a través de casi una centuria, el conmovido narrador a quien no cupo la suerte de conocer al abuelo infortunado!

Al rodar las presentes líneas por la benévola imaginación de los lectores, no faltará alguno que se escandalice



de que un nieto divulgue el doloroso origen del abuelo! Pero cuando sepa que el Coronel José del Socorro Patín, murió pobre en el sitio de los *once meses*, después de renunciar, radiante de dignidad y de pudor, los cuantiosos legados del marino ausente y de la madre arrepentida, que en vano lo llamó, se explicará perfectamente el motivo de legítimo orgullo que siento al consignar estos apuntes como un homenaje a su memoria!

(Julio 1914).





RAFAEL JUSTINO CASTILLO  
1861-1933

*Rafael Justino Castillo nació en Santo Domingo el 28 de febrero de 1861 y murió en la misma villa el 24 de abril de 1933. Fue hijo de José Zoilo Castillo y de María Francisca del Rosario Contín.*

*Fue periodista, jurisconsulto notable, cuentista, Presidente de la Suprema Corte de Justicia.*

*Su obra, dispersa, podría recogerse en dos volúmenes, uno de cuentos y demás escritos literarios y otro de escritos jurídicos y políticos.*

*Su ensayo Acerca de la alimentación y las razas —contestación al celebrado estudio de José Ramón López— de 1898, lo reproducimos en la Revista Dominicana de Cultura, S. D., No. 2, dic. 1955, p. 239-254. Su obra Las Constituciones de la República Dominicana permanece aún inédita.*

*Castillo colaboró en uno de los mejores periódicos dominicanos del siglo pasado, El Teléfono, en 1898.*

*En El Hogar, (1894-1895), la revista de Fabio Fiallo, aparecieron los siguientes cuentos de Castillo: Un pecado mortal, Recuerdo de navidad, Honda tristeza, Gotas de agua, Paisaje; Los Leñadores; Alborada; Noches de luna.*

*En la admirable revista de Federico Henríquez y Carvajal, Letras y Ciencias, publicó no pocas páginas literarias. En la edición del 31 de julio de 1894, La casita verde; en el*



No. 87, de diciembre de 1895, Su carta; en el No. 94, de marzo de 1896, Monólogo; en el No. 96, de mayo del mismo año, Los tres amores; en Prosa y Verso, de San Pedro de Macorís, de julio de 1895, Mujer fuerte; en Listín Diario, del 3 de febrero de 1896, El loco; en La revista ilustrada, S. D., 1900, El sueño de una novia, Querrela doméstica y Honor campesino, que se reproduce en esta obra.

Ver Max Henríquez Ureña, **Panorama histórico de la literatura dominicana**, Río Janeiro, 1945, p. 241, 278, y 279; y E. R. D., **Cuentos de política criolla**, S. D., 1963.



## HONOR CAMPESINO

### I (\*)

Juan Caro, General, Comandante de Armas que fue de la Común de Baní, era Inspector y Jefe de las Fuerzas en la sección de Los Piñones, Común de San Cristóbal, allá por los años de 18... Había cumplido sesenta años, pero parecía que no pasaban días por él. Siempre derecho, fuerte, ágil, caíale el epíteto de viejo que le daban sus amigos de menor edad, como adorno del cariño y nada más. Tan pronto a tirar del *cabo* para otro hombre, como a requebrar mujer joven que se pusiera al alcance de su voz, no había en toda la común hombre que no le tuviera respeto ni mujer que lo mirara con malos ojos.

A boca llena se complacía en decir y repetir que no había en toda la Provincia "en verbo de hombre de campo" otro más rico que él. Y no mentía.

Su laboriosidad corría pareja con su honradez. El extenso y bien cultivado cafetal que cubría leguas de tendidas colinas, y los tupidos platanales que crecían al pie de éstas, como los centenares de sanas y gruesas reses dispersas en todos los terrenos de pasto *comuneros* de la Provincia,

---

(\*) Segundo Premio en el Certamen Literario celebrado en Santo Domingo el 27 de febrero de 1899. Publicado en **Revista Ilustrada**, S. D., 15 marzo 1899.



fruto eran de largos años de trabajo recio y de constante ahorro. Juan Caro no concebía que fuera del don manual, ofrenda de amistad, pudiera la propiedad ajena, no heredada, adquirirse de otro modo que en cambio del bien propio. “*De aquí naide me saca, decía, el que tiene y no lo ha trabajao, ni lo ha heredao, lo ha robao*”.

La política no lo corrompió. Cuando muy joven aún lo llamaron a las armas, en nombre de la Patria, allá fue; y peleó duro, en cuantas batallas se libraron en el Sur, por la Independencia de la República.

No vio con buenos ojos la anexión a España. No absolvió a Santana. Se sometió, porque, “contra la fuerza no hay resistencia”. Pero fue de los primeros en lanzarse al campo a combatir la dominación extranjera. Su cuerpo conoció las bayonetas de los soldados de San Quintín; y él mostraba con orgullo aquellas rugosas intercesiones de su oscura y satinada piel. Mató muchos blancos, y no se arrepentía de ello. “Eran malos. Muy despreciativos y déspotas con la gente de color, y muy atrevidos con las mujeres”. Así concluía la sencilla narración de sus hazañas de restaurador. A veces agregaba: “Y si los otros hubieran *veníó* como lo quiso *Bentura*, le hubiéramos hecho lo mismo. Nos hubieran *acabao*, porque esos dizque son el diablo *pa* tener dinero y máquinas de guerra; pero sus *güesos* hubieran blanquiao mucha sabana”.

En la guerra contra los extranjeros fue cruel. Enemigo caído a la vista de Juan Caro, fue hombre muerto. En la guerra civil era otra cosa. “*Tos semos unos*” decía, *semos* hermanos, y no debemos tratarnos como si no nos conociéramos. Quitarle la vida a un hombre en buena lid por una mujer, o a consecuencia de una disputa de gallera, cosa era a sus ojos de la que no había de tomarle cuenta el Señor cuando lo llamaran a juicio; pero matar un hombre por gusto o a la mala “no estaba en él”.



Hacerse querer de la que le gustaba, a la buena, o como Dios le ayudase, era su ley en materia de amor. Completaban su fisonomía moral ferviente devoción a *nuestra Señora de Altigracia de Higüey*, y fe ciega en la "morena" como con filial cariño la llamaba.

## II

En 1865, mientras Juan Caro daba en la *manigua* los últimos machetazos a los veteranos de Africa, su hermana Catalina cuidaba y servía con amorosa solitud en la Capital a un Capitán de cazadores de los reales ejércitos de S. M. C., herido en una de las últimas acciones, y a quien debería llamar padre el ser que con orgullo sentía ella palpar en sus entrañas. El capitán no escapó al terrible tétano; y Catalina, agostada por los desvelos de la constante asistencia al herido y por el sincero pesar que le causó la muerte de aquel hermoso oficial que la había hecho madre, dio a luz una robusta niña blanca el 11 de Julio de aquel mismo año. Cinco días después, delirando con brillantes uniformes, toques de cornetas, tiros, sangre y una virgen que la llamaba al cielo a reunirse con él, se libró para siempre de las miserias humanas.

Una vecina, Doña María Pérez, viuda Castro, mujer de buen corazón, se hizo cargo de la huérfana, provisionalmente, hasta que aparecieran sus deudos, y dispuesta a bautizarla, si éstos se lo consentían. Las primeras gestiones que hizo para descubrir si la niña tenía parientes y dónde moraban fueron de todo punto infructuosos. Al fin, previo consejo de su confesor, decidióse a sacarla de pila, y le puso por nombre María Catalina.

Juan Caro no ignoraba la suerte de su hermana y su prematuro fin; pero no quería saber de la hija del español,



que era prueba viviente de la deshonra de su madre. Aquella bastarda no era su sobrina.

Doña María, que no había cesado en sus esfuerzos por descubrir la familia de su ahijada, hubo al fin de tener noticia de la existencia y el paradero de Juan Caro, y escribióle dándole cuenta de las circunstancias que habían llevado a su poder la niña, y por qué la había bautizado, y pidiéndole que se la dejara, puesto que a su lado podía crecer y educarse mejor que en el campo, y ella le tenía afecto de madre. Tardía fue la contestación, pero tan satisfactoria como lo deseaba Doña María.

### III

Con el transcurso del tiempo, ayudado de los consejos del Cura de quien era feligrés Juan Caro, los sentimientos de éste hacia su sobrina cambiaron radicalmente. Cuando María Catalina tenía siete años ya era la idolatría de su tío Juan, a quien ella correspondía con bulliciosas demostraciones de cariño. El primer lunes de cada mes era segura la visita del tío, que nunca iba *con las manos vacías*.

Era de ver el contento de Catalina cuando resonaba en el zaguán el grave "Dios sea en esta casa" con que Juan Caro anunciaba su presencia. Corría palmoteando y se arrojaba en los brazos del moreno que la estrechaba y la besaba y quedábase mirándola con la boca abierta, encantado con aquel primor de sobrina blanca y bonita. Después, verificábase la entrega de los donativos. Primero, las pequeñeces que pasaban inmediatamente al dominio de la chicuela: los *macutos de chinás* "como almíbar"; de *jinás*, algarrobas, *pomarrosas*; según la estación; el *morro* de huevos, la *pollita*, el pavito, el pichón de ruiseñor; los cocuyos, las tinajitas fabricadas expresamente para las muñecas. Cuando María Catalina había tomado posesión de todo lo que le había traído *su tío*, llamaba a su madrina, le presentaba los regalos,



le manifestaba sus impresiones, y se iba a la cocina a echar un párrafo con la cocinera. Juan Caro daba entonces a Doña María su contribución mensual para ayuda de la crianza de su sobrina, compuesta regularmente de cuatro cargas de *frutos menores* y treinta pesos en efectivo, que, después de desatados muchos nudos, llegaban a reunirse en sus manos silenciosamente.

Doña María enseñó a su ahijada las primeras letras, y a los ocho años la puso en el Colegio de niñas *El Dominicano*. En aquel benéfico instituto, obra patriótica y cristiana de noble corazón de una mujer, figuró Catalina como alumna asidua, de extraordinaria aplicación y de ejemplar conducta hasta que cumplió catorce años.

#### IV

La niña se había hecho mujer. Sana, bella, robusta, era en el viejo caserón de Doña María como una flor que asoma entre musgo amarillento y piedras ennegrecidas, por el descalabrado ajimez de un muro en ruina. La primera vez que vio a *tío Juan*, después de salir del Colegio, no corrió a su encuentro, Hízolo subir, esperándolo en la antesala. Se quedó sentada cuando en el *portón* de la escalera apareció el rústico jefe. “¿Cómo está tío?” le dijo, tratando en vano de disimular una sonrisa cuyo significado no escapó a la perspicacia del campesino. Este se quedó mirándola, callado; frunció el ceño, y luego exclamó: “pero qué bonita está mi sobrina!”. “No la conocía”. “Si ya está hecha una mujer”. Le tendió la mano, que apenas tocó ella con la punta de sus finos dedos, y se sentó no en el balance que le ofrecía, sino en una silla, pegada a la pared La entrevista fue corta y enojosa para ambos. A una que otra pregunta formulada por Catalina, secamente, sucedió un “sí” o un “no”, o un “yo no sé, sobrina” pronunciado entre dientes por el tío. La presencia de Doña María puso término a aquella pe-



nosa escena. Catalina se retiró, diciendo a su tío que volviera pronto, y anunciándole que irían a pasarse algunos días con él, ‘para beber mucha leche al pie de la vaca y bañarse en el río’.

En cuanto estuvieron solos, Doña María expuso a Juan “que los gastos de Catalina no se podían hacer con lo que él le pasaba todos los meses, pues ya no era una niñita, sino una mujer hecha y derecha, que se había quedado sin ropa por lo pronto que había crecido y lo gruesa que estaba, y que la situación no le permitía gastar en ella como eran sus deseos, pues la pérdida sufrida en su ganado a causa de la última revolución la habían puesto casi en la miseria”.

A lo que contestó el tío, después de darle muchas vueltas entre las manos al usado sombrero de *cana*, “que él también estaba mal, porque la seca le había causado muchas pérdidas tanto en el ganado como en los frutos de la tierra, pues sus conucos estaban que era una pena verlos; pero que *más sin embargo* vería lo que podía hacer por su sobrina, pues era justo que él le diera, siendo su sangre, y no teniendo otra persona que pudiera hacer por ella, después de su madrina, que demasiado había hecho”. Dicho esto se despidió ofreciendo volver dentro de poco o mandarle a la muchacha, aunque fueran dos o tres quintales de café, o una *mancorna* para que con eso se remediara por lo pronto”.

Como a las dos semanas sorprendió a Doña María la llegada a su casa de unos peones portadores de un recado de Juan Caro. Enviábale a decir “que por encontrarse medio quebrantado no iba a verlas, pero que cumpliendo lo ofrecido, le mandaba *esa bobería* para su sobrina. La *bobería* eran diez *mancornas* de gruesos novillos y diez quintales de café. Si Juan Caro hubiera ido aquel día en persona a entregar su presente a Catalina, ésta, como en los de su infancia, hubiera corrido a arrojarse en sus brazos, y le



hubiera ofrecido su tersa frente para que la besara; tal contento le causó la valiosa regalía que tan oportunamente le hiciera el en aquella hora mil veces bendito tío moreno! Eran vísperas de Semana Santa.

## V

A horcajadas en el *chinchorro*, en la boca el *cachimbo*, los ojos fijos en el infinito azul que parecía cubrir como manto protector los extensos platanales, Juan Caro estaba pensativo. Los vecinos que al pasar por su puerta le saludaban, no obtenían la cariñosa contestación acostumbrada: a “buenos días, buenos días”; a “cómo le ha amaneció”, “bien, a Dios Gracia”. Era cuanto. Aquello, por extraordinario, llamó la atención. Hubo alguna comadre que se aventuró a inquirir si tenía alguna novedad, a la que Juan Caro contestó en términos nada corteses. La mujer salió de allí diciendo, a pasito, a cuantos encontraba, “que el tío Juan parecía estar medio *disvarioso*. Que sin duda la sobrina blanca le había hecho algún desaire, después de *tó* lo que le había *mandao pá trapos pá la semana santa*”.

En todo aquel día Juan Caro no salió de su casa. Al siguiente, apenas amaneció, púsose a quejarse, lo que atrajo al rancho todo el vecindario. El se sentía malo; pero no quería que nadie se molestara por él, lo único que pedía era que le pusieran una carta a la madrina de Catalina y se la enviaran con un propio, aquella misma mañana, para que mandara la muchacha, pues si era cosa de morirse quería verla a su lado; y además deseaba imponerla de lo que él tenía y pensaba dejarle en testamento. Encareció también que le pasaran recado al escribano de San Cristóbal para que al otro día se llegara a su casa. Sus deseos no tardaron en quedar cumplidos; así como el de que lo dejaran descansar solo.



## VI

Era una noche hermosa, calma y fresca.

La luna iba bajando, y festonaba las copas de los árboles con relieves de plateada luz sobre fondo de suave sombra. En el bosque sombrío, enardecidos de amor, los cocuyos trazaban fantásticos, instantáneos arabescos. A cada momento el grito *grimoso* de las lechuzas perturbaba la tranquila atmósfera. "Rendidos del trabajo a la fatiga" los moradores de *Los Piñones* dormían profundo y tranquilo sueño. Sólo Juan Caro velaba. Con él velaba el crimen.

La lamparilla de aceite iluminaba escasamente el interior del bohío.

En improvisado colchón de secas hojas de plátano, Catalina dormía, vestida, por si tenía que levantarse de repente, y porque, no acostumbrada a aquellos *setos* con rendijas, así se sentía más protegida en su pudor virginal y contra el fresco de la noche. Dormía sonriendo; soñaba acaso con el ideal amante de besos dulces y a la par ardientes, que estrechándola entre sus brazos delirantes, en aquella noche venturosa en que los querubes descenden cargados de rayos de luz a la nupcial alcoba, le diría con voz temblorosa de emoción: te amo.

Juan Caro, en tanto, velaba. Con él velaba el crimen.

## VII

Cuando Doña María oyó de los labios palpitantes de su ahijada la dolorosa confesión, tuvo un acceso de sincero y profundo pesar. Su conciencia la acusaba. No debió mandar la muchacha. Era absurdo que hubiera caído en el torpe lazo de aquel salvaje. Lloró mucho, y sólo cuando se levantó del confesionario, absuelta, sintió que su perturbado espíritu recobraba la perdida tranquilidad.

La primera vez que recibió por conducto del párroco



de San Cristóbal la expresión del arrepentimiento de Juan Caro, y sus proposiciones de reparación por el matrimonio, y la cesión de la mitad de sus bienes en favor de Catalina, a reserva de dejarle por testamento cuanto poseía, ni el respeto que le inspiraba el mediador —que era un venerable sacerdote, muy experto en flaquezas humanas— fue parte a que oyera con calma aquellas que calificó de cínicas proposiciones.

Juan Caro insistió una y otra vez. Un día se presentó en la casa, se arrojó a los pies de Doña María y le juró “por la virgen de Altagracia de Higüey”, no levantarse del suelo si no le perdonaban ella y su sobrina.

Ambas conferenciaron. Pidieron, de hinojos ante una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, auxilio divino, y al cabo de tres horas, perdonaron el crimen y aceptaron la reparación. Una semana después se verificó el matrimonio, de madrugada, muy temprano; y antes que fuera de día, Catalina, con la triste compañía de su esposo, iba camino de los montes que en lo adelante serían su residencia y su patrimonio.

Catalina estaba resignada con su suerte; y haciendo esfuerzos sobre sí misma para vencer la repugnancia que le inspiraban aquellos campesinos y sus costumbres, no tardó en conseguir, si no que la quisieran, al menos que la trataran con respeto y se mostraran siempre prontos a servirla y complacerla. Esto no impedía que donde quiera que se hablaba lejos de los oídos de *seño* Juan, se murmurara mucho de aquel extraño matrimonio y se le augurara desastroso fin. El buen trato que le daba su marido no fue bastante a vencer en Catalina la repulsión que le inspiraba, pero le hizo más llevadera su desgracia. Al cabo de un año, parecía feliz. Veíasela siempre contenta; estaba hermosa, y atendía a las faenas del campo con una actividad y una inteligencia que pasmaban a sus rústicos y torpes vecinos.

Un día en que *seño* Juan había ido a la ciudad a vender



unas reses, Catalina, a la puerta de la casa, ordeñaba una mansa vaca, cuando hízola levantar la cabeza el extraño ruido que producía en la *taja* del camino, un caballo herrado. Vio que el jinete tenía aspecto de hombre de la ciudad, y se puso en pie para verlo mejor. Aquella visión era grata y dolorosa a la vez. Aquel hombre no era como los que veía diariamente y a todas horas; era como debía haber sido su marido, como eran los que ella había conocido en la ciudad, en los días bienaventurados de la adolescencia. Recogida la falda dejando ver por sobre las altas botas las medias rojas, echado hacia atrás el sombrero de *cana* de ancha ala, bajo el cual brotaban en haces de brillantes ondas sus negros cabellos, entreabierta la boca, arqueado un brazo con la mano en la cintura, y puesta la otra bajo la frente para ver mejor, aparecía Catalina a los ojos del viajero, a distancia, semejante a una de esas zagalas hermosas y sencillas que nos pintan los poetas y noveladores del mediodía europeo, destacándose lozanas sobre el fondo movable de las doradas mieses, como lirio que en la verde extensión de una pradera yergue su tallo y doblega su corola al sol para que el sol la bese. El viajero se detuvo a mirar a la curiosa y extraña campesina. Permaneció un instante indeciso; pero luego, tomando el sesgo, espoleó el fogoso corcel y dirigióse hacia la que poderosamente había llamado su atención por el singular contraste que, aún de lejos, ofrecía con los naturales moradores de aquel agreste lugar.

## VIII

Eran antiguos conocidos. El era el jovencito audaz que el día en que ella hizo su primera comunión, la persiguió hasta el zaguán de su casa, y a espaldas de su madrina la besó en la mejilla. Desde aquel día no habían vuelto a verse.

Ambos al reconocerse se habían alegrado mucho. Ella lo hizo entrar en la casa y tomar asiento para que descan-



sara, y diera tiempo a que el sol bajara un poco, para continuar su viaje. Hablaron largo rato de la vida de la ciudad, cambiaron recuerdos de la infancia, se confiaron penas y se prometieron volver a verse pronto. Ya era hora de partir, para él, que tenía que estar en San Cristóbal aquella misma tarde. Se puso en pie y tendió la mano a Catalina; pero ésta le dijo: “no ves que está lloviendo? Espera a que escampe. En esta estación no llueve largo”. Volvió a sentarse.

Estaban frente a frente, callados, mirando el agua que caía ruidosamente, y arreciaba. Estaban solos. Ella, inclinada con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, ofrecía inconscientemente a la vista de su huésped, por el mal abrochado corpiño, la blanca morbidez del seno de una virgen. Así permanecieron mucho tiempo. Llovía a torrentes. Estaba oscuro.

De repente, él se levantó: hincó en tierra una rodilla, le cogió la cara entre las manos y la besó en la boca. Ella se irguió, azorada, confusa, con los brazos tendidos para apartarlo de sí; y balbuceó: “estás loco? no ves que soy una mujer casada?”. Y acercándosele, dejando correr por sus tersas mejillas abundantes lágrimas, le dijo muy quedo: “yo soy la más desgraciada de las mujeres!” “Amame como yo te amo y serás feliz”, le contestó el mancebo rodeándole la cintura con sus brazos.

La tormenta había estallado. Era de noche. Menudeaban los rayos en las palmas y los cocoteros vecinos, crugían sacudidas por el viento las *jabillas* seculares, y las vacas, despavoridas, iban de acá para allá, mugiendo dolorosamente, mientras del arbolado surgían las voces lastimosas de los innumerables pajarillos que arrojaba del nido el vendaval. En tanto, en la casa de Juan Caro seguía el idilio. Allí estaba el amor. Catalina lo había olvidado todo, menos que había nacido para amar y ser amada. Aquel hombre que la estrechaba en sus brazos y la protegía contra el hur-



cán que asolaba la comarca, era un enviado de Dios para que amara, para que fuera feliz en una hora. Ella pudo decir "he vivido y he amado" cuando ya clareando el día, al despedirse a la puerta de la calle, se dieron un largo beso que encerraba rica promesa para el porvenir.

## IX

Juan Caro lo vio.

No había pasado Haina cuando se descompuso el tiempo. Allí esperó a que cesara la tormenta. Por la madrugada, muy temprano, emprendió marcha para ver lo que había sucedido en su casa.

Desde un recodo del camino por entre las altas *mayas*, vio cuando Catalina, en enaguas, sacaba el busto para que la besara un hombre que estaba a caballo, a la puerta de la casa.

La única reflexión que se le ocurrió fue que no podía alcanzar a aquel forastero, mucho mejor montado que él y de quien lo separaba una buena distancia.

## X

La puerta de la casa no tenía echada la aldaba, por lo cual, al ceder al empujón que con todas sus fuerzas le dio Juan Caro, se abrió de par en par, dejando caer a éste de bruces en el suelo. Catalina, que estaba en el aposento, al oír el ruido y las expresiones con que la apostrofaba su marido lo comprendió todo. Su última hora había llegado. Quiso sin embargo no entregarse para el sacrificio, y trató de cerrar la puerta; único obstáculo que por el momento podía alzarse entre ella y la venganza de su esposo. No tuvo tiempo. El afilado *cabo* la alcanzó en la cabeza, y un chorro de sangre arterial saltó de la herida. El dolor, la inminencia y gravedad del peligro, el recuerdo de aquellas horas de



amor únicas en su existencia, le daban aliento, y quiso luchar y defender su vida a todo trance. Agarró el brazo que blandía el arma, pero sintió su cuello violentamente apretado, y las fuerzas le faltaron. Juan Caro arrojó el machete; tiró a Catalina al suelo, hincó sobre el pecho las rodillas, y con sus dedos nudosos oprimió la delicada garganta.

La horrible contracción de aquella que había sido hermosa faz le dijo que su obra de aniquilamiento estaba cumplida. Se puso en pie, la miró un instante, la golpeó con el taco, y, tranquilamente, recogió el arma, la volvió a la vaina, encendió el *cachimbo*, salió, cerró la puerta, montóse, y tomó el camino de San Cristóbal para presentarse a la autoridad.





AUGUSTO FRANCO BIDO  
1857-1929

*El Licenciado Augusto Franco Bidó, “una de las personalidades más sobresalientes y distinguidas del Cibao”, como le consideraban en su tiempo, nació en Santiago el 29 de julio de 1857 y murió allí el 24 de julio de 1929, siendo entonces Juez de la Corte de Apelación. Perteneció a la ilustre familia de los próceres Román y Juan Luis Franco Bidó.*

*Fue escritor, profesor, jurisconsulto prominente, Secretario de Estado, Juez, Fiscal, Diputado, Senador, Inspector de Instrucción Pública.*

*Estudió en Santiago en las escuelas primarias de Silva y de Molina, en el Colegio de Monsieur Achille Michel, y en la escuela de idiomas del Profesor Pedro Bestard. Miembro de la Sociedad Amantes de la Luz. Co-redactor del periódico Unión Nacional y luego colaborador de El Día, El Santiagués, El Derecho, la Revista Científica, El Album y de otros voceros. Fundó La Voz de Santiago.*

*A él se debió la creación de la Escuela de Bachilleres, de Santiago, y de otras instituciones de la judicatura y del magisterio nacionales.*

*Fue amigo del prócer José Martí, quien le visitó en su residencia de Santiago, su casa solariega de ancho patio enladrillado, como las viejas casonas coloniales. El recuerdo*



*de esa honradora visita lo recogió en artículo reproducido en nuestra obra Martí en Santo Domingo, La Habana, 1953.*

*Hombre de leyes que solía adentrarse en los amenos cármenes de las letras, escribió algunos cuentos de ambiente criollo, como el que ahora se reproduce. Publicó, además, otros estudios más graves: Discurso histórico nacional, en la Revista Científica, S. D., No. 15, del 12 de sept. de 1883; y el artículo Eficiencia fatal de las sociales deficiencias, inserto en Gaceta Judicial, Santiago, No. 1, nov. de 1934. En la citada Revista Científica, Nos. 28-29, de enero-febrero de 1883, publicó Las máscaras.*

Ver noticia biográfica de Franco Bidó en la revista **Temis**, Santiago, No. 5, enero 31 de 1918.



## NO JUEGUES, MAGINO

### Cuento Serrano

La Sierra es la comarca más cercana al Cielo, mejor dicho, la Sierra está en el Cielo.

Su nombre nos habla de su elevada altura, de su vegetación distinguida, de sus senderos escabrosos.

El perfume de sus bosques, la suavidad de sus brisas, la pureza de sus aguas, la claridad de su ambiente, las rosadas mejillas de sus vírgenes y la longevidad de sus viejos moradores preconizan la bondad de su clima y la excelencia de su suelo exuberante.

Medio oculta en la agreste cima de una de las ramas de la central cordillera, con gran escasez de comunicaciones, los resplandores del siglo luminoso no han marchitado sus creencias ni desteñido sus costumbres; y el antiguo patriarcado apacienta la crianza en comuneros pastos y la sedentaria vida recibe, en huertos matizados por rosales de abolengo, a cada hermosa aurora, al radiante cariñoso beso del albo sol que, enamorado de la región que se empina humildemente para verle, temple su calor vivificante y engalana su luz inimitable con la transparencia de las fuentes cristalinas y las plateadas coronas de los inefables arreboles. . .

Entre ese Cielo hermoso y aquellas cumbres alfombradas de verdura eterna no se agita la vida azarosa del mu-



riente siglo, sino la de otros tiempos menos turbulentos. Hay más zagalos que sagaces, y con excepción de alguna familia cultivadora por intuición de cierto arte útil, los demás se consagran a la elaboración del guano y al aserrío de maderas de pino, y todos viven de la vida común y todos participan de los recursos, las alegrías y las penas de cada uno. La crónica judicial no pasa sin embargo, de cinco renglones anuales.

El arte vejeta, la instrucción agoniza, el trabajo languidece y la ciencia no osa cabalgar por aquellos desfileros para llegar hasta allí; pero se mantiene, por fortuna, de pie el alma inteligente, inmaculada, bienhechora y pun-donorosa de aquella tierra virgen, menesterosa y merecedora de cultivo.

Su cultura actual es embrionaria, pero perfectible; sus formas sociales son primitivas pero saturadas por el espíritu de creencia y virtudes tradicionales a cuya práctica vive religiosamente apegada aquella noble gente, a tal punto que nadie osa burlar ni deprimir esas cosas impunemente.

Los que, abusando de propia autoridad, se inician allí con algún desafuero se recogen pasmados al ver cómo rechaza la piedra del escándalo ante la conciencia compacta de aquella sociedad buena y sana. Y los que, confiando en la prontitud de su regreso, se mofan de la vida de aquel pueblo, no muy tarde vuelven a él, pidiendo a esa vida la de ellos. . .

No será extraño que donde, por un descuido imperdonable de la cultura nacional, reside ahora la ignorancia, se refugien más tarde nuestros mejores establecimientos de enseñanza y por consiguiente, nuestros mejores centros de cultura, una vez reconocidas las ventajas que a ellos ofrece Las Matas. . .

“País, paisaje y paisanaje” todo es bello y admirable en la Sierra.

Hija de los conquistadores, su población ostenta, sin



orgullos, la figura, hábitos y creencias de los antiguos españoles junto a la inocencia de nuestros aborígenes.

Para los primeros europeos que se establecieron en la Sierra, la Naturaleza debió tener irresistibles atractivos.

País rico, paisaje espléndido!

El suelo que produce espontánea y profusamente un fruto alimenticio que, maduro o verde, cocido o crudo, se come de cien maneras distintas y donde las aves nos hablan y cantan con la voz humana por entre las ramas de los árboles, es tierra de promisión. Oh! la tierra del banano y la cotorra!

Y en efecto, cazar y pescar sin restricción ni tasa en selvas y ríos vírgenes la comida fácil, gozarla con bananos y luego solazarse en dulce siesta con las imitativas armonías de un pájaro hablador... esa vida tiene ciertamente sus encantos...

Y la Sierra es el país de la muelle vida y las cotorras parleras.

Antiguamente no había hogar sin cotorra, ni cotorra que no supiera hablar, cantar y bailar como sus amos y vecinos.

Cuentan que un tal Magino, de escasísima labor, quien no tenía más compañía que la de una cotorra a la cual consagraba casi todo su tiempo, por cuya razón el referido pájaro llegó a ser el más notable de los de su raza, tiempo y lugar.

La fama de la cotorra se extendió por Sierra y Valle, y, por supuesto, el nombre de su dueño; y cuantas personas iban a la Sierra no salían de allí sin conocer a Magino, para que este les permitiese admirar las habilidades de su cotorra y recibiese luego las demostraciones de gratitud y simpatías de sus visitantes.

La cotorra había hecho grande a Magino.

Eso no es extraño: según Víctor Hugo, la Córcega, una pequeña cosa, hizo muy grande a la Francia Imperial. Y



veremos con frecuencia, lo cual es más sorprendente, que las reputaciones de cualquier género proceden a veces del dicho de personas sin ningún género de reputación, y que en los garitos, tabernas y otros círculos incompatibles con el orden, la moralidad, la opinión y la conciencia pública suelen fabricarse esos santos ideales del interés social y sus genuinas representaciones. . .

Sin pensar en los honores y las consideraciones que le había conquistado su cotorra, Magino estaba encariñado con ella, pero no lo estaba con el trabajo sudoroso.

El aumento de los propietarios produjo la escasez de la propiedad. El consumo encareció la producción, y las viandas no se adquirirían ya con la facilidad de otros tiempos.

Llegó un día de invierno (los días de invierno deben ser muy exigentes en la Sierra) y Magino tenía mucha hambre pero ninguna carne para un salcocho y ni un centavo con que comprarla. Buscó y rebuscó inútilmente por todas partes; miró hacia arriba, miró hacia abajo y dijo con voz grave: no hay remedio, tengo que comerme la cotorra.

Y la cotorra con gran extrañeza exclamó al punto: *no juegues, Magino!*

Magino resueltamente hizo candela en el fogón y le puso encima una cazuela con sal, agua y algunos trozos de banano verde.

La pobre cotorra, sin duda para disuadirle del negro designio, cantó y bailó a Magino un animado zapateo con que ella le había divertido muchas veces. Magino, diciendo enternecido “la pobre!” amolaba sobre una piedra un cuchillo viejo mientras la cotorra repetía: *no juegues, Magino!*

Cuando el desdichado pájaro quiso repetir por última vez aquella frase suplicatoria, capaz de detener no sólo el hambre humana, sino la voracidad de una fiera, el cuchillo del desalmado hambriento cortó la tierna frase en la ensan-



grentada garganta de la inocente víctima que sólo dijo ya: *no juegue, Mag...*

Desde entonces, la choza de Magino no se vió más honrada por vecinos ni viajeros distinguidos, y en el lenguaje familiar de la comarca, cuando se quiere disentir de alguna pretensión inadmisibile o absurda, dicen así: *no juegues, Magino...*

(*El Album*, Santiago, 1900; y *La Opinión*, No. 1603, S. D., 30 de marzo, 1932).





## A P E N D I C E

### LA FIESTA DE LOS CANGREJOS (1655)

Por Antonio Delmonte y Tejada (\*)

Los españoles dominicanos se gozaban entretanto en su victoria. Parécenos oportuno referir aquí la tradición vulgar en la isla, que explica el origen de una fiesta que se celebraba en la Catedral en acción de gracia por la derrota de los ingleses, y que se designaba con el nombre de *fiesta de los cangrejos*.

Es el caso que en la boca de Haina, donde desembarcó el ejército inglés, se cría un prodigioso número de cangrejos entre los mangles y árboles de sus montuosas orillas, y la guardia avanzada del enemigo, que estaba próxima a una emboscada que mantenían los españoles, percibió en el silencio de la noche que precedió a la batalla un ruido sor-

---

(\*) De **Historia de Santo Domingo**, S. D., 1890, Vol. III, p. 28. (Acerca del supuesto origen de Robinson Crusoe, ver su **Historia**... , Vol. 2, p. 290, edición de 1953). Del Monte recogió en su obra otras tradiciones dominicanas, como la de las Mercedes, reproducida, con adiciones, en nuestra obra **España y los comienzos de la pintura y la escultura, en América**, Madrid, 1966. De la fiesta de los cangrejos en Santo Domingo se habla en **Segunda Carta de un Americano al Español**. Londres, 1812, p. 86.



prendente, causado sin duda por el continuo movimiento de estos crustáceos, golpeándose los carapachos en su contacto. Sorprendidos los centinelas creyendo que era la caballería española con sus broqueles y herraduras lo que motivaba tanto ruido, y persuadidos ya de su esfuerzo por los varios encuentros que habían tenido en los días anteriores, dieron a huir sembrando el terror y el desorden en el ejército acampado que se precipitó a refugiarse en las naves. De este pánico resultó la mortandad y apresamiento que hemos referido y el definitivo embarque de los ingleses. Desde luego se reputó este suceso como un favor especial del Altísimo y dio lugar a la fiesta religiosa que se celebra todos los años con la mayor solemnidad y que algunos autores han intentado ridiculizar suponiendo que los españoles dominicanos fabricaron un cangrejo de oro sólido del tamaño de un tambor; que estaba colocado en un altar de la Catedral, de donde se le sacaba en procesión el día de la fiesta, y que había existido en aquel lugar hasta que de él se apoderó el General Leclerc a principio de este siglo.

Es enteramente falso cuanto dice en esta parte un escritor inglés, quien de la frase *fiesta de los cangrejos* dedujo que se daba adoración al monstruoso crustáceo de oro, como al becerro de los israelitas en el desierto.



## EL NEGRO INCOGNITO o EL COMEGENTE

El año de 1790, por el mes de marzo, acontecieron algunos homicidios de gentes indefensas en el campo y nunca se pudo averiguar el homicida. También se desaparecieron dos niños de los que no se encontró vestigio alguno sin que obstasen las diligencias de justicia para averiguar el delincuente (\*).

Corrió todo el año sin novedad, hasta que en el de noventa y uno, en el mismo mes volvieron a acontecer los mismos homicidios, heridos, contusos, incendios de casas de campo, destrucción de labranzas y muertes de todas especies de animales: no es creíble la consternación que causó a este vecindario tantas maldades y atrocidades ejecutadas por un hombre solo, principalmente si se considera que el teatro de esta catástrofe es un terreno el más poblado que tiene la Isla, aunque sí lleno de bosques, especialmente bejucales, algunos impenetrables. Dicho terreno tendrá de lar-

---

(\*) En su **Resumen de la Historia de Santo Domingo**, dice el ilustre historiador Don Manuel Ubaldo Gómez Moya: "A principios del XIX hubo en la jurisdicción de La Vega un africano conocido con el nombre de El Comegente o El Negro Incógnito. Este antropófago, cuyas correrías extendía hasta las jurisdicciones de Santiago, Moca y Macorís, atacaba a los ancianos, a las mujeres y a los niños, pues era cobarde y le huía a los hombres fuertes. Fue capturado en Cercado Alto, común de La Vega, ignoramos el año, y fue remitido a Santo Domingo bajo custodia de un fuerte piquete al mando de un oficial llamado Regalado Núñez; en el camino pernoctaron en la Sabana de la Paciencia y durante



go doce leguas, y siete por la mayor extensión de su latitud. Por el extremo del Este son los vivientes de la Villa del Cotuí, y por el extremo contrario se interna hasta la Angostura que es jurisdicción de la Ciudad de Santiago; comprende desde Moca y su partido que todos son vecinos de Santiago hasta como tres cuartos de legua a distancia de esta ciudad.

Hasta el día de hoy contamos veinte y cinco muertos: heridos y contusos 29, y dos más que se hallan actualmente sin esperanza de vida; y todos han sido gentes indefensas, e inocentes, como ancianos, mujeres, niños y enfermos, entre los muertos había dos mujeres encinta; también ha quemado dos casas, labranzas sin número, y un sinnúmero de animales de todas especies. En fin, un enemigo acérrimo de todos los vivientes: aturde ver tantas atrocidades, sin otro interés que hacer mal.

Los que han sido víctimas de su furia cuentan (está averiguado) que entre tanto agoniza la infeliz presa, está él bailando y carcegeándose y del mismo modo se presenta cuando el descuido le promete seguridad para acometer algunos. Al principio se creía era antropófago porque de tres niños que se llevó se hallaron vestigios de haber asado uno: también se creía que usaba torpemente de las mujeres que

---

toda la noche lo tuvieron amarrado en un naranjo muy conocido por esa circunstancia. La historia de este monstruo fue escrita por el Padre Pablo Amézquita y después se publicó en los números 25 y siguientes de EL ESFUERZO, periódico que editaban en La Vega, por el año 1881, los hermanos Bobea”.

También hablan del **Comegente**, C. N. de Moya, en su novela inédita **Episodios Dominicanos**; y **G. Despradel Batista**, en su **Historia de la Concepción de La Vega**, La Vega, 1938, pp. 338-339.

Esta espeluznante relación, escrita el 26 de junio de 1792, se reproduce ahora de una copia manuscrita que conservo en mi archivo, hecha por don Francisco de la Mota hijo, en Pontón, La Vega, en 1867. Publicamos esta curiosa relación en **El Observador**, de La Vega, No. 177, del 25 de enero de 1942. Reproducido en **Clio**, S. D., No. 83, 1949. Debe ser la del P. Amézquita, citada.



mataba, pero la experiencia nos ha hecho conocer que en el día de hoy nada de esto lo mueve.

No hay término con que ponderar la compasión que nos causa la vista de los cadáveres, tan impiamente destrozados: unos cortados, otros abiertos, desde el hueso esternón hasta el pubis inclusive, clavado un palo por sus pudendas, cortada alguna mano, sacado el corazón y cubierto todo el rostro con sus mismas entrañas; otros le arrancaba todo el pubis y clitoris, con la advertencia que se llevaba toños los miembros que cortaba; a otros ha matado a estocadas por sus pudendas, y ahora últimamente mató a un pobre, y después incendió la casa, en la que se quemó hasta reducirse a cenizas. . .

Las armas que usa, son puntas de sables, espadas o cuchillas bien asegurados en un palo, como de tres varas y media de largo, cuando no le conviene acercarse para hacer un tiro, desde lejos le dispara con tanta certeza que no yerra jamás el golpe, algunas veces le faltan estas armas y entonces hace púas agudas de un varejón a la manera de dardo y le usa con la propia destreza y acierto.

Su comida ordinaria son trompas, lenguas, pies y ubre de cerdos, y no guarda para otro día; también se ha experimentado que no hace uso del dinero, porque habiendo encontrado en varias casas que él escalaba lo ha dejado, y lo mismo sucede con bebidas y otras cosas de mayor estimación. También se ha advertido que tiene una particular ojeriza a los perros, los que procura destruirlos de todos modos, y los que han tenido algún encuentro con él de ningún modo se ha parado a hacerles frente si van armados: el hedor y grajo que despiden de su cuerpo es tanto, que infesta el viento por donde quiera que pasa.

Este monstruo es un negro incógnito de color muy claro, que parece indio, el pelo como los demás negros pero muy largo, de estatura menos que la regular, bien proporcionado en todos sus miembros, y facciones, y tiene de par-



ticular los pies demasiados pequeños. De ordinario anda desnudo, aunque algunas veces suele aparecerse con chupa, la camisa, y siempre sin calzones. Es tanta su serenidad que cuando está ejecutando las mayores crueldades entonces es cuando está más serio, y algunas veces habla algunas algarabias, o repite lo mismo que oye.

No hemos podido averiguar de qué nación es. Sólo sí que puede ser de los negros de la Costa de Oro en Africa, porque se le quitó un canuto lleno de pudendas de mujeres y otras muchas porquerías inconexas, tapado con plumas de cotorras. Ya se ve que no tiene igual en fiereza y crueldad, pues lo mismo es en astucias, ligereza, y agilidad.

Considérese cuantas diligencias se habrán hecho para su captura en el tiempo de tres años que está este maldito siempre metido entre las poblaciones: cuántos premios prometidos; cuántos votos y rogativas (que son diarias) tanto públicas, como privadas, infinitos aventureros que voluntariamente andan en su persecución andando todo el terreno y valiéndose todos de precaución y arbitrios que dicta el honor y el interés. Hasta de otros pueblos ha mandado el superior Gobierno hombres escogidos para su persecución; pero todo ha sido en vano.

Es cosa increíble para los que no presencian las diligencias que se practican, que pudiera escaparse en medio de aquellos y de tantos como le persiguen. Desde el día 18 hasta el presente se cuentan por lo menos dos mil hombres de Santiago y Cotuí ocupados en su persecución, y todavía no hay probabilidad de su prisión: todo el terreno está lleno de centinelas apostados ocultamente, y bien prevenidos de armas de fuego, y a más no cesan Rondas volantes que lo surcan todo valiéndose para mejor tino de perros escogidos.

No menos admira que habiendo tantos centenares de armas de fuego en su seguimiento todavía no se ha experi-



mentado que ni casualmente se haya encontrado con él alguno que las lleve. Usa este maldito de un arbitrio que es preciso le surta el efecto que desea, y es, que pone fuego a la casa, para con la confusión y consternación lograr con acierto sus tiros en los miserables que sorprendidos huyen del incendio, y aunque muchísimos hombres y en diferentes lugares se han ocultado en aquellas casas que parecen más expuestas a sus sorpresas, no se ha logrado cosa alguna.

Otra particularidad tiene y es una cobardía sin comparación pues de frente suyo aunque sea una mujer que le haga cara no se le arrima, sólo procura defenderse de lejos aunque sea con piedras, aún cuando se halle armado con su buen sable. También tiene la precaución cuando hiere alguno (aunque sea mortal) de retirarse y estar a la mira observando el instante en que se desmaya el herido, para entonces volver sobre él y acabarlo.

Por fin se capturó en el lugar nombrado *Cercado alto* por unos Monteros valiéndose de perros... allí fue conducido a la ciudad de Santo Domingo. De donde fue que vino a pagar todas sus crueldades con la muerte. (Vega, Junio 26 de 1792).

### Muertos por el Negro Incógnito

Una morena de la viuda García, Santiago; una muchacha en Jábaba, Moca; una negrita de Casimiro Concepción, Cenoví; un negrito de Victoriano Sánchez, Jamo; una negra preñada en Angostura, Santiago; una mulatica, de D. Agustín de Moya; Rudecinda Remigio, San Luis; una morena de Victoriano Sánchez, Los Corozos; una mujer preñada, con tres estocadas. Agosto 14 de 1791, Francisca de la Antigua, San Luis. Agosto 14, 1791, una morena de D. Manuel de Moya; una hija de Tomás García, Estancia Nueva, Santiago; Santiago Hernández, Genimillo; Pedro Santiago de Me-



na ,en los Limones; Leonor Sánchez, id. Florencia, id.; Pascual Espínola, Palmar; Bernarda, su hija, id.; Mariana Gil, id.; Eugenio Concepción, en Las Cabullas. Junio 14. Tío Gabriel, de 80 años, desyuncado, una estocada por el costado, y le cortó y se llevó las pudendas. En la noche: Apolonia Ramos abierta desde la hoya hasta el pubis, le sacó el corazón que se llevó juntamente con la mano derecha, y otras varias heridas, y le clavó un palo por sus pudendas, también le cortó una porción de la empella, y con ella le cubrió la cara. Julio 8 un hijo de Antonio Gabino, Jamo; Julio 17. Marcos Pérez, después de muerto quemado, Manga Larga. Rita su hija, de una estocada por sus pudendas (de 8 años); Manga Larga; Agosto 14 una mujer de Manuel Sánchez, Vecindario de Santiago; Agosto 18 Manuel Alvarez, una lanzada por los lomos, El Algarrobo; Agosto 30 Da. Isabel Estévez, con ocho machetazos terribles en la cabeza y en el pescuezo y después de muerta usó de ella torpemente, se llevó parte de los cabellos, el rosario y un pedazo de las enaguas, en el mismo arroyo de Río Seco.

Octubre 7: Una mulata de Juana Muñoz vecindario de Santiago, la abrió, y después la desentrañó, de 20 años de edad.

Suman los muertos veinte y nueve.

## HERIDOS Y CONTUSOS

Un hombre en Jimayaco, el negro Domingo, un negro en las Guásumas, una hija de Pantaleón, Juana Castillo, ia mujer de Baltasar Remigio, una hija de éstos, la Pallano, una muchacha en los Corozos, Gregorio Pallano, una muchacha de Juana Francisca, Brígida la hija de Luis, la hija de Ferreina, Vicente Gonzales, Bonilla, un Bocanegra; un Filoteo, Pedro Pérez en Juan López, María de Jesús, en



Enea, Juan de Banderas, en Cenoví, Leonor Restituyo, Gregorio Hernández, Manuel Concepción, Don Ventura López, Andrea de Salas, Antonio Gabin, Marcos Guillermo, en Cenoví.

Suman los heridos y contusos veinte y siete.

Copia conforme al original, Firmado: *Francisco Mota hijo*.

Pontón, abril 26 de 1867.





# INDICE

PRESENTACION .....	7
CESAR NICOLAS PENSON .....	13
El Juego de San Andrés .....	15
La Escuela de Antaño .....	27
La Hermandad de las Animas .....	45
Cosas del Tío Perete .....	49
FRANCISCO X. ANGULO GURIDI .....	57
La Campana del Higo .....	61
La Ciguapa .....	85
NICOLAS UREÑA DE MENDOZA .....	97
La Historia de El Duende .....	99
JOSE A. BONILLA y ESPAÑA .....	105
La Profecía .....	107
APOLINAR TEJERA .....	113
La Bella Catalina .....	115
DR. ALEJANDRO LLENAS .....	131
La Boca del Indio .....	133
EMILIANO I. AYBAR .....	139
El Tesoro de la Familia Alvarez .....	141
RAFAEL A. DELIGNE .....	149
El Encargo Difícil .....	151
Seña Altagracia .....	157
EUGENIO DESCHAMPS .....	161
Tradiciones Quisqueyanas .....	163
TEMISTOCLES A. RAVELO .....	167
Sabí .....	169
CASIMIRO N. DE MOYA .....	173
Historia del Comegente .....	175
LUIS ARTURO BERMUDEZ .....	197
El Toro-Monte .....	199
El Ojo en la Uña de Gato .....	203
De Gato y Gallina .....	207
Más vale tarde que nunca .....	211
La pluma del Guaraguao .....	215
El Brocal .....	219
ELISEO GRULLON .....	223
Tradiciones quisqueyanas. La Plaza P. Billini .....	225
Tradiciones quisqueyanas .....	231
BERNARDO PICHARDO PATIN .....	235
El abuelo materno .....	237
RAFAEL JUSTINO CASTILLO .....	243
Honor campesino .....	245
AUGUSTO FRANCO BIDO .....	259
No Juegues Magino .....	261
<b>A P E N D I C E</b>	
ANTONIO DEL MONTE Y TEJADA .....	
La fiesta de los cangrejos .....	267
FRANCISCO MOTA hijo .....	
El Negro Incógnito o El Comegente .....	269





## **C O L O F O N**

**TRADICIONES Y CUENTOS  
DOMINICANOS,**  
de Emilio Rodríguez Demorizi,  
Volumen 42 de la COLECCION  
PENSAMIENTO DOMINICANO,  
dirigida por Julio D. Postigo, ter-  
minóse de imprimir en la Editora  
del Caribe, C. por A., en Santo  
Domingo, R. D., el día de San  
José, 19 de marzo de 1969. .